

Selección RNR

María C. García

Lágrimas
en la nieve



Romance Actual

Lágrimas en la nieve

María C. García



1.^a edición: mayo, 2017

© 2017 by María C. García

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-744-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Óscar,
porque ya sabes que todo lo que hago lo hago por y para ti.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Promoción

Prólogo

Todo estaba borroso. El mundo entero había terminado para él, se había destruido sin remedio hacía una semana, cuando todo había dejado de tener sentido desde que ella ya no estaba a su lado. Cogió la botella de vodka y se esforzó por conseguir que volviera a tocar sus labios, y aunque tardó unos minutos en conseguirlo, al final fue capaz de dar un par de tragos más de aquel licor amargo que le quemaba la garganta. La idea de que todo había sido culpa suya volvió a su mente por un momento. Si él hubiera hecho bien su trabajo, ella aún estaría viva. Si ella nunca lo hubiera conocido, aún seguiría riendo como había hecho cada mañana cuando caminaba hacia el trabajo sumida en sus pensamientos mientras él la observaba desde lejos, suponiendo que jamás iba a conseguirla. Aún podía sentir el tacto de su piel cuando le apartaba un mechón de pelo de su precioso rostro cada tarde, el sabor de sus labios en la boca, y ese dulce recuerdo provocó que un sollozo ahogado surgiera a traición de su garganta. Nunca podría superarlo, estaba seguro. Era totalmente consciente de que deseaba la muerte... la buscaba... No podía evitar pensar que sería un tremendo alivio a su inacabable sufrimiento. Una nueva imagen de su perfecto rostro observándole alegre apareció en su mente justo antes de que cayera desfallecido. La botella se escurrió de sus manos y el resto del licor que aún quedaba en ella se derramó por el suelo. Aquello le molestó bastante, sobre todo porque tenía intención de seguir bebiendo mientras aún estuviera consciente, pero no era capaz de moverse, así que decidió resignarse a su destino. Empezó a cerrar los ojos y esperó a que llegara el momento. Seguramente solo serían unos minutos y todo su dolor se desvanecería al fin. Una pequeña sonrisa se formó en sus labios a causa de aquella idea. Solo faltaban unos minutos para que todo terminara... La oscuridad empezó a invadir su mente y la paz se apoderó de todo su cuerpo.

Un grito interrumpió de repente su plácido sueño. Intentó abrir los ojos para ver quién armaba aquel escándalo, pero su cuerpo no le obedecía. Tardó

unos segundos más en darse cuenta de que había alguien más allí con él. Cuando notó cómo lo sacudían, por fin pareció recuperar la consciencia por completo, cosa que no le gustó demasiado.

—¡Raúl! ¡Raúl, joder, despierta! —gritó un hombre desesperado—. Maldita sea... ¿Qué coño has hecho...? ¿Te has tomado la caja de pastillas y luego te has bebido toda esa puta botella de alcohol? Joder, ¿te has vuelto loco? ¡Contéstame, maldita sea!

Aunque no podía verlo, pronto consiguió identificar aquella voz. Era Enrique, su mejor amigo. Raúl intentó contestar para tranquilizarlo, pero no fue capaz, así que trató de negar con la cabeza, aunque no creyó que lo hubiera conseguido. Lo único que deseaba era que Enrique se fuera, que lo dejara acabar con su vida en paz. No quería arriesgarse a que llamara a una ambulancia y que trataran de salvarlo, no merecía la pena intentar ayudarlo. Cada día que pasaba era más duro que el anterior y ya no podía soportarlo más. Quería morir. Simplemente, no aguantaba el dolor de su pérdida. Cuando sintió como su amigo se apartaba de él, se relajó, pensando que le había creído y que iba a marcharse para permitir que se cumpliera su destino, pero poco después lo escuchó murmurar y no tuvo que pensar demasiado para saber lo que estaba haciendo. No tardó más que unos minutos en volver a su lado y abrazarlo.

—No te preocupes, ya viene la ambulancia. Te vas a poner bien... Ya lo verás... —Su voz temblaba, pero por extraño que pudiera parecer le transmitía la misma tranquilidad de siempre. Por un momento, no pudo evitar pensar que iba a echar de menos a su amigo allá donde su alma fuera después de que la poca vida que le quedaba escapara de ella—. Estoy aquí, a tu lado, tranquilo. —Su voz sonaba en la lejanía, pues volvía a sumirse en la oscuridad. Era tan placentero dejar de sentir... Lo había deseado tanto durante aquellos días... Justo antes de que todo terminara, no pudo evitar pensar que iría de nuevo con ella y que pasarían juntos toda la eternidad, como debió de haber sido siempre si él no lo hubiera fastidiado todo. Pero así era él, así había sido siempre. Nunca hacía nada bien, excepto en aquella ocasión en la

que había conseguido escapar de su propia existencia al fin haciendo frente a la muerte.

CAPÍTULO 1

Aquella mañana iba a ser una de las más difíciles de toda su carrera, estaba seguro. Ni siquiera le apetecía caminar hacia el trabajo como hacía cada día, pero sus pasos se sucedían de forma automática igualmente, como si no tuviera control alguno sobre su cuerpo. Ya ni siquiera le extrañaba sentirse así. En realidad, llevaba mucho tiempo sintiéndose vacío y desesperado, como si viviera por inercia, sin tener ganas de ello, y, aunque en un principio le había costado, cada vez le parecía más sencillo hacerlo, así que supuso que llegaría un día en que se acostumbraría a ello. Solo tenía que aguantar un poco más.

En realidad, hacía mucho tiempo que no le importaba nada. Le daba igual si vivía o moría, si trabajaba o no, si estaba despierto o dormido... Pero aquello sí que le importaba. Aquella mañana era consciente de que la misión que le habían asignado le había provocado sentimientos, y no demasiado positivos, lo que era extraño después de tanto tiempo sintiéndose ajeno a todo.

Cuando se encontró frente a la puerta de la comisaría al fin, se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que no era capaz de entrar. Nunca había estado allí sin su uniforme, y presentarse en vaqueros era de lo más extraño. Sin embargo, sabía que no tenía otro remedio. Debía cumplir con sus obligaciones, no podía hacer nada al respecto, así que decidió resignarse. Posó su mano sobre la puerta de entrada y apoyó su frente sobre esta un momento mientras cerraba los ojos, tratando de calmarse. Luego suspiró y decidió armarse de valor antes de abrir la puerta al fin y encontrarse con sus compañeros. Todos lo saludaron con alegría, como hacían habitualmente, mientras él se esforzaba por corresponderles con un leve movimiento de cabeza y una falsa sonrisa dirigiéndose con rapidez hacia la oficina del comisario, donde recibiría las últimas indicaciones antes de marcharse al lugar donde había sido destinado.

Al fin llegó al despacho, dio un par de golpes en la puerta y escuchó como

su jefe gritaba «¡Adelante!» con la misma voz ronca y desganada de siempre. Entró con seguridad y se sentó frente a su mesa antes de quedarse mirándolo en silencio.

—Buenos días, Raúl —lo saludó el comisario endulzando la voz.

Hacia unos meses que se había reincorporado al trabajo y aún no había conseguido acostumbrarse a esa forma condescendiente en que todo el mundo lo trataba. Cada vez que escuchaba aquel irritante tono de voz pensaba que no sería capaz de volver a soportarlo de nuevo, pero de algún modo al final lo conseguía, aunque no sin esfuerzo.

—Buenos días, Abelardo —dijo con toda la calma que fue capaz de reunir—. Como ves, he llegado a mi hora siguiendo tus órdenes, pero...

—Ya lo veo. Y me alegro de que hayas cambiado de opinión...

—No, eso es lo que quería decirte. Que no he cambiado de opinión... Sigo pensando que esta misión es una pérdida de tiempo, joder... Sabes igual que yo que no hay ninguna prueba de que el asesino viva en ese vecindario, ni siquiera de que los crímenes fueran cometidos en algún lugar cercano... No entiendo qué cojones voy a hacer allí...

—Cuida tu lenguaje, chico —le advirtió perdiendo por un momento su tono pausado mientras lo estudiaba con la mirada durante unos segundos—. Mira, entiendo que lo has pasado mal, Raúl. Sé que lo que ocurrió ha sido muy duro para ti...

—No estamos hablando de eso... —le recordó, cada vez más enfadado. No tenía ninguna intención de hablar de sus problemas personales. Ya tenía bastante con el psicólogo al que lo obligaban a visitar casi a diario, aunque no sirviera para nada, y, por supuesto, con sus compañeros de Alcohólicos Anónimos.

—Lo sé. Pero también sé que está relacionado. Desde lo que pasó has cambiado, no eres tú mismo, y lo sabes. No quiero presionarte, pero esto no es negociable. Necesitamos a alguien infiltrado allí, y ahora mismo tú eres nuestro mejor candidato. No te adaptas bien al trabajo y quizá te venga bien un cambio...

—No lo entiendo... —dijo acercándose hacia él ligeramente en su asiento—. ¿Quieres decir que como te he fallado una vez me estás castigando? ¿Es eso?

—No, claro que no, joder... No lo tomes así... —No le pasó desapercibida la pequeña sonrisa que apareció en los labios de Abelardo mientras le respondía, lo que parecía contradecir las palabras que acababa de escuchar, aunque decidió no puntualizarlo—. Lo que quiero decir es que estamos preocupados por ti... Y creo que esta misión podría ayudarte a distraerte un poco, a pensar en otras cosas aparte de... en lo que ocurrió... Creo que podría ser algo positivo, y estás más que preparado para ello. Por eso te he elegido a ti.

—¿Y si me niego a hacerlo? —Lo retó Raúl con los ojos encendidos por la ira.

—Mira, no quiero ser duro contigo dadas las circunstancias, chaval... Pero si te empeñas... Tengo que decirte que esto no es negociable. Es una orden, y sabes cuáles son las consecuencias de desobedecer, no eres nuevo en esto...

Raúl apretó los puños sobre su regazo intentando reprimir su deseo de levantarse y golpearlo antes de dimitir y marcharse de allí. No podía hacerlo. Aquello lo apartaría de su cargo durante el resto de su vida, y siempre había deseado ser policía, no iba a renunciar a ello por nadie, ni siquiera por un comisario con aires de grandeza que parecía tenerla tomada con él. Desde que Abelardo había sido trasladado a la comisaría un par de años antes, no habían congeniado en absoluto, y por más que este intentase actuar como si se preocupara por él, Raúl sabía que lo único que deseaba al asignarle aquella misión era quitarlo de en medio. Sin embargo, no podía hacer nada salvo obedecer, así que asintió con la cabeza y se levantó para marcharse antes de que la furia que sentía en su interior ganara la partida y acabara estallando. No podía permitirse el lujo de agredirlo, sería un error demasiado grave, y él ya había cometido demasiados errores en su vida. Después de todo lo que había ocurrido debía tener cuidado o terminarían expulsándolo.

—Bien, de acuerdo —respondió resignado—. ¿Cuándo necesitas el primer

informe?

—El viernes. Y ya sabes, lo quiero detallado.

—Sí, lo sé. Lo tendrás, no te preocupes —admitió antes de tomar el pomo de la puerta y marcharse sin molestarse en despedirse. En realidad, sabía que no iba a servir de nada, pero tenía que obedecer de todos modos. Nunca se había infiltrado antes, no tenía ningún sentido que el comisario estuviera tan interesado en que lo hiciera en aquella ocasión ni su insistencia en que fuera él quien debiera llevarlo a cabo. Sabía que no se llevaban demasiado bien, pero aquello no era justo. Él no quería hacerlo, no tenía ninguna experiencia en el caso, y había dos compañeros suyos, con mucha más experiencia en casos parecidos, que se habían presentado voluntarios para el puesto. Sin embargo, Abelardo había decidido que fuera él quien debía llevar a cabo la misión y no dio opción a ninguna queja. Mientras continuaba andando, se pasó los dedos por el pelo castaño para evitar que se le metiera en los ojos, se abrochó la cazadora de cuero negra y levantó el cuello para proteger su rostro del frío, metiendo las manos en los bolsillos. Aquel día el cielo había amanecido nublado, muy apropiado para su estado de ánimo, y el gélido viento que sentía contra su piel le estaba empezando a entumecer los músculos. Después de unos minutos caminando, divisó al fin, a lo lejos, la gasolinera a la que se dirigía, y sus pies se pararon de repente. Desde su posición, parecía un lugar triste, pero en realidad todos los lugares le resultaban lúgubres desde hacía tiempo. No podía creer que aquel fuera a ser su supuesto trabajo durante los meses siguientes. Cuando al fin consiguió que sus piernas lo obedecieran y comenzaran a andar de nuevo, no pudo evitar desear que aquella investigación se resolviera pronto para poder librarse de aquel suplicio cuanto antes. Iba a pasar frío, iba a encontrarse en un lugar nuevo, rodeado de gente a la que no conocía ni tampoco quería conocer, y, lo que era peor, no iba a averiguar nada sobre el asesinato que les ocupaba. Aquel barrio era humilde, eso era cierto, pero no comprendía en absoluto qué había hecho pensar a su jefe que el asesino de las cuatro mujeres que habían encontrado aquella última semana podía habitar en los alrededores. Era verdad que dos de ellas habían sido

encontradas en una calle cercana a esa gasolinera, pero según las pruebas no las habían matado allí, así que, a no ser que Abelardo tuviera alguna otra prueba y se la estuviera ocultando, no había ninguna lógica en la decisión que había tomado. Sin embargo, no tenía otro remedio más que acatar sus órdenes, así que se dirigió hacia su destino, suspiró y llamó a la puerta del que iba a ser su nuevo jefe durante las próximas semanas. Podía hacerlo. Podía fingir que trabajaba en una gasolinera mientras investigaba un crimen. Al fin y al cabo, era su trabajo... Solo esperaba que su esfuerzo sirviera de algo, aunque a cada segundo que pasaba tratando de convencerse estaba más seguro de que no iba a ser así.

CAPÍTULO 2

El hombre que se suponía que iba a ser su jefe durante aquel tiempo era bajito, bastante gordo y tenía un extraño bigote, pero al menos parecía agradable. Lo recibió con una sonrisa, le mostró las instalaciones y le facilitó el horrible uniforme que debía ponerse. Acostumbrado como estaba a su atuendo policial, no podía negar que aquel extraño mono naranja fluorescente con pequeñas franjas grises le pareció horrendo. Sin embargo, cogió la ropa y suspiró resignándose a ponérsela, sabiendo que debía hacerlo por mucho que le molestara. Su nuevo jefe lo miró como si entendiera lo que estaba pensando, aunque él dudaba de que así fuera.

—Sé que al principio no parece muy atractivo, pero te acostumbrarás, ya lo verás. Y es importante porque esta ropa te dará visibilidad —le explicó.

—Eso, seguro... —respondió Raúl molesto—. Bueno, voy a cambiarme, ahora mismo salgo.

—Perfecto. Tu compañero está fuera, así que si tienes cualquier problema, no dudes en preguntarle. Yo estaré por aquí un rato más, aunque me iré en un par de horas, y no vengo todos los días, pero de todas formas me he asegurado de que al principio no estés solo. Ya me he encargado de todo, así que tranquilo, ¿de acuerdo? —Su jefe sonrió una vez más mientras Raúl asentía, le dio una palmada en la espalda y se marchó a su despacho de nuevo.

Vestido con aquel extraño traje que lo devoraba entero, salió algo inseguro del servicio y se dirigió hacia su compañero, al que le habían presentado brevemente como Josemi, un nombre que le había resultado algo infantil, pero a él no parecía molestarle. Cuando llegó, este estaba ocupado con un cliente, aunque por suerte no había nadie más por allí. Esperó pacientemente a su lado mientras observaba cómo hacía su trabajo. Por un momento empezó a pensar que estaba viviendo una de sus peores pesadillas, cuando escuchó como la voz de su compañero interrumpía sus pensamientos.

—Bueno, ¿qué te parece? No es difícil, ¿verdad?

—Desde luego, no parece que haya que hacer un máster... —contestó con amargura.

—No, eso seguro. Te adaptarás enseguida, ya lo verás. Es un trabajo bastante aburrido y no pagan demasiado bien, pero es lo que hay... Ojalá saliera otra cosa, pero por ahora es lo que tenemos...

Raúl abrió la boca un momento con la intención de contradecir su afirmación, pero por suerte se paró a tiempo. No podía cometer ningún error, era importante que nadie supiera su verdadera identidad, o podía poner en peligro la investigación que debía llevar a cabo y, con ella, su propio trabajo, el verdadero.

—Sí, supongo... —titubeó al fin—. ¿Llevas mucho trabajando por aquí? —preguntó sin mostrar demasiado interés.

—Unos años... Pero no me quejo. Una vez que te acostumbras no está tan mal, hazme caso.

—Te creo —mintió con la única intención de ser educado. Estaba seguro de que jamás en toda su vida podría acostumbrarse a un trabajo como aquel. Iba a ser un suplicio, no le cabía duda. Pero no tenía más remedio que continuar allí tal como le habían ordenado. De lo contrario lo echarían de su trabajo real y no tendría otra opción aparte de trabajar allí de verdad.

—No, no me crees... Pero da igual. Tú mismo lo verás dentro de un tiempo. Además, existen algunos alicientes cuando, como ahora, no hay demasiado trabajo...

—¿Cuáles? —preguntó de repente, curioso.

—La chica de la tienda, por ejemplo... —contestó señalándola con la cabeza—. Está buenísima, tío. La han contratado hace unas semanas, y no me hace ni puto caso... No sé, quizás está liada con el dueño, porque es al único que le habla más de dos palabras seguidas...

Raúl sonrió para sus adentros. Ni siquiera se había fijado en que hubiera una mujer en la tienda cuando había pasado por allí, así que supuso que no debía de ser tan atractiva como la había descrito su compañero. Además, si

tenía algún tipo de relación con el dueño, estaba claro qué tipo de mujer era, por lo que dudó seriamente que pudiera interesarle a alguien. A él, al menos, no. Ya hacía tiempo que no le interesaba ninguna mujer. De hecho, no le interesaba nada... Solo vivía porque no tenía otro remedio, aunque el mundo hubiera perdido su sentido y toda la vida se hubiera escapado de su cuerpo.

—Pero yo, al menos lo sigo intentando. Merece la pena.

—Si tú lo dices... —comentó incrédulo en voz baja.

—Sí, ya lo verás, luego te la presento...

En ese momento llegaron un par de clientes, y Raúl vio su oportunidad para dejar la conversación al fin, así que asintió con la cabeza y se concentró en realizar su trabajo lo mejor que pudo durante el resto de la mañana. Por suerte, las horas pasaron antes de lo que esperaba y pronto llegó el momento de marcharse. No podía creer que hubiera superado su primer día. Habían sido diez largas horas, pero al fin podía marcharse a su casa y no podía expresar con palabras lo agradecido que estaba por ello. Estaba pensando en cuánto iba a disfrutar al quitarse aquel horrible mono de trabajo cuando escuchó a Josemi de nuevo a su lado, aunque ni siquiera había reparado en su presencia mientras se encaminaba al baño para cambiarse.

—¿Qué tal ha ido el primer día? Parece que lo tenías todo controlado...

—Sí, la verdad es que ha ido bien —respondió tratando de esbozar una ligera sonrisa. En realidad no mentía. Todo había ido mucho mejor de lo que esperaba. Además, aquel hombre le caía bien y no quería ser desagradable, aunque era complicado. Llevaba tanto tiempo sin sonreír que casi parecía como si se le hubiera olvidado cómo hacerlo.

—Bueno, pues ahora mejorará. Espera a que te presente a Cristina...

—Ah, sí, lo olvidaba... —comentó sarcástico—. La mujer perfecta que te tiene enamorado...

—No, enamorado no... Pero sí acepto que no me importaría pasar alguna noche con ella... —explicó mientras se acariciaba el mentón con dos dedos—. Bueno, tampoco rechazaría salir con ella, desde luego... Pero no parece que ella esté muy interesada... Así que intento aceptarlo...

Raúl se quedó mirando a su compañero un momento antes de entrar por la puerta. Llevaba el pelo rapado y estaba claro que aquel mono no le favorecía en exceso, pero quitando eso no estaba nada mal. Aquella mujer debía de ser una soberbia, una de esas que él solía frecuentar en el pasado, que solo deseaba coleccionar hombres para que las adorasen, de lo contrario no tenía sentido que lo rechazara cuando estaba claro que, por más que él lo negara, Josemi estaba loco por ella. Por un momento recordó cuando él disfrutaba con mujeres como aquella. Era interesante observar cómo empezaban resistiéndose para al final acabar rindiéndose a él y a la mañana siguiente, tras haberse acostado con ellas, él era quien las rechazaba, marchándose sin ni siquiera molestarse en despedirse. Aquello le había proporcionado muchas satisfacciones en el pasado, pero en el momento en el que se encontraba ni siquiera se planteaba intentarlo. Simplemente, no quería estar con ninguna otra mujer, solo con ella, y ya que no podía hacerlo, tenía claro que no estaría con nadie jamás. Era un hecho doloroso que ya tenía totalmente asumido.

—Pues ella se lo pierde, tío —comentó distraído mientras entraban al fin. Sin embargo, cuando levantó la mirada de nuevo, no pudo evitar que sus ojos se abrieran más de lo debido por el asombro de ver lo que tenía delante. Detrás del mostrador estaba una de las mujeres más perfectas que había visto en toda su vida. De hecho, la idea de que si él estuviera disponible en ese momento, no dudaría en pedirle una cita aquella misma tarde acudió a su mente sin ser invitada, antes de que se diera cuenta. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y un par de mechones le caían a ambos lados de la cara enmarcando el rostro más bello que recordaba haber visto jamás. Sus ojos verdes permanecían clavados en el hombre que tenía frente a ella mientras sus labios gruesos estaban apretados, mostrando la frustración que sentía mientras el cliente se quejaba de que no tuvieran chicles de dos sabores, que, al parecer, eran los únicos que le gustaban... No pudo evitar pensar que, aunque cada vez que había salido el tema había creído que Josemi exageraba, no había sido así. Aquella mujer era preciosa, no cabía duda.

—¿Qué? Ya ves que decía la verdad... ¿Te gusta, eh? —murmuró su

compañero con una sonrisa mientras le daba un suave codazo en las costillas. Raúl tardó un momento, pero al final consiguió apartar la vista de aquella hermosa criatura para mirar a Josemi de nuevo.

—Bueno, no está mal, pero tampoco es para tanto... —mintió, esforzándose por sonar convincente. Daba igual lo guapa que fuera o si le gustaba o no, no tenía ninguna intención de hacer nada al respecto, así que, en el fondo, lo que él pensara o sintiera carecía de importancia. La mujer estuvo un rato más discutiendo con aquel tipo, que insistía en encontrar sus chicles favoritos, hasta que finalmente pareció darse por vencido y se marchó murmurando quejas mientras salía por la puerta que estaba a su lado. Raúl y Josemi se acercaron entonces hasta ella mientras veían como resoplaba de indignación dándose la vuelta, tratando de calmarse. Cuando al fin se volvió a mirarlos, su gesto furioso fue evidente, aunque desapareció de repente en cuanto sus ojos se posaron en Raúl, dando paso a un asombro parecido al que él había mostrado antes. Raúl no pudo evitar sonreír complacido por su reacción mientras sus ojos azules se mantenían fijos en ella. Josemi los miró a ambos de forma intermitente durante un rato antes de decidirse a hablar por fin:

—Bueno... Creo que ahora debería hacer las presentaciones. Cristina, este es el chico nuevo, Raúl. Raúl, esta es Cristina, la dependienta de la tienda de la gasolinera.

—Encantado —dijo Raúl sin perder la sonrisa mientras observaba cómo Cristina se esforzaba por volver a recuperar el habla para contestarle.

—Sí, igual... —consiguió articular al final.

—Bueno, nosotros ya nos íbamos a casa... ¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Josemi educado.

—Claro... —aceptó ella, sorprendiéndolo, mientras se soltaba el pelo y se lo desenredaba con los dedos, sin apartar la mirada de la nueva adquisición de la empresa. Se quitó la camiseta que lucía el emblema de la gasolinera y cogió su bolso para unirse a ellos—. Podemos irnos cuando queráis, yo ya estoy lista —comentó algo más calmada, recuperando así un poco de la dignidad que había perdido minutos antes.

—Entonces vámonos, muñeca —dijo Josemi orgulloso mientras le guiñaba un ojo.

Raúl no estaba seguro de si aquel gesto indicaba que se había dado cuenta de que a Cristina le había gustado él o que, simplemente, estaba contento por haber terminado un día más de trabajo, pero igualmente asintió y juntos comenzaron el camino de vuelta.

CAPÍTULO 3

El paseo comenzó siendo bastante incómodo. Josemi se esforzaba en sacar temas de conversación mientras Raúl se concentraba en rehuir la intensa mirada de Cristina. Lo miraba tan fijamente que empezaba a ser molesto. La mente de Raúl retrocedió por un momento a una época pasada, una en la que él no hubiera dudado en llevarla a su casa, o incluso a cualquier baño cercano, y tirársela sin más para luego ignorarla, tal como solía hacer con todas las mujeres que atraían su atención. Así era como él había sido hacía no demasiado tiempo, hasta que ella llegó a su vida y aquel ángel del cielo, que él siempre supo que no merecía, lo había cambiado todo por completo, sobre todo a él, y le había hecho creer que ser feliz era posible, que el mismo cielo estaba a su alcance, algo que nunca creyó que fuera cierto, únicamente para, al final, demostrarle que este mundo podía acabar siendo el peor de los infiernos. Tardó un rato en escapar de sus oscuros pensamientos para darse cuenta de que Josemi le estaba hablando.

—Raúl, tío, vuelve a la tierra —le dijo entre risas.

—Estoy aquí, es que estaba distraído... ¿Decías algo? —contestó tratando de apartar de su mente los terribles recuerdos que la habían invadido sin que fuera consciente de ello.

—No, estaba hablando yo —intervino Cristina sonriendo con dulzura—. Decía que nunca te he visto por aquí...

—Ya, es que no vivo en este barrio, sino en el centro, a un par de manzanas.

—Vaya, pues te pilla un poco lejos del trabajo entonces... Yo vivo dos calles más abajo, y Josemi aquí al lado...

—Sí, de hecho, chicos, yo ya he llegado, así que me despido... —confirmó su compañero esbozando una gran sonrisa—. Os dejo solos, así que portaos bien...

—Vale, nos vemos mañana —se despidió Cristina mientras Raúl hacía un gesto con la cabeza. Pronto Josemi desapareció y ambos se quedaron solos, retomando su camino de nuevo. Raúl miraba al frente mientras sentía los ojos de Cristina clavados en él todo el tiempo—. ¿Y qué te llevó a buscar trabajo tan lejos de tu casa? —preguntó ella curiosa.

—No sé, supongo que ha sido el primero que he encontrado...

—¿Llevabas mucho tiempo buscando?

—No, no mucho... —murmuró Raúl deseando que cambiaran de conversación. Teniendo en cuenta que lo único que podía hacer era mentir, no estaba siendo una charla demasiado cómoda para él.

—Vaya, qué suerte... Yo llevaba meses buscando trabajo cuando por fin encontré esto... No es el trabajo de mi vida, está claro, pero por ahora me va bien... Es suficiente para pagar mis gastos, aunque solo porque vivo con dos compañeras de piso... ¿Tú vives solo?

—Sí, vivo solo. La verdad es que lo prefiero así.

—¿Por qué?

—Porque estoy acostumbrado, supongo... —explicó, encogiéndose de hombros.

—¿En serio? Yo no... Quiero decir que nunca he vivido sola. Viví con mis padres hasta hace un par de años, y luego con mis dos mejores amigas... La verdad es que tampoco creo que me gustara...

—¿Por qué?

—No sé... Supongo que me aburriría...

—Es posible... —admitió él. En realidad, hacía mucho tiempo que no sabía lo que era aburrirse o divertirse. Simplemente, dejaba que el tiempo pasara sin esperar demasiado de él. De repente, Cristina se paró y se quedó frente a él observándolo detenidamente.

—Bueno, esta es mi casa... —murmuró señalando al portal que había frente a ellos—. Gracias por haberme acompañado, Raúl.

—De nada, Cristina.

—Cris... —lo corrigió ella con una sonrisa—. Todo el mundo me llama Cris... Es más corto...

—Vale, Cris. —Sus ojos se desviaron sin remedio hacia su boca cuando el deseo que desprendía su mirada lo invadió por completo, pero pronto apartó la vista antes de acabar cometiendo un grave error. Debía recordar que él ya no estaba disponible a consecuencia de su pasado y, lo que era peor, no era uno más allí. Era un policía infiltrado, ni más ni menos, así que no podía cometer errores. Apartó la vista de repente y asintió un par de veces en silencio—. Bueno, me tengo que ir, te veo mañana —dijo mientras comenzaba a andar de nuevo, dejando a Cristina tan perpleja como confundida, dudando de si se había imaginado la forma en la que la había observado con deseo, el mismo deseo que a ella la había quemado por dentro segundos antes.

—De acuerdo, hasta mañana —la escuchó decir en la lejanía, antes de entrar en su casa. Ni siquiera se volvió al oírla, sino que continuó andando, tratando de ignorar la forma en la que su alma parecía despertar de su letargo cuando estaba a su lado. Sin embargo, cuando se metió en la cama aquella noche, tras haber cenado pizza congelada y ver un rato la tele sin prestarle atención, ya casi había conseguido convencerse a sí mismo de que no le importaba, del mismo modo que nada le importaba lo más mínimo desde hacía tiempo.

Al día siguiente, las horas de trabajo le parecieron aún más monótonas y aburridas que el día anterior, de modo que empezó a pensar cómo alguien podía permanecer en aquel trabajo durante años sin pegarse un tiro. Por suerte, él pronto conseguiría librarse de ello, estaba seguro. Aquella investigación tenía que prosperar, así que se libraría de aquel suplicio antes de lo que pensaba. Cuando la mañana terminó, al fin Raúl levantó la vista y vio cómo Cristina se acercaba desde lejos.

—Admítelo —escuchó decir a Josemi, que de repente estaba a su lado.

—¿El qué? —preguntó confundido mientras lo observaba enarcando las cejas.

—Que te gusta. No lo puedes negar, se te nota demasiado... En realidad, no

pasa nada, porque a ella también le gustas tú. Nunca había cruzado conmigo más de dos palabras y jamás había aceptado que la acompañara a casa hasta ayer, así que...

—No sé de qué hablas, chaval...

—Ya, claro... Lo que tú digas —respondió Josemi justo antes de que Cristina llegara adonde se encontraban, silenciando sus pensamientos. Acto seguido comenzaron el camino de vuelta a su casa un día más.

—¿Tenéis planes para esta tarde? —preguntó Cristina en cuanto comenzaron a andar.

—No... ¿Tú? —respondió Josemi con una gran sonrisa esperanzadora.

—Sí. Mis amigas y yo hemos quedado esta tarde en La donna, el nuevo bar que han abierto en el centro... ¿Lo conocéis?

—Sí, aunque no he ido nunca... —añadió Josemi tratando de ignorar la forma en que Cristina miraba a Raúl fijamente mientras hablaba, casi ignorando su presencia, a pesar de que Raúl no parecía hacer el menor caso a la conversación que estaban manteniendo.

—Pues podríais pasaros. Hemos quedado a las seis.

—A mí me viene perfecto —confirmó Josemi con una gran sonrisa.

—¿Y a ti? —insistió Cristina mirando a Raúl tan fijamente como lo había hecho durante todo el camino al darse cuenta de que no tenía intención de responder a su propuesta.

—No sé... —contestó tratando de buscar una excusa justo antes de darse cuenta de que debía ir para cumplir con lo que se esperaba de él en su trabajo, pero sin ningunas ganas de hacerlo...—. Supongo que podría sacar un hueco... —aceptó al fin, resignado. Si su jefe se enteraba de que había tenido una oportunidad como aquella y la había dejado escapar, acabaría teniendo problemas.

—Genial, entonces está decidido.

El resto del camino fue silencioso. Josemi se despidió de ellos en cuanto llegaron a su casa, y Raúl y Cristina continuaron su camino cabizbajos,

sumidos ambos en sus propios pensamientos. Raúl no podía evitar pensar que aceptar aquella propuesta había sido un error, por más que supiera que no había tenido otro remedio más que aceptarla, y Cristina intentaba averiguar por qué Raúl parecía empeñado en ignorarla cuando, en el fondo, parecía estar interesado en ella. Sin embargo, sabía que no era el momento de sacar aquel tema. Necesitaba tiempo para conocer a aquel hombre tan misterioso, para conseguir que dejara de luchar contra lo que empezaba a sentir por ella, y era plenamente consciente de que aquel no era el momento de abordar el tema, así que se armó de paciencia para esperar el momento oportuno. No iba a rendirse de ninguna manera, pero sí tomarse el tiempo necesario para tener la completa certeza de que, cuando lo intentara, todo saldría bien. Cuando se despidieron al fin en la puerta de su casa, llegó a la conclusión de que lo mejor sería tratar de conocerlo mejor aquella tarde. Cuando estuvieran divirtiéndose en un bar sería mucho más apropiado, y probablemente él no se mostraría tan distante con ella. Sería el momento perfecto para acercarse a él. Aquella tarde iba a conseguirlo, estaba segura.

CAPÍTULO 4

Mientras caminaba hacia el bar en el que habían quedado, Raúl se sorprendió al darse cuenta de que no tenía idea de qué estaba haciendo. Por algún motivo que no llegaba a comprender, tenía la sensación de que algo iba a salir mal aquella noche, aunque no lo comprendía del todo. Al fin y al cabo, no iba a pasar nada. Él iba a acudir a aquella cita con la única intención de ganarse la confianza de sus supuestos compañeros de trabajo para poder continuar con la investigación que le ocupaba, tal como le habían ordenado, no a divertirse, así que no podía haber ningún problema. Pero por muchas veces que repitiera aquella idea en su cabeza, la molesta sensación no desaparecía. Cuando al fin llegó a la puerta del bar, observó que su compañero Josemi ya estaba allí, aunque las chicas, al parecer, aún no habían llegado. Se acercó hacia él y lo saludó tratando de mostrarse animado.

—Hola, tío, aún no han llegado —le explicó Josemi con gesto preocupado—. Espero que vengan...

—Claro que sí, ¿por qué no iban a hacerlo? Fue Cristina quien nos invitó...

—Lo sé, lo sé. Es que estoy nervioso...

—Pues no tienes porqué, seguro que llegan pronto, de hecho... —Se interrumpió cuando le pareció ver a lo lejos a Cristina avanzando hacia ellos con una amiga a cada lado—. Creo que ya están ahí... —comentó señalando con la cabeza hacia donde venían. Josemi levantó la vista y, tras comprobar que lo que le había indicado Raúl era cierto, sonrió más relajado. Ambos se quedaron mirando cómo las chicas se acercaban hacia ellos sin prisa. En cuanto llegaron frente a ellos, los ojos de Raúl recorrieron a Cristina de arriba abajo, observando que el atuendo que lucía en aquella ocasión era muy diferente al que le tenía acostumbrado. Llevaba el pelo dorado suelto algo más liso que de costumbre, lo que la favorecía bastante, una minifalda que mostraba sus largas y perfectas piernas, y un top corto y ajustado sin tirantes,

todo en color negro, a juego con su pequeña cazadora. Unas botas que le llegaban hasta la rodilla completaban su atuendo, y se había puesto un poco de maquillaje, pero no demasiado, lo que le alegró porque, desde luego, no le hacía falta. Aunque Raúl no estaba interesado en salir con ninguna mujer y no tenía intención de cambiar de opinión por nada, tuvo que admitir, al menos ante sí mismo, que Cristina le atraía, y mucho. Cuando se acercó a él con decisión para darle dos besos, permitiendo que oliera su perfume, y luego se agarró de su brazo para realizar las presentaciones, no pudo evitar la idea de que su ropa era demasiado despreocupada para la ocasión. En realidad, había elegido lo primero que había visto en el armario, dado que le importaba bastante poco aquella cita, y tanto sus pantalones vaqueros rotos, desgastados, como su camiseta ancha y oscura, su cazadora de cuero negro y sus zapatillas deportivas daban buena cuenta de ello. No pudo evitar la sonrisa que acudió a sus labios al pensar que la imagen que mostraba uno junto al otro debía de ser, cuando menos, extraña. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta, ni siquiera ella. Josemi estaba demasiado ocupado hablando con una de las amigas de Cristina, Soledad, quien para su sorpresa parecía disfrutar bastante de su compañía. Su otra amiga entró con ellos en el bar, pero poco después encontró a su novio, con el que había quedado allí, y antes de que se dieran cuenta, desapareció de su lado dejándolos solos. Josemi se había empezado a centrar en Soledad hacía bastante rato, y a ella parecía gustarle él, así que pronto se dedicaron a murmurarse cosas al oído, y de repente Raúl se había quedado atrapado con Cristina sin estar muy seguro de cómo habían llegado a aquella situación. No tardó demasiado en empezar a sentirse incómodo, así que pensó que quizá debía irse, pero de algún modo le pareció que sería maleducado, y Cristina le caía bien, cada vez mejor. A lo largo de la noche había averiguado bastantes cosas sobre ella, como por ejemplo que era una muchacha alegre y dicharachera, que siempre que se sentía incómoda, molesta o insegura se ponía un mechón de pelo tras la oreja, como si fuera una especie de tic nervioso, y, sobre todo, que él le gustaba. Pero aquello no era todo. Lo que más le había extrañado, que era una mujer tan viva que incluso hubo ocasiones en las que lo había hecho sentir vivo a él de nuevo aquella madrugada, lo que era raro

teniendo en cuenta el tiempo que hacía que sentía que había muerto por dentro.

—Bueno... Y entonces... ¿Qué te parece el sitio? —preguntó Cristina de repente.

—No está mal, Cristina...

—Cris... —lo corrigió algo molesta.

—¿Qué?

—Que me llames Cris... Es más cómodo... Y sí, está muy bien. Incluso se puede bailar allí enfrente... —explicó señalando a la pista de baile—. ¿Tú no bailas?

—No, la verdad es que no...

—¿Nunca?

—No, bueno, no desde hace mucho tiempo... —Los recuerdos de estar bailando mientras escuchaba el sonido de la risa del ángel con el que una vez pensó que iba a compartir el resto de su vida aparecieron en aquel instante en su memoria al decir aquella frase, y una punzada de dolor lo dejó de repente sin aliento.

—¿Por algún motivo en especial?

—No, bueno... No sé... Haces demasiadas preguntas, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Alguna. —Cristina se armó de valor, se levantó y le ofreció su mano tratando de no parecer insegura, aunque desde luego lo estaba, y mucho más de lo que le gustaría. Aquel hombre se lo estaba poniendo muy difícil, pero no tenía intención de rendirse. Sabía que le gustaba, lo veía en sus ojos cada vez que se iluminaban al mirarla, por más que luchara contra ello por algún motivo que ella no era capaz de entender.

—¿Qué? —preguntó Raúl mirándola incrédulo.

—Vamos, me apetece bailar y no hay ningún otro tío disponible, así que supongo que tendrás que acompañarme tú —comentó burlona.

—¿Me estás invitando a bailar? ¿No debería ser al revés? —cuestionó con una media sonrisa dibujada en los labios.

—Venga ya, estamos en el siglo veintiuno... Las mujeres podemos invitar a bailar a quien queramos...

—Ya, pero yo no bailo, Cris, ya te lo he dicho...

—Conmigo sí. —Cristina sonrió con dulzura mientras lo retaba con la mirada. De algún modo, aunque él se mostrara tan cerrado como era habitual, tenía la sensación de que no iba a rechazarla en aquella ocasión, así que cuando, tras mirarla un rato a los ojos, asintió y se levantó tomando su mano, la sonrisa de los labios de Cristina se amplió y comenzó a andar guiando sus pasos entre la multitud hasta llegar a la zona de baile, donde se paró y empezó a moverse utilizando todas las artimañas que conocía para provocar a Raúl, que intentaba sin éxito mostrarse indiferente a sus tretas. Sin embargo, cuando comenzó a sonar una canción lenta y ella se aferró a su cuello antes de que él pudiera buscar una excusa para sentarse, fue bastante más complicado seguir fingiendo que ella no le gustaba. Durante unos segundos se quedó quieto, sin saber qué hacer, hasta que ella tomó sus manos y las puso sobre su cintura para continuar bailando, acercando su pecho hasta que su piel hizo contacto con la de su acompañante. Raúl se sintió hipnotizado por sus ojos verdes en aquel momento, y cuando ella finalmente rompió el contacto visual y apoyó la cabeza sobre su pecho, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ambos se mantuvieron en silencio, en aquella posición tan comprometida hasta que la canción terminó y Cristina se separó lo suficiente para poder observar de nuevo sus preciosos ojos azules. Antes de que se diera cuenta, su mirada se había desviado hacia su boca mientras la de Raúl permanecía clavada en sus gruesos labios. Estaba empezando a cerrar los ojos para permitir que la besara cuando escuchó su voz de repente.

—Bueno, ya es tarde. Creo que debería irme...

Cristina volvió a mirar sus ojos, que habían perdido toda la calidez que la habían transmitido unos segundos antes, y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió derrotada. Aquellas palabras habían roto la magia del momento sin remedio, pero no quiso mostrar la decepción que había sentido, así que simplemente lo observó confundida.

—¿En serio? ¿Qué hora es?

—La una de la mañana...

—Ah, vaya... ¿Tan tarde? Pues se me ha pasado la noche volando... —Se quedó un rato mirando el suelo, pensativa, y luego observó a su alrededor—. No sé dónde se han ido los demás... ¿Me acompañas a casa?

Raúl se quedó quieto un momento, reflexionando, sopesando sus opciones, pero al final no tuvo más remedio que asentir con la cabeza. No podía dejar que se fuera sola a casa a esas horas, no había otra opción posible.

—Claro, vamos —admitió mientras ambos se dirigían hacia la puerta para recoger sus chaquetas.

CAPÍTULO 5

El camino empezó siendo silencioso. Raúl se sentía bastante incómodo al estar a solas con Cristina, en la intimidad de la noche, siendo plenamente consciente de que era la primera mujer que había despertado algo en él desde que la perdió a ella, y Cristina se pasó los primeros minutos del camino tratando de encontrar la fórmula adecuada para preguntar a Raúl lo que llevaba tiempo confundiéndola: por qué le rehuía si estaba claro que le gustaba. Por un momento, se sintió incómoda al pensar que quizá, solo quizá, a él no le interesaba ella en absoluto y todo había sido producto de su inagotable imaginación, lo que la sumió en una profunda tristeza durante un momento antes de que decidiera que no iba a marcharse aquella noche sin averiguarlo.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Cristina con dulzura.

—¿Qué? —Raúl se vio obligado a interrumpir sus reflexiones un momento para contestarle—. Sí, claro, muy bien...

—Pues no lo parece.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —Cristina se detuvo un momento, intentando encontrar las palabras apropiadas para no ofenderlo—. Que siempre estás muy serio...

—¿Lo estoy? —Raúl volvió a mirar al frente, algo molesto por su comentario. Sabía que era verdad, pero no pudo evitar sentir que decírselo de aquel modo tan directo era algo grosero—. No sé, no me he dado cuenta.

—Yo sí —advirtió Cristina—. Aunque no bailas nada mal, por cierto... — Una sonrisa traviesa acompañó sus palabras en aquella ocasión, obligando a Raúl a volver a mirarla una vez más. Antes de que se diera cuenta, su gesto de alegría se había contagiado a su rostro sin que él fuera consciente de ello.

—¿Tú crees?

—Claro... Tenemos que volver a quedar pronto... Ya sabes, para practicar... Estoy segura de que en unos días llegarías a bailar como un

profesional si me dejaras enseñarte...

—No sé, no creo que sea lo mío...

—¿Y qué es lo tuyo? —Cristina se sentía cada vez más curiosa y no podía dejar de intentar averiguar algo más sobre la vida de Raúl en cuanto tenía la más mínima ocasión, por más que él se empeñase en evitar contestar a sus preguntas.

—No sé...

—¿No sabes qué te gusta hacer? ¿O qué te divierte?

Raúl observó cómo sus pupilas se dilataban al observarlo esperando una respuesta. Sin embargo, él no sabía qué contestar. En realidad, ya nada le divertía, nada le gustaba... desde hacía demasiado tiempo... Pero eso no podía explicárselo a ella.

—Creo que ya hemos llegado a tu casa —se decidió a decir al fin. En efecto, el camino había terminado antes de que Cristina se hubiera percatado de dónde se encontraban. Raúl se quedó mirándola a los ojos sin poder apartarse mientras ella lo observaba con detenimiento.

—No has contestado a mi pregunta —le reprochó ella al final.

—Lo sé. —Una pequeña sonrisa apareció en su boca antes de que él pudiera evitarlo.

—¿Por qué...? —Las palabras se escaparon de los labios de Cristina antes de que ella pudiera detenerlas. Estaba claro que había bebido demasiado... Sin embargo, de algún modo sentía que le faltaba valor para terminar aquella frase.

—¿Por qué... qué? —le preguntó Raúl de repente, curioso.

—¿Por qué me rehúyes, Raúl? ¿Es que no te gusto? —Cristina nunca había sido tan directa en su vida, entre otras cosas porque nunca lo había necesitado. Los hombres solían ser bastante directos con ella en general, pero con Raúl se sentía tan confundida que no pudo evitar hacer la pregunta que había estado atormentándola desde que lo conoció.

Raúl apartó la mirada de sus ojos al fin, suspiró y se pasó los dedos por el

pelo.

—¿Por qué me lo pones tan difícil? No quiero hacerte daño, Cris...

—Entonces contesta a la pregunta.

Raúl la miró un momento, buscando la mejor forma de explicarse.

—Sí, sí me gustas... Me gustas mucho en realidad. De hecho, no creo que haya ningún tío en este mundo al que no le gustes... Quiero decir que... Mírate, joder...

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—Que yo no estoy... disponible.

—Vaya, no me lo habías dicho... ¿Es que tienes novia? ¿Estás casado? —
La confusión se apoderó del rostro de Cristina en ese momento.

—No...

—Entonces... ¿Por qué dices que no estás disponible?

—Porque no lo estoy...

Cristina se quedó un rato pensando hasta que llegó a la conclusión de que sus palabras no tenían ningún sentido.

—No entiendo nada.

—Es que no tienes por qué entenderlo... Con que lo aceptes es suficiente.

—¿Y si no quiero aceptarlo? —lo retó acercándose más a él. Raúl no esperaba aquella respuesta y la miró confundido, sin saber qué contestar. Cristina entendió su silencio como una buena señal y levantó su mano para acariciarle el rostro, pero él se apartó antes de que pudiera hacerlo.

—No... Esto no es buena idea... —murmuró mientras Cristina lo sujetaba del brazo para evitar que volviera a huir de nuevo.

—¿El qué, Raúl? Aún no ha pasado nada... —Su voz era tan suave como el terciopelo, y cuando volvió a ponerse frente a él una vez más, de algún modo sintió que no iba a ser capaz de apartar los ojos de los de ella durante el resto de su vida. Cristina volvió a levantar la mano para acariciar su mejilla, y en aquella ocasión él se lo permitió al fin, por lo que no perdió el tiempo y aprovechó para acercar los labios a los de Raúl dándole un tierno beso en la

boca. En un principio, él no le correspondió, sino que se quedó quieto, con los ojos cerrados, tratando de negarse al deseo que ella le había provocado, pero cuando poco después ella acercó más su cuerpo y sintió como su piel le quemaba, sus manos cobraron vida de repente, dirigiéndose a las mejillas de ella, sus ojos se cerraron con más fuerza y su boca emitió un leve quejido antes de introducir la lengua en la boca de Cristina para buscar la de ella, degustando su delicioso sabor más allá de lo que suponía que le estaba permitido. La calidez de sus labios le había cegado por completo en pocos segundos, así que enredó los dedos en su pelo y la besó con más dureza. Ella aceptó la crudeza con la que reclamaba sus labios, sintiendo cómo el deseo la dominaba por completo. Justo cuando empezaba a sentir que iba a estallar por la emoción de sentirse entre sus brazos, se apartó ligeramente de él.

—¿Quieres subir a mi casa? —preguntó entre jadeos. Raúl apoyó su frente en la de ella tratando de controlar su respiración agitada, sin ser capaz de conseguirlo.

—Creo que no debería...

—No te he preguntado si debes o no. Te he preguntado si quieres hacerlo —lo insistió ella acariciándole el pelo castaño con suavidad, esperando que su respuesta fuera positiva. Raúl se retiró un poco para poder mirarla a los ojos antes de contestar.

—No tienes que preguntarlo, ya sabes que quiero, pero...

—Entonces vente conmigo y no le des más vueltas.

Raúl la observó por un momento, en silencio. Su preciosa y suave piel, sus hermosos ojos verdes, que centelleaban en la noche bajo la luz de la luna, su pelo dorado como el más precioso amanecer... Podía ser suya por una noche, pero eso sería todo, y no creía que fuera suficiente para ella. Él solo podía ofrecerle su cuerpo y por un tiempo limitado, su alma torturada estaba muerta, y no era justo para Cristina que la utilizase así. No podía hacerle eso, no se lo merecía. Lo último que deseaba era hacerle daño, y si aquella noche accedía a su propuesta, acabaría haciéndolo, así que después de un instante reflexionando sobre ello, supo lo que debía hacer.

—No puedo, Cris. Lo siento... —Las palabras traspasaron su garganta como cristales, provocando un dolor casi insoportable a su paso antes de que se obligase a soltarla al fin. Cristina lo miró confundida un momento.

—¿Por qué, Raúl? ¿Qué ocurre? Tú me gustas y yo te gusto... ¿Por qué me estás rehuyendo?

—No es eso, tú no lo entiendes...

—Pues explícamelo.

—No puedo... —Raúl la miró mientras el gesto de Cristina pasaba de la decepción a la furia.

—¿Te he hecho algo yo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó confundido.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué te burlas de mí así?

—No me estoy burlando, joder... No lo tomes así... Escúchame... No quiero hacerte daño...

—Eso no es cierto. Me dices que te gusto, estás toda la noche conmigo, me acompañas a casa, me besas, y luego me rechazas sin darme ninguna explicación... No tiene sentido...

—Cris... —Raúl alargó el brazo para tratar de calmarla, pero ella se apartó con rapidez.

—No, no me toques. No te acerques a mí. A partir de ahora, no quiero volver a verte, ¿me oyes? El juego se acabó.

Raúl quería decir algo. Deseaba poder explicarle lo que estaba ocurriendo, demostrarle que no estaba burlándose de ella aunque lo pareciera, pero las palabras no salían de su boca, así que observó en silencio cómo Cristina se daba la vuelta y subía a su casa con los ojos llenos de unas lágrimas que se resistía a derramar tras haber cerrado la puerta del portal con un fuerte golpe, dejándolo solo en medio de la calle y, sobre todo, más perplejo de lo que recordaba haber estado jamás. El dolor que le habían transmitido sus palabras había traspasado la coraza que lo había protegido durante demasiado tiempo, y, por primera vez en lo que le habían parecido siglos, había vuelto a sentir de

nuevo. El problema era que aquellos sentimientos no eran nada positivos. De hecho, hacía tiempo que no sentía una tristeza como la que sintió esa noche.

CAPÍTULO 6

Aquel miércoles empezó sin contratiempos. La mañana transcurrió como era habitual. Hubo bastante trabajo y, por suerte, Raúl no se cruzó con Cristina en ningún momento. Los pocos instantes que tuvo libres los pasó entre bromas con su compañero de trabajo, de modo que fue capaz de olvidar lo que había ocurrido el día anterior, al menos durante un rato. Sin embargo, cuando terminó su jornada laboral y ambos comenzaron a quitarse el mono de trabajo, Josemi pareció decidirse al fin a sacar el tema que habían estado evitando durante todo el día.

—Bueno, ¿y qué tal ayer? Te quedaste a solas con Cris, ¿verdad?

—Más o menos... —contestó quitándole importancia, tratando de conseguir que percibiera su molesto tono de voz y que dejara el tema. Por desgracia, no fue así.

—¿Más o menos? Tío, dime que os enrollasteis... Está loca por ti, está claro...

—No quiero hablar de eso —espetó justo cuando Cristina salía de la tienda, con su coleta irregular y una bolsa en la mano. Raúl no pudo evitar quedarse observando desde la lejanía cómo se apartaba un mechón de la frente para ponérselo tras la oreja en el mismo momento en que ella levantaba la mirada de repente y sus ojos quedaban presos en los de él durante unos segundos. Toda su alegría habitual parecía haber escapado de su cuerpo, lo que provocó que la culpabilidad de Raúl creciera por saber que él era el único responsable de ello. Pero no podía hacer nada, así que se quedó mirándola en silencio hasta que ella se decidió a apartar la vista, enfadada, y comenzó su camino hacia su casa sin dirigirle la palabra siquiera. Josemi se había quedado alucinado tras haber presenciado aquella extraña escena.

—Tío, ¿qué os ha pasado? —preguntó de repente, preocupado.

Raúl cerró los ojos y suspiró en silencio antes de contestar:

—Nada, venga, vámonos —respondió sin más mientras comenzaba su camino sin importarle lo más mínimo si Josemi lo seguía. Sin embargo, él lo hizo, aunque por suerte entendió que Raúl no estaba de humor para hablar de aquel tema y decidió conversar acerca de algo más positivo.

—Pues yo ayer me acabé liando con su amiga... —comentó sin más.

—¿En serio? —El gesto de asombro de Raúl fue obvio, y por un momento se alegró bastante de que al menos a uno de ellos la noche le hubiera ido bien. Aquello mejoró su humor levemente, dado que la suya había sido desastrosa.

—Sí, bueno... La verdad es que no vamos en serio, queremos ir conociéndonos despacio, pero no puedo negar que me gusta. Sole es una chica muy dulce... Y parece interesada en mí.

—Me alegro, tío. —Raúl trataba de escuchar su conversación, aunque era complicado. Su mente volvía una y otra vez a la triste mirada de Cristina, una que ni siquiera parecía propia de ella y de la que solo él era responsable. Estaba claro que aquella misión estaba yendo aún peor de lo que esperaba. No estaba averiguando nada, tal como suponía que ocurriría, y encima estaba haciendo daño a gente que no se lo merecía. No pudo evitar desear que lo retiraran del caso pronto, fuera por el motivo que fuera. De hecho, hubiera ido aquella misma tarde a hablar con Abelardo una vez más si hubiera pensado que iba a servir de algo, pero sabía que no iba a ser así, de modo que prefirió continuar entregándole los informes escritos cada viernes como le había indicado, y continuó rezando en silencio para que aquel suplicio terminase cuanto antes.

—Entonces, ¿a ti ya no te interesa Cristina? —preguntó Raúl de repente, movido por la curiosidad.

—Sí, bueno... Claro... Me sigue gustando, y mucho. Pero quizá debería desistir, ya sabes... No parece que yo le importe lo más mínimo... Y Sole, sin embargo...

—No deberías tratar de sustituir a la mujer a la que deseas por otra solo porque está a tu alcance, Josemi. Las relaciones no funcionan así, y puedes acabar haciendo daño a alguien —dijo dando voz a sus propios sentimientos.

Por algún motivo sintió como aquellas palabras podían aplicarse a sí mismo del mismo modo que a su compañero de trabajo. La diferencia era que él no intentaba sustituir a nadie. No tendría sentido, nadie podría nunca compararse a ella...

—Lo sé... Ese es el motivo por el que quiero tomármelo con tranquilidad.
—Josemi pareció quedarse pensativo un rato, pero pronto llegaron a su casa y ambos se despidieron al fin.

Raúl se pasó el resto de la tarde mirando la tele, sin ver nada. Su mente no podía apartarse del recuerdo de los labios de Cristina sobre los suyos, del calor que transmitía su hermosa piel en medio de aquella gélida noche. Por un momento, pensó que se estaba volviendo loco, pero antes de que pudiera decidir si era cierto o no, se metió en la cama y se quedó dormido.

A la mañana siguiente se despertó bañado en sudor frío. Por suerte, en aquella ocasión no recordaba lo que había soñado, aunque estaba seguro de que no había sido nada agradable, así que se levantó, se tomó un café y se dio una ducha tibia, para dirigirse a su supuesto trabajo de nuevo.

Por suerte, apenas tuvo tiempo para descansar aquel día. Por algún motivo que no llegaba a comprender, todo el mundo parecía necesitar gasolina aquella mañana, lo que mantuvo su mente ocupada en todo momento, sin que tuviera oportunidad de pensar en lo que le atormentaba. Pudo observar cómo Cristina salía una vez más para irse a su casa, pero en aquella ocasión ella evitó hacer contacto visual con él y le dio la espalda a conciencia, antes de marcharse tan rápido como pudo. Josemi no volvió a sacar el tema, conector de que era algo molesto para él, y ambos volvieron a su casa sumidos en sus propios pensamientos.

La tarde estaba siendo tranquila, al igual que lo había sido la anterior. Casi se estaba quedando dormido en el sillón cuando sonó el timbre de la puerta. No tuvo que pensar demasiado para saber quién podía ser. Se pasó las manos por la cara y se levantó mientras bostezaba. En cuanto abrió, sus dos mejores amigos aparecieron ante él con una gran sonrisa. Enrique le dio una palmada en la espalda y, sin más preámbulos, entraron y se sentaron en el sillón.

—Bueno, tío, ¿cómo te va todo? Estás desaparecido... —dijo Enrique haciendo gala de su buen humor.

—Igual que hace unos días: harto... Deseando que me retiren del caso de una puta vez. Tal como suponía, no estoy consiguiendo averiguar nada, pero Abelardo sigue empeñado en que tengo que seguir infiltrado, así que... Yo qué sé... ¿Hay alguna novedad? —preguntó Raúl esperanzado.

—Bueno, poca cosa. Parece ser que han encontrado otro cadáver... Una mujer, a unas dos calles de la gasolinera donde trabajas...

—Menuda novedad... —comentó molesto.

—Sí que lo es —lo interrumpió Sito—. Porque ella vivía en la zona...

Raúl levantó la mirada hacia su amigo antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo mientras un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿Seguro? —cuestionó al fin, temiendo la respuesta.

—Sí, tío. Abelardo nos ha dicho que te lo comentáramos... Imagino que supondrá que prefieres hablar con nosotros a tener que contactar con él... —explicó Sito aún sonriendo.

—Sí, bueno. La verdad es que le agradezco el detalle —espetó Raúl con amargura.

—No digas eso —añadió Sito perdiendo la sonrisa—. Nuestro jefe es un buen tío...

—Si tú lo dices... —respondió Raúl sarcástico, con la intención de dejar el tema al fin. No quería volver a discutir sobre Abelardo. Era extraño que la tuviera tomada con él, pero aún era más extraño ver cómo sus dos mejores amigos, que siempre habían permanecido a su lado desde que eran niños incluso en los momentos más duros de su vida, se habían puesto del lado de su jefe en un momento tan complicado. No lo comprendía, y tampoco estaba muy seguro de querer hacerlo.

—Tío, en serio. Él se preocupa mucho por ti. Sé que crees que te odia o algo así, pero no es cierto. Es un buen tipo. Deberías darle una oportunidad... —intervino Enrique.

—Mira, prefiero cambiar de tema, ¿vale? Estoy harto de oír cómo lo defendéis después de lo que me ha hecho...

—No te ha hecho nada, joder. Estás cumpliendo una puta misión, te recuerdo que es tu trabajo... Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta. — La voz de Sito se había elevado en aquella ocasión mostrando al fin su enfado con claridad.

—¿Qué coño has querido decir con eso? —Raúl se levantó tras observar cómo Sito hacía lo mismo con intención de enfrentarse a él, cuando Enrique se puso entre ambos y empezó a separarlos con las manos.

—Eh, tíos, ¿qué cojones os pasa, eh? ¿Vais a pelearos por esto? Somos una puta familia, joder, ¿lo habéis olvidado?

Sito apartó la mirada de Raúl tratando de calmarse al escuchar aquellas certeras palabras. Enrique tenía toda la razón, siempre habían estado muy unidos y no podían permitir que una tontería como aquella se interpusiera entre ellos. Raúl, sin embargo, seguía estando furioso, pero esperó paciente a que Sito volviera a hablar, deseando que le diera una excusa para abalanzarse sobre él. Estaba tan cabreado que no podía pensar con claridad. Su respiración era agitada mientras sus ojos permanecían clavados en aquel que hacía poco tiempo había considerado uno de sus mejores amigos. Pero Sito no contestó. Se pasó las manos por la cara y, para cuando las retiró, su enfado parecía haberse evaporado. Miró un momento a Enrique, y luego volvió a observar el rostro de Raúl, que seguía tan irritado como antes.

—Es verdad, lo siento. No debí haberte hablado así. No sé qué me ha pasado... —admitió al fin tratando de arreglar la situación. Raúl pensó en echarlo de allí, pero sabía que no podría hacerlo. No podía negar que en los últimos años todos habían cambiado mucho. De hecho, él era el que más había cambiado de todos. Aún no se había recuperado de su pérdida y no estaba seguro de que fuera a hacerlo algún día. Sin embargo, ellos habían estado siempre a su lado, apoyándolo en todo momento, incluso en aquellos instantes en los que ni siquiera sentía que tuviera una razón para vivir. Era cierto que quien más lo había ayudado había sido Enrique, pero Sito tenía un carácter

distinto, más despegado, quizá a causa de su pasado, así que no se lo había tenido demasiado en cuenta. En cualquier caso, eran una familia, tal como había dicho Enrique, y al recordar aquello, supo que no podría echarlo aunque lo hubiera deseado hacer un momento antes, así que asintió tratando de calmarse y se obligó a sentarse de nuevo en el sillón después de ver cómo sus amigos hacían lo mismo.

Enrique se esforzó por volver a hablar para que ambos superasen aquel bache, y, poco a poco, a lo largo de la tarde, pareció conseguirlo. Para cuando se fueron aquella noche, las cosas parecían haber vuelto a su cauce, más o menos.

En el momento en el que Raúl se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo, las palabras de su amigo volvieron a su mente. Aquella información no parecía muy relevante para el caso que les ocupaba. En realidad, no había pistas nuevas ni proporcionaba un posible móvil, ni siquiera parecía afectarle a él en un principio. Pero no podía evitar sentir que el pánico empezaba a invadirlo sin remedio. Y no tuvo que pensar mucho más para averiguar el motivo. Aquella mujer vivía en el barrio y la habían matado sin motivo aparente. La imagen de Cris apareció en su mente y, por una vez, sintió un terror absoluto al pensar que ella pudiera ser la siguiente. Pero no iba a ser así porque él no lo permitiría. Haría lo que fuera para evitarlo, tanto si ella quería como si no. Estuvo pensando en ello un rato, y para cuando el sueño se adueñó de él aquella noche, ya estaba convencido de ello.

CAPÍTULO 7

Aquella mañana Raúl se sentía nervioso. Sabía que iba a tener que hablar con Cristina en cuanto llegara su hora de salida, aunque no tenía idea de cómo iba a hacerlo. Cuando llegó el momento de marcharse, cerró los ojos y suspiró en silencio, antes de dirigirse hacia la tienda ante la mirada atónita de Josemi, que comenzó a andar a su lado.

—¿Hoy no te vienes conmigo? —preguntó enarcando las cejas mientras se sacaba un cigarro de marihuana del bolsillo.

—No, tengo que hablar con Cris... —dijo tratando de obviar el hecho de que estaba a punto de fumar droga frente a él. De todos modos, en cuanto las palabras salieron de su boca vio como una gran sonrisa aparecía en los labios de Josemi, quien asintió después de dar la primera calada y le dio una palmada en el hombro para animarlo.

—Perfecto. Buena, suerte, tío —le dijo antes de marcharse al fin. Por extraño que pudiera parecer, aquellas palabras no le ayudaron en absoluto. Estaba claro que lo iba a tener difícil para acercarse a Cristina de nuevo, y Josemi lo sabía tan bien como él, pero en realidad todo aquello carecía de importancia. No iba a permitir que Cristina se fuera sola a casa. No iba a permitir que le ocurriera nada si él podía evitarlo, así que debía convencerla de que le permitiese acompañarla cada día. Era la única forma en la que se sentiría tranquilo. Aún no había pensado cómo iba a conseguir que ella aceptara su propuesta, pero de un modo u otro iba a hacerlo.

Cuando entró en la tienda, ella ni siquiera levantó la vista. Ya se había quitado la camiseta del trabajo y estaba dispuesta a marcharse, aunque su rostro seguía tan triste como al principio. Observó como se agachaba para alcanzar su bolsa, y él aprovechó ese momento para agacharse a su lado y cogerla antes que ella. Pudo ver como levantaba la mirada confusa, pero en cuanto lo reconoció, su gesto cambió por completo. La tristeza y la confusión

que había mostrado segundos antes desaparecieron totalmente para dar paso a la ira.

—¿Qué estás haciendo? Dame la bolsa... —le espetó enarcando las cejas.

—Yo la llevaré. Voy a acompañarte a casa, Cris —respondió él con tranquilidad. Ella dejó escapar una breve carcajada al escuchar aquellas palabras, pero pronto volvió a mostrarse enfadada de nuevo.

—Si es una broma, no tiene gracia. Dame la bolsa ahora mismo y lárgate de aquí —dijo antes de alargar la mano para recuperar sus pertenencias, observando como él se lo impedía escondiendo su bolsa detrás de su espalda.

—No es una broma, Cris. Hablo en serio. Voy a acompañarte a casa... No tienes por qué hablarme, pero voy a ir contigo tanto si quieres como si no...

Al ver que no podía recuperar su bolsa como pretendía, Cristina empezó a enfadarse de verdad. No entendía a aquel tipo arrogante que la humillaba una noche para dos días después creerse con derecho de obligarla a aceptar su compañía de nuevo.

—¿Quién te crees que eres, joder? —gritó Cristina al fin, empujándolo. Su rabia fue aún mayor al ver que, por mucha fuerza que hubiera intentado hacer, no había conseguido moverlo ni un centímetro—. No quiero ni verte, no quiero estar contigo, solo quiero que desaparezcas de mi vida, creí que te lo había dejado claro el otro día...

—Lo hiciste —admitió Raúl con gesto serio.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, solo quiero acompañarte a casa.

—Eso no tiene ningún sentido.

Raúl suspiró un momento antes de tratar de explicarse, aunque prometía ser complicado.

—Sí que lo tiene. Digamos que... me preocupo por tu... seguridad.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó ella incrédula, observando como él asentía en respuesta a su pregunta—. Pues muchas gracias, pero no necesito que te preocupes por mi seguridad. Soy adulta, no necesito que me protejas.

Solo necesito que me devuelvas mi bolsa y que te vayas.

—Cris, por favor. Sé que el otro día la fastidié, ¿vale? —admitió al fin—. Pero solo te estoy pidiendo que permitas que te acompañe a casa. No creo que sea demasiado... —Sus ojos eran sinceros, y Cristina reaccionó al fin a aquellas palabras. El hecho de que Raúl ya no pareciera tan arrogante como antes tuvo mucho que ver en su cambio de actitud, pero de todos modos su forma de actuar seguía pareciéndole incomprensible.

—¿Por qué estás tan empeñado?

—No sé —contestó Raúl encogiéndose de hombros. Cristina se quedó observándolo en silencio, más confundida de lo que había estado nunca.

—¿No te importo, pero te preocupas por mi seguridad? Eso no tiene ningún sentido...

—¿Quién ha dicho que no me importas? —Las palabras salieron de su boca antes de que él fuera capaz de detenerlas, provocando que Cristina se sintiera cada vez más perdida en aquella conversación—. Quiero decir que... eres mi compañera de trabajo... y no quiero que te pase nada... —titubeó tratando de explicarse.

—Solo tu compañera de trabajo, ¿eh? —Cristina se quedó pensativa unos segundos antes de que una extraña sonrisa apareciera en sus labios—. Vale, te dejo acompañarme, pero solo si haces algo por mí...

—¿Qué quieres que haga? —preguntó resignado.

—Quiero que me des un beso.

Raúl emitió un sonoro jadeo por la sorpresa de lo que acababa de escuchar, y se quedó mirando a Cristina asombrado, esperando que aclarase que todo aquello solo era una broma. Sin embargo, no lo hizo. Simplemente se quedó esperando mientras una sonrisa burlona bailaba en sus labios.

—¿Quieres obligarme a darte un beso? Estás loca...

—Y lo dice el hombre que me rechaza para luego obligarme a aceptar su compañía... —comentó sarcástica.

—No voy a besarte, Cris. Así que déjate de gilipolleces y vamos a tu casa.

—Entonces no hay trato —respondió ella con tranquilidad, encogiéndose de hombros. Al ver como Raúl se frustraba por su respuesta, no pudo evitar que un par de carcajadas escaparan de su garganta—. Venga, ¿cuál es el problema? Ya lo has hecho antes, y si no te importo, no debería preocuparte tanto darme un beso. Al fin y al cabo, no te va a afectar en absoluto, ¿verdad?

Raúl se quedó pensativo un rato, buscando una forma de convencerla sin tener que acatar sus deseos, pero al final emitió un sonoro gruñido por su fracaso y acto seguido asintió con la cabeza.

—Vale, joder, tú ganas. Deja que te acompañe a casa y, cuando hayamos llegado, te besaré si es lo que quieres.

—Me parece justo —aceptó Cristina antes de empezar a andar, sin pararse a observar si Raúl la seguía con su bolsa. De algún modo, sabía que así era. Unos segundos después notó como se colocaba a su lado y, juntos, comenzaban su camino de vuelta.

El paseo empezó siendo silencioso. Cristina iba sumida en sus pensamientos, intentando entender a Raúl, sin llegar a conseguirlo. De hecho, cada vez entendía menos a aquel hombre que la enfadaba a todas horas, pero que, de alguna forma, la hacía sentir más viva de lo que había estado nunca. No sabía si lo de acompañarla a casa era una excusa para hablar con ella, pero fuera como fuera no pensaba ponérselo fácil. Le había hecho daño, y a ella no le gustaba nada que le hicieran daño, y mucho menos alguien que le gustaba de verdad.

—¿Qué tal ha ido el trabajo? —preguntó Raúl después de unos minutos, empezando a sentirse incómodo con aquel silencio.

—Creí que el trato era que me acompañaras a casa, no habías dicho nada de que debía hablarte...

—Y no tienes que hacerlo... Solo pensé que quizá el camino se nos haría más ameno con un poco de conversación...

—No estoy de acuerdo. Yo estaba muy a gusto antes de escucharte...

—Cris... —empezó a decir Raúl antes de detenerse. La verdad era que la forma en la que se estaba comportando, tan cruel y altanera, tan distante y llena

de ira, le estaba haciendo daño por algún motivo que no llegaba a comprender, pero no podía decirle eso.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al fin—. ¿Tengo que olvidarme de todo lo que ha pasado porque de repente tienes ganas de volver a hablarme? Ni siquiera me has explicado nada... Ni siquiera te has disculpado por lo que pasó...

—Vale, lo siento. Siento lo que pasó el otro día. No quería hacerte daño, créeme...

—Pero lo hiciste... —Cristina admitió al fin que estaba dolida en voz alta por primera vez, algo que desde luego no se la daba demasiado bien, mientras su eterna sonrisa desaparecía de sus labios. Ya habían llegado frente a su casa y ambos se habían detenido junto a la puerta del portal. Raúl se estaba esforzando en tratar de apartar la vista de sus maravillosos ojos verdes, sin conseguirlo. Escuchar que le había hecho daño le había afectado más de lo que esperaba, aunque por desgracia no podía hacer nada al respecto.

—Ya hemos llegado —comentó Raúl al fin, tratando de cambiar de tema.

—Ya lo veo. No te preocupes. No te voy a obligar a besarme... En realidad, sí que era una broma... Creí que al decirte eso me dejarías en paz, pero está claro que me equivocaba...

Cristina había alargado la mano para coger su bolsa antes de resignarse a subir a su casa, cuando sintió como Raúl cogía su mano con dulzura. Sin que se diera cuenta, se había abrazado a ella apoderándose de su boca y le mostró tal ansia que la dejó sin aliento. La forma en la que la estaba besando no tenía nada que ver con el trato que habían hecho poco antes, estaba segura. Podía notar como sus manos empezaban a enredarse en su pelo manteniéndola inmóvil mientras su lengua la abrasaba por dentro. Nunca había sentido un fuego como aquel, y por un momento estuvo segura de que él sentía lo mismo, no podía negarlo en aquella ocasión. La forma en que su respiración se había acelerado, el modo en que emitía suaves jadeos contra su boca a cada momento y la fuerza con la que la abrazaba sin permitir que se escapara de su agarre, pero a la vez tan suavemente que demostraba que no quería asustarla,

le comunicaba más de lo que sus palabras habían podido expresar en ningún momento.

Cuando Raúl se apartó de su boca al fin, teniéndola aún entre sus brazos, sintió que, por un momento, el mundo había dejado de existir. Ya nada le importaba. Solo quería estar con ella. Pasara lo que pasara después, en aquel instante quería dejar de pensar. Solo quería disfrutar del momento, aunque más tarde fuera a arrepentirse de su decisión sin remedio. La deseaba demasiado y sabía que ella sentía lo mismo, lo que complicaba más su necesidad de alejarse de ella. Unos segundos después de observarse en silencio, apoyó su frente en la de Cristina y escuchó su voz temblorosa:

—Vamos a mi casa.

Raúl era consciente de todos los motivos por los que debía negarse: él no estaba disponible, estaba infiltrado en un caso, no podía ser totalmente sincero con ella y no iba a ser capaz de mantener una relación. Sin embargo, ninguna de esas razones pareció tener suficiente peso para él cuando contestó:

—De acuerdo.

CAPÍTULO 8

Cristina no se podía creer lo que acababa de escuchar. Raúl siempre parecía tan reticente a estar con ella... Pero en cuanto aquellas palabras escaparon de sus labios, ella no se lo pensó. Lo tomó de la mano y lo llevó a su casa sin dudar un solo segundo. Lo deseaba demasiado como para darle tiempo a reflexionar, sobre todo porque, si lo hacía, podía llegar a arrepentirse de haber aceptado su invitación, aunque, por primera vez desde que lo conocía, estaba empezando a sentirse algo más segura. Su beso le había transmitido todo lo que él nunca había conseguido comunicar con palabras: él sentía algo por ella, y por fin estaba segura de ello, no eran imaginaciones suyas. Como mínimo, la deseaba igual que ella a él, y eso fue suficiente para calmarla un poco. Raúl era tan cerrado, tan introvertido que no era capaz de entenderlo, pero tenía la esperanza de que poco a poco fuera abriéndose a ella. No le importaba tener que esperar, era una mujer paciente.

Cuando Raúl entró en casa de Cristina, empezó a sentirse incómodo, algo que ella notó rápidamente. Era difícil resistirse a ella, era increíblemente preciosa y, sobre todo, muy insistente. La deseaba tanto que en ocasiones sentía que incluso le dolía el alma al negarse a tocarla. Pero había demasiados secretos que se interponían entre ellos como para que él pensara que lo suyo, fuera lo que fuera, podía salir bien. No podía contarle quién era en realidad, dado que si lo hacía pondría en peligro la investigación que le ocupaba y, además, podía perder su empleo, y lo que era peor, no podía entregarse a ella como creía que merecía. Aún no había superado su pasado y no creía que fuera a hacerlo jamás, así que el hecho de que él hubiera aceptado al fin ir a su casa, el mismo hecho de haberla besado minutos antes, no tenía ninguna lógica. Pero lo había hecho de todos modos porque, simplemente, no había podido evitarlo. Ya estaba empezando a admitir que no era capaz de mantenerse alejado de ella como debería hacer, y eso lo angustiaba más a cada momento que pasaba.

—No tienes por qué estar nervioso, no te voy a morder... —bromeó Cristina tratando de que Raúl se relajara. Aquel comentario provocó que Raúl esbozara una pequeña sonrisa que desapareció tan rápido como había llegado—. Mis compañeras de piso no están. Sole había quedado, así que no creo que venga pronto, y Lara pasará la noche fuera... O sea que estamos solos... —añadió antes de morderse el labio. Sabía lo que quería hacer a continuación, pero no estaba segura de lo que Raúl estaba pensando. Estaba demasiado callado, como siempre.

—¿Debo entender eso como una invitación a pasar la noche contigo? —preguntó él sonriendo de nuevo.

—Puedes entenderlo como una invitación a pasar conmigo el resto de tu vida —respondió ella al fin antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir... —la interrumpió Raúl, serio de nuevo, acercándose lentamente hasta quedar justo frente a ella. La observó un momento y tomó un mechón de su pelo antes de ponérselo tras la oreja—. Mira, Cris. Me gustas, me gustas muchísimo, no lo voy a negar. Pero no sé si estamos buscando lo mismo...

—Yo creo que sí —admitió ella tratando de que no le temblara la voz. Podía sentir como empezaba a dudar, como trataba de alejarse de ella una vez más después de haberse acercado tanto y no estaba dispuesta a permitirlo. Raúl observó su rostro decidido y una sonrisa apareció a traición en sus labios de nuevo. Su mano se dirigió a su pelo de nuevo y su boca se aproximó a sus labios antes de empezar a besarlos con ternura. Sin embargo, en cuanto su lengua se introdujo buscando la suya, el fuego que ambos sentían por dentro estalló como la dinamita. Cristina se abrazó a su cuello y lo besó de una forma más pasional, transmitiendo la ansiedad que llevaba sintiendo desde que lo había conocido. Ella se esforzó en quitarse los pantalones y la camiseta, luchando por no romper el beso que los unía. Un gemido se escapó de su garganta cuando notó como Raúl correspondía a su deseo rodeándola con los brazos con fuerza. Fue en ese momento cuando ambos perdieron el control por

completo. Raúl se inclinó hacia delante hasta que Cristina apoyó su espalda contra la pared, y ella le correspondió abrazándole la cintura con sus piernas. Raúl no tardó demasiado en bajar el tirante de su sujetador mientras le besaba el cuello, sintiendo al fin cómo la calidez de su piel ardía contra sus labios. Ella apoyó la cabeza sobre la pared que tenía detrás mientras sentía como Raúl acariciaba su cuello con los labios hasta llegar a sus pechos al mismo tiempo que se bajaba la cremallera del pantalón. Entre jadeos, se introdujo uno de sus pezones en la boca justo antes de penetrarla por completo de un solo empujón y escuchó el grito que ella dejaba escapar al sentirlo. Se mantuvo un momento quieto dentro de ella, permitiendo que se adaptara a su miembro, antes de empezar a embestirla con fuerza. Su mano masajeaba uno de sus pechos mientras su boca se ocupaba del otro. Cristina aceptó cada una de sus acometidas con un suave gemido, disfrutando al sentirlo dentro de ella por fin. Todo lo que él se había callado, todo lo que no era capaz de comunicarle con palabras se lo estaba transmitiendo en ese momento. La deseaba tanto como ella a él, y mientras enredaba los dedos en su pelo, observando como el sudor empezaba a resbalar por su frente, no pudo evitar sentirse plena por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Raúl continuó moviéndose en su interior durante un rato, pero poco después se vació dentro de ella por completo, con un débil quejido. Hacía tanto tiempo que no estaba con ninguna mujer que no pudo aguantar más. Se quedó unos segundos jadeando contra su cuello mientras sentía como ella le acariciaba el pelo con dulzura y ambos trataban de controlar su respiración de nuevo. Cuando al fin se decidió a levantar la cabeza para mirarla, ella le sonrió con dulzura.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Raúl al fin.

—Al fondo del pasillo —contestó ella resbalando los dedos entre los mechones húmedos de su pelo. Raúl no necesitó escuchar más. Sin bajarla de sus brazos, fue hasta su habitación y la tendió sobre la cama. Se desnudó en un momento mientras observaba como ella se deshacía al fin del resto de su ropa interior, y se tumbó sobre ella. No pudo evitar quedarse unos segundos

observando su hermoso rostro mientras sus dedos acariciaban sus dorados cabellos.

—Eres preciosa, Cris... —Fue todo lo que dijo antes de volver a unir sus labios a los de ella. Ella aceptó aquel beso repleto de ansiedad con alegría mientras sus dedos le acariciaban la espalda, sintiendo por primera vez cada uno de sus músculos con sus manos. Su cuerpo era tan atractivo como cautivador. Sus abdominales duros chocaban contra su estómago a cada acometida, y sus fuertes brazos la tenían apresada de tal modo que apenas era capaz de moverse. En realidad, aquello carecía de importancia, porque si había algo que tenía claro en ese momento era que no tenía intención de irse a ningún sitio. Por una vez se sintió en el paraíso al estar con el hombre al que tanto había deseado, aquel que le había parecido inalcanzable solo unas horas antes y que en ese momento estaba sobre ella, perdido en su cuerpo mientras su miembro buscaba en lo más profundo de su ser.

Raúl apartó sus labios de su pecho cuando sintió que ambos estaban cerca de estallar de nuevo, dirigiéndolos a su boca, atrayéndola hacia él todo lo posible. No podía evitar pensar que lo que pasara a continuación carecía de importancia. En aquel momento Cristina era suya, y por más que hubiera luchado contra sus sentimientos, nada podría apartarla de él en ese instante. Cuando sintió como se derramó dentro de ella por segunda vez mientras ella emitía un grito de placer que demostraba que también había alcanzado el clímax, enterró la cara en su cuello y trató de no pensar en lo que ocurriría a continuación. No sabía lo que iba a decirle, o lo que ella pensaba decirle a él. No sabía lo que pasaría entre ellos ni las consecuencias que eso tendría en su vida. En aquel momento se había quedado bloqueado, en blanco. Lo único que sabía era que Cristina era la criatura más hermosa que había visto, y en ese momento estaba entre sus brazos, tratando de recuperar el aliento después de haberse entregado a él por completo. En realidad, nunca se había podido resistir a él, siempre había estado a su lado cuando él así lo había requerido, y no sabía cómo iba a explicarle que él no iba a poder hacer lo mismo. Ese inoportuno pensamiento le heló la sangre por un momento, así que se esforzó

por apartarlo. No quería pensar en los problemas ni en el futuro. En aquel momento solo deseaba disfrutar de la calidez de su aliento en su piel y de la forma en la que lo acariciaba. Mientras observaba cómo empezaba a cerrar los ojos y su respiración se volvía más regular, decidió que tenía que memorizar cada movimiento, cada curva de su piel, cada rasgo de su perfecto rostro, antes de que la perdiera de nuevo de forma inevitable.

CAPÍTULO 9

Cristina notó como algo se movía a su lado, de modo que intentó abrir los ojos, no sin dificultad. Cuando al fin lo consiguió, pudo observar que Raúl no estaba a su lado como ella esperaba. Movi6 la cabeza para buscarlo y lo encontr6 sentado en el borde de la cama, con los vaqueros ya puestos, abrochándose las zapatillas.

—¿Ad6nde vas? —pregunt6 curiosa.

Raúl la mir6 un momento, decepcionado por ver que se había despertado. Tenía la esperanza de que continuara dormida para tener la oportunidad de marcharse sin tener que mantener la inc6moda conversaci6n de la que ya no podía librarse.

—A mi casa —contest6 con tranquilidad antes de apartar la vista de ella de nuevo.

—Podrías quedarte... —ronrone6 con una sonrisa, apoyando la cabeza sobre la almohada.

—No, no podría —espet6 6l con sequedad. Su forma de comportarse le molestaba, porque confirmaba lo que ya se temía. Había cometido un grave error aquella noche, no debió haberse acostado con ella. Ella había entendido que 6l le ofrecería m6s de lo que podía darle, y aquello no iba a traer nada bueno para ninguno de los dos.

—¿Por qu6? —cuestion6 Cristina confusa. Cuando Raúl no respondi6, sus ojos bajaron por su espalda hasta centrarse en un detalle que antes le había pasado desapercibido. Tenía una cicatriz enorme en el costado que le llegaba hasta el est6mago. Era muy alargada y de tal relieve que parecía haber sido profunda. Antes de saber lo que estaba haciendo, su mano se dirigi6 hasta ella, tocándola con suavidad. Sin embargo, en cuanto Raúl not6 su tacto, se levant6 r6pidamente y se apresur6 a ponerse su camiseta de nuevo—. ¿C6mo te lo hiciste?

—Eso no es asunto tuyo —contestó Raúl con rudeza.

Cristina enarcó las cejas, perpleja por su actitud. Estaba claro que aquel tema no era de su agrado, se notaba que aquella cicatriz no era de una operación, era demasiado irregular, así que debía haber sido debido a algo grave. Sin embargo, decidió aguantar su curiosidad para no molestarlo, suponiendo que, cuando estuviera preparado, se lo contaría.

—¿Pensabas marcharte sin siquiera despedirte? —Consiguió articular con voz temblorosa.

Al escuchar aquellas palabras, Raúl suspiró y se resignó a su destino. Se sentó a su lado y la observó detenidamente, admitiendo para sus adentros que iba a echar mucho de menos la perfección de las facciones que componían su hermoso rostro.

—Mira, Cris. No quiero hacerte daño, de verdad...

—Eso ya lo has dicho antes... —comentó molesta.

—Lo sé, pero es la verdad. Tienes que ser justa... Yo no te he prometido nada... Lo que pasó anoche fue solo sexo. Lo pasamos bien, pero ya está. No te equivoques. Yo no busco nada serio...

—Entonces... ¿Qué significado yo para ti, Raúl? ¿Soy una distracción? ¿Una forma de desahogarte? —Raúl observó que, mientras hablaba, su tono de voz se endurecía según su irritación aumentaba. Y él no sabía cómo responder. No estaba preparado para mantener aquella conversación, y sabía que iban a terminar discutiendo, lo que no le apetecía en absoluto, así que se quedó en silencio un momento antes de decidirse a levantarse de nuevo.

—Tengo que irme.

—Genial —dijo Cristina, envolviendo su cuerpo desnudo en la sábana de su cama—. Haz lo que quieras. Yo voy a darme una ducha. Quizá así logre olvidar el error que cometí anoche...

—Cris, escúchame... —Raúl quería explicarle que él no pensaba que hubiera cometido un error, la culpa era de él, sin duda. Pero ella no le dio oportunidad. Pasó por su lado tan furiosa que apenas podía controlarse, y se dirigió a su armario, tratando de coger algo de ropa.

—No, no te preocupes —murmuró entre dientes—. No eres el único cabrón al que me he tirado. Quizá seas el que mejor me ha engañado, pero desde luego no eres el primero que lo ha hecho ni tampoco serás el último...

—Cris, no digas eso. Yo no te he engañado, joder, y lo sabes. —Raúl avanzó hacia ella tratando de calmarla, pero ella no tenía intención de escucharlo. Se dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta con el objetivo de alejarse de él al fin. Raúl sintió que no podía permitir que se fuera dejando las cosas así, de modo que la cogió del brazo para impedir su huida, pero ella, al notar su agarre, se giró y le soltó una bofetada que le volvió la cara, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Después se quedó observándolo confundida mientras las lágrimas de frustración que antes rebosaban en sus ojos se derramaban al fin por sus mejillas. Cuando Raúl posó sus ojos en ella una vez más, la furia que transmitió su mirada le heló la sangre. Tras observarla unos segundos en silencio mientras ella se concentraba en escuchar su respiración agitada, la soltó al fin y se marchó dando un fuerte golpe al cerrar la puerta.

Cristina dirigió las manos hacia su boca tratando de contener los sollozos que amenazaban con dejarla sin respiración, pero poco después no pudo soportarlo más y cayó al suelo, rindiéndose a llorar con fuerza.

Raúl volvió a su casa tan furioso que apenas podía controlarse. Cerró la puerta y dio un par de puñetazos a la pared antes de respirar hondo, tratando de calmarse. Quería odiar a Cristina, de verdad que lo deseaba, pero sabía que no podía hacerlo. La culpa de todo lo que había pasado era de él, y era consciente de ello. No debió haber perdido el control ni un segundo, y lo había hecho, así que tenía que pagar las consecuencias de sus actos. Lo que tenía claro era que no podía continuar con aquel caso, en ese momento estaba más seguro que nunca. Tenía que buscar la forma de convencer a Abelardo para que le permitiera dejar aquella misión o se acabaría volviendo loco. Después de todo lo que había pasado no podía volver a la gasolinera, así que aquel fin de semana tomó la firme decisión de ir el lunes a primera hora a hablar con el comisario para, de algún modo, lograr convencerlo de que debía asignarle otra

misión, la que fuera.

Sin embargo, cuando el lunes se decidió a levantarse de la cama, después de no haber dormido nada en absoluto en toda la noche, las cosas ya no le parecían tan fáciles. Le faltaban solo un par de horas para tratar de convencer a su jefe, y era consciente de que sería complicado, así que se puso unos vaqueros y se apresuró a llegar a la oficina, pensando en qué podía hacer o decir para convencerlo al fin. No podía decirle lo que había ocurrido con Cristina, porque en ese caso podría perder su trabajo, así que no tenía muchas opciones. Pero daba igual, en aquella ocasión lo conseguiría. Cuando llamó a la puerta estaba decidido. Entró tratando de aparentar seguridad y se sentó frente a él mirándolo fijamente.

—Buenos días, Raúl. Veo que has sido muy madrugador... ¿A qué debo el placer de tu visita? —preguntó Abelardo con sarcasmo.

—Necesito que me apartes de este caso.

—Sabes que no puedo hacer eso... Pero si necesitas cualquier otra cosa...

—Esto es lo que necesito. Asígname otra misión, la que quieras. Haré lo que me pidas, pero no puedo seguir allí, hablo en serio.

El comisario suspiró resignado mientras lo observaba con detenimiento.

—Tienes que seguir ahí, no hay nadie que pueda sustituirte ahora mismo, Raúl, y un cambio tan repentino podría levantar sospechas. Lo lamento, pero no puedo hacer nada...

—Por favor —suplicó al fin, empezando a mostrarse desesperado—. Te lo estoy pidiendo como un favor personal. Necesito que me saques de allí.

Abelardo se levantó de su asiento y, dándole la espalda, empezó a mirar por la ventana.

—¿Has descubierto algo acerca del caso? —murmuró de repente.

—No, nada. Ya te lo dije, no creo que esa gente esté relacionada con nada de lo que está ocurriendo. No es ese el motivo por el que te lo pido.

El hombre se dio la vuelta en ese momento para mirarlo.

—Entonces, ¿cuál es el motivo?

—Eso no importa.

Abelardo volvió a suspirar una vez más.

—Mira, no sé qué te ha pasado, pero te aseguro que no puedo hacer nada. En este momento necesitamos a alguien infiltrado allí, y tú eres el único que está disponible. Estoy atado de pies y manos en esto, chaval...

Raúl no le creía. De hecho, estaba seguro de que, por muy serio y preocupado que pudiera parecer, estaba disfrutando al obligarlo a hacer algo que detestaba, pero era consciente de que nada de lo que dijera o hiciera iba a servir para conseguir su objetivo, así que asintió y, finalmente, se marchó de su oficina sin despedirse y provocando un gran estruendo al cerrar la puerta con un fuerte golpe.

Cristina había pasado todo el fin de semana metida en la cama. Soledad había estado a su lado tratando de animarla, sin conseguirlo, pero aquella mañana sabía que no tenía otra opción más que levantarse, ducharse y enfrentarse a lo que había ocurrido al fin. No podía continuar escondiéndose, y además no era su estilo, así que se preparó un café y sonrió levemente ante la broma que su compañera de piso trató de hacerle diciendo que estaba más guapa que nunca, con la intención de levantar su ánimo. A cada paso que daba al bajar las escaleras se sentía cada vez más fuerte. Podía enfrentarse a aquello, podía enfrentarse a cualquier cosa porque era una mujer fuerte e independiente, y ningún hombre iba a conseguir que ella se olvidase de eso. Cuando abrió la puerta del portal ya casi se había convencido del todo. Sin embargo, cuando divisó la figura de Raúl delante de ella, esperándola en silencio, todo el valor que había conseguido reunir aquella mañana se evaporó en un instante.

CAPÍTULO 10

Cristina se quedó observando a Raúl en silencio, inmóvil frente al portal de su casa, sin saber qué hacer durante unos segundos que a él le parecieron interminables, pero poco después su gesto sorprendido se volvió enfadado y comenzó a andar de nuevo, pasando por su lado mientras trataba de ignorar su presencia.

—Así que este es tu plan... Actuar como si no me conocieras —dijo él cuando le daba la espalda.

—No, el plan era no haberte conocido, pero ya no hay remedio para eso, así que ahora he decidido que lo mejor es actuar como si no te conociera... — le espetó con una sonrisa burlona, volviéndose un momento.

—Pues tu plan no funciona. Si no me conocieras, no estarías hablándome ahora mismo así de cabreada...

—Déjate de bromas y olvídate, Raúl —respondió antes de comenzar a andar de nuevo.

Raúl suspiró molesto, pero pronto siguió sus pasos, comenzando a andar a su lado.

—Pienso acompañarte al trabajo tanto si quieres como si no.

—Haz lo que te apetezca, pero eso no va a servir de nada. No creo que acosarme ayude a que te perdone por lo del otro día...

—Joder, Cris... No me lo pongas tan difícil. Solo quiero hablar contigo... ¿Eso me convierte un puto acosador?

Cristina se detuvo al escuchar aquellas palabras mientras una irónica sonrisa le bailaba en los labios.

—¿Y de qué quieres hablar, Raúl? Yo no creo que quede nada que decir entre nosotros...

—Pues yo sí —contestó él decidido.

—Bien, entonces habla. La verdad es que tengo curiosidad por saber lo que tienes que decirme —confesó cruzándose de brazos, esperando a que se decidiera a empezar a explicarse.

Raúl no esperaba que ella aceptara tan fácilmente, aunque era consciente de que, por su forma de actuar, no lo había perdonado, ni siquiera estaba cerca de hacerlo, pero al menos había accedido a escucharlo, así que no podía quejarse después de todo lo que había ocurrido. Se pasó los dedos por el pelo y respiró hondo tratando de aclarar sus ideas.

—Mira, quizá tienes parte de razón y debí haberme explicado mejor la otra noche. No pretendía engañarte, nunca fue mi intención hacerte daño. Todo esto es... complicado. Me gustaría estar contigo, créeme, pero no creo que pueda ofrecerte lo que mereces, eso es todo.

—¿Y qué se supone que merezco?

—Un hombre que se entregue a ti por completo... Un hombre que te quiera tanto que no pueda separarse de ti... Que bese el suelo por donde tú pisas. Alguien que se enamore de ti y que te adore durante el resto de su vida.

—Y ese hombre... ¿No podrías ser tú... quizá... algún día? —preguntó insegura.

—No —contestó tajante—. Yo nunca podría ser ese hombre, Cris.

—¿Por qué? ¿Por qué estás tan seguro de que no es posible? Ni siquiera hemos salido juntos, apenas me conoces...

—Lo sé, pero el motivo no eres tú, soy yo... Así que créeme, para mí también es duro, pero me he alejado de ti porque no quiero que sufras por mi culpa.

Cristina se quedó perpleja un momento tras escuchar aquellas palabras. Cada vez entendía menos a Raúl. Miró al cielo y suspiró confundida.

—Entonces, ¿por qué has vuelto? Si de verdad piensas así, deberías mantenerte apartado de mí...

—Porque no soy capaz de hacerlo —respondió derrotado—. Creo que me gustas demasiado... Así que he pensado algo que quizá podría funcionar, más

o menos.

—Bien, te escucho.

—He pensado que podríamos estar juntos, pero sin ir en serio, ¿sabes? Acostarnos de vez en cuando, sin ataduras, sin presiones...

—Ya veo... —Cristina se sintió frustrada ante aquella propuesta. Sabía que no debía aceptar, pero era lo único que le ofrecía y no podía negar que Raúl le gustaba mucho, quizá demasiado. Tanto que la idea de perderlo la dejaba sin respiración, pero de todos modos sabía que su proposición no era justa—. Es un plan perfecto para ti... Consigues lo que quieres sin tener que comprometerte, pero ¿qué hay de lo que quiero yo? Sabes que eso no es suficiente para mí...

—Lo sé, y entenderé perfectamente si me rechazas, pero esta vez quiero ser sincero. No quiero que haya malentendidos como la otra vez. No puedo quererte, Cris. No voy a enamorarme de ti jamás, pero me gustas y quiero estar contigo. Si entiendes eso, todo irá bien, decidas lo que decidas.

—¿Y si te digo que no me interesa? —preguntó curiosa.

—Entonces seremos amigos y punto. Aceptaré lo que me ofrezcas. Saldremos juntos a divertirnos si alguna vez te apetece y no te tocaré a menos que tú me lo pidas. La decisión es tuya —le explicó al fin. Cristina se quedó un rato pensando, sopesando sus opciones. Por un lado, no podía negar que Raúl la atraía como ningún hombre lo había hecho nunca antes, y no quería perderlo por mucho daño que le hubiera hecho, pero por otro... No tenía claro que aquel plan fuera a salir bien, al menos no para ella. Por lo que Raúl le explicaba, ella le atraía físicamente, pero no quería una relación seria porque no sentía nada más allá y nunca podría hacerlo; en cambio, ella sabía que podía acabar enamorándose de él con facilidad. Él le gustaba demasiado, y no solo físicamente, así que todo indicaba que acabaría saliendo herida de aquella situación, cosa que le aterraba. Sin embargo, cuando reflexionó sobre ello un momento, no tardó demasiado en darse cuenta de que había algo que le aterraba aún más: perderlo. No soportaba la idea de no volver a verlo más, de no volver a besarlo, y en ese momento tuvo clara su respuesta por fin.

—De acuerdo. Podemos tener un rollo sin compromiso... Nunca lo he hecho antes, pero quizá no esté tan mal...

Raúl se quedó perplejo. En ningún momento había pensado que ella fuera a aceptar su proposición, no parecía propio de ella, y la alegría que lo invadió al escucharla fue tal que estalló en carcajadas de repente, por primera vez desde hacía meses, mientras la tomaba entre sus brazos con fuerza, levantándola del suelo.

—¿En serio? —preguntó poco después, permitiendo que volviera a apoyar los pies, mientras la acariciaba, sin ser capaz de creérselo del todo.

—Sí, en serio —confirmó ella atrapada en sus ojos azules chispeantes mientras esbozaba una ligera sonrisa. Fue en ese momento, en el mismo segundo que lo vio sonreír mostrando una felicidad que nunca antes había visto antes resplandecer en su rostro, cuando se dio cuenta por fin del grave error que había cometido. Raúl no solo le gustaba, sentía algo mucho más fuerte por él. No quería admitirlo, quizá por el miedo que la daba saber que él nunca la correspondería, pero en ese instante todo estuvo tan claro que no fue capaz de continuar negándose. Estaba total, absoluta y perdidamente enamorada de aquel hombre misterioso que le había confesado que él no sentía nada por ella y que no podría sentirlo nunca. Raúl se acercó a su rostro hasta unirse a ella en un beso fugaz que le supo a poco, y después, cogiéndola de la mano, se dirigieron juntos al trabajo. Y ella se sintió tan feliz al notar el tacto de su piel en aquel momento que todo lo demás desapareció de su mente. No tardó demasiado en llegar a una conclusión clara: daba igual lo que ocurriera en el futuro. Mientras él estuviera a su lado, todo lo demás carecía de importancia.

CAPÍTULO 11

La mañana en el trabajo fue bastante interesante. Josemi percibió las miradas furtivas que se lanzaban Raúl y Cristina a cada momento desde la lejanía después de haberse sorprendido al verlos llegar juntos a la gasolinera. No preguntó nada, entre otras cosas, porque no era necesario. Ya sabía la respuesta. Por la forma en que se comportaban habían vuelto juntos, así que no había mucho más que decir al respecto. No podía negar que, en cierto modo, aquello le molestaba. Le caía bien Raúl, pero llevaba tiempo deseando a Cristina y no le hizo demasiada gracia ver como Raúl la conseguía sin esfuerzo nada más conocerla. Sin embargo, pensar en Soledad hacía mucho más fácil superar el dolor que sentía por aquello.

Cuando llegó la hora de volver a casa, Josemi se decidió a preguntar a Raúl, al fin, al respecto.

—Te vas con ella, ¿verdad? —Josemi trató de que aquella frase sonara como un simple comentario, como si solo tuviera curiosidad por saber la respuesta, aunque en realidad no era así. No podía negar que saber que estaban juntos le irritaba, pero por algún motivo que no llegaba a comprender, necesitaba escuchar la confirmación de todos modos.

—Sí, hemos arreglado nuestras diferencias, más o menos...

—Me alegro, tío. Hasta mañana entonces —se despidió antes de desaparecer sin más para volver a su casa.

Raúl encontró su forma de actuar algo extraña, pero le bastó echar un vistazo hacia la puerta de la tienda, donde Cristina lo estaba esperando con una gran sonrisa, para olvidarse de todo sin apenas ser consciente de ello. Se acercó hasta donde estaba y le dio un pequeño beso en los labios, antes de empezar a caminar a su lado.

—¿Qué tal la mañana? ¿Has tenido mucho trabajo? —preguntó Raúl tratando de darle conversación.

—No, no mucho. Excepto ese tío que no paraba de preguntarme si vendíamos chokolatinas de menta. Por más que le decía que no, insistía en que no era posible... —Raúl soltó una carcajada que a Cristina no le pasó desapercibida. Sabía que no solía reír a menudo, pero con ella lo había hecho ya dos veces en las últimas veinticuatro horas, lo que era algo, cuando menos, curioso—. Ah, y ese otro que no era capaz de cerrar la boca... Quizá no sabía respirar por la nariz, aunque es raro, porque es fácil hacerlo, ¿no crees?

—Desde luego —confirmó Raúl, deteniéndose de repente para mirar a Cristina a los ojos mientras le apartaba un mechón rebelde de la cara y se lo colocaba tras la oreja—. Estás preciosa, Cris. Me encanta verte sonreír —comentó sin apartar la vista de sus hermosos ojos verdes.

—A mí también me gusta mucho verte sonreír a ti. Y, sobre todo, reír a carcajadas... Aunque no parece que lo hagas muy a menudo. —Y con aquellas palabras, Cristina consiguió que Raúl perdiera la sonrisa de nuevo. Sus ojos se desviaron al suelo para, acto seguido, coger su mano y retomar su camino mirando al frente. Estuvo un rato callado hasta que Cristina empezó a sentirse incómoda, pero por miedo a su reacción decidió no decir nada al respecto... hasta que llegaron a su casa—. Oye, no quería molestarte con lo que he dicho... Ha sido una tontería... —intentó excusarse al fin.

—No, no te preocupes —la interrumpió Raúl esbozando una ligera sonrisa mientras le acariciaba la mejilla con la yema de su dedo—. Supongo que tienes razón, es solo que... Hasta que me lo has dicho no me había dado cuenta, pero tienes razón, hacía mucho tiempo que no reía a carcajadas, y es un poco raro, eso es todo...

—Entonces, ¿te vienes a mi casa? Podríamos comer juntos, ver alguna *pelí*... Y luego puedes quedarte a dormir si te apetece...

—Ese es un plan que no puedo rechazar —aceptó Raúl.

La tarde fue interesante. Comieron pasta con queso, uno de los platos favoritos de Cristina según ella misma le explicó, y luego se tumbaron en el sofá para ver una película. Estuvieron discutiendo durante unos minutos, antes de que Raúl aceptase ver una comedia romántica que a Cristina le

entusiasmaba, con la condición de que cuando terminase admitiera ver la película de acción que él eligiese. La comedia romántica no le agradó demasiado a Raúl, que, sin embargo, disfrutó observando cómo a Cristina le brillaban los ojos en algunos momentos de la trama y cómo sus carcajadas resonaban en toda la casa en los momentos más cómicos. Cuando llegó el turno de la siguiente película, Cristina disfrutó al ver cómo Raúl le advertía de que iba a ser la mejor experiencia de su vida, y, para su sorpresa, no se equivocó. En realidad, la película le resultó aburrida e insípida, pero le encantó estar en el sillón apoyada sobre el pecho de Raúl mientras él le rodeaba la cintura con su brazo. Aunque fuera extraño, estaba viendo una de las películas más aburridas de su vida mientras sentía que, de algún modo, nunca había sido tan feliz. Aquella postura tan íntima distaba mucho de ser la propia en la relación puramente sexual que se suponía que Raúl y ella estaban manteniendo, pero decidió no puntualizarlo, temerosa de la reacción que él pudiera tener. Cuando la película terminó, cenaron juntos un par de tortillas que Raúl se ofreció a hacer y finalmente se fueron a la cama.

Raúl se sentó al lado de Cristina mirándola fijamente y, sin más preámbulos, la besó con ternura. Era algo a lo que ella ya se había acostumbrado. Él tenía un extraño ritual de comenzar besándola de una forma dulce y pausada que en poco tiempo se convertía en hambrienta y salvaje. No era de extrañar, tampoco ella tenía nunca suficiente de él. Siempre necesitaba más, y supuso que aquello se transmitía en todos sus movimientos. Raúl apartó sus labios de ella un momento para empezar a desvestirla, comenzando por quitarle la camiseta. Ella misma se levantó después y se ocupó de sus pantalones para quedar en ropa interior frente a él. Esperaba que él se apresurase a desnudarla del todo, pero no fue así, sino que la abrazó por la cintura y la obligó a acercarse a él para apoyar la frente en su estómago. Aquel gesto fue de lo más inesperado, pero a Cristina le pareció mucho más íntimo que el sexo, razón por la que le agradó más de lo que deseaba admitir. Sus manos se dirigieron a su pelo, donde enredó los dedos con dulzura, esperando ver qué ocurría a continuación. Tras unos instantes en aquella posición, Raúl

se apartó al fin sin llegar a romper su abrazo y levantó la cabeza para observar su rostro preocupado.

—Cris... —titubeó inseguro.

—¿Sí?

—Estás segura de que te parece bien nuestro trato, ¿verdad? Quiero decir que... No quiero pasar la noche aquí y mañana volver a sentirme como una puta mierda, como me pasó la otra vez. No quiero sentir que... me estoy aprovechando de ti de alguna forma...

—No lo haces, Raúl. La otra vez no habíamos hablado de ello, pero esta vez todo está claro. Sé lo que quieres y lo acepto. No va a haber ningún problema.

—Pero tú sigues queriendo más... —Raúl empezaba a sentirse culpable.

—Yo quiero estar contigo —explicó ella sintiendo los suaves mechones de su cabello castaño deslizándose entre sus dedos—. Eso es todo. No pienses en eso ahora. No es el momento... Ya te he dicho que estoy de acuerdo con nuestro trato, eso es lo único que importa, ¿no crees?

—Sí, supongo que tienes razón... —Raúl pareció calmarse al fin y esbozó una ligera sonrisa antes de empezar a besar el estómago de Cristina, sintiendo que le agarraba el pelo con más fuerza al notar como sus manos comenzaban a acariciar su sexo. Pronto le desabrochó el sujetador y, con un hábil movimiento, la despojó de sus bragas. Sus manos se dirigieron entonces a sus pechos, antes de empezar a besarlos. Pronto se tumbó sobre ella para continuar succionando sus pezones a la vez que una de sus manos se dirigía a la parte más sensible de su cuerpo donde empezó a dibujar círculos con el dedo pulgar, deleitándose en los gemidos que acompañaban cada uno de sus movimientos. En aquella ocasión quería ir despacio, disfrutar cada centímetro de su piel, como siempre había deseado hacer, pero ella pareció empezar a impacientarse cuando, de repente, tomó su miembro con su mano y empezó a acariciarlo con suavidad, provocando que se endureciera más de lo que nunca antes lo había hecho. Raúl paró de moverse para observarla en ese instante. La forma en la que lo miraba traviesa, totalmente desnuda, tumbada sobre la

cama, sonriendo ligeramente, consciente de que estaba expuesta a él mientras lo acariciaba era tentadora, pero había decidido tomárselo con calma en aquella ocasión, aunque no tuvo que pensar demasiado para darse cuenta de que, si su mano continuaba bombeando su pene de aquella manera durante mucho tiempo, todo iba a terminar antes de lo que esperaba sin que él pudiera hacer nada por remediarlo.

—¿Estás impaciente, Cris?

—De ti, siempre —contestó ella con sinceridad, sin parar de mover su mano arriba y abajo, provocando en Raúl unos jadeos de placer que en pocos segundos nublaron su mente, haciéndole olvidar cuáles habían sido sus planes para aquella noche en un principio.

—Vale, tú ganas, otra vez... —dijo apartando su mano con suavidad para introducirse de ella de un solo empujón. Cuando ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, más por la sorpresa de su acción que por ningún otro motivo, Raúl tomó su cara entre las manos obligándola a observarlo.

—No, mírame. No apartes la vista de mí. Quiero que veas lo que te estoy haciendo, lo que solo yo puedo hacerte sentir. —Raúl no pudo evitar sonreír ligeramente cuando vio como Cristina asentía, aceptando su premisa sin oponer resistencia. Sus gemidos se mezclaron con los de ella mientras se concentraba en atrapar el aliento de Cristina en el suyo del mismo modo que estaba adueñándose de su boca, luchando por poseerla por completo. La forma en la que se entregaba a él era adictiva, de modo que sus embestidas empezaron a acelerarse cuando sintió que ambos estaban cerca de llegar al final, y pronto se perdieron juntos en el absoluto placer que sus cuerpos les estaban provocando.

Raúl había conseguido correrse en su interior sin apartar la vista de sus ojos, pero en el momento en que terminó, no pudo evitar derrumbarse sobre su cuerpo. Sus brazos rodearon la cintura de Cristina y su cabeza se apoyó sobre su pecho mientras jadeaba contra su piel sudorosa. No tardó demasiado en sentir como los dedos de Cristina se deslizaban por su pelo una vez más. Sabía que tenían que ponerse algo de ropa para dormir, pero simplemente no

le apetecía hacerlo, y, como siempre, ella no protestó al darse cuenta poco después de que su intención era que durmieran desnudos, cuando su respiración se ralentizó al fin y empezó a quedarse dormido entre sus brazos.

CAPÍTULO 12

Raúl se despertó a la mañana siguiente al escuchar un extraño zumbido. Sus brazos abrazaban con fuerza la cintura de Cristina, que dormía plácidamente, mientras su cabeza descansaba sobre su estómago. Se sentía tan a gusto así que no le apetecía moverse, pero aquel extraño sonido lo obligó a volver a la realidad finalmente, en contra de su voluntad, de modo que abrió los ojos muy despacio intentando que se acostumbrasen a la luz mientras se incorporaba para buscar su móvil en el bolsillo de los pantalones que el día anterior había dejado tirados en el suelo. Cuando por fin consiguió ver la pantalla, no pudo evitar emitir un gruñido de frustración mientras descolgaba.

—Dime, Abelardo —contestó con sequedad, tratando de hablar suficientemente bajo como para que Cristina no se despertara. Sus ojos se desviaron hacia donde ella seguía tumbada con el pelo rubio enmarañado sobre la almohada, dando la imagen propia de un ángel celestial venido a la tierra.

—*Buenos días, Raúl. Siento llamarte tan pronto, pero esto es urgente. Necesito que te pases por mi despacho esta tarde. Tengo una nueva información sobre el caso.*

Raúl lo escuchó sin apartar la mirada de Cristina en ningún momento, confirmando así que continuaba dormida.

—¿Y tiene que ser esta tarde? ¿No puede esperar hasta el viernes?

—*No, Raúl. Como ya te he dicho, es urgente* —repitió el comisario con dureza.

—Bien, entonces me pasaré esta tarde.

—*Perfecto. Hasta luego* —dijo antes de colgar.

Raúl dejó el móvil sobre la mesilla que había junto a la cama y apoyó los codos en las rodillas mientras enterraba la cara en las manos. Podía parecer absurdo, pero por una noche había olvidado el motivo por el que había

conocido a Cristina, el motivo por el que había pasado la noche en su cama y se había quedado dormido abrazado a ella; el motivo por el que, en poco tiempo, tendría que volver a fingir que trabajaba con ella en aquella gasolinera, y aquel pensamiento le arrancó de golpe de toda la alegría que había experimentado al despertarse entre sus brazos aquella mañana. En medio de sus pensamientos, de repente sintió como alguien le tocaba la espalda, de modo que no pudo evitar dar un respingo.

—Buenos días... —lo saludó Cristina mientras deslizaba los dedos por los duros músculos que componían su bronceado torso, haciéndole cosquillas. Raúl trató de esbozar una sonrisa sin llegar a conseguirlo, temiendo que ella hubiera escuchado su conversación cuando, de ser así, no tenía idea de cómo iba a explicarse.

—Buenos días, Cris. ¿Te he despertado?

—Sí, claro. Te has levantado demasiado pronto, y te necesito a mi lado para dormir —ronroneó ella con la cara apoyada sobre la almohada y los brazos abrazados a esta. Al observar su dulce gesto, Raúl no pudo evitar desear que todo fuera distinto. Por un momento deseó no ser quien era, no tener que continuar fingiendo y, sobre todo, no estar muerto por dentro para poder ofrecer a Cristina todo lo que sabía que ella merecía.

—Pues lo siento, pero ya tenemos que levantarnos. Es hora de ir a trabajar...

—Jo... —se quejó con una mueca infantil que le hizo soltar una carcajada mientras ella luchaba por esconder la cabeza bajo las sábanas.

—Venga, hablo en serio. Si no te levantas, ya vamos a llegar tarde... —le advirtió jugueteón.

—Vale, vale... —aceptó ella al fin, apartando las mantas mientras se incorporaba sobre los codos—. Pero primero quiero un beso de buenos días. Si no me lo das, no me levanto, así que te despedirán, y a mí también, y acabaremos arruinados... por tu culpa —explicó con una sonrisa.

Raúl correspondió su gesto antes de asentir con la cabeza.

—Vale. Como siempre, tú ganas, preciosa —admitió antes de acercarse a

ella para besarla. Su intención era darle un beso breve, pero ella tomó su cara entre las manos e introdujo la lengua en su boca, arrastrándolo una vez más hacia los límites del deseo. Raúl no tardó en apoyar una rodilla sobre la cama antes de tumbarse sobre ella, poseyendo su boca como solo él sabía hacerlo. Cuando un poco después ambos consiguieron separarse, sus respiraciones se habían acelerado, y se quedaron mirándose en silencio durante unos segundos antes de que Raúl volviera a hablar—. Dios, nunca me canso de ti. Esto no puede ser sano...

—¿Ah, no? Pues a mí me pareces la persona más sana que conozco... — bromeó ella tratando de aguantar la risa. La mano de Raúl se dirigió a su mejilla y la acarició con ternura antes de apoyar la frente sobre la de ella.

—Ojalá tuviéramos algo de tiempo... No sabes lo que te haría ahora mismo si pudiera... —confesó con la voz entrecortada, provocando que Cristina se quedara seria de nuevo.

—Pero no puedes —dijo al fin mientras lo apartaba de su lado y empezaba a recoger su ropa—. No querrás llegar tarde al trabajo...

—Supongo que no —admitió Raúl sin ganas, empezando a vestirse también mientras la observaba divertido.

Mientras caminaban de la mano hacia la gasolinera, Raúl iba pensando en qué podría ser lo que su jefe necesitaba decirle con tanta urgencia. Por un momento, el terror se apoderó de él al pensar que quizá se había enterado de algún modo de que estaba manteniendo una especie de relación con Cristina, cosa que no creía que le fuera a agradar demasiado, pero pronto se tranquilizó. Eso no era posible, ni siquiera sus dos mejores amigos lo sabían, por lo que no había forma de que se hubiera enterado.

—Estás muy callado. ¿Va todo bien? —preguntó Cristina de repente, interrumpiendo su reflexión.

—Sí, claro. Todo va muy bien, no pasa nada. Estaba pensando... en lo de anoche —mintió con el objetivo de tranquilizarla, tratando de esbozar una pequeña sonrisa—. La verdad es que fue increíble...

—Estoy de acuerdo —admitió ella correspondiendo su alegre gesto—. Así

que habrá que repetirlo pronto, ¿no te parece?

—Sí, por supuesto. Cuanto antes, mejor.

El resto del camino continuó siendo silencioso. Raúl se sumió en las dudas que acudían a su mente a cada momento acerca de qué podría querer decirle su jefe, y Cristina trataba de entender a aquel hombre que la acompañaba al trabajo cada día, que tanto la satisfacía sexualmente por la noche, pero que, de algún modo, se negaba en rotundo a permitir que entrara de verdad en su vida, algo que ella había aceptado respetar, aunque en realidad no quería hacerlo.

Cuando llegaron al trabajo, Raúl se despidió de Cristina con un dulce beso en la frente, lo que provocó que apareciera una sonrisa en sus labios ante un gesto tan íntimo que se mantuvo durante toda la mañana, incluso cuando un cliente abrió una lata frente a ella justo después de haberla pagado y la bebida gaseosa estalló empapándolo todo a su alrededor, incluyéndola a ella misma. De algún modo, sentía que su relación avanzaba, aunque Raúl se empeñara en negarlo, y este hecho la llenaba de alegría. Josemi, en cambio, no parecía tan contento con la nueva y extraña relación que había nacido entre ellos, pero se esforzó para que Raúl no lo notara, así que todo transcurrió con normalidad hasta que llegó la hora de marcharse. En aquella ocasión, Raúl saludó a Cristina de una forma más fría, sin tocarla. Ella enarcó las cejas, confundida por su cambio de actitud, pero cuando le preguntó si estaba preparada para marcharse, asintió y comenzaron su camino de vuelta a casa, en silencio. Al llegar frente a su portal, Raúl se decidió por fin a hablar, después de haberse pasado todo el camino pensando sobre cómo podía decirle lo que necesitaba comunicar sin molestarla de nuevo.

—Hoy no puedo quedarme contigo, Cris —confesó preocupado.

Cristina estuvo tentada a recordarle que tampoco ella lo había invitado, pero pronto desistió de hacerlo. No le apetecía discutir, y era obvio que ella deseaba estar con él, de modo que no tendría sentido tratar de negarlo.

—Vaya... ¿Y puedo preguntar por qué?

—Tengo cosas que hacer —respondió sin más, encogiéndose de hombros. Raúl esperaba que ella tratara de indagar más en el asunto, pero, para su

sorpresa, simplemente se quedó un rato pensativa y poco después asintió lentamente, consciente de que, aunque ella le preguntara, él no iba a responderle.

—Bien, de acuerdo. Entonces... ¿te veo mañana? —preguntó intentando mostrarse comprensiva.

—Claro. Te estaré esperando aquí, como cada día, para acompañarte al trabajo, ¿vale?

—Perfecto.

Raúl se sintió tan aliviado al darse cuenta de que aquello no iba a acabar en una pelea que sonrió y le dio un breve beso de despedida antes de marcharse a su casa. No podía negar que su insistencia podría haber acabado convirtiéndose en un problema teniendo en cuenta que no podía desvelar su secreto, así que decidió que había tenido suerte. Cristina era, sin duda, una chica mucho más dulce y comprensiva de lo que él merecía, pero mientras caminaba hacia su casa aquella tarde, prefirió no pensar sobre ello y concentrarse únicamente en el consuelo de saber que, por fortuna, ella no se había enterado de nada.

Cristina se quedó observando como Raúl se apartaba cada vez más de ella hasta perderse en la lejanía. Sin duda, le había sosegado ver que su forma de despedirse había sido menos fría de lo que esperaba, pero no podía evitar el mal presentimiento que comenzaba a invadir todos sus sentidos. Cada vez estaba más segura de que Raúl ocultaba algo y, de ser así, estaba claro que no podía ser nada bueno, de lo contrario, no tendría necesidad de mantenerlo en secreto. La llamada que había recibido aquella mañana y que ella había fingido no escuchar no hacía más que confirmar su mal presagio, pero trató de calmarse pensando que, al menos, estaban juntos, más o menos, y mientras subía aquella tarde hacia su casa, aquel pensamiento calmó levemente su mente inquieta.

CAPÍTULO 13

Raúl se dirigió aquella tarde hacia la comisaría, tal como había acordado hacer, aunque no sabía qué esperar de la charla que iba a mantener con el comisario. Por un momento, se ilusionó pensando que quizá tenía intención de apartarlo del caso al fin, pero en el fondo sabía que eso no era posible, tal como le había demostrado cada vez que había intentado conseguirlo, así que las esperanzas de que algo así pudiera suceder se desvanecieron rápidamente, y él trató de pensar en otra cosa para relajarse de nuevo.

De repente, y sin saber cómo, lo único que apareció en su mente fue el recuerdo de Cristina aquella mañana, desnuda, apoyada sobre la almohada, con aquella mirada traviesa que siempre le había parecido irresistible. Sin duda, era preciosa. A cada minuto que pasaba se convencía más de que no era digno de ella, de que él nunca podría entregarse a ella como merecía, y por lo tanto acabaría haciéndole daño sin remedio. Debía apartarse de ella, lo había sabido desde el mismo momento en que la había conocido, pero simplemente no era capaz. No podía soportar la idea de no volver a verla, y cada día que pasaba a su lado solo servía para que la fuerza de ese sentimiento aumentara. Después de todo lo que le había ocurrido en el pasado, no podía creer que volviera a sentir aquel agujero en el pecho, aquella señal de alarma que le mostraba que podía perderlo todo en un solo segundo... de nuevo. Él ni siquiera se sentía vivo, no desde hacía ya tiempo. ¿Qué tipo de vida podía darle? ¿Una en la que nunca se comprometiera, en la que nunca llegara a amarla como ella debía ser amada? Por un momento pensó en la posibilidad de llegar a quererla, y de repente se quedó sin respiración. ¿Era eso lo que le ocurría? ¿Se estaba enamorando de ella sin ni siquiera darse cuenta? Eso explicaría por qué la sola idea de alejarse de su lado le aterraba, o por qué tenía aquella extraña necesidad de protegerla, y todo aquello podía acabar convirtiéndose en un gran problema. Se había prometido a sí mismo que jamás volvería a permitir que nadie se acercase a él lo suficiente como para que

podiera llegar a albergar ese tipo de sentimientos, y hasta ese momento había funcionado, pero quizá su plan estaba empezando a fallar... Cuando llegó a la puerta de la comisaría estaba más confuso que nunca, pero pronto llegó a la conclusión de que aquello no era posible. Él sabía lo que era el amor, lo había sentido antes, y era una energía que lo consumía a cada segundo que pasaba, sin permitir que pudiera controlarse, y eso no era lo que sentía con Cristina, ni mucho menos. Era algo totalmente diferente, de modo que para cuando llegó al despacho de Abelardo, ya se había convencido de que no quería a Cristina y de que nunca podría hacerlo, simplemente se sentía atraído sexualmente por ella, lo que era normal teniendo en cuenta que era tan hermosa que cualquier hombre caería rendido a sus pies nada más verla.

Raúl apartó al fin de su mente los pensamientos de aquella preciosa chica con la que tanto se divertía últimamente y entró directamente en el despacho de Abelardo, sin ni siquiera molestarse en llamar antes. En aquella ocasión, se encontró a Abelardo sentado en su sillón mientras hablaba por teléfono. En cuanto le vio frente a él, no tardó en excusarse y se apresuró a colgar para poder dedicarle toda su atención.

—Hola, Raúl. Me alegro de verte —lo saludó educado.

—Estoy aquí porque tú me lo has ordenado, así que no te andes por las ramas y dime cuál es el problema, Abelardo.

—No hay ningún problema, Raúl. No tienes de qué preocuparte. Solo quería saber cómo llevabas el caso y si estás más tranquilo.

—Sí, todo está controlado. ¿Solo me has llamado para eso? —preguntó con la clara intención de marcharse.

—No... Claro que no, no es solo eso. Quería darte nuevos datos de la investigación que supongo que te serán útiles.

—Bien, pues adelante. Suéltalo de una vez —lo urgió con la única idea de marcharse de su despacho tan pronto como le fuera posible.

—De acuerdo. —Abelardo suspiró y lo miró muy serio—. Creo que ya te han informado de que encontramos otra mujer asesinada hace pocos días.

—Sí, me lo dijeron. Todo igual que las demás mujeres, supongo... —

confirmó Raúl.

—Sí, también fue ahogada con una cuerda, igual que las demás, pero en este caso hay algo nuevo. Al parecer han encontrado restos de droga entre sus ropas y... también en su organismo cuando le han hecho la autopsia, lo que parece indicar que...

—Estamos ante un caso de tráfico de estupefacientes... Mierda... ¿Crees que hay alguna mafia involucrada? —preguntó Raúl de repente, preocupado.

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Estamos tratando de averiguar más, pero por ahora esto es todo lo que tenemos. —Se quedó unos segundos observándolo, meditando—. Sé que no es tu campo, pero por ahora quiero que sigas allí infiltrado. Si averiguamos algo más y me aseguro de que no eres necesario o de que corres algún peligro, te sacaré de inmediato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —admitió Raúl tras darse cuenta de que volver a repetirle lo mismo que él había pensado desde el mismo día en que le encomendaron aquella misión no iba a servir de nada. Tal como suponía, su presencia allí no era necesaria, pero al menos su charla lo había calmado un poco. Estaba claro que incluso el comisario se estaba dando cuenta de que tenía razón, y seguramente no tardarían en apartarlo del caso. Al parecer, era posible que no se tratase de un asesino en serie, como habían pensado en un principio, sino de algo mucho más complejo que, desde luego, a él le quedaba grande. Tras confirmar que continuaría con su trabajo, se despidió de Abelardo y se marchó al fin. Pero cuando se disponía a salir por la puerta, de repente fue asaltado por sus amigos que, al parecer, habían terminado su turno por aquella tarde.

—Pero mira quién está aquí... —comentó Sito—. Joder, Raúl. Últimamente apenas te vemos... Parece que te estás tomando lo de tu nueva vida demasiado en serio... —bromeó entre risas.

—No digas gilipolleces —respondió Raúl restándole importancia.

—Entonces, ¿estás libre esta tarde? —preguntó Enrique—. Porque nosotros ya hemos terminado por hoy. Podemos salir por ahí si quieres...

Raúl dudó si decirles que estaba cansado... Porque en realidad lo estaba. La noche anterior no había dormido demasiado y todo el estrés que estaba

sobrellevando empezaba a hacer mella en él, pero en el fondo sabía que no podía negarse. En efecto, llevaban ya algún tiempo sin verse, y por más que solo deseara salir de allí para correr a casa de Cristina y hundirse dentro de ella olvidando que el resto del mundo existía, sabía que no debía hacerlo, y salir por ahí con sus amigos de siempre probablemente le permitiera dejar de pensar en ella al menos durante unas horas...

—Claro, es una gran idea. ¿Adónde vamos?

—Adonde quieras, chaval. La ciudad es nuestra... —contestó Sito de nuevo, dándole una palmada en la espalda.

Después de cambiarse de ropa, todos se dirigieron hacia un bar que aseguraron que estaba en auge en aquel momento, aunque Raúl dudó de su palabra teniendo en cuenta que no había oído hablar de él en su vida, pero sus amigos explicaron que simplemente hacía poco que habían abierto. En efecto, el lugar era agradable, e incluso tenía un billar, en el que pronto decidieron jugar una partida.

—Bueno, ¿y a qué se ha debido tu visita de hoy? ¿Te ha llamado Abelardo para echarte la bronca? —preguntó Sito con una media sonrisa.

—No, claro que no... Simplemente, tenía información nueva sobre el caso... Ya sabes, sobre la mujer que encontraron el otro día, nada más.

—Ah, bueno, mejor. Es que últimamente ha estado un poco gruñón, pero nosotros apenas le hacemos caso... En el fondo, te envidio, tienes suerte de no tener que soportarlo a diario... —afirmó Sito entre carcajadas.

—En eso estamos totalmente de acuerdo —confirmó Raúl antes de golpear una de las bolas con el taco, lo que hizo que otras tres fueran directo a sus respectivos agujeros. Estaba claro que, aunque hiciera tiempo que no jugaba, no había perdido facultades. De hecho, aquella tarde les dio una gran paliza a sus dos amigos, y cuando volvía a casa, después de haber ganado tres partidas seguidas, se sentía más despejado, aunque durante el trayecto no pudo evitar pensar que debió haber apostado dinero contra ellos. Habría ganado una fortuna.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente, Raúl y Cristina volvieron juntos del trabajo como ya era habitual. Raúl había estado muy callado durante todo el camino, de modo que Cristina se sentía algo insegura teniendo en cuenta que no lo había visto el día anterior y que ni siquiera se había dignado a decirle el motivo por el que habían tenido que estar separados. Sin embargo, en el fondo era consciente de que no tenía derecho a preguntar por más que le doliera aceptarlo. No estaban saliendo juntos, y, por lo tanto, él seguía siendo libre para hacer lo que deseara... Fuera lo que fuera. Intentaba ignorar el hecho de que podría haber quedado con otra mujer el día anterior y que no podía pedir explicaciones. Fue en ese momento cuando decidió que aceptar la proposición de Raúl de mantener una relación puramente sexual había sido un grave error, aún mayor de lo que ella ya imaginaba.

—Estás muy callada hoy... —comentó Raúl de repente con gesto preocupado.

—Tú también —respondió ella sin más.

—¿Estás cabreada conmigo? —preguntó él al fin, suponiendo que así era.

—No, no es eso... —mintió Cristina asumiendo que no tenía derecho a enfadarse por algo que estaba fuera de su control, teniendo en cuenta el acuerdo que ella misma había aceptado—. Solo estaba pensando que hoy podríamos ir a tu casa... Siempre vamos a la mía, y hoy estarán allí mis compañeras de piso, así que no tendremos intimidad...

—Ah, solo era eso... —contestó Raúl aliviado—. Entonces no hay problema. En ese caso, iremos a mi casa.

—Perfecto. —Cristina se alegró de que Raúl no hubiera puesto ningún impedimento a su sugerencia. Sin duda, tenía muchas ganas de conocer su casa al fin. No es que fuera un gran paso, al menos no el que ella esperaba, pero al menos no tenía intención de mantenerla fuera de su vida por completo.

Conocer el lugar donde vivía era una forma de llegar hasta él, así que se dio por satisfecha.

Cuando llegaron, Raúl abrió la puerta con cuidado y le permitió el paso antes de entrar él.

—Bienvenida a mi humilde hogar... —bromeó.

—Qué gracioso. —Cristina observó la estancia unos segundos mientras Raúl la miraba a ella en silencio. El lugar era bonito, aunque un poco impersonal. Todo estaba decorado en blanco y negro, y no había flores ni ningún adorno que diera un poco de alegría a aquel salón que, por lo demás, era soberbio. Solo unos pocos libros perfectamente ordenados en las repisas de la estantería rompían la uniformidad de lugar, aunque, para su sorpresa, no había nada más, ni siquiera fotos. Sin embargo, la primera duda que acudió a su mente en aquel momento fue que aquel piso no parecía propio de alguien que trabajaba en una gasolinera, lo que le hizo preguntarse si tendría algún otro empleo del que ella no supiera nada... ¿Quizá era gasolinero por el día y atracador de bancos de noche? Eso explicaría muchas cosas... Como la forma en que podía permitirse vivir en un lugar como aquel con su sueldo. Pero pronto se dio cuenta de que no creía que fuera así, debía de haber alguna otra explicación, pues aquello no parecía propio de su forma de ser. Lo conocía lo suficiente como para saber eso.

—Es muy bonito —comentó Cristina al fin.

—Gracias, ¿quieres tomar algo?

—No, nada.

—Entonces siéntate —ordenó mientras él hacía lo mismo. Cristina se sentó a su lado algo incómoda, y él se dio cuenta en seguida de que le ocurría algo —. Cris, en serio, estás muy rara... ¿Me vas a decir de una vez qué te pasa?

Cristina suspiró al fin, aceptando que debía contarle lo que le rondaba por la cabeza, aunque temiera cuál iba a ser su respuesta.

—Vale, pero solo si me prometes que no te enfadarás...

—No me enfadaré, te lo prometo —aceptó Raúl—. Ahora, habla.

—Me estaba preguntando... Dónde estuviste ayer... —titubeó—. Quiero decir que... Sé que no quieres decírmelo, y entiendo que estás en tu derecho, porque en realidad tú y yo no somos nada... Pero... Me preguntaba si al menos podrías contestarme una pregunta...

—Depende de cuál sea...

—¿Estuviste con otra mujer? —preguntó al fin, clavando sus ojos verdes en los de Raúl, quien se quedó algo sorprendido por aquella pregunta. En ningún momento había pensado que ella pudiera imaginar que había quedado con otra mujer, pero estaba claro que así era, de modo que, tras quedarse un momento observándola perplejo, se decidió a contestar.

—No, Cris, no estuve con otra mujer. No sé qué te ha llevado a pensar eso...

Cristina no pudo evitar el suspiro de alivio que surgió de su garganta al escuchar aquellas palabras.

—No sé... La verdad es que no sé qué quieres que piense. No me dices dónde vas, te niegas a darme explicaciones y me adviertes que tú y yo no tenemos nada serio... Sinceramente, eso es lo único que se me ocurrió —le explicó, encogiéndose de hombros.

Raúl se quedó un momento reflexionando sobre sus palabras antes de darse cuenta de que la conclusión a la que había llegado dadas las circunstancias tenía más lógica de la que a él le gustaría.

—Vale, tienes razón —admitió al fin—. Acepto que quizá no he sido muy claro contigo... Pero lo voy a ser ahora: es verdad que no tenemos una relación seria, pero sí estamos juntos, más o menos. Eso significa que yo no tengo intención de estar con ninguna otra mujer y, desde luego, espero que tú no estés con ningún otro hombre. ¿Está todo más claro ahora?

Cristina se quedó mirándolo mientras una pequeña sonrisa luchaba por dibujarse en sus labios hasta que, finalmente, sonrió abiertamente y se lanzó hacia él, abrazándole el cuello con fuerza mientras emitía una sonora carcajada.

—Sí, muy claro, gracias. Me quedo mucho más tranquila así —confesó con

alegría mientras sentía cómo Raúl la envolvía entre sus brazos.

—Me alegro —murmuró él contra su cuello. Ambos se quedaron de ese modo durante un tiempo que casi pareció eterno, abrazados en silencio, disfrutando el uno del otro, antes de que Cristina se decidiera al fin a alejarse de él, volviendo a sentarse a su lado.

—Bueno, pues ahora que lo hemos aclarado... ¿Piensas darme algo de comer o me vas a dejar morir de hambre? —preguntó con ironía.

Raúl la miró mientras una pequeña sonrisa le bailaba en los labios.

—No sé, quizá la segunda opción me parece más atractiva, pero va contra la ley, así que supongo que tendré que darte de comer... —dijo mientras se levantaba con la intención de dirigirse hacia la cocina mientras ella lo seguía—. El problema es que no estoy muy seguro de qué tendré por aquí... Yo... No suelo cocinar demasiado... —reconoció algo avergonzado, abriendo el frigorífico.

—Qué desastre... Al final, nos vamos a morir de hambre de verdad... —comentó Cristina con una sonrisa, apartándolo con la mano—. A ver qué hay por aquí... —Sus ojos recorrieron el frigorífico, que estaba casi vacío, a excepción de unos filetes y algo de comida precocinada—. Bueno, la verdad es que no hay gran cosa... Pero puedo freír estos filetes, y si tienes patatas o algo, creo que podré preparar algo parecido a una comida... —explicó.

—Sí, creo que ahí, en la bolsa que hay junto a esa puerta hay algunas patatas...

—Perfecto, ahora apártate de mi camino —le advirtió con una sonrisa.

Raúl fingió sentirse intimidado por su amenaza latente y se apartó despacio, levantando las manos en señal de rendición. Después se quedó allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado sobre el marco de la puerta observando cómo Cristina se hacía una improvisada coleta para finalmente sacar los filetes del frigorífico, pelar las patatas y partirlas en trozos pequeños. Poco después las vertió en la sartén con el aceite ya caliente y empezó a freír los filetes de pollo que habían conseguido encontrar en su desértica nevera. Por alguna extraña razón, Raúl no podía apartar los ojos de

ella mientras cocinaba. Se sentía hipnotizado por la forma en que se movía, por el modo en que los dos mechones rebeldes que siempre se soltaban de su recogido le caían sobre las mejillas, y cómo ella se afanaba en apartarlos a cada momento. Cuando por fin terminó, se dio la vuelta y lo miró curiosa.

—Bueno, creo que ya está. Ya no tienes que preocuparte por si nos morimos de hambre... Al menos por hoy...

—Genial —murmuró él mientras avanzaba hacia ella hasta quedarse justo enfrente. Sin apenas ser consciente de lo que estaba haciendo, tomó su rostro entre las manos y le dio un tierno beso, tan dulce que la derritió por dentro—. Gracias... por hacer la comida.

—De nada —comentó ella abrumada por la forma en la que había reaccionado a algo tan simple. Estaba claro que Raúl estaba tan confundido que estaba terminando por confundirla a ella aún más de lo que ya estaba. Sin embargo, no pudo evitar pensar que, por más que él se empeñaba en repetir que lo suyo no era nada serio, a ella le surgían cada vez más dudas al respecto. Había admitido que su relación era exclusiva, lo que no encajaba demasiado bien con la relación esporádica que él había exigido en un principio, y cada vez sonreía más, sobre todo cuando estaba a su lado, además de que cada día la sorprendía con actos tan tiernos como el beso con el que la había deleitado poco antes. Por un momento, se abrazó a él y apoyó la mejilla en su pecho mientras la alegría la invadía al pensar que su relación iba avanzando, aunque fuera muy lentamente.

Durante la comida estuvieron hablando del trabajo, y después se quedaron mirando la *tele*, sin preocuparse demasiado por lo que echaban, sino más bien disfrutando de su tacto, con las piernas de uno enredadas en las del otro, sumidos en un profundo abrazo mientras Cristina sentía cómo Raúl le acariciaba el pelo con suavidad. La calma los invadía mientras Raúl creía estar empezando a apartar al fin los pensamientos tormentosos de su pasado, cuando sonó el timbre de la puerta. Raúl enarcó las cejas extrañado en el mismo momento en que Cristina levantó la cabeza, aún sobre su pecho, con la duda reflejada en su mirada.

—Mierda, no sé quién puede ser... ¿Te importa esperar aquí un momento?
—le preguntó antes de observar como ella sonreía asintiendo con la cabeza.

Raúl se levantó y abrió la puerta para encontrarse con una visita inesperada. Delante de él estaban sus dos mejores amigos, que reían ajenos a todo, mientras lo observaban con detenimiento, sin darse cuenta de que su visita, al menos en aquel momento, no era del todo bienvenida.

CAPÍTULO 15

Raúl se quedó observándolos un momento, tratando de ordenar sus caóticos pensamientos, antes de decidirse a hablar por fin.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó molesto.

—Habíamos pensado que quizá te apetecía otra partida de billar... —explicó Enrique mientras Sito entraba directamente en su casa, sin reparar en que Raúl no estaba muy contento con su presencia allí.

—No, hoy no puedo, estoy ocupado, así que es mejor que os vayáis...

—Venga, tío —intervino entonces Sito—. No puedes estar todo el día aquí metido, no es sano, joder... Simplemente, vente con nosotros un rato, nos das otra paliza al billar y luego vuelves a tu casa otra vez... Va a seguir aquí, exactamente igual que está ahora cuando vuelvas, te lo aseguro... —bromeó.

—Sito, hablo en serio. No voy a ir a ninguna parte hoy, así que es mejor que os vayáis de una vez... Ya hablaremos en otro momento... —dijo tratando de hacerlo entrar en razón. Pero Sito no lo tomó en serio, sino que le dio una palmada en la espalda y sonrió con tranquilidad.

—Venga, joder. Solo será un rato. Ayer lo pasaste bien, no puedes negarlo... —insistió para convencerlo.

—Sí, lo pasé bien, pero hoy no me apetece ir, así que marchaos... —No había terminado la frase cuando vio que los ojos de sus dos amigos se posaban en algo que había detrás de él. Antes de darse la vuelta ya sabía qué era lo que estaban mirando. Los dos se habían quedado con la boca abierta, totalmente perplejos y sin habla al divisar la figura de Cristina detrás de él.

—Hola, yo... Solo venía para ver si todo iba bien... Tardabas mucho... —consiguió articular ella con dificultad al darse cuenta de que la mirada que le había dirigido Raúl transmitía absoluta ira.

—¡Joder! —exclamó Sito cuando consiguió recuperar el habla—. Claro que todo va bien, preciosa... Ahora lo entiendo todo... Joder, tenías que

habérselo dicho, tío. Es normal que prefieras quedarte en casa a venirte a jugar al billar...

—No es eso. No es lo que parece... Solo es una amiga —trató de explicar Raúl.

—Eh, eh, tranquilo, que a mí no tienes que darme explicaciones, no soy tu padre... —comentó con ironía.

—Bueno, creo que es mejor que nos vayamos, Sito... —intervino entonces Enrique.

—Claro, claro, no queremos interrumpir nada... —murmuró justo después de que Cristina se excusara para poder marcharse de allí lo más rápido que pudo—. Si nos hubieras avisado, te habiéramos dejado tranquilo, amigo...

—Te he dicho que no se trata de eso —repitió Raúl cada vez más enfadado.

—Ya, ya, claro... Lo que tú digas, tío, pero escucha... Esa tía está más que buena. Tienes muy buen gusto, aunque eso yo ya lo sabía... Y se nota a la legua que es más que una amiga, así que deja de intentar mentir a tus mejores amigos...

—Ya vale, Sito, vámonos de aquí —insistió Enrique, cogiendo a Sito del brazo para arrastrarlo fuera de la casa—. En serio, no sabíamos que molestábamos, pero ya nos vamos. Nos vemos, tío —dijo a modo de despedida antes de marcharse.

Raúl cerró la puerta al fin y apoyó la frente contra esta antes de decidirse a entrar en el salón de nuevo, donde, tal como suponía, Cristina lo esperaba insegura.

—Ya se han ido... —le informó con una mueca.

—¿Quiénes eran? —preguntó ella curiosa.

—Mis dos mejores amigos... —explicó él sin ganas.

—Ah, vaya... Entonces me hubiera gustado conocerlos. ¿Y sois amigos desde hace mucho tiempo? —Cristina pensó que aquella era una buena oportunidad para tratar de averiguar algo más sobre la vida de Raúl, dado que él siempre se mostraba reacio a explicar demasiado.

—Sí, desde que éramos pequeños —respondió Raúl.

—Podríamos quedar con ellos alguna vez... Parecen simpáticos...

—No lo creo —espetó él sin más, sentándose de nuevo a su lado en el sillón, esperando que se apoyase sobre su pecho tal como había hecho antes. Sin embargo, ella no lo hizo. Se quedó mirándolo un instante antes de decidirse a volver a hablar:

—No lo entiendo... ¿Por qué quieres mantenerme alejada de ellos, Raúl? ¿Es que... te avergüenzas de mí? —consiguió articular al fin.

Raúl abrió los ojos más de lo que lo había hecho nunca al escuchar aquellas palabras. De todo lo que había imaginado, lo último que había creído era que ella pudiera dudar si él se avergonzaba de ella, y aquella fue la ocasión en que más le dolió no poder explicarle la verdad, pero por desgracia, no tenía otro remedio.

—No, joder, claro que no. ¿Cómo voy a avergonzarme de ti, Cris? Mírate... Eres la mujer más guapa que conozco, nunca podría avergonzarme de estar contigo...

Cristina se sintió aún más confusa al escucharlo decir aquello.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno... Mierda, simplemente... No sé... Supongo que me apetece estar a solas contigo, no quiero tener que compartirme con nadie... —La excusa sonó convincente, sobre todo porque, aunque no era toda la verdad, sí que era cierto en parte. Raúl se quedó observando cómo una preciosa sonrisa fue apareciendo poco a poco en los labios de Cristina, que pronto volvió a abrazarse a su pecho con fuerza.

—Ah, vale. Si es por eso... Me parece bien —fue todo lo que dijo antes de volver a quedarse en silencio, escuchando el suave murmullo del televisor que ofrecía las noticias mientras ellos continuaban ensimismados en sus pensamientos. Cuando Raúl acompañó a Cristina a su casa aquella noche, la felicidad se reflejaba en el brillo de sus ojos verdes y en la amplitud de su hermosa sonrisa.

El viernes, tras una larga mañana de incesante trabajo, Raúl se encaminó a

hablar con Abelardo como ya era habitual. Se sentía algo más tranquilo al ver que Cristina parecía haberse creído todas sus mentiras, pero cada día que pasaba sus deseos de no tener que seguir engañándola aumentaban sin remedio. Por desgracia, aquello no era posible, y él era plenamente consciente de ello, así que no tuvo más remedio que aceptarlo, dudando de si cuando aquel trabajo terminase, él sería capaz de reunir el valor suficiente para confesarle la verdad. En realidad, estaba casi seguro de que no iba a ser capaz, pero si quería seguir viéndola, aunque fuera de la manera informal que habían acordado, no tendría más remedio que hacerlo. En cualquier caso, aún quedaba mucho tiempo para aquello, así que podía esperar para tomar una decisión al respecto. Lo importante era que seguía a su lado y que no parecía tener intención de alejarse de él, aunque él siguiera luchando contra los posibles sentimientos que parecía empezar a notar en su interior, obcecado en no volver a acercarse tanto a alguien que pudiera terminar lamentándolo.

Cuando llamó a la puerta de su jefe, la voz de Abelardo sonó más alto de lo que era usual, pero Raúl no le dio importancia. Era un tipo voluble y él lo sabía. Además, sus amigos ya le habían advertido de que últimamente estaba más cabreado de lo normal, así que no se lo tomó como algo personal. Simplemente, entró en su despacho y se sentó, esperando que la charla de aquel día fuera lo más corta posible para huir de allí tan pronto como pudiera. Abelardo lo siguió con la mirada y, cuando al fin se sentó, se quedó observándolo con fijeza, en silencio, hasta que Raúl empezó a ponerse nervioso.

—Bueno... Supongo que esperas el informe de la semana, así que te lo dejo sobre la mesa...

—Perfecto —contestó con sequedad antes de volver a quedarse en silencio, mirándolo tan fijamente como lo había hecho antes. Aquella actitud empezaba a incomodar a Raúl, que sentía que le faltaba información para entender la extraña actitud que estaba mostrando su jefe aquella tarde. Lo cierto era que el hombre siempre había sido un poco extraño, pero ese día estaba batiendo su propio récord.

—Bien, si no quieres nada más... Supongo que puedo irme... —se decidió a decir Raúl haciendo ademán de ponerse en pie.

—No, Raúl, espera. Aún no puedes irte —le advirtió Abelardo con urgencia.

Raúl obedeció al momento y volvió a sentarse, aunque empezaba a sentir como los nervios le atenazaban la garganta. Algo ocurría, y cada segundo que pasaba estaba más seguro de ello.

—De acuerdo. Entonces dime qué más necesitas.

—¿No tienes nada que contarme? —preguntó el comisario enarcando las cejas.

En el mismo instante en que escuchó aquellas palabras, Raúl sintió cómo la sangre se helaba dentro de sus venas. Por un momento pensó que se había enterado de su relación con Cristina, pero pronto trató de calmarse, pensando que no era posible. Solo lo sabían sus amigos, y ellos no podían haberlo traicionado de ese modo. Nunca antes lo habían hecho, y no tendría sentido que fueran a empezar a hacerlo después de tantos años.

—No, lo que tengo que decir ya está escrito ahí —contestó tratando de que no le temblara la voz mientras señalaba el documento que le acababa de entregar.

—Raúl, no voy a andarme por las ramas, sabes que no es mi estilo... Así que deja de fingir de una puta vez... Lo sé todo —murmuró entre dientes.

—No te entiendo...

—Sé lo de esa chica... Sé que te estás involucrando personalmente en el caso y, sinceramente, no entiendo nada. Sabes que eso está prohibido, sabes que podría despedirte ahora mismo por esto... —continuó explicando irritado mientras Raúl lo observaba perplejo.

Aquello no era posible, él no podía saberlo... A menos que alguno de sus amigos se lo hubiera dicho... Y él confiaba ciegamente en ellos.

—No sé de qué me hablas, Abelardo —contestó al final, encogiéndose de hombros.

—Mira, chaval, no trates de jugármela. Sé de lo que hablo, tengo testigos. Podría echarte a la calle por poner en peligro la misión, pero no quiero hacerlo. Creo que haces bien tu trabajo, así que había pensado aclarar esto por las buenas... Pero si sigues negando la evidencia, me vas a acabar cabreando...

—Vale, vale. De acuerdo —admitió al fin, intimidado por sus amenazas mientras levantaba ligeramente las manos—. Quizá me he extralimitado un poco, joder, pero...

—¿Un poco? —gritó Abelardo, más furioso de lo que lo había visto nunca—. La chica estaba en tu casa, Raúl. Eso no es extralimitarte un poco, maldita sea, y lo sabes. Esa chica no debería saber cuál es tu puta dirección... ¿Y si te sigue hasta aquí alguna vez? ¿Y si trata de averiguar más sobre tu vida? Ahora sabe tus apellidos, lo sabe todo de ti...

—Ella no va a hacer eso, créeme... —murmuró algo asustado por la dura reacción de su jefe.

—Me importa una puta mierda lo que tú pienses o cuánto confíes en ella, joder. Sabes cuales son las reglas... O las sigues o vas a la puta calle, como todos los demás, ¿me has oído? —Su grito resonó como un eco en aquel enorme despacho, y pese a que le costó hacerlo, Raúl consiguió al fin bajar la mirada y asintió en silencio, sin saber qué más decir. Por un momento, estuvo seguro de que Abelardo iba a despedirlo o a abrirle un expediente por el error que había cometido, pero poco después lo sorprendió al levantarse de su asiento para sentarse en el borde de la mesa, justo frente a él. Raúl levantó la mirada de nuevo, sin habla, aterrado por las consecuencias que iba a tener la mala decisión que había tomado. El comisario lo miró un momento antes de volver a hablar, suavizando el tono de su voz en aquella ocasión—. Mira, Raúl, no me gustaría tener que prescindir de ti, pero si esto sale mal por tu culpa, puedes estar seguro de que lo haré. Así que tienes que arreglar esto y, a partir de ahora, vas a seguir mis órdenes al pie de la letra...

—Vale, lo haré —murmuró Raúl con la voz entrecortada, en un tono tan bajo que apenas era audible.

—Tienes que alejarte de esa chica, ¿me oyes? Y tiene que ser ya. Si vuelvo a enterarme de algo parecido a esto, no dudaré en informar de tu comportamiento y acabarás en la calle. Estoy seguro de que entiendes lo que te digo, así que espero que no cometas más errores a partir de ahora... —volvió a amenazarlo.

—No lo haré, no te preocupes, lo he entendido. No volverá a pasar, te lo aseguro.

—Bien, eso era lo que quería oír. Ahora, lárgate de aquí y no vuelvas a darme más problemas... —Y con aquella frase, Abelardo dio por zanjada su extraña conversación, de modo que se sentó de nuevo en su silla y se concentró en su ordenador antes de añadir—: Ah, y no olvides cerrar la puerta al salir.

—Claro.

Cuando Raúl salió al fin de aquel despacho, sintió que le faltaba el aliento. No recordaba haber recibido nunca una bronca como aquella, y no estaba muy seguro de cómo tomárselo. Al menos no lo habían despedido, pero su trabajo pendía de un hilo, tal como Abelardo, tan amablemente, le había explicado hacía un momento. Después de respirar hondo varias veces tratando de calmarse, se decidió a marcharse. Sin embargo, cuando llegaba a la salida, pudo advertir que a su izquierda estaba Enrique observándolo en silencio. Su rostro mostraba toda la culpabilidad que sabía que sentía, y por un momento se le nubló la mente y perdió el control sobre su cuerpo. Todo aquello era culpa suya. Iba a perder a Cristina... De hecho, iba a tener que dejarla cuando no deseaba hacerlo porque él no había sido capaz de mantener la boca cerrada, y antes de que se diera cuenta, lo había apresado contra la pared sujetándolo con firmeza por el cuello, y su puño amenazaba con descargarse sobre su rostro.

—Lo siento, Raúl —dijo Enrique con la voz entrecortada mientras él luchaba consigo mismo para no hacer lo que estaba deseando, consciente de que si lo hacía, después de lo que había pasado aquella tarde, lo expulsarían del trabajo—. Te juro que yo no se lo dije. Sabes que yo no haría eso. Él me escuchó hablando del tema con Sito, y no pude negarlo. Te aseguro que es la

verdad, tú me conoces...

Al escuchar aquellas palabras, Raúl descargó el puño al fin, pero lo hizo contra la pared que había junto a la cara de aquel al que hacía poco había considerado uno de sus mejores amigos, y acto seguido lo soltó de una sacudida.

—No vuelvas a acercarte a mí, ¿me oyes? Me das asco... —le advirtió antes de marcharse ante su mirada atónita. Aquello era una pesadilla de la que no podía despertar. Iba a tener que abandonar a Cristina al fin, y por si fuera poco, era posible que perdiera su empleo. No podía soportar pensarlo siquiera, pero iba a tener que hacerlo. Iba a tener que alejarse de ella. Después de todo, iba a perderla y tenía que asumir que no podía hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 16

Aquel sábado, Cristina había quedado con Raúl a las seis. El día anterior no se habían visto, así que ella estaba ansiosa por encontrarse con él. Sin embargo, en cuanto bajó de su apartamento y lo divisó en el portal esperándola, todas sus ilusiones se desvanecieron de repente. Raúl estaba demasiado frío de nuevo, demasiado serio como para que ella pudiera quedarse tranquila, y siguió del mismo modo mientras cenaban. Además, se mostraba mucho más callado de lo usual y no quedaba rastro de la maravillosa sonrisa con la que tantas veces la había obsequiado a lo largo de los últimos días. Pero no era solo eso. Parecía ensimismado en sus propios pensamientos, como si se encontrase muy lejos de ella, a pesar de que estaba justo a su lado. Para cuando decidieron ir a casa de Raúl, ella ya no aguantaba más. Necesitaba saber qué diablos le ocurría, y era imprescindible que en aquella ocasión se lo explicara porque, de lo contrario, iba a acabar volviéndose loca. De modo que, nada más cruzar el umbral de su piso, le preguntó directamente. Para su sorpresa, Raúl no pareció sorprenderse al escucharla, sino que suspiró resignado antes de dirigirse a la cocina.

—¿Te apetece una cerveza? —le gritó desde la lejanía.

—Claro —contestó ella cada vez más confundida por su extraño comportamiento.

Pronto Raúl sirvió la bebida en un vaso de cristal y la llevó hasta el salón, donde se sentó junto a Cristina, tratando de pensar cómo iba a abandonarla cuando, en realidad, deseaba seguir a su lado durante el resto de su vida, y la sola idea de estar sin ella le producía un terror que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Tenemos que hablar —se decidió a decir al fin.

—No me gusta nada cómo suena esa frase, Raúl —replicó Cristina empezando a sentir como el pánico la invadía por completo—. Es la típica que

se usa cuando vas a dejar a alguien... Así que es mejor que te expliques antes de que empiece a asustarme.

Raúl bajó la mirada y se pasó los dedos por el pelo, sin habla, antes de reunir el valor suficiente para seguir hablando:

—No quiero que te asustes, Cris. Y te juro por Dios que nunca he querido hacerte daño, pero...

—Vale, ahora sí que estoy asustada —confesó acercándose más a él, con miedo de levantar la mano para acariciarlo como deseaba hacer, temiendo que la rechazara—. Dime qué pasa de una vez por todas.

—Vale, como quieras. —Miró al techo un segundo y respiró hondo antes de volver a clavar su mirada en aquellos preciosos ojos verdes que lo miraban presos de la agonía—. Tenemos que dejar de vernos.

—¿Cómo dices? —preguntó incrédula—. No, esto no puede ser... ¿Estás rompiendo conmigo?

—Sí —admitió Raúl luchando para que no le temblara la voz.

—Pero eso no tiene sentido... Ayer mismo estábamos bien... ¿Y ahora quieres dejarme sin más...? Eso no puede ser, Raúl. Al menos me merezco una explicación, ¿no crees?

—No hay nada que explicar, Cris. Simplemente, lo nuestro se ha acabado. Eso es todo lo que necesitas saber. —Raúl sentía como cada palabra que pronunciaba le resquebrajaba el alma, pero se esforzó en decirlo con toda la firmeza que pudo para que ella se convenciera de que hablaba en serio.

—Pero... No puedes hacerme esto. No es justo y lo sabes... —respondió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas sin su consentimiento—. Yo... Acepté tus condiciones, aunque no quería hacerlo... Solo para estar contigo... Además, últimamente habíamos avanzado mucho... Y eras feliz a mi lado, yo sé que lo eras, y tú también. No puedes negarlo. Puedo conseguir que lo nuestro funcione... Solo tienes que dejarme intentarlo, por favor... Me esforzaré más esta vez... Simplemente, dame otra oportunidad... —suplicó mientras las lágrimas que rebosaban en sus ojos empezaban a derramarse por sus mejillas.

Raúl se quedó observándola perplejo. No esperaba aquella reacción en absoluto. Suponía que cumplir con su deber iba a ser difícil, pero no había imaginado hasta qué punto. Por un momento sintió deseos de acercarse ella, tomarla en sus brazos y abrazarla con fuerza hasta que los sollozos agitados que convulsionaban su cuerpo desaparecieran por completo, pero en el fondo era consciente de que no podía hacerlo, así que desechó la idea de inmediato. Su trabajo y toda su vida estaban en juego. No había otra opción posible.

—No voy a darte otra oportunidad, Cris. Ya te he dicho que se acabó...

—Pero al menos tendrás que explicarme...

—No tengo nada que explicarte y lo sabes. Tú y yo ni siquiera tenemos una relación, simplemente decidimos follar cuando nos apeteciera, y a mí ya no me apetece...

Cristina sintió como si el mundo se hubiera derrumbado a sus pies al escuchar aquellas duras palabras, y por un momento se preguntó dónde estaba aquel hombre dulce y cariñoso con el que había compartido los últimos días de su vida. Sin embargo, no tuvo que pensar demasiado para llegar a una conclusión clara: Raúl la había estado utilizando. Había fingido ser quien ella deseaba que fuera para conseguir llevarla a la cama, pero seguramente se había reído mucho a su costa cuando ella no estaba presente. En solo un segundo, acudió a su mente el día en que vinieron sus amigos de visita, cómo los echó de allí explicando que ella era solo una amiga, y la insistencia con la que siempre puntualizó que ellos no mantenían ningún tipo de relación aparte de la puramente sexual... Todas las señales estaban ahí, pero ella había estado tan ocupada enamorándose de él que no había sido capaz de verlas.

—Me has estado utilizando... —consiguió articular al fin, entre lágrimas—. Me has engañado... Nunca has sentido nada por mí. Solo lo has pasado bien hasta que te has cansado, y ahora te deshaces de mí como si fuera ropa vieja...

Raúl quiso gritar que aquello no era cierto, que sí que sentía algo por ella, aunque aún no había tenido el valor suficiente para definir el qué, y que en ningún momento la había utilizado. Quería borrar el dolor que transmitían sus

ojos y reemplazarlo por la jovialidad que siempre la acompañaba, pero no podía hacerlo. Tenía que aceptar su destino al fin, y lo cierto era que aquella parecía la excusa perfecta. Si admitía todo lo que ella acababa de decir, lo odiaría para siempre y nunca volvería a acercarse a él, de modo que su identidad se mantendría a salvo, al igual que la misión en la que estaba implicado y, lo que era más importante, su empleo. Antes de que pensara demasiado en ello, la decisión estaba tomada, de modo que asintió en silencio mientras apretaba las manos contra sus rodillas, luchando para no derrumbarse.

—Eso es, exacto. Lo has entendido muy bien. Eso es justo lo que ha pasado.

—Hay otra mujer, ¿verdad? —inquirió ella con voz temblorosa—. Esa es la razón por la que me dejaste...

—Eso no es asunto tuyo... —respondió sin más.

Cristina lo miró tratando de encontrar al hombre del que creía haberse enamorado tan solo unas horas antes en aquel ser frío y cruel que la observaba con tranquilidad mientras la estaba destrozando. Poco a poco, su tristeza se volvió ira tan rápido que apenas pudo darse cuenta de ello.

—Eres un cabrón... —aseveró al fin—. Podría seguir suplicándote, pero no voy a hacerlo, porque eso es lo que quieres. Supongo que eso es lo que necesita tu ego de macho... Me has engañado una vez, pero te juro por lo más sagrado que no permitiré que vuelvas a hacerlo. Me das asco... No me puedo creer que haya permitido que me toques en algún momento de mi vida. Eres un cerdo mentiroso, y a partir de ahora, no quiero que vuelvas a acercarte a mí jamás, ¿me has entendido? —preguntó con voz temblorosa y la cara aún húmeda por todas las lágrimas derramadas.

—Perfectamente. No te preocupes, no tengo intención de hacerlo —admitió Raúl, sorprendiendo a Cristina con su absoluta indiferencia ante sus sentimientos.

—Me alegro —fue todo lo que pudo decir antes de comenzar a sollozar con fuerza de nuevo. Después de aquella conversación, Cristina asumió al fin su

derrota, se dio la vuelta y salió de aquel apartamento que en los últimos minutos se había convertido para ella en el mismo infierno. Mientras corría hacia su casa sin poder parar de llorar, en medio de la oscuridad de la noche, no pudo evitar pensar que desde que había conocido a Raúl no se reconocía. Lo único que hacía era pensar en él: en cómo se sentía, en si era o no feliz, en cómo ayudarlo, en si la quería, en qué secretos le estaba ocultando... Hacía demasiado tiempo desde la última vez en la que ella había pensado en sí misma, y las consecuencias de ello habían sido desastrosas, por lo que, en cuanto llegó a su casa y se encerró en su habitación después de decir a sus amigas con la voz entrecortada que necesitaba estar sola, tomó una decisión: nunca iba a volver a poner a nadie por delante de sí misma. Ella debía ser siempre lo primero en su vida, y nunca volvería a confiar tanto en ningún hombre, dado que siempre le habían demostrado que no lo merecían. Era curioso darse cuenta de cómo todo el amor que poco antes había creído sentir por Raúl se había vuelto odio, pero esa era la verdad, en aquel momento lo odiaba con toda su alma y no podía soportar la idea de tener que verlo el lunes siguiente en el trabajo. Con suerte, no volvería a acercarse a ella, tal como había aceptado hacer. Así todo sería más fácil. Solo necesitaba tiempo. Si era capaz de mantenerse alejada de él el tiempo suficiente, lo acabaría olvidando, estaba segura.

Raúl escuchó el golpe que Cristina dio al cerrar cuando se marchó mientras se esforzaba por controlar el dolor que lo estaba atravesando por dentro. No sabía cómo había conseguido fingir que era indiferente al pesar que le había provocado, pero de algún modo lo había hecho. El terror que sentía por perder su trabajo, para el que sabía que había nacido, debía de haber ayudado a conseguirlo, pero cuando al fin se encontró solo una vez más en su casa, no pudo evitar derrumbarse por fin. Por un momento, sintió que su mundo se había derrumbado. Ya no habría más carcajadas, ni más caricias, ni podría volver a perderse en sus maravillosos ojos verdes olvidándose del tormento que anegaba su alma. Por un momento, estuvo a punto de salir tras ella y suplicarle que volviera a su lado, aun a riesgo de perder su empleo, pero

pronto se convenció de que eso no era posible. Todo lo que había vivido junto a ella no había sido más que una gran mentira, una fantasía que no podía acabar bien, así que lo mejor era que hubiera terminado. Sin embargo, el dolor no desaparecía y ni siquiera sabía si podría llegar a superarlo con el tiempo. Sin darse cuenta, en medio de la desolación que sentía, perdió el control por completo, así que cogió el vaso de cerveza que había frente a él y lo estrelló contra la pared antes de enterrar la cara entre sus manos, sintiéndose destruido.

CAPÍTULO 17

Cristina se había pasado todo el fin de semana llorando. Su amiga Soledad había pasado con ella todo el tiempo que había podido, pero no había logrado consolarla por más que lo había intentado. De todos modos, no podía negar que era difícil intentarlo siquiera. Después de todo lo que le había contado Cristina, aquel hombre había revelado que era un ser despreciable por todo lo que le había hecho pasar a su mejor amiga, para terminar dejándola de aquella forma tan cruel, sin ni siquiera molestarse en darle una explicación. La verdad era que cuando lo conoció, le había parecido un buen tipo, quizá algo serio, pero con buen fondo. Sin embargo, después de hablar con Cristina, tuvo claro que se había equivocado por completo. Al fin y al cabo, no se podía uno fiar de las apariencias, como se había demostrado una vez más.

En cualquier caso, después de haberse desahogado durante dos días, Cristina se estaba empezando a sentir algo más fuerte aquel lunes por la mañana. Aún se sentía triste y, sobre todo, nerviosa por la posibilidad de ver a Raúl en el trabajo después de todo lo que había ocurrido, pero al menos, tras haber pasado un fin de semana desastroso, al fin sentía que todo iba a terminar arreglándose. Solo necesitaba tiempo para curar sus heridas, y disponía de él, dado que estaba claro que Raúl no tenía intención de volver a acercarse a ella. En realidad era lo mejor, así le sería más fácil superarlo.

Cuando aquel día llegó al trabajo, ni siquiera se molestó en mirar hacia la gasolinera, sino que entró directamente en la tienda, con la clara intención de evitar a Raúl, lo que pareció extrañar, una vez más, a Josemi, que cada vez estaba más confuso por la extraña relación que parecían mantener sus dos compañeros de trabajo.

—Joder, ¿ya os habéis vuelto a cabrear? Pero ¿qué coño está pasando entre vosotros, tío? —preguntó con tranquilidad mientras se liaba su cigarro de marihuana matutino, algo a lo que Raúl parecía haberse acostumbrado ya, más

o menos.

—Nada, no pasa nada. Simplemente hemos roto.

—¿Otra vez? —Raúl no se molestó en explicarle que, en realidad, no habían roto, puesto que nunca habían salido juntos. No le apetecía demasiado hablar sobre ese tema, así que prefirió asentir sin más, tratando de conseguir que Josemi lo olvidara—. Madre mía, tenéis la relación más rara que he visto nunca...

—No lo creo —replicó Raúl tratando de aparentar una tranquilidad que, desde luego, no sentía.

—Bueno, en realidad, no pasa nada. Hay más mujeres que peces en el mar, ya encontrarás a otra... —continuó Josemi justo cuando un cliente apareció tras ellos. Raúl sintió que la fortuna le había sonreído y se apresuró a atenderlo para librarse de continuar con aquella conversación.

—De este me encargo yo, tú tranquilo —le advirtió, y con aquel astuto movimiento, consiguió dejar el tema por fin.

Aquella tarde, sin embargo, no tuvo tanta suerte. Se pasó todo el tiempo tumbado en el sillón mirando el techo, pensando. Su mente no paraba de repetir que tenía que arreglar las cosas con Cristina, por mucho que él supiera que no era posible, y menos en ese momento, estando tan furiosa con él. Estaba seguro de que lo odiaba, y a partir de entonces no permitiría que se volviera a acercarse a ella, y lo peor de todo era que en el fondo lo entendía. Se había portado fatal con ella y no se lo merecía, pero no había tenido otro remedio, aunque no pudiera explicárselo. En algunos momentos pensaba que quizá había alguna solución, pero, si era así, él no era capaz de encontrarla, así que dejó pasar las horas hasta que no tuvo otro remedio que irse a dormir. Justo antes de apagar la luz, volvió a observar que Enrique lo estaba llamando de nuevo al móvil. Desde lo que había ocurrido el viernes pasado, lo había llamado varias veces, pero él siempre ignoraba su llamada. Sabía que quería excusarse, que habían sido amigos desde siempre y que necesitaba que lo perdonase por lo que había ocurrido, pero, simplemente, no se sentía capaz de hacerlo. No podía evitar pensar que había perdido a Cristina para siempre y

que había sido por su culpa. Si él no hubiera dicho nada, quizá hubiera tenido tiempo suficiente para pensar en algún plan para poder continuar viéndola sin que eso amenazase la misión en la que se encontraba, pero ya no había remedio, y él era el responsable, así que no era capaz de olvidar lo que había ocurrido y no creía que nunca fuera a ser capaz de hacerlo. De todos modos, mientras iba perdiendo la consciencia aquella noche, no pudo evitar pensar que hacía ya tiempo que entre sus amigos y él ya nada era lo mismo. Quizá todos habían cambiado demasiado... Y quizá su amistad no duraría siempre, como habían pensado cuando eran niños. Antes de que se diera cuenta aquella noche, entre medio de su tristeza y sus oscuros pensamientos, Raúl acabó durmiéndose.

La mañana siguiente empezó con normalidad, a excepción de un cliente que expresó su molestia por haber tenido que esperar demasiado a ser atendido, con varios bocinazos, aunque Raúl y Josemi trataron en todo momento de explicarle que había mucha gente esperando y que no tenía más remedio que esperar su turno. Al hombre no le importaron demasiado sus excusas, y al final acabaron recibiendo una reprimenda de su jefe por ir demasiado lentos cuando había tantos clientes. Josemi pareció bastante molesto cuando salieron del despacho, pero Raúl estaba muy tranquilo. Después de la bronca que se había llevado la semana anterior con Abelardo, aquello no había sido nada, así que no tenía motivos para preocuparse. Josemi, en cambio, se había puesto bastante nervioso, hasta el punto de que le empezaban a temblar las manos. Cuando trató de encontrar algo en el bolsillo de sus pantalones, Raúl decidió mirar hacia otro lado, suponiendo lo que haría a continuación. Sin embargo, él mismo se sorprendió cuando Josemi sacó algo inesperado de su bolsillo: no era marihuana, sino un polvo blanco dentro de un envoltorio transparente, que bien podía ser cocaína. Josemi se asustó al darse cuenta de que se había equivocado de paquete, así que se lo guardó de nuevo lo más rápido que pudo y volvió la vista hacia Raúl, que se había quedado perplejo observando la escena...

—No es lo que parece... —trató de explicarle.

—No, claro, estoy seguro —contestó Raúl antes de darse la vuelta con la clara intención de marcharse. Sin embargo, Josemi lo sujetó del brazo para impedirselo. Raúl, al sentir su agarre, se liberó dándole un empujón, antes de volverse una vez más hacia él, furioso.

—Por favor, no se lo digas a nadie... Solo la tomo de vez en cuando... Te aseguro que no es ningún problema...

Raúl se quedó un momento pensativo, dudando si debía decirle todo lo que sabía. Aquella cantidad no era para consumo propio, era demasiado para eso, así que estaba casi seguro de que Josemi era traficante, aunque no sabía desde hacía cuánto tiempo. Sin embargo, no podía comenzar a interrogarlo como deseaba hacer, porque entonces se delataría, de modo que decidió actuar como si le creyera, asintiendo en silencio. Ya buscaría el momento para indagar más en el asunto, cuando se presentara la ocasión.

—No te preocupes, te creo. No se lo contaré a nadie —replicó esbozando una pequeña sonrisa tranquilizadora antes de darle una palmada en el hombro y marcharse de nuevo a su puesto de trabajo.

El resto de la mañana fue interesante. Se pasó la mayor parte del tiempo observando a su compañero, lo que le permitió darse cuenta de algunos detalles que antes habían pasado desapercibidos. Por ejemplo, el temblor que antes había notado en sus manos era habitual en él. Siempre había pensado que era debido al frío, o al nerviosismo de hacía un momento, pero tras sus últimas averiguaciones supuso que podía ser por el síndrome de abstinencia. Debía de ser drogadicto, lo que en sí constituía un problema, porque en cuanto su jefe se enterara, lo despediría al instante, y Raúl no podía permitir que eso ocurriera, pues él era la única posible pista que tenía hasta el momento sobre el caso que le ocupaba, de modo que decidió encubrirlo en su secreto por el momento. Además, había ocasiones en las que se ponía demasiado nervioso, y otras en las que se mostraba eufórico, clara consecuencia de la cocaína. Por un momento, pensó que había sido muy ingenuo, puesto que en ese instante lo estaba viendo todo claro. Era posible que, al final, Abelardo tuviera razón y aquella gasolinera fuera un buen lugar donde infiltrarse. De hecho, quizá él

tenía motivos que él desconocía para haberlo mandado a aquel lugar concreto, aunque no entendía por qué no se los explicaba con claridad. Ahora solo tenía que averiguar hasta qué punto Josemi estaba involucrado en aquel sucio negocio y si su jefe estaba o no enterado de ello. Sabía que cabía la posibilidad de que aquella gasolinera no fuera más que una tapadera para algún negocio ilegal, pero decidió no adelantar acontecimientos por el momento y continuar con su trabajo tratando de no ser descubierto.

Cuando llegó su hora de marcharse, Raúl estaba aún con un cliente, de modo que Josemi se despidió de él y se marchó algo más tranquilo de lo que le había parecido un par de horas antes.

Sin embargo, cuando terminó su jornada al fin y se dio la vuelta con la única intención de quitarse por fin aquel mono horrible para volver a su casa, la inesperada escena que se desarrolló ante sus ojos lo paró en seco. Josemi estaba hablando con Cristina en la puerta de la tienda, ajenos ambos a su presencia. Estaba muy cerca de ella, más de lo que jamás le había permitido estar en el pasado, y se mostraba feliz mientras él la acariciaba un mechón de su dorado cabello antes de escondérselo tras la oreja, tal como él solía hacer a menudo hacía no demasiado tiempo. Aquel gesto íntimo le dolió en el alma, sobre todo porque sabía que Josemi estaba metido en algún negocio sucio en el que no quería que Cristina se involucrase en absoluto, pero también porque los celos se habían apoderado de todo su ser en cuanto sus ojos habían visto cómo la tocaba. No podía negar que lo destrozaba la idea de que, por su culpa, Cristina le diera una oportunidad a aquel hombre al que nunca había prestado la menor atención en el pasado, así que, antes de darse cuenta, sus pies ya lo habían llevado hasta ellos. Raúl apartó a Josemi de un empujón y se interpuso entre los dos antes de gritarle:

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

Cristina sonrió con tranquilidad, no dejándose intimidar por su actitud agresiva, tal como sabía que haría. La conocía mejor de lo que pensaba, estaba claro.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo tú? ¿Quién te crees que eres para

venir aquí y empujar a Josemi así? —lo retó ella enfurecida, perdiendo la sonrisa para mostrar una furia que nunca había visto antes en su rostro—. Ya te dije que no quería volver a verte más, así que apártate de mi camino...

—Solo iba a acompañarla a casa, Raúl, no tienes de qué preocuparte... —intervino su compañero en ese momento. Raúl se volvió hacia él tan enfadado que apenas podía controlarse.

—Tú cállate, joder. Y no vuelvas a acercarte a ella, lo digo en serio —le gritó.

—¿Quién te crees que eres para hablarle así? —chilló Cristina al escucharlo, y lo empujó por el pecho, obligándolo a mirarla de nuevo—. Tú no eres quién para decidir quién puede acercarse o no a mí, así que lárgate de aquí ahora mismo.

—No, Cris, tú no lo entiendes... Él no es como tú crees —trató de explicarse Raúl, suavizando el tono de voz en aquella ocasión.

—¿Y tú sí? ¿Es que estás intentando decirme que tú eres mejor que él? No me hagas reír, Raúl...

—No, no es eso lo que quiero decir, joder. Solo digo que no deberías acercarte a él, eso es todo —trató de explicar evitando dar más información de la que debía.

—Pues guárdate tu opinión para cuando te la pida. Va a acompañarme a casa te pongas como te pongas, así que déjanos en paz de una vez.

—No, nada de eso. Yo te acompañaré a casa si es lo que necesitas, pero apártate de él, hablo en serio —le advirtió Raúl con tono urgente, mostrándose desesperado. Entendía perfectamente que ella no le hiciera caso, pero no podía evitar pensar que, hasta que no estuviera seguro de que aquel hombre era de fiar y de que no estaba involucrado en algo turbio, no iba a permitir que se acercase a Cristina de ningún modo. Daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirlo, como tampoco le importaba que Josemi lo mirara perplejo sin ser capaz de reaccionar.

Cristina, sin embargo, pareció algo sorprendida al escuchar su proposición, pero pronto se recuperó y emitió una sonora carcajada.

—Eres increíble... Después de lo que pasó, de lo que me hiciste, de cómo te comportaste..., ¿te crees con derecho a venir aquí para interponerte entre Josemi y yo? ¿En serio?

—Cris, por favor... —murmuró solo para que ella lo oyera.

—¡No! ¡Basta ya! No tienes ningún derecho a hacerme esto.

—Lo sé, sé que no tengo ningún derecho y que no quieres verme, y lo entiendo. Sé que me porté como un cabrón el otro día, pero tengo mis motivos...

Cristina sonrió y se cruzó de brazos.

—Ah, vaya... Así que resulta que tienes motivos... ¿Y cuáles son?

—Maldita sea... —masculló Raúl entre dientes, impaciente por salir del embrollo en el que él mismo se había metido. En efecto, tenía sus razones para hacer lo que hizo, pero no podía explicárselas, así que seguía en la misma encrucijada del principio. Tratando de decidir qué debía hacer, se quedó pensando un momento y pronto llegó a una conclusión clara—. Mira, siento mucho lo del otro día, en serio.

—Ya, claro, por supuesto... Lo sientes porque tu orgullo de macho está herido, porque no puedes soportar la idea de que pueda estar con otro...

—No, no es eso. Lo siento de verdad, te lo juro. Necesito que hablemos. Solo... escúchame antes de tomar una decisión, por favor.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Cristina empezando a dudar si debía escucharlo, pero sin intención de demostrárselo a Raúl.

—Porque yo te lo estoy pidiendo. Solo serán unos minutos, mientras te acompaño a casa, y luego puedes hacer lo que quieras y yo lo respetaré — insistió Raúl esperando que la desesperación que transmitía su voz surtiera efecto en ella. Por desgracia, su mirada desconfiada le mostraba lo contrario—. Por favor, Cris. Te aseguro que solo será un momento —suplicó una vez más, temiendo que no sirviera para nada. Sin embargo, algo cambió en el rostro de Cristina al escuchar aquellas palabras. Por fin, la humildad que transmitían hizo mella en ella, su mirada se volvió más dulce, como la recordaba él del pasado, lo que lo alivió bastante, terminando de calmarlo por

completo cuando, decidida, se dirigió a Josemi, que estaba perplejo detrás de él, para pedirle que los dejara a solas, lo que él aceptó sin resistirse, marchándose resignado.

Cristina se quedó entonces observando a Raúl, en algún punto entre lo esperanzada que se había sentido por el cambio de actitud que había visto en él y la confusión de no comprender nada de lo que estaba ocurriendo. Raúl la miró algo más calmado, deseando encontrar las palabras para conseguir que Cristina lo perdonase por su gran error. Había llegado a un punto en el que le daba igual todo, pero necesitaba mantenerla a salvo, era lo único que tenía claro en ese momento, y para ello tenía que conseguir que estuviera lejos de Josemi, al menos hasta que él decidiera si podía llegar a ser un peligro para ella.

—Gracias —murmuró Raúl al fin, dudando qué más podía decir.

—No me agradezcas nada. Me has dicho que tenías algo que contarme, así que hazlo —replicó ella con dureza.

—Lo haré, no te preocupes. Pero antes me gustaría acompañarte a casa. ¿Te parece bien? —consultó con suavidad.

Cristina dudó un momento antes de asentir, resignada.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 18

El camino fue silencioso. Raúl se esforzó por ordenar sus ideas para poder hacer entender a Cristina todo lo que estaba ocurriendo, pero no era capaz de pensar con claridad, razón por la que la tarea se presentaba complicada. Cristina, mientras tanto, trataba de entender al hombre que la estaba acompañando a casa, sin llegar a conseguirlo. De hecho, cada día que pasaba lo comprendía menos. La había alejado de él para, de repente, actuar de una forma protectora que no encajaba en absoluto con la indiferencia que había mostrado el viernes anterior, abandonándola sin darle explicaciones, ajeno por completo al dolor que le había provocado con su repentina crueldad. Era consciente de que había jurado no volver a permitir que se acercara a ella, y, sin embargo, allí estaba, a su lado, acompañándola a casa en silencio mientras ella reflexionaba sobre su actitud como había hecho siempre. Pero en aquella ocasión todo iba a ser diferente. Estaba cansada de permitir que Raúl se saliera siempre con la suya, no iba a volver a pasar. De hecho, por mucho que en el fondo se alegrase de que Raúl hubiera luchado por hablar con ella al fin, mostrando que no era del todo indiferente, aunque solo fuera por orgullo, no había olvidado todo el daño que le había hecho solo unos días antes, y no pensaba darle la oportunidad de que volviera a hacérselo. No sabía qué iba a decirle cuando llegaran a su casa, pero fuera lo que fuera, estaba convencida de que nada iba a cambiar entre ellos. Ella no iba a rendirse a él tal como siempre hacía, nunca más. Aquella tarde solo iban a hablar, y luego ella iba a marcharse. Eso iba a ser todo.

Justo cuando Cristina llegó a aquella conclusión irrevocable, de repente se dio cuenta de que habían llegado a la puerta de su casa. Cristina detuvo sus pasos y se dio la vuelta para quedar frente a Raúl, esperando que hablase, tal como dijo que haría, pero él se quedó mirándola fijamente, sin pronunciar palabra durante tanto tiempo que empezó a ponerse nerviosa.

—Bueno... Se supone que tienes algo que decirme, ¿verdad?

—Sí, así es... —admitió Raúl.

—Bien, entonces empieza. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—De acuerdo. —Raúl respiró hondo y se preparó para explicar lo que necesitaba decirle, aunque estaba claro que iba a ser complicado teniendo en cuenta que no podía darle demasiados detalles del tema—. Mira, sé que ahora mismo te sientes sola, y Josemi parece un buen tío... Pero no lo es. Quiero decir... que tengo motivos para sospechar que no es una buena compañía para ti... Así que me gustaría que te mantuvieras alejada de él.

—Ya, claro... —respondió Cristina esbozando una irónica sonrisa—. Y el hecho de que tú y yo hayamos tenido... algo juntos, sea lo que sea, no tiene nada que ver...

—No, no tiene nada que ver. No me fío de ese tío, Cris, tienes que creerme. No me gustaría que te metieras en problemas, y me parece que si te relacionas con él, vas a hacerlo...

—Vale, genial. Así que no estás celoso... Solo preocupado por mi seguridad... —contestó sarcástica.

—No, no es solo eso. También estoy celoso, no lo niego. Me jode verte con otro, y no te imaginas cuánto, pero sobre todo estoy preocupado. Deberías alejarte de ese tío, eso es lo que pienso.

—¿Y desde cuándo te preocupas por mí, Raúl? Hace unos días me dejaste claro que pasas de mí totalmente...

—Lo sé, y ya te he dicho que lo siento.

—Pues no es suficiente... —espetó Cristina cada vez más enfadada, levantando la voz.

—¿Y qué coño quieres que haga, joder? —gritó Raúl a su vez, perdiendo los nervios de nuevo.

Cristina se quedó observándolo unos segundos antes de decidirse a contestar.

—Nada, no quiero que hagas nada, no quiero nada de ti.

—Maldita sea, Cris... —murmuró Raúl.

—Será mejor dejar ese tema. No nos lleva a ninguna parte y yo tengo prisa, así que ve al grano de una vez o me largo ahora mismo... —espetó irritada.

—Vale, vale... Espera un momento... —Raúl cerró los ojos con fuerza mientras se acariciaba las sienes formando círculos, tratando de calmarse, antes de continuar—: Lo que quería decirte antes es que no quiero que te veas con Josemi fuera del trabajo, no creo que sea buena idea...

—Porque te preocupas por mí... —insistió Cristina tratando de entender lo que estaba ocurriendo, sin llegar a conseguirlo.

—Sí, exactamente, porque me preocupo por ti, Cris. Es así, aunque no me creas.

Cristina se quedó un momento reflexionando sobre las palabras que acababa de escuchar. Estaba claro que no entendía a Raúl, y nunca iba a hacerlo, pero no podía negar que, en efecto, parecía preocupado por ella. También parecía muy triste, e incluso algo enfadado, pero eso era otro tema. Por un momento, pensó que quizá tenía razón, quizá Josemi podía constituir una amenaza para ella, aunque era difícil de creer. No lo conocía desde hacía mucho tiempo, pero siempre le había parecido un buen tipo. Sin embargo, y aunque en el fondo no estaba segura de que fuera buena idea, pronto decidió hacer caso a Raúl. Él parecía muy seguro de lo que decía, y para ella no sería un problema alejarse de Josemi durante un tiempo. En realidad, él no era alguien imprescindible en su vida... Y no quería acabar teniendo problemas, de modo que finalmente tomó la decisión de hacerle caso solo en ese aspecto.

—Bien, de acuerdo. No veré a Josemi fuera del trabajo si tanto te preocupa... Pero eso no cambia nada entre nosotros. A partir de ahora no quiero que vuelvas a acercarte a mí, ¿me oyes? Ahora me voy a casa. —Se despidió dándose la vuelta para alejarse de Raúl tan pronto como fuera posible.

—No, espera, no he acabado... —Las palabras surgieron de los labios de Raúl antes de que él fuera consciente de ello, y por algún motivo que no era capaz de comprender, Cristina se detuvo en cuanto las escuchó y se dio la

vuelta de nuevo para observarlo, confundida.

—¿Ah, no? ¿Y qué más tienes que decirme? —preguntó curiosa.

Raúl suspiró, sintiéndose más nervioso de lo que lo había estado nunca. De algún modo, sabía que no iba a ser capaz de dejarla escapar, no de nuevo. Ni siquiera tenía idea de cómo lo había conseguido la vez anterior, pero fuera como fuera, estaba seguro de que no tendría fuerzas para volver a hacerlo.

—Necesito que me perdones por lo del otro día, Cris...

—Pues olvídalo porque no voy a hacerlo... —espetó ella con dureza.

—Sé que me porté fatal, sé lo que debes de estar pensando ahora mismo... Pero no es verdad. Lo del otro día fue un error, nunca debió haber pasado, y lo siento. De verdad que lo siento, créeme...

—Ese es tu problema...

—Necesito que volvamos... —Raúl se acercó un paso a ella, esperando que la proximidad de su cuerpo tuviera algún efecto sobre la ira que transmitía su mirada, pero por desgracia no fue así. Cristina enarcó las cejas y después esbozó una pequeña sonrisa cargada de ironía.

—Vaya... ¿Qué ha pasado, Raúl? ¿La otra ya se ha cansado de ti y no tienes más remedio que conformarte conmigo para no quedarte solo? ¿O es que no era tan buena en la cama como esperabas...?

—No digas gilipolleces... Nunca ha habido ninguna otra, Cris, deberías saberlo —explicó Raúl con paciencia.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —continuó interrogándolo incrédula.

—No ha pasado nada. Simplemente... te echo de menos.

—Eso es mentira, y no vas a volver a engañarme, así que no te esfuerces más. No creo una sola palabra de lo que me dices.

—Lo sé, es normal, pero te juro que estoy siendo sincero. El otro día la fastidié. Por favor, deja que te compense por ello. Necesito que me des otra oportunidad, solo una más... Te aseguro que esta vez funcionará... Yo conseguiré que funcione... Confía en mí. —La voz se le quebró al final de la frase, y Cristina se dio cuenta de ello. Cada vez estaba más confundida por

todo lo que había pasado y no sabía cómo reaccionar al cambio de actitud tan radical que había visto en Raúl en los últimos minutos.

—¿Quieres que volvamos? ¿Tú y yo? —preguntó perpleja. Raúl asintió en silencio—. No pienso volver contigo, no tendría sentido. Después de lo que pasó está claro que no puedo confiar en ti...

—Sí que puedes, dame la oportunidad de demostrártelo. Te juro que no te arrepentirás.

Cristina trataba de mantenerse firme, pero no podía negar que las palabras de Raúl, el dolor que transmitían y la seguridad con la que las pronunciaba estaban empezando a doblegar su voluntad, tal como hacía siempre, y estaba convencida de que él se había percatado de ello.

—Me dejaste, Raúl. Sin ningún motivo, sin ninguna explicación... ¿Cómo crees que voy a perdonarte eso?

Raúl se quedó un momento pensativo antes de contestar.

—Vale, joder... Tienes razón, pero... ¿Qué quieres que haga? —preguntó él al fin, mostrándose desesperado—. Dime qué tengo que hacer para que me perdones y lo haré, te lo aseguro.

Cristina tardó un poco en contestar. En realidad, solo fueron unos segundos, pero a él se le hicieron eternos. A cada minuto que pasaba la sentía más lejos de él, casi inalcanzable, y por algún motivo, aquello le resultaba insoportable. Nunca se había dado cuenta de cuánto le importaba hasta que había creído que iba a perderla para siempre. Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que lo que sentía por ella era mucho más fuerte de lo que le hubiera gustado admitir, y ya no tenía sentido seguir ignorándolo. Solo conseguiría hacerse más daño, y no estaba dispuesto a seguir sufriendo.

—No sé. Creo que necesito tiempo para pensar en todo esto...

—No, nada de tiempo, mírame —le ordenó Raúl tomando su cara entre las manos por fin. Cristina se resistió un poco a obedecerle, pero finalmente pudo comprobar como sus hermosos ojos verdes se clavaban en su mirada—. Cris, no voy a volver a hacerte daño, prefiero morir antes que volver a herirte, ¿entiendes? Te necesito a mi lado, así que no te vayas...

—¿Por qué? —murmuró con voz temblorosa.

Raúl tardó un par de segundos en contestarle, pero finalmente se armó de valor para decir en voz alta lo que llevaba demasiado tiempo negándose a sí mismo.

—Porque yo... No puedo vivir sin ti. Te quiero.

CAPÍTULO 19

Cristina se quedó perpleja cuando escuchó como aquellas palabras salían de los labios de Raúl. Podía sentir como sus manos temblaban junto a sus mejillas, y algo dentro de ella la urgía a responder, pero no sabía qué decir. De repente se había quedado sin palabras. Por una parte, sentía que debía apartarse de Raúl tan rápido como le fuera posible, y por otra, no quería volver a alejarse de él durante el resto de su vida. Había deseado tanto escucharlo decir aquello..., aunque desde el principio no había pensado que existiera ninguna posibilidad de que él llegara a sentir jamás algo así por ella. Pero le había confesado que era así, y ella no sabía si sentirse pletórica de felicidad ante aquella noticia o aterrada por las consecuencias que iba a tener. Después de su confesión, ya no creía ser capaz de seguir enfadada con él, y mucho menos de apartarlo para siempre de su vida como había decidido hacer poco antes, pero tampoco estaba segura de que pudiera confiar en él. Si quería que así fuera, iba a tener que ganárselo.

—¿Me quieres? —preguntó incrédula.

—Sí, te quiero. Estoy muerto de miedo, pero te quiero, Cris, más de lo que imaginas.

—Vale —admitió sin ser capaz de apartar la vista de sus ojos—. ¿Y se supone que tengo que perdonarte todo solo por eso?

—No, claro que no. Solo tienes que decirme lo que piensas, lo que estás sintiendo en este momento...

—Ahora mismo estoy bastante confundida —confesó Cristina al fin, apartando su rostro de las manos de Raúl.

—Pero ¿crees que podrías darme otra oportunidad?

—No sé, quizá... —Cristina se quedó pensativa un momento, tratando de decidir si, en realidad, ella podría ser capaz de volver a confiar en Raúl de nuevo. Que él se hubiera enamorado de ella, al igual que ella de él, lo había

cambiado todo de repente, pero no podía negar que aún tenía muchas dudas. Entre ellos se interponían demasiados secretos, así que, sin apenas darse cuenta, supo lo que debía hacer, aunque supusiera luchar contra todos sus instintos—. Mira, Raúl, puedo plantearme volver contigo, pero solo si todo es diferente esta vez. Quiero decir que esta vez eres tú quien va a tener que aceptar mis condiciones...

—Vale, lo haré, solo dime qué necesitas, Cris.

—Bueno, lo primero es que esta vez quiero que mantengamos una relación formal. Nada de solo sexo... Y nada de esconderme de tus amigos...

—Bien, de acuerdo.

—Y lo segundo... Necesito que te abras a mí. Quiero que contestes a mis preguntas, no quiero que haya más secretos entre nosotros. Quiero saber cosas de tu pasado y que me dejes conocerte...

Raúl suspiró al escuchar aquello. Para él no era tan fácil como debiera abrirse a ella por completo, pero no soportaba la idea de perderla, así que trató de mantener la calma mientras decidía cómo iba a abordar ese tema.

—Cris, mi pasado es complicado... Nunca hablo de ello con nadie...

—Pues tendrás que hacerlo conmigo, no tienes otra opción. Esto es lo que te ofrezco, lo tomas o lo dejas, Raúl, así que decídete de una vez.

Raúl bajó la mirada, haciéndose a la idea de que no tenía otra posibilidad más que aceptar su requerimiento, por muy difícil que fuera a ser para él llevarlo a cabo. De lo contrario, iba a perderla.

—Vale, tú ganas, otra vez... —admitió con pesar—. Será como tú quieras que sea mientras me prometas que no vas a volver a alejarte de mí.

Cristina se acercó a él hasta quedar justo enfrente, le tomó la cara entre sus manos del mismo modo que él solía hacerlo a menudo, y sin apartar la mirada de sus ojos, le aseguró:

—No volveré a hacerlo.

Raúl no pudo evitar el suspiro de alivio que abandonó su cuerpo al escuchar aquella frase. Poco después esbozó una ligera sonrisa y, acto

seguido, se decidió a abrazarla con fuerza, esperando que no lo rechazara.

—Gracias —murmuró antes de darle un tierno beso en la raíz de su cabello. Casi había olvidado el maravilloso aroma a vainilla que desprendía su pelo.

—De nada —respondió ella deleitándose en la felicidad que le producía sentir el cuerpo de Raúl contra el suyo de nuevo. Los dos permanecieron abrazados en medio de aquel frío invernal hasta que Cristina se decidió al fin a apartarse—. Me encantaría invitarte a subir, pero Sole está en casa, así que si quieres que estemos a solas, tendremos que ir a la tuya... Tenemos mucho de lo que hablar...

—Y también tenemos que comer... —puntualizó Raúl esbozando una pequeña sonrisa.

—Sí, también, tienes razón —admitió ella sonriendo también, consiguiendo al fin relajarse de toda la tensión que había pasado en la última hora.

Raúl la observó detenidamente un momento antes de volver a hablar:

—Venga, vamos a mi casa —sugirió al fin mientras le rodeaba los hombros con el brazo.

—Perfecto —aceptó ella recuperando su alegría mientras se abrazaba a la cintura de Raúl, olvidando todo el hambre y el dolor que había sentido hacía solo un momento.

El camino fue silencioso, pero cuando estaban más o menos por la mitad, Raúl se decidió al fin a coger la mano de Cristina como había deseado hacer desde el principio. Ella levantó la cabeza y lo observó en silencio, ampliando su sonrisa, mientras él disfrutaba al darse cuenta de que por fin había recuperado a la Cristina dulce que había conocido en un principio. Aún no estaba muy seguro de cómo iba a contestar a las preguntas que quisiera formularle, y en lo más hondo de su ser esperaba que no fueran demasiadas, pero en el momento en que sus pieles entraron en contacto una vez más, no pudo evitar sentir que todo aquello carecía de importancia. Había vuelto con él, y en aquella ocasión no iba a perderla. Le daba igual lo que ocurriera, o lo que dijera su jefe, o incluso que lo echaran de su trabajo, pero no iba a volver

a abandonarla. Simplemente, no creía que fuera a ser capaz de vivir sin ella, y tampoco podía soportar la idea de que alguien pudiera hacerle daño sin que él pudiera impedirlo, de modo que la decisión estaba tomada. Iba a apostar por ella, aunque un mar de dudas lo invadiera sin remedio. Se preguntaba si sería capaz de hacerla feliz, si podría superar su pasado por mucho que se esforzara en hacerlo, si ella seguiría pensando igual cuando supiera sus secretos, si la presencia de aquella maravillosa mujer podría devolverlo a la vida y arrancarlo de las tinieblas en las que había permanecido durante demasiado tiempo... Pero mientras andaba a su lado, disfrutando al sentir el calor que siempre le transmitía su piel, no podía evitar que todas aquellas preocupaciones parecieran minúsculas. Había muchas cosas de las que no estaba seguro, pero de algún modo sabía que había hecho lo correcto. Había confesado lo que sentía al fin y había recuperado a Cristina, quien lo había perdonado después de todo el daño que le había hecho. No podía creerse que fuera tan afortunado y, de algún modo, supo que haría lo que fuera, cualquier cosa, para demostrarle que había hecho bien al volver a confiar en él. Nunca iba a volver a hacerle daño, jamás. Lucharía cada día para conseguir que fuera feliz y se esforzaría para superar su pasado y poder, así, volver a sentirse dichoso a su lado. Cuando Cristina volvió a mirarlo, mostrando con el brillo de sus ojos que también ella lo había echado de menos, no pudo evitar pensar que, al fin, algo le salía bien. No se merecía a la mujer que caminaba a su lado, pero de todos modos era suya de nuevo. Fue entonces cuando unas palabras inesperadas surgieron de sus labios.

—No me dejes nunca —murmuró perdiendo por un momento la sonrisa.

—No lo haré —le prometió ella antes de enterrar la cara en su pecho, estrechando su abrazo, sin dejar de caminar. Y allí, en medio del viento frío que los arropaba, ambos supieron que no tenían nada que temer, al menos mientras estuvieran juntos.

CAPÍTULO 20

La comida fue silenciosa, aunque las miradas que Raúl y Cristina se echaban el uno al otro mientras degustaban su plato de pasta mostraban el ardor que ambos sentían por dentro. Raúl deseaba a Cristina a cada instante, al igual que ella a él, pero no podía evitar pensar que quizá era demasiado pronto para intentar acercarse a ella de ese modo, así que se contuvo, guardándose sus sentimientos para otro momento que pudiera parecerle más adecuado.

Después de comer, ambos se sentaron juntos en el sillón. Cristina no dudó en abrazarse a su cintura, lo que lo llenó de alegría al confirmarle al fin que ella había superado por completo el gran error que había cometido unos días antes. No sabía cómo, pero tenía que enmendar todo el daño que le había hecho. No se merecía ese trato en absoluto, y ambos eran conscientes de ello.

—¿Te apetece ver una película? —preguntó Cristina levantando la vista para mirarlo, con la cabeza aún apoyada en su pecho.

Raúl sonrió, suponiendo el suplicio que le esperaba aquella tarde.

—Claro, ¿qué te apetece ver?

—*Love Story* —contestó Cristina sin más. Ella sabía que ya habían visto aquella película unos días antes y que había sido descrita por Raúl, literalmente, como «uno de los bodrios románticos más empalagosos y vomitivos de todos los tiempos», pero, aun así, le apetecía verla, así que la sugirió sin dudar, esperando a ver cuál sería su reacción. Raúl se quedó mirándola un momento, como sopesando sus opciones, antes de asentir con la cabeza, resignado a su destino. La verdad era que no quería llevarle la contraria, al menos durante aquella tarde, y menos por una película, así que se levantó y la introdujo en el DVD mientras murmuraba:

—Como quieras...

Cristina esperó hasta que volvió a sentarse a su lado y se acomodó una vez

más en su pecho. En realidad, estaba algo extrañada por aquella actitud sumisa que Raúl estaba mostrando y que desde luego no era muy propia del hombre del que se había enamorado, pero, aun así, decidió no puntualizarlo, y ambos se centraron en la televisión sin hacer más comentarios. Cuando terminó, Raúl había bostezado al menos diez veces, pero no se había quejado en ningún momento de su elección, como había hecho la otra vez.

—Bueno, ha estado bien, ¿verdad? —preguntó Cristina con ironía.

—Si tú lo dices... —murmuró Raúl antes de levantarse para guardar el DVD en la caja correspondiente.

Durante la cena, Raúl escuchó todos los comentarios que Cristina hizo sobre la película, sin rechistar, lo que la dejó perpleja, y en cuanto terminaron, él se levantó con la intención de recoger. Sin embargo, Cristina tenía otros planes, así que lo tomó del brazo, impidiendo que se moviera, y acto seguido se sentó a horcajadas sobre su regazo, para tomar su rostro sorprendido entre las manos y, poco después, cubrirle la boca con sus labios, introduciendo la lengua tanto como había deseado durante todos los días que habían tenido que estar separados. No podía evitar que la felicidad la invadiera al notar su piel una vez más quemándola como había hecho siempre, sintiendo que el mundo, al fin, era perfecto cuando Raúl la sujetó por la nuca para profundizar aún más el beso. Él había sentido como todo el universo había estallado en mil pedazos solo unos días antes, creyendo que la había perdido, pero en cuanto vio como ella tomaba la iniciativa de ese modo, demostrándole que nada había cambiado entre ellos por mucho daño que él la hubiera hecho en el pasado, no pudo evitar que su excitación tomara el control de todo su ser. Cristina sintió como su miembro se endurecía bajo su cuerpo y empezó a moverse suavemente hacia delante y hacia atrás, rozándolo ligeramente.

—Eh, eh, para... Si sigues haciendo eso, no creo que aguante mucho más, Cris... —le advirtió él con la voz entrecortada.

—Vaya... Pues sí que tienes ganas... —comentó Cristina soltando una sonora carcajada—. Al final, va a ser verdad que no has estado con otra estos días...

—Claro que es verdad. No podría estar con ninguna otra, tú eres la única para mí, preciosa.

Cristina gimió contra sus labios al tomar posesión de su boca de nuevo. Al parecer, Raúl no mentía. Podía haber cometido un error en el pasado, uno muy grave que aún no comprendía muy bien a qué había sido debido, pero al menos no había estado con otra, y aquello supuso para ella un gran alivio. Antes de pensar en lo que estaba haciendo, rompió el beso y se quitó la ropa, ayudando después a Raúl a deshacerse de su camiseta. Necesitaba sentir su piel en todo su cuerpo, así que los pantalones fueron lo siguiente de lo que lo despojó, para finalmente volver a tomar su posición sobre él. Aquella postura era muy cómoda para Raúl, que la tenía a su completa disposición para succionar sus pechos con el ansia que había acumulado durante cada hora que habían estado separados, mientras ella empezó a introducirse su miembro despacio, para poco después empezar a moverse sobre él, sintiendo como él estrechaba su abrazo y haciéndola gozar más de lo que recordaba haberlo hecho nunca. Poco a poco, fue aumentando la velocidad de sus movimientos hasta que sus sonoros gemidos se entremezclaron y el placer del orgasmo los sorprendió a ambos a la vez, mientras luchaban por conseguir que el amor que había surgido entre ellos no los consumiera. Raúl se apartó de sus labios después de estallar entre sus brazos y tomó uno de sus pechos con la mano, besando la suave piel que había alrededor de sus pezones antes de introducirse en la boca, a lo que Cristina reaccionó rodeando su cabeza con los brazos mientras elevaba el rostro para facilitarle al máximo el acceso a su cuerpo. Sentir los besos de Raúl sobre su piel después de creer que lo había perdido para siempre la hacía sentir que estaba en el paraíso, y esperaba de verdad que a él le ocurriera lo mismo. De hecho, por lo que había podido observar desde que se habían reconciliado, así era. Raúl siguió besándola hasta llegar a su cuello, donde enterró el rostro mientras volvía a abrazarla con fuerza, sintiendo como Cristina deslizaba los dedos entre su pelo.

—Dios, no creo ser capaz de vivir sin ti —murmuró con la voz amortiguada por su piel.

—Yo tampoco creo que pueda —admitió ella.

Raúl se apartó levemente para mirarla. No pudo evitar la sonrisa que acudió a sus labios al verla con todo el pelo alborotado, cubierta de sudor y con una gran sonrisa que le mostraba el placer que había sentido minutos antes.

Los dos se quedaron observándose unos minutos, tratando de creerse que estaban juntos de nuevo, antes de que Cristina se decidiera al fin a levantarse.

—¿Nos vamos a la cama?

—De acuerdo.

Ambos se dirigieron hacia la habitación cogidos de la mano, sin molestarse en vestirse de nuevo. Cuando llegaron, Cristina se sentó sobre la colcha, y Raúl se sentó a su lado, acariciando su rostro antes de tumbarse. Cristina no pudo evitar que sus ojos se dirigieran a la cicatriz de su torso, cosa que él notó, decidiéndose así a taparse con la manta.

—¿Cómo te la hiciste? —le preguntó insegura. Sabía que aquel tema era peliagudo, y no quería arruinar el dulce momento que acababan de vivir, pero necesitaba saber cosas sobre él, sobre todo porque quizá de ese modo llegaría a entenderlo al fin.

Raúl suspiró, sabiendo que no tenía otro remedio que explicarle la verdad por más que no quisiera hacerlo. Había accedido a contestar a sus preguntas para no perderla, así que no tenía otra opción más que contestar.

—En un atraco a un banco, hace unos meses.

—¿Qué pasó? —insistió ella.

Raúl pensó un momento, en silencio, como podía explicarle lo ocurrido sin llegar a desvelar del todo su identidad mientras ella esperaba paciente antes de que él se decidiera a hablar.

—Los atracadores nos ordenaron que nos quedáramos quietos tumbados sobre el suelo mientras ellos se hacían con todo el dinero que encontraban, pero en un momento en el que creí que no me veían, me levanté para tratar de pararlos y me pillaron. Uno de ellos me rajó y... poco después perdí el

conocimiento.

—¿Estuviste grave?

—Sí, bastante. Estuve a punto de morir —explicó.

—Vaya... Eso es muy fuerte... — Raúl asintió, de acuerdo con su afirmación—. ¿Y estabas solo allí?

Al escuchar aquella pregunta, la que tanto había temido que hiciera, Raúl se puso boca arriba, mirando fijamente al techo mientras cruzaba las manos detrás de su cabeza.

—No, iba con Soraya, mi novia... Bueno, la que entonces era mi novia...

—¿Era? —Raúl asintió con la cabeza, sin habla, tratando de contener la emoción que sabía que luchaba por abrirse paso para destruirlo—. ¿Por qué lo dejasteis?

—No lo dejamos; murió —explicó con voz temblorosa, sin apartar la vista del blanco techo.

—¿Quieres decir que... la mataron? ¿Ese día?

—Sí, exacto. Murió ese día... por mi culpa. Al parecer, intentó defenderme, y gracias a eso hoy estoy vivo, aunque ella no tuvo la misma suerte... — Raúl se incorporó para sentarse, y Cristina hizo lo mismo, intentando evitar que escondiera la cabeza entre sus manos tal como intentaba hacer.

—Raúl, no fue culpa tuya... —trató de explicarle.

—Sí, claro que fue culpa mía. Si me hubiera estado quieto como ordenaron, no hubiera pasado nada... Pero creía que lo tenía todo controlado, como siempre... Aunque en realidad no era así —continuó con voz temblorosa. Cristina trató de apartar las manos de su rostro, pero él se resistió, hasta que finalmente le permitió hacerlo, mostrando como un par de lágrimas habían resbalado por sus mejillas, aunque se las secó rápidamente.

—No, escúchame, eso no es verdad. Tú no tuviste la culpa de lo que pasó. Tú no la mataste, Raúl, fueron los atracadores quienes lo hicieron...

Raúl levantó la vista hacia el gesto de dolor que Cristina mostraba en aquel

momento antes de secarse la cara con la mano de nuevo.

—Es igual, no importa. No me gusta pensar en eso. Es algo que pertenece al pasado, y ahí se debe quedar.

—Eso no es verdad. No parece que lo tengas muy superado. Está claro que sigues sintiéndote culpable...

—Genial, ¿ahora resulta que eres psicóloga? —Cristina bajó la mirada, dolida por la crudeza de sus palabras—. Perdona, no quería decir eso. Solo... Deja ese tema, por favor. Sé que prometí que contestaría a tus preguntas, pero... no me gusta hablar de eso...

—Lo entiendo, no pasa nada. Se acabaron las preguntas por hoy, ¿te parece?

El gesto de alivio que apareció en el rostro de Raúl en ese momento fue obvio, y asintió como respuesta a su pregunta, algo más tranquilo. Cristina sonrió antes de tumbarse sobre la cama de nuevo mientras Raúl hacía lo mismo, apoyando su cabeza sobre el estómago de aquella mujer a la que quería más de lo que pensaba que era saludable. Poco después empezó a sentir como el sueño empezaba a vencerlo, por lo que la oscuridad lo invadió, al igual que la calma de saber que tenía a la mujer a la que amaba entre sus brazos.

—¿Raúl? —murmuró Cristina de repente, sacándolo de su hermosa ensoñación.

—¿Sí?—masculló él.

—Te quiero.

CAPÍTULO 21

El viernes por la tarde, Raúl se encaminó hacia la comisaría una vez más, algo más nervioso de lo usual. Sabía que estaba faltando a las normas que le habían impuesto y lo asustaba que llegaran a enterarse como ocurrió la otra vez, pero, por desgracia, no podía hacer nada al respecto. Ahora que por fin había conseguido que Cristina lo perdonase por su gran error, algo que en ningún momento pensó que fuera posible, no pensaba volver a alejarse de ella nunca más, y le daban igual las consecuencias de su decisión. Sabía que podía perder su trabajo, y era el trabajo de su vida, no le cabía duda, pero tenía más miedo a perder a Cristina, quien de repente constituía todo su mundo, así que la decisión estaba tomada. Solo esperaba que en aquella ocasión Abelardo no se enterase de nada. De ese modo todo iría bien.

Cuando entró en el despacho, las manos le temblaban, pero luchó con todas sus fuerzas para que él no lo notara, y, por suerte, pareció que lo estaba consiguiendo. Se sentó en la silla que había frente a él, como hacía cada viernes, y dejó el documento sobre la investigación que había escrito encima de su mesa, ante su atenta mirada.

—Luego lo leeré —le comunicó el comisario—. ¿Hay alguna novedad destacable?

—Sí —admitió Raúl—. Tengo una pista, o al menos eso creo. Creo que uno de mis compañeros de trabajo trafica, aunque necesito más tiempo para investigar más a fondo...

—Perfecto —respondió Abelardo con una media sonrisa—. Buen trabajo, chaval. Eso nos puede llevar a algo interesante... ¿Es agresivo?

—No, la verdad es que no lo parece, al menos en principio...

—Da igual, puede estar metido en algo gordo de todos modos, aunque no sea el cabecilla...

—Lo sé —confirmó Raúl muy serio. Por desgracia, la reprimenda que le

había soltado el viernes anterior unida al hecho de que estaba ignorando las normas que le habían impuesto no le permitían relajarse como debería.

—Por lo demás, ¿todo va bien?

—Sí, todo muy bien. Así que si no tienes nada más que decir, creo que lo mejor es que me vaya... —explicó molesto. No le gustaba estar en aquel lugar, y menos en ese momento, así que pensó que cualquier excusa era buena para desaparecer. Se levantó y se dirigió a la salida tan rápido como le fue posible. Cuando tenía el pomo de la puerta entre las manos, escuchó la voz de Abelardo tras él.

—Raúl, espera un momento —dijo levantándose. Raúl se dio la vuelta y se quedó mirándolo—. Supongo que el problema del que hablamos el viernes pasado está arreglado... ¿Es así? —preguntó refiriéndose, claramente, a su relación con Cristina.

—Sí, por supuesto, está arreglado —le mintió esforzándose en sonar convincente.

—Perfecto. Entonces eso es todo —aceptó con una sonrisa triunfal que nunca le había visto antes—. Te veo el próximo viernes.

—Claro, hasta luego.

Raúl respiró aliviado cuando al fin cerró la puerta, luchando por que su corazón volviera a latir con su velocidad habitual, mientras se preparaba para marcharse al fin de la comisaría. Sin embargo, cuando divisó a Enrique frente a él, tuvo claro que no iba a ser tan fácil. No tardó demasiado en darse cuenta de que Sito estaba a su lado mientras lo observaba también desde la distancia. Él continuó andando, acelerando el paso levemente para tratar de evitarle, pero Enrique se apresuró a llegar a su lado antes de que consiguiera llegar a la salida.

—Raúl, espera, necesito hablar contigo —le pidió con voz suave. Raúl se dio la vuelta para encararse con él.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar. Yo creo que está todo muy claro... —espetó furioso. Lo cierto era que aún seguía molesto por lo que había ocurrido, aunque desde que había vuelto con Cristina no le daba tanta

importancia como al principio, pero de todos modos no podía evitar pensar que había sido traicionado por quienes se suponía que eran sus mejores amigos, lo que era algo difícil de perdonar, no cabía duda.

—Venga, joder, ¿no vas a olvidar nunca lo que pasó? Tienes que entenderlo... Yo no quería decir nada, me pilló hablando del tema con Sito una tarde... ¿Qué querías que hiciera?

—No lo sé, y la verdad es que tampoco me importa.

—Maldita sea, Raúl... Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿me vas a dar la espalda así? ¿Por una gilipollez de la que yo no he tenido culpa?

—Sí que has tenido culpa, joder. Y lo sabes...

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —preguntó con seguridad. Fue en ese momento en el que Raúl, al fin, entendió lo que quería decir aquel al que siempre había considerado un gran amigo. Cuando no fue capaz de contestar a aquella pregunta, vio claramente que Enrique tenía parte de razón. En realidad, no había tenido alternativa—. ¿Ves? No lo sabes... Tú mismo te das cuenta de que no podía hacer nada, joder...

—Puede que tengas razón, no sé... —titubeó al final, algo confundido.

—Vamos, Raúl, olvídale de una vez. A partir de ahora tendré más cuidado, te lo juro. No volveré a hablar de temas secretos en el vestuario... —Enrique esbozó una pequeña sonrisa, esperando que Raúl reaccionara positivamente a su lógico razonamiento, y suspiró aliviado cuando lo vio asentir.

—Vale, de acuerdo. Pero a partir de ahora ten más cuidado.

—Lo haré —admitió Enrique ampliando su sonrisa al ver que había conseguido su objetivo.

—Ahora tengo que irme. Nos vemos.

—Nos vemos, tío. —Se despidió dándole una ligera palmada en el hombro.

Raúl negó con la cabeza y se marchó de allí, pensando si perdonar a Enrique con tanta facilidad había sido buena idea. En realidad, siempre le había considerado un buen amigo, así que supuso que no tenía razones para dudar de él. Solo esperaba que, tal como le había prometido, no volviera a

fastidiarla de nuevo. En cualquier caso, pronto todas aquellas ideas le parecieron banales cuando se dirigió a casa de Cristina tal como habían quedado. Iban a ir a una discoteca del centro que se suponía que era alucinante. A él, en realidad le daba igual, pero Cristina le había dicho que le apetecía ir con sus amigas, así que no había podido negarse.

En efecto, el lugar no estaba mal. Tenía buena música y una gran pista de baile, aunque lo mejor de todo era que Cristina estaba allí. Se había puesto un top muy ajustado, del mismo color que sus ojos, y una falda negra tan corta que no creía que fuera a ser capaz de sentarse en toda la noche, y él se había excitado en el mismo momento en que la había visto vestida de ese modo, aunque estaba claro que iba a tener que esperar a llegar a casa para satisfacer sus necesidades. La noche empezó muy bien, exceptuando el pequeño detalle de que Soledad había invitado a Josemi, con quien había intimado durante los últimos días. Pero su compañero de trabajo parecía estar bastante más interesado en Soledad que en sus compañeros de trabajo, por lo que en cuanto había tenido ocasión, había desaparecido con ella, dejando a Raúl y Cristina solos. Aquello había contribuido a que Raúl lo estuviera pasando mejor de lo que esperaba. Había bailado con Cristina tantas canciones que ya había perdido la cuenta, se había reído tan fuerte que le había llegado a doler el estómago, y finalmente se había terminado sentando en la barra cuando Cristina le había dicho que se empezaba a sentir mareada.

—Claro, creo que te has pasado con los cubatas... ¿Es que no sabes beber?
—la amonestó risueño mientras dejaba su vaso de agua sobre la mesa.

—Pues parece que no... —admitió ella levantándose de su taburete para sentarse sobre su regazo. Él la rodeó con sus brazos, atrayéndola todo lo posible—. ¿Sabes que estás muy guapo vestido así? —preguntó Cristina apoyando su frente sobre la mejilla de Raúl. Él observó su camisa de botones roja y sus pantalones vaqueros oscuros, no viendo nada inusual, y se encogió de hombros.

—¿Tú crees? Yo me veo más o menos igual que siempre...

—Pues yo no. Estás muy guapo, como siempre, pero no sé por qué esta

noche hay algo distinto en ti... No sé... Quizá sea que pareces más feliz...

—Quizá —aceptó Raúl, sabiendo que tenía parte de razón. Los últimos días al lado de Cristina habían sido maravillosos, y no recordaba haber estado tan alegre en mucho tiempo, así que no era de extrañar que eso se reflejase en su rostro de alguna forma.

—Ven conmigo al baño —le susurró Cristina, de repente, al oído, pasando la mano por su pecho.

—¿Necesitas que te acompañe?

—Sí, y que entres conmigo... Me da miedo marearme y caerme al suelo. — Raúl asintió preocupado y se levantó, dejando que Cristina se apoyase en él para caminar, pero cuando llegaron a la puerta y él abrió, esperando que entrara, ella negó con la cabeza—. No, tienes que entrar conmigo para que me sujetes... —insistió una vez más. Sin duda, la forma de hablar de Cristina había cambiado a un tono más seductor, lo que no le pasó desapercibido a Raúl, pero de todos modos no le dio mayor importancia, pensando que era culpa del alcohol, e hizo lo que le había pedido, aun sintiéndose algo incómodo. Sin embargo, en cuanto entraron, Cristina se apartó de repente y se lanzó a sus labios con fiereza, apresándolo contra la puerta por la que acababan de pasar.

—¿Qué haces, Cris? —preguntó él confundido, apartándola suavemente.

—Quiero hacerlo contigo... aquí —susurró sin más mientras se subía sobre la repisa del lavabo mientras se levantaba la falda para abrir las piernas. Raúl sintió como su miembro se endurecía ante la imagen que tenía delante de él. Ni en sus mejores sueños había podido imaginar que Cristina haría algo así, por lo que supuso que el alcohol que corría por sus venas era el responsable.

—Cris, puede entrar alguien... —contestó Raúl tratando de hacer lo correcto. Sin embargo, cuando sintió como Cristina lo cogía por las solapas de la camisa, acercándolo a ella, y empezaba a desabrocharle los botones para desnudar su torso, pronto todo le dio igual y lo único que quedó en su mente fue su deseo de hundirse hasta lo más profundo de aquella hermosa mujer que lo deseaba con urgencia. Cristina abrió su camisa al fin y pasó la lengua por su

pecho hasta llegar a su estómago, por lo que Raúl tomó una banqueta plegable que había en un lado y la utilizó para atrancar la puerta, asegurándose así de que nadie los interrumpiera—. Vale, tú ganas, como siempre —admitió justo antes de tomar posesión de sus labios con dureza. Cristina correspondió a su beso, introduciendo la lengua todo lo que pudo para buscar la de él, mientras sus manos se centraban en desabrocharle los pantalones.

—No hagas ruido... —le advirtió cuando empezó a besarle el cuello, bajando su top ligeramente para poder disfrutar de sus pechos. Raúl permitió que Cristina le bajara la cremallera y se introdujo en ella de una sola embestida, provocando que ella inspirase profundamente, más por la sorpresa que por cualquier otra razón. Pronto empezó a moverse en su interior sintiendo como ella le rodeaba la cintura con las piernas, acercándolo más hacia ella, apremiándolo a profundizar más en su interior con cada una de sus acometidas, mientras el eco de sus gemidos llenaba el lugar hasta que, finalmente, terminó corriéndose en su interior, inundándola por dentro, mientras ella jadeaba a su vez, presa del placer de su propio orgasmo. En cuanto ambos terminaron, el pomo de la puerta giró, mostrando que alguien trataba de entrar. Raúl no pareció intimidado por ese hecho, así que se tomó su tiempo con su frente apoyada en la de Cristina mientras trataba de controlar su respiración de nuevo.

—Te quiero, Cris. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, yo también te quiero —confesó ella a su vez, entre jadeos.

—Bueno, esto ha sido... alucinante... Nunca lo había hecho en ningún lugar público, ¿sabes? —comentó mientras se subía la cremallera.

—Yo tampoco —admitió ella mientras terminaba de colocarse la ropa, dando un salto para ponerse en pie—. Aunque la verdad es que siempre ha sido una de mis fantasías.

—Entonces me alegro de que la hayas hecho realidad conmigo —respondió Raúl con una dulce sonrisa.

—Yo también.

Finalmente, Raúl desatrancó la puerta y ambos salieron del baño con el

pelo despeinado y el maquillaje de Cristina algo corrido, ante la atenta mirada de la chica que esperaba para entrar, que parecía haberse quedado perpleja. Cristina pensó que quizá estaría enfadada, pero en cuanto Raúl le guiñó un ojo y le explicó que lo estaba arreglando, pues estaba averiado, antes de soltar una sonora carcajada, la mujer no pudo evitar sonreír también y entró en el baño negando con la cabeza, incrédula. Raúl tomó la mano de Cristina entonces y le susurró en el oído:

—¿Quieres que nos vayamos ya?

—De acuerdo —contestó ella sin poder apartar la vista de él, sintiendo que, con seguridad, aquel era el hombre de su vida. Raúl fue a recoger sus abrigos y volvieron juntos a casa, dando un paseo.

CAPÍTULO 22

A la mañana siguiente, Cristina se despertó cuando le pareció sentir como algo le taladraba el cerebro causándole un dolor insoportable que se intensificó al tratar de abrir los ojos. Los rayos del sol traspasaban los cristales de la ventana creando un juego de luces que hubiera sido muy hermoso de no ser por el tremendo malestar que le provocaba. Cuando al fin fue capaz de fijar la vista, pudo observar que Raúl estaba sentado en el borde de la cama acariciándole suavemente el pelo y con una taza de café en la mano. Cristina quiso levantarse para darle un beso de buenos días, o al menos un fuerte abrazo, pero por desgracia lo único que fue capaz de hacer fue emitir un sonoro gruñido.

—Buenos días, preciosa —la saludó con una sonrisa mientras la ofrecía la taza de café que tenía en la mano.

—Buenos días —respondió ella frustrada al no ser capaz de moverse sin que un tremendo pinchazo le atravesara la cabeza—. ¿Qué hora es?

—Las once y media. No sabía si despertarte...

—No te preocupes... —lo tranquilizó antes de luchar por incorporarse para sentarse frente a él, tomando la taza que le ofrecía.

—¿Mucha resaca? —preguntó Raúl sin perder la sonrisa.

—Sí, supongo que se puede llamar así... Siento como si me fuera a estallar la cabeza —explicó ella arrugando la nariz.

—No te preocupes, se pasa rápido. Solo tienes que tomarte una aspirina...

—Entonces dame dos o tres... —lo interrumpió, arrancándole una carcajada con el comentario.

—Venga, no exageres, no puede ser para tanto...

—¿Tú qué sabes? Ayer solo bebiste agua mientras yo me ocupaba de dejar el bar seco... Prométeme que no vas a dejarme beber nunca más —le pidió después de cogerlo del cuello de la camisa mientras lo miraba fijamente a los

ojos.

—No sé, Cris. La verdad es que me gustas bebida... Te vuelves una ninfómana... —Una nueva carcajada sacudió su cuerpo justo cuando Cristina lo soltaba con rapidez y se quedaba mirándolo perpleja.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué hice? —preguntó asustada.

—Nada... Solo me arrastraste hasta el baño de señoras contigo, y luego prácticamente me violaste... —bromeó una vez más. Cristina lo miró desconcertada durante unos segundos antes de volver a tumbarse de nuevo en la cama, enterrando la cara en la almohada por la vergüenza—. Eh, eh, tranquila. Era una broma. En realidad, no hizo falta que me violases. Yo estaba muy dispuesto, claro, como siempre... —añadió Raúl tratando de calmarla, aunque sus palabras solo sirvieron para que ella se sintiera aún peor. Levantó la cabeza ligeramente, mostrando lo colorada que se había puesto, y enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que...? ¿Lo hicimos en el baño de la discoteca?

—Sí, eso digo exactamente. Y fue alucinante, Cris. ¿No te acuerdas?

En aquel momento acudieron a su mente momentos puntuales de la noche anterior: ella terminándose su último vaso de alcohol, la forma en la que apoyó la cara sobre la mejilla de Raúl cuando empezó a sentirse mareada, el gemido que surgió de su garganta cuando la penetró con fuerza, de repente, sobre la repisa del lavabo de aquel espacioso baño...

—Sí, creo que sí me acuerdo... más o menos —confesó enterrando la cara en las manos, sintiendo como la timidez se apoderaba una vez más de ella—. Qué vergüenza...

—Eh, tranquila. No nos vio nadie... —le informó Raúl tratando de conseguir que se relajara. Aquellas palabras la hicieron levantar la vista de nuevo, esperanzada.

—¿Seguro?

—Sí, claro. ¿Crees que permitiría que alguien viera cómo te corres? Ni de coña... —explicó Raúl recuperando la sonrisa mientras ella le daba un puñetazo juguetón en el brazo, para observar risueña como él se frotaba el

lugar donde lo había golpeado, haciendo gestos exagerados, como si le hubiera hecho daño.

—Bueno, deja ya de burlarte de mí y tráeme una aspirina... —exigió apoyando la cabeza en su hombro mientras él le acariciaba el pelo.

—Vale, espera un momento aquí, ahora mismo te la traigo.

Raúl se marchó con paciencia mientras ella trataba de ordenar sus caóticos pensamientos. No podía creerse la forma en que se había comportado la noche anterior. No era algo propio de ella. Al menos, la alegró comprobar que a Raúl le había divertido su nueva faceta de víbora sexual, quizá debido a que, al final, había terminado disfrutando...

—Ya estoy aquí, preciosa —dijo Raúl de repente a su lado, dejando frente a ella una bandeja con una aspirina, un zumo de naranja y un par de tostadas.

—Guau, qué buena pinta... ¿Todo esto es para mí? —exclamó ella al ver aquel banquete, sintiendo como su estómago se quejaba debido al hambre que se había apoderado de todo su ser de repente.

—Supuse que te apetecería desayunar algo... —comentó Raúl con timidez.

—Pues has acertado —admitió Cristina tomándose la aspirina con un sorbo de café antes de empezar a untar la tostada con mantequilla y mermelada—. ¿Tú no desayunas? —preguntó al darle el primer bocado.

—Sí, bueno, he desayunado hace un rato...

—Vaya, me hubiera gustado despertarme contigo... Soy un desastre... Creo que el alcohol y yo no hacemos un buen equipo...

—Yo también lo creo —aseveró Raúl recuperando su irónica sonrisa.

—Espero que la aspirina no tarde en hacer efecto, porque este dolor es insoportable...

—No te preocupes, no creo que tarde más de unos minutos.

Cristina se quedó mirándolo un momento mientras la curiosidad la invadía.

—Menos mal que tú no bebiste... Si no, no sé cómo hubiéramos vuelto a casa. En realidad, parece que no bebes a menudo, ¿verdad?

—No, de hecho, no bebo nunca.

—¿Por qué? ¿Eres miembro de alguna secta o algo? —bromeó Cristina.

—No. Ese no es el motivo por el que no bebo.

Cristina se quedó un momento esperando a que continuara, pero al ver que no tenía intención de explicarse, decidió formular en voz alta la pregunta que estaba resonando en su dolorida cabeza.

—¿Y cuál es?

Raúl suspiró y bajó la mirada, asustado por la reacción que Cristina tendría a sus próximas palabras.

—Porque soy exalcohólico —confesó al fin.

Cristina se quedó atónita mirándolo durante un instante antes de ser capaz de reaccionar.

—Vaya —dijo tras carraspear—. Nunca me lo habías contado.

—Ya, bueno, no es algo que vaya pregonando por ahí... —respondió molesto.

—Ya, lo supongo... ¿Y llevas mucho sin beber?

—Ciento veintidós días —explicó con sequedad. Cristina se quedó en silencio unos segundos, dudando si preguntar lo que tenía en mente, pero finalmente decidió hacerlo.

—¿Empezaste a beber después del... atraco?

—Sí —contestó Raúl con decisión. Estaba claro por su gesto que no le gustaba aquel tema de conversación, pero por suerte, estaba, una vez más, cumpliendo su promesa, contestando a todas las preguntas que Cristina deseaba hacerle con paciencia, aunque aquella conversación no fuera de su agrado—. Fue duro dejarlo, pero lo estoy consiguiendo. En realidad, al principio me tuvieron que obligar a ir a Alcohólicos Anónimos, pero ahora me alegro de que lo hicieran.

—¿Quién? ¿Tu familia? —Cristina estaba cada vez más interesada en lo que Raúl explicaba.

—No, fueron mis amigos; Enrique sobre todo. Yo no tengo familia.

—¿No tienes familia? Quiero decir... ¿No tienes a nadie?

—No, soy huérfano —admitió Raúl sin apartar la mirada de los ojos verdes de Cristina, tratando de perderse en ellos para no tener que recordar dolorosos recuerdos—. Enrique, Sito y yo nos criamos juntos en un orfanato. De pequeños solíamos decir que nosotros éramos nuestra propia familia, pero creo que en el fondo siempre hemos sabido que no es verdad. Además, últimamente las cosas han cambiado mucho y nos hemos alejado bastante...

Cristina levantó su mano y acarició el rostro de Raúl, suponiendo lo duro que debía de haber sido haber crecido de aquel modo. Ni siquiera podía empezar a imaginar lo difícil que debió haber sido estar solo en el mundo siendo solo un niño, y eso le provocó un dolor tan fuerte que apenas podía enfrentarse a él.

—Lo siento... No sé qué más decir, me has dejado sin palabras...

—No pasa nada, no te preocupes por eso. Está superado. Para mí es lo normal. Como nunca he tenido a nadie, no puedo echarlo de menos... —Tras decir aquellas palabras, no fue capaz de continuar hablando porque Cristina se abalanzó sobre él, sentándose sobre su regazo, y lo abrazó con fuerza, sintiendo en la forma en que se aferraba a ella que sus palabras no eran del todo ciertas. Era normal, todo el mundo necesitaba a alguien que lo quisiera, y más en la infancia, cuando estás completamente indefenso, así que estaba claro que aquellas palabras de Raúl estaban vacías. De hecho, parecía un discurso bien ensayado, aunque no demasiado creíble. Cristina deslizó los dedos por el pelo de Raúl un par de veces antes de apartarse ligeramente de su cuerpo, apoyando la frente sobre la de aquel hombre que la tenía cautivada.

—Te quiero —murmuró emocionada.

—Yo a ti también, preciosa. —Raúl mantenía los ojos cerrados, hasta que unos segundos después se decidió a abrirlos y observó el gesto preocupado de Cristina frente a él.

—Ahora te entiendo mejor —susurró antes de darle un tierno beso en los labios—. Pero te equivocas en una cosa...

—¿En qué? —preguntó Raúl extrañado, enarcando las cejas.

—En lo de que no tienes a nadie. A partir de ahora me tienes a mí, yo soy tu

familia, y nunca vas a poder librarte de mí, te lo aseguro —le explicó esbozando una pequeña sonrisa que pronto se contagió al rostro de Raúl, justo antes de que se decidiera a volver a estrecharla entre sus brazos para obsequiarla con un tierno beso. Cuando al final Raúl consiguió liberar su boca, ambos se tumbaron sobre la cama y se quedaron abrazados un rato mientras Raúl trataba de olvidar los oscuros recuerdos que habían acudido a su mente aquella mañana—. ¿Raúl?

—¿Sí?

Cristina tomó aire para poder decir lo que necesitaba que él supiera. Estaba claro que todo el mundo merecía oírlo, y él más que nadie.

—Te quiero, y eso significa que ya nunca volverás a estar solo. Yo me aseguraré de ello.

Raúl asintió una vez, sin palabras, y estrechó más su abrazo, deseando que lo que le acababa de decir Cristina fuera verdad.

CAPÍTULO 23

El lunes amaneció un día sin sol que Cristina describió como «típico día gris del más frío y gélido invierno». Las nubes cubrían todo el azul del cielo y no dejaban pasar entre ellas un solo rayo de calor, lo que empeoró cuando Raúl y Cristina se dirigían hacia la gasolinera como cada mañana y lentamente empezaron a caer sobre ellos pequeños copos de nieve. Raúl sonrió y se volvió hacia Cristina al sentir como el primero de ellos impactaba contra su piel y dejaba un rastro de hielo derretido en el lugar donde se había estrellado contra su rostro.

—Lo que faltaba... —se quejó Cristina, que ya había repetido innumerables veces que no soportaba el frío aquella mañana—. Vamos a llegar al trabajo congelados y cubiertos de nieve... Perfecto.

—No exageres, ya casi hemos llegado —la tranquilizó Raúl tirando de su mano para atraerla hacia él mientras pasaba el brazo por sus hombros en un intento de proporcionarle calor.

—Bueno, al menos si me pongo enferma, me libraré de ir a trabajar unos días... —broméo Cristina con una pícaro sonrisa.

—No lo creo... Ya sabes lo exigente que es nuestro jefe... Seguro que te haría ir a trabajar incluso estando enferma.

Cristina miró a Raúl deleitándose con la preciosa sonrisa que tenía dibujada en los labios y que últimamente apenas desaparecía de su rostro, recordando al hombre serio y de aspecto triste que había visto el día que le conoció, notando los cambios que se habían producido en él desde que había empezado a salir con ella, y por un momento olvidó por completo el gélido frío invernal que los acompañaba en su paseo matutino hacia su trabajo para regocijarse en lo feliz que era a su lado y en lo alegre que estaba ante su cambio de actitud. Sin embargo, la felicidad que los invadía en aquel momento no evitó que ambos acabaran empapados de agua antes de llegar al trabajo, de

modo que tuvieron que ir al baño para poder secarse un poco antes de comenzar su jornada laboral.

Cuando Raúl salió del baño mientras terminaba de limpiarse la chaqueta, Cristina aún no había acabado de secarse, y, por desgracia, su jefe estaba esperándola frente al mostrador donde ella solía colocarse, notando su tardanza.

—Raúl, ¿has visto a Cristina? —le preguntó furioso cuando lo vio aparecer.

—Sí, está en el baño, secándose. Ha venido andando y se ha calado entera con la nieve... Pero saldrá enseguida, no te preocupes —intentó explicar Raúl tratando de evitar que Cristina empezara el día con una reprimenda.

—Eso espero... —refunfuñó su jefe antes de encaminarse hacia su despacho, permitiendo al fin que Raúl se dirigiera a su puesto, donde Josemi lo esperaba con una sonrisa.

—Menudo día, ¿eh? Supongo que os habréis congelado por el camino... —lo saludó intentando mostrarse animado.

—Sí, más o menos... —admitió antes de darse la vuelta para mirar su móvil mientras esperaba hasta que algún cliente incauto ignorase el frío de la mañana y se acercase a la gasolinera para poder evitar a Josemi con mayor facilidad.

—Oye, Raúl... Ahora que tenemos un momento, quería hablar contigo —dijo al fin. Raúl se quedó mirándolo a la espera de que se explicara—. Sé que no te caigo bien... Probablemente ni siquiera te fías de mí... —Escuchó decir a Josemi de repente, provocando que lo observase perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que desde que el otro día viste lo que llevaba en el bolsillo, tu forma de actuar conmigo ha cambiado por completo. Ya apenas me hablas, y, sinceramente, los momentos, como este, en los que no hay trabajo, empiezan a parecerme un putito infierno...

—Ese es tu problema... —Raúl no quiso fingir en aquella ocasión. La verdad era que no se fiaba de Josemi en absoluto, y no pensaba negarlo. No

tenía intención de ofenderlo, pero tenía que ser sincero, y desde que había descubierto ciertos aspectos de él que lo hacían sospechar de su posible relación con el caso en el que trabajaba, nada había vuelto a ser lo mismo. Aquel hombre, que en un principio le había parecido simpático y dicharachero, se había vuelto una amenaza, y no podía ignorar la idea de que era posible que él tuviera algo que ver con las muertes que estaba investigando. Quizá no tenía el perfil típico del sospechoso habitual, pero sí que podía ser cómplice, de modo que hasta que no estuviera seguro, no pensaba dejar de vigilarlo, y, desde luego, no pensaba dejar que se acercase a Cristina en ningún momento.

—No, tío, no es mi problema porque trabajamos juntos, joder. Sé que no me conoces desde hace mucho tiempo, pero... Lo del otro día no es lo normal en mí...

—No te lo he preguntado —lo interrumpió Raúl con sequedad, asumiendo que no tendría ningún sentido hacerlo. Un drogadicto era un drogadicto, pero nunca sería capaz de admitirlo, así que preguntarle por ello constituiría un acto absurdo, y él tenía experiencia en el tema de las adicciones... Así que a él no podía engañarlo. De hecho, al único que podía mentir en ese tema era a sí mismo.

—Lo sé, pero yo quiero decírtelo de todos modos. Mira, solo me meto alguna vez, pero no a menudo...

—No te preocupes, Josemi —lo interrumpió Raúl al fin, suavizando el tono, al darse cuenta de repente de que, por mucho que le hubiera gustado poder cabrearse con él e ignorarlo, él era la única conexión que tenía con el caso que estaba investigando y, por lo tanto, no tenía más remedio que tratar de congeniar con él—. En realidad, lo entiendo. Yo también llego justo a fin de mes a veces. Así que quizá puedas ayudarme alguna vez... Ya sabes, a mí también me vendría bien el dinero...

Josemi se quedó mirándolo perplejo unos segundos antes de ser capaz de contestar. Después de lo esquivo que se había mostrado Raúl, aquella respuesta era lo último que esperaba, pero pronto se alegró tanto de no haber

sido juzgado por él como creía que sería que se olvidó de todo lo demás.

—Claro, tío, no hay ningún problema. Cuando lo necesites, solo tienes que pedírmelo.

—Genial entonces. —Raúl esbozó una sonrisa triunfante. Por suerte, había sido mucho más fácil conseguirlo de lo que esperaba, y eso lo alivió bastante —. No sé si quizá podrías pasarme algo alguna vez... O incluso mandarme algún trabajo, no sé... Podrías presentarme a alguno de tus jefes para que me dieran algún encargo. Sabes que soy de fiar... —Raúl no podía evitar sentir que, en el fondo, Josemi le parecía un buen tipo. Quizá estaba algo loco y no era demasiado maduro para su edad, pero desde luego no le parecía peligroso, y después de la conversación que estaban manteniendo, empezó a sentirse culpable, sobre todo por tener que engañarlo de ese modo. Pero no podía evitarlo. Ese era su trabajo y no podía dejar pasar aquella oportunidad. Él estaba violando la ley, y su trabajo como policía consistía en evitar que lo hiciera. Y si, además, lo llevaba hasta sus contactos, su misión habría sido, para su sorpresa, un éxito absoluto.

—Sí, claro, lo sé... Cuando lo necesites, solo tienes que pedirlo —aceptó Josemi volviendo a recuperar la sonrisa.

—Perfecto, entonces hazlo en cuanto tengas un hueco. Tengo algunas deudas y necesitaría dinero cuanto antes... —le informó Raúl después de reflexionar sobre ello un momento.

—De acuerdo. —Josemi amplió su sonrisa al escuchar decir a Raúl aquellas palabras y miró a la tienda, donde Cristina ya debía de haberse incorporado al trabajo—. Bueno, ¿y qué tal te va con Cris? Porque estáis juntos, ¿verdad?

—Sí, estamos juntos —confirmó Raúl.

—Hacéis buena pareja...

—Gracias, la verdad es que nos va muy bien —dijo mientras él mismo se sorprendía ante su afirmación. En realidad, aún se sentía culpable por su pasado, pero de todos modos nunca pensó que pudiera volver a sentirse tan bien como lo había hecho los últimos días, rozando la felicidad, casi como

antes. Sin embargo, con Cristina lo había conseguido, y no podía evitar quererla por ello, del mismo modo que temía perderla por el mismo motivo.

—Me alegro. Yo estoy viéndome con Sole, su amiga, ¿sabes?

—Sí, algo he oído —admitió tratando de ser educado—. Espero que os vaya bien...

—Sí, muy bien. Estamos yendo despacio, ya sabes, para conocernos poco a poco, pero por ahora todo va bien, aunque ella ha salido de una relación un poco difícil hace poco y tenemos que tomárnoslo con calma...

—Sí, ya lo supongo. —Por un momento, mientras observaba como un hermoso Cadillac plateado se paraba frente a ellos esperando para que le echaran gasolina, pensó que Soledad parecía una buena mujer, madura y responsable, y quizá sería bueno para él haber empezado a salir con ella. Era posible que ella lo ayudara a encauzar su vida. Si tenía suerte, podía alejarse del tráfico de drogas mientras aún estuviera a tiempo. De lo contrario, sabía dónde acabaría: en la cárcel, como todos los demás, lo que no iba a ser agradable en absoluto, y mucho menos para Raúl, que casi con toda seguridad iba a ser el encargado de meterlo en ella—. Bueno, luego seguimos hablando, voy a ver si ese tío quiere gasolina.

—Genial, nos vemos luego —aceptó Josemi dándole una sonora palmada en la espalda, con su eterna sonrisa dibujada en los labios.

Raúl se encaminó hacia el lugar donde un hombre alto y corpulento esperaba para ser atendido y realizó el que se suponía era su trabajo por el momento, esperando que Cristina se hubiera secado bien y no hubiera acabado recibiendo una bronca de su jefe como había temido que ocurriera.

CAPÍTULO 24

Raúl y Cristina se habían quedado tumbados en el sofá, en silencio, disfrutando de su mutua compañía, después de comer. Cristina estaba dándole vueltas a una idea, pero no sabía cómo formularla en voz alta, sobre todo porque no estaba segura de que Raúl fuera a estar de acuerdo, y tenía muchas ganas de que respondiera a su proposición de forma positiva. Al final, viendo que no tenía más remedio que decirlo sin más, se decidió a preguntarle directamente, con la cabeza escondida en su pecho.

—Oye, Raúl. Hasta ahora hemos quedado varias veces con mis amigas y ha ido bastante bien... ¿No crees?

—Claro, me caen muy bien. Solo espero que el sentimiento sea mutuo... — bromeó él antes de darle un beso en la raíz del pelo.

—Lo es... Pero hay algo que me parece raro —explicó preocupada.

—¿El qué?

—Tú nunca me has llevado con tus amigos... No sé, parece como si me escondieras de ellos o algo... Al principio creí que era porque no estabais muy unidos, pero después de lo que me has contado estos días... Es solo que no lo entiendo... —respondió Cristina extrañada.

Raúl suspiró frustrado, perdiendo la sonrisa al escuchar aquellas palabras. En realidad, sí que la estaba escondiendo de ellos, pero no por el motivo que ella pensaba. Simplemente, era parte de su obligación al estar infiltrado. Ella no debía conocer a sus amigos, al menos por el momento, dado que hablando juntos podría escuchar algo que no debía, y debía mantener su vida real al margen de la ficticia... Pero el problema era que no podía explicarle todo eso a ella. Por lo que estaba comentando, estaba seguro de que quería quedar con ellos, aunque trató de ignorar ese detalle, esperando que aquella conversación no terminase en otra de sus numerosas peleas.

—No creí que te apeteciera... Son muy aburridos, y últimamente ya no nos

vemos tanto como antes... Hemos perdido el contacto... —se excusó, consciente de que estaba mintiendo de una forma descarada. En realidad, sí se habían alejado bastante, pero seguían viéndose a menudo, y él lo sabía. Cristina también pareció darse cuenta de ello porque se incorporó ligeramente para mirarlo y enarcó las cejas.

—El otro día se presentaron en tu casa mientras yo estaba aquí, Raúl. Eso no parece típico de alguien con quien has perdido el contacto... —le recordó molesta. Estaba claro que no sabía mentir demasiado bien y su historia se había derrumbado por su propio peso. Raúl se quedó perplejo, sin saber qué decir, viendo que ella sabía que lo que acababa de decir era mentira, lo que pareció enfadar aún más a Cristina—. ¿Por qué no dices nada? ¿Por qué me estás intentando engañar otra vez? Creí que ya habíamos superado esta fase...

—Cristina, mi relación con mis amigos ahora mismo es complicada. Hay muchas cosas de mi vida que no sabes, y por ahora es mejor que sea así... En serio, no le des más vueltas. No es imprescindible que los conozcas...

—Claro que no es imprescindible, pero quiero hacerlo. ¿Por qué me mantienes apartada de ellos? ¿Qué me ocultas?

—Nada, joder, no te oculto nada, pero no me apetece verlos ahora, ya quedaremos otro día, más adelante si quieres...

—Hoy no tenemos nada mejor que hacer —aseveró ella con actitud retadora.

—¿Quieres que los veamos hoy? —Cristina asintió con seguridad—. ¿Por qué tanta prisa?

—¿Y por qué íbamos a esperar? Yo tengo ganas de conocerlos, hoy no tenemos nada que hacer y estamos aburridos... Supongo que podemos salir a tomar algo con ellos, ¿no te parece?

—No —respondió Raúl muy serio, tratando de mostrarse firme en aquel tema—. Hoy no, ya te lo he dicho, Cris. Ya los veremos otro día...

Cristina se levantó del sillón en cuanto escuchó aquellas palabras y fue a buscar su bolso justo antes de dirigirse hacia la puerta mientras Raúl la seguía con la mirada.

—¿Qué coño haces? —preguntó perplejo.

—¿Tú qué crees? Me largo de aquí... No pienso ser la novia que guardas escondida en el armario... Si tanto te avergüenzas de que tus amigos me conozcan, lo mejor es que terminemos. Ya te lo advertí una vez, Raúl, y no pienso volver a hacerlo...

—Maldita sea, Cris, ¿por qué te lo tomas todo así? No se trata de eso...

—A mí me parece que sí... —le gritó antes de darse la vuelta para marcharse.

Raúl se quedó inmóvil, observándola incrédulo, pero en cuanto la vio salir por la puerta, no pudo evitar salir corriendo tras ella. Aunque la llamó a voz en grito, ella no le hizo caso y continuó huyendo, acelerando cada vez más el paso, hasta que Raúl consiguió alcanzarla justo a la salida del portal y la abrazó desde atrás, atrayéndola hasta que la espalda de ella quedó pegada a su pecho, mientras ella luchaba por liberarse de su agarre y gritaba que la soltara. Raúl se quedó jadeando en su oído mientras buscaba las palabras adecuadas para tratar de calmarla.

—Eh, estate quieta. No voy a dejar que te vayas, así que para ya, maldita sea —murmuró con suavidad.

—No, suéltame de una vez —insistió ella.

—Joder, Cris. Escúchame, siento lo de antes, ¿vale? Tenías razón, lo que he dicho es una gilipollez sin sentido, así que te llevaré con mis amigos esta tarde... Los llamaré ahora mismo si es lo que quieres, ¿te parece bien?

Cristina dejó de luchar contra él en el momento en que esas palabras salieron de su boca mientras intentaba controlar su respiración agitada.

—¿En serio?

—Sí, claro. Ya sabes que tú siempre ganas... Esta vez no iba a ser una excepción —susurró mientras la soltaba, permitiendo que se diera la vuelta para mirarla a los ojos. Raúl sopesó por un momento lo que acababa de decir. Era consciente de que no podía acceder a aquello, pero no veía otra opción posible. Era lógico que Cristina hubiera pensado que el motivo era que se avergonzaba de ella, aunque no entendía muy bien cómo podía pensar que

alguien pudiera avergonzarse de ella en algún momento. Sin duda, era la mujer más preciosa, dulce y divertida que había conocido nunca, y él estaba tan loco por ella como orgulloso de estar a su lado. Sin embargo, debía mantener su verdadera identidad a salvo, y no le sería fácil hacerlo si se veía obligado a reunir a Cristina con sus amigos. En cualquier caso, todo eso carecía de importancia para él en aquel momento, en el que había estado a punto de perderla... de nuevo.

—No se trata de ganar, Raúl —le explicó con paciencia—. No sé, quizá he exagerado un poco... Es solo que... A veces me haces sentir un poco insegura con tanto secretismo, y últimamente me había hecho ilusiones porque parecías bastante más abierto, pero hoy... has vuelto a comportarte como antes, y eso me asusta, ¿sabes? A veces creo que lo nuestro va tan rápido que incluso me da vértigo...

—¿Quieres decir que no estás segura de querer estar conmigo? —preguntó Raúl, temeroso de saber la respuesta.

—No, claro que no. Estoy muy segura, pero a veces siento que no te conozco tanto como quisiera, así que cuando actúas como hoy... De una forma tan fría y distante conmigo, me da la impresión de que algo va mal, y mi primera reacción ante eso es asustarme y salir corriendo...

—Entiendo, pero a estas alturas ya deberías saber que no tienes por qué huir de mí, así que no vuelvas a hacerlo. Nada va a volver a ir mal entre nosotros nunca más, yo mismo me encargaré de que sea así, te lo aseguro. ¿De acuerdo? —preguntó paciente justo antes de sentir como Cristina se abalanzaba sobre él para estrecharlo entre sus brazos con fuerza, sintiendo como rápidamente él le devolvía el abrazo.

—De acuerdo —murmuró Cristina.

—Bien, pues entonces ven a casa. Supongo que tengo que hacer un par de llamadas... —comentó esbozando una ligera sonrisa, tratando de evitar que ella se diera cuenta de lo preocupado que estaba. Cristina lo miró a los ojos correspondiendo su gesto, sintiéndose mucho más calmada, y ambos volvieron juntos, cogidos de la mano, de nuevo a su piso.

Aquella tarde, en efecto, Raúl quedó de nuevo con sus amigos de la infancia. Enrique se había mostrado algo extrañado ante su llamada, más que nada por todo lo que había pasado entre ellos en los últimos días, pero ni él ni Sito dudaron un momento cuando lo escucharon decir que había pensado que podrían verse aquella tarde. Incluso Sito le comentó que le parecía genial porque estaba a punto de llamarlo él teniendo en cuenta el tiempo que hacía que no quedaban. Raúl les advirtió que iría con Cristina, pero ninguno de los dos pareció extrañarse por ello, lo que lo hizo todo bastante más fácil.

La tarde fue animada, y, desde luego, todo transcurrió mejor de lo que Raúl había esperado. Enrique volvió a comportarse como el amigo simpático que él recordaba del pasado y se mostró tal como era, una persona noble de corazón que, sin duda, caía bien a cualquiera. Ninguno de los dos señaló en ningún momento que estaba poniendo en riesgo su trabajo con aquel encuentro, ni siquiera cuando se quedaron a solas en un momento en que Cristina necesitó ir al baño, y por suerte ella pareció pasarlo bien mientras tomaban algo juntos antes de volver a su casa, momento en el que se mostró entusiasmada.

—No entiendo por qué no querías que los conociera... En serio, son los dos geniales, me han caído increíblemente bien...

—Ya lo veo —admitió Raúl—. Me alegro mucho, aunque si sigues tan emocionada mucho tiempo, creo que voy a acabar poniéndome celoso... —bromeó al fin. Cristina le dio un suave manotazo como respuesta a su gracia.

—No digas tonterías... Sabes que no me refiero a eso —respondió risueña mientras Raúl le pasaba el brazo por los hombros para acercarla a su cuerpo—. ¿Qué te parece si ahora vamos a mi casa? Podríamos cenar allí. No creo que Lara esté, últimamente casi vive con su novio y apenas la vemos, pero quizá esté Sole... Y si no, podemos disfrutar de una preciosa velada juntos... y solos...

—Me gusta la idea —aceptó Raúl con alegría. La tarde había ido mucho mejor de lo que esperaba y se sentía muy feliz por ello.

—Entonces está decidido.

Cristina caminó hacia su casa al lado de Raúl, sintiéndose pletórica de

alegría mientras observaba como la nieve había empezado a cuajar a su alrededor, dando al paisaje un aspecto tan hermoso como romántico que le pareció el escenario perfecto para reflejar la forma en que se sentía: más feliz que nunca al lado del hombre de sus sueños.

Cuando llegaron a su casa, Cristina se quitó el abrigo y elevó la calefacción, para poder librarse del terrible frío que le había calado hasta los huesos durante su paseo, mientras observaba a su alrededor, tratando de averiguar si estaban solos en casa.

—Creo que no hay nadie —gritó desde su habitación mientras se quitaba los zapatos que estaban cubiertos de hielo. Después salió para confirmar que, efectivamente, la habitación de Lara estaba vacía. Sin embargo, cuando llegó a la de Soledad para asegurarse de que ella tampoco estaba allí, pudo ver que, por desgracia, se había equivocado. Soledad estaba tumbada en su cama, de espaldas a ella. Debía de estar durmiendo, puesto que no se movía, y parecía totalmente ajena a su presencia—. Falsa alarma, Raúl. Sole sí está aquí... — le gritó mientras se acercaba hacia ella, sorprendida por la extraña hora en la que había decidido echarse una siesta. Sin embargo, cuando le tocó el hombro y vio que parecía demasiado rígida, una alarma sonó en su interior—. Sole, levanta... —murmuró mientras empezaba a andar para colocarse frente a ella tan rápido como le fue posible. Pero la imagen que vio de frente en ese momento la dejó sin respiración. Soledad no estaba durmiendo, eso estaba claro, porque sus ojos estaban abiertos, como si mirase a través de la ventana a un cielo que ya no parecía ser capaz de ver, y alrededor de su cuello había una cuerda con la que claramente alguien la había ahogado. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, las piernas le fallaron y un grito de angustia escapó de sus labios mientras caía al suelo.

CAPÍTULO 25

Cristina llevaba tres días en blanco. No entendía lo que había pasado, nada tenía sentido de repente. Su mejor amiga había muerto y ella ni siquiera era capaz de asimilarlo. Y por más paciencia que Raúl mostraba tratando de ayudarla a superar el bache, no era capaz de reponerse, y menos aquel día, que había sido el elegido por su familia para celebrar el funeral.

Raúl llevaba tres días con ella tratando de apoyarla, dado que Lara se había quedado con su novio desde que se había enterado de lo acontecido en su casa, pero, por desgracia, no había conseguido demasiado. En realidad, él era el primer sorprendido con todo aquello, aunque por la experiencia que tenía después de años de dedicarse a investigar casos parecidos se había dado cuenta de algunos detalles que a ella se le escapaban. Quien lo hubiera hecho sabía lo que hacía, estaba seguro. Aquello no era obra de cualquier aficionado. No habían forzado la puerta, lo que significaba que el asesino tenía acceso a la vivienda o que, como mínimo, conocía a la víctima lo suficiente como para que esta le permitiera entrar sin ofrecer resistencia, pero, por desgracia, no habían dejado ninguna pista. Ni una huella, ningún rastro que la policía pudiera seguir. Por lo tanto, su investigación no había podido ir más allá de lo básico. La única persona de la que Raúl podía sospechar era Josemi, pero algo no encajaba en aquella hipótesis: en efecto, él tenía fuerza suficiente como para matar a Sole al ser un hombre corpulento, y desde luego tenía acceso a la vivienda, puesto que estaba manteniendo una relación con ella, pero su perfil no era el de un asesino en serie como el que buscaban, al menos no a primera vista. No lo había descartado, porque al ser drogadicto tenían que contar con algunos posibles cambios de humor, pero tampoco le parecía demasiado probable, así que, en principio, no tenía pensado mencionarlo. Además, en la autopsia no habían encontrado restos de droga como había ocurrido con la víctima anterior, aunque, exceptuando eso, el modus operandi era el mismo de siempre: la habían ahogado con una cuerda.

Raúl seguía dándole vueltas a todo aquello tratando de encontrar alguna pista, algún indicio que pudiera llevarlo a forjar nuevas sospechas, pero poco a poco se iba dando cuenta de que no era posible, al menos por el momento, así que decidió ir a la habitación de Cristina para asegurarse de que ya estaba preparada para ir al funeral. Llevaba tres días sin quitarse el pijama, sintiéndose destrozada y llorando a cada momento. Soledad y ella estaban muy unidas, y la forma en la que la encontró fue casi tan traumática como el mismo suceso, así que Raúl había pasado los tres últimos días cuidándola, tratando de hacerla sentir mejor, sin llegar a conseguirlo. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por poder revelarle su verdadera identidad y así asegurarse que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para vengar la muerte de su amiga por ella. Daba igual lo que tardase, lo importante era que acabaría encontrando al culpable tarde o temprano, y cuando lo hiciera, no tendría escapatoria. Aquel crimen, al igual que todos los anteriores, no iba a quedar impune, y él personalmente se iba a encargar de ello. Pero era consciente de que no podía decirle quién era realmente, así que tuvo que conformarse con consolarla cuando lo necesitaba y asegurarse de que comía al menos tres veces al día. De ese modo, al menos su cuerpo podría ir recuperándose con el tiempo, tal como le había explicado el médico al que habían acudido después del incidente. Raúl seguía bastante preocupado al ver que Cristina no terminaba de superar su tristeza después de varios días, pero intentaba tener paciencia, dando por hecho que si un profesional había dicho que lo conseguiría, no había motivo para dudar de ello. Cuando llegó a la puerta de su habitación, se paró enfrente y llamó con suavidad, esperando escuchar su respuesta.

—Pasa, Raúl. —La escuchó decir con la voz temblorosa antes de hacer lo que le había indicado. En efecto, Cristina se había puesto el vestido negro que había elegido para la ocasión y estaba sentada en el borde de la cama tratando de ponerse los zapatos, pero su cara estaba colorada por todo lo que había llorado y las lágrimas seguían brotándole de los ojos después de tanto tiempo, del mismo modo que sus movimientos eran torpes, como si estuviera tan

cansada que cualquier cosa que estuviera obligada a hacer, por mínima que fuera, le supusiera un esfuerzo exagerado. Raúl avanzó despacio para sentarse de rodillas frente a ella, cogiendo los zapatos que ella sujetaba sin ganas, para ponérselos en los pies por fin. Cuando terminó, levantó la vista de nuevo y se quedó observándola preocupado mientras sus manos se dirigían a su rostro para secarle las mejillas con los pulgares.

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé... —confesó Cristina—. No creo que vaya a poder con esto... Aún no entiendo lo que ha pasado, ni siquiera puedo hacerme a la idea de que no la voy a volver a ver... —explicó con dificultad antes de romper a llorar de nuevo. Raúl se incorporó ligeramente sobre sus rodillas y la abrazó con fuerza mientras ella enterraba el rostro en su pecho tratando de recuperar la compostura—. Creo que no voy a poder soportar el funeral, Raúl.

—Claro que sí. Yo estaré allí contigo, no te dejaré sola ni un solo segundo, no tienes que preocuparte por nada, Cris.

Cristina se apartó ligeramente y lo miró fijamente a los ojos.

—No dejarás que me caiga delante de todo el mundo, ¿verdad? Vas a sujetarme para que no me caiga, porque siento que me fallan las piernas...

—Claro, yo te sujetaré. Haré lo que haga falta, tú solo intenta tranquilizarte, ¿vale? —Cristina se perdió durante unos segundos en el azul de sus ojos mientras se convencía de que, en efecto, Raúl no iba a abandonarla, lo que le dio la fortaleza para secarse las lágrimas con el dorso de la mano y, por fin, decidirse a ponerse en pie, ayudada por Raúl, que en cuanto vio cuáles eran sus intenciones se levantó de un salto para que pudiera apoyarse en él.

—Creo que ya me siento mejor, no te preocupes. Me parece que puedo andar sola...

—No voy a soltarte, Cris. Así que no insistas y vámonos, tenemos que irnos ya si no queremos llegar tarde.

Cristina quiso discutir su decisión, pero no fue capaz. En el fondo sabía que tenía toda la razón, aunque a ella no le gustaba sentirse tan desvalida. De hecho, era la primera vez en su vida que necesitaba a alguien a su lado para

reponerse de un revés. No estaba acostumbrada a aquel apoyo incondicional que Raúl le estaba brindando, pero de igual modo se alegraba de que estuviera a su lado incluso en los momentos más difíciles.

—Gracias —dijo sin más antes de que Raúl negase con la cabeza, quitándole importancia, y se encaminaran al fin al cementerio.

El entierro fue duro, tal como Raúl ya había imaginado. Los padres de Soledad estaban allí y su madre no fue capaz de parar de llorar ni un solo segundo, aparte de que se escuchaba el eco de los sollozos de dolor que otros invitados emitían a cada momento. Cristina no paró de llorar ni un solo instante y, al final, cuando no tuvo más remedio que dar un abrazo a los padres de Soledad para darles el pésame, se derrumbó por completo. Lo que más le sorprendió a Raúl fue ver allí a sus amigos de siempre, Enrique y Sito, que habían acudido a apoyarlo. Cuando todo terminó y se acercaron para darle un abrazo a Cristina antes de darle otro a él, no pudo evitar pensar que quizá se había equivocado al dudar sobre ellos. Estaba claro que seguían siendo sus amigos de siempre, y, tal como le había explicado Enrique, el incidente con Abelardo había sido algo que él no había podido controlar, y no una traición como él había pensado en un principio.

Después de dar el pésame a la familia y despedirse, llegó el momento de marcharse. Raúl se decidió a llevarse a Cristina de allí al empezar a ver cómo se dispersaban los invitados. Cuando llegaron a la puerta del portal de la casa de Raúl, Cristina había conseguido secarse las mejillas por primera vez en tres días, y sus sollozos agitados parecían haber cesado, al menos, por el momento.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó deteniéndose un momento frente a su edificio.

—Sí, eso creo —contestó ella luchando por volver a controlarse. Estaban tan ensimismados en aquella conversación que ni siquiera se dieron cuenta de que un coche se acercaba a ellos con unas luces rojas y azules parpadeantes, que Raúl conocía bien, destellando en la oscuridad de la noche. Tampoco oyeron la sirena que lo acompañaba. De hecho, ninguno de los dos fueron

conscientes de lo que estaba ocurriendo a su alrededor hasta que se encontraron a dos policías frente a ellos cortándoles el paso.

—¿Raúl Montero? —preguntó el más alto con actitud despectiva.

—Sí, soy yo —respondió Raúl algo confundido.

—De acuerdo. Queda usted detenido por el asesinato de Soledad Márquez —aseveró sin más mientras Raúl lo observaba perplejo y Cristina luchaba por recuperar el aliento.

CAPÍTULO 26

Raúl se quedó un momento petrificado, tratando de entender lo que acababa de escuchar. Abrió la boca y volvió a cerrarla de nuevo, sin ser capaz de articular palabra, pero cuando el policía frunció el ceño, no tuvo más remedio que obligarse a reaccionar al fin.

—No puede ser... Esto debe de ser un error —consiguió articular.

—No, no hay ningún error. Hemos recibido órdenes claras y precisas de venir aquí a detener a Raúl Montero, y usted ha reconocido que ese es su nombre, así que tiene que acompañarnos...

—Pero eso no es posible...

—Por favor, venga con nosotros y apoye las manos en el coche. De lo contrario, tendremos que llevarlo a la fuerza —insistió el policía empezando a mostrarse algo molesto por la actitud de Raúl, y aunque él intentó pensar qué podía hacer a continuación, debido a la inesperada situación en la que se encontraba, su mente no funcionaba con la claridad con la que acostumbraba a hacerlo. De hecho, se había quedado tan alucinado con lo que acababa de ocurrir que no era capaz de moverse. Sin embargo, en cuanto se dio la vuelta y vio el temor que reflejaban los ojos de Cristina, que en ese momento parecía tan perpleja como asustada, se dio cuenta de que no tenía más remedio que hacer lo que le habían ordenado por fin y asintió en silencio antes de seguir a los agentes hasta su coche, donde apoyó las manos sobre el techo del vehículo esperando a que lo cacheasen.

—Yo no he hecho nada —le dijo a Cristina en voz baja.

—Lo sé —admitió ella mientras observaba cómo el policía pasaba sus manos por el cuerpo de su novio sin que él opusiera ninguna resistencia, sin encontrar nada, tal como Raúl sabía que ocurriría. En cambio, cuando las manos del policía se dirigieron a los bolsillos de su chaqueta, una sonrisa apareció de repente en el rostro del agente mientras sacaba un paquete que

contenía una cantidad considerable de un polvo blanco que bien podía ser cocaína.

—Mira, mira, lo que acabo de encontrar... —bromeó el policía mostrando la bolsa en la mano para que su compañero pudiera verla claramente. Raúl levantó entonces la mirada hacia la bolsa que el agente enseñaba con orgullo y se quedó mirándola incrédulo antes de volverse hacia él.

—Eso no es mío, joder. ¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó levantando la voz.

—De tu bolsillo, lo acabas de ver... —dijo mientras abría la bolsa con tranquilidad y tomaba un poco del polvo con el dedo para ponérselo sobre la lengua. Unos segundos después, la sonrisa volvió a aparecer en sus labios—. ¡Bingo! Venga, date la vuelta, te vienes con nosotros...

—Yo no he visto esa bolsa en mi vida... —Raúl se escuchaba hablar mientras él mismo se daba cuenta de que su defensa no era en absoluto creíble, aunque fuera la pura verdad. Él nunca había visto aquella droga antes, con lo que era difícil comprender cómo había llegado a su bolsillo, y aún más difícil explicárselo a los agentes de policía que ya habían comenzado a recitarle sus derechos. No entendía nada, pero había algo que sí tenía claro: iban a detenerlo en ese mismo instante, estaba metido en un buen lío y, sin duda, iba a acabar el día en el calabozo. Raúl miró un momento a Cristina, que lo estaba observando atónita, y deseó con todas sus fuerzas poder decirle algo, cualquier cosa que pudiera tranquilizarla, pero, por desgracia, en aquel momento, se había quedado sin palabras, así que agachó la cabeza y se dio la vuelta para que pudieran ponerle las esposas y, acto seguido, permitió que lo metieran en el coche para llevárselo a la comisaría.

Cristina se quedó perpleja observando como el coche en el que se llevaban a Raúl poco a poco se iba alejando de donde se encontraba. No daba crédito a lo que acababa de ocurrir, pero por muy confundida que se encontrara, había algo que tenía claro: acaban de detener a Raúl por el asesinato de su amiga, algo que estaba segura de que era un error, y habían encontrado droga en su ropa, algo que creía más probable que fuera cierto, aunque él lo hubiera

negado. Recordaba haber pensado que su piso era demasiado lujoso para alguien que trabajaba en una gasolinera, y por fin había entendido lo que ocurría. Aparte de ese trabajo, Raúl era traficante. Desde luego, no se esperaba nada parecido, aunque no podía negar que desde un principio había sospechado algo, pero aquello era demasiado. Lo quería, pero no podía asociarse con alguien que estaba metido en nada tan grave como eso. De hecho, lo más probable era que también consumiera, aunque era extraño que nunca lo hubiera visto hacerlo teniendo en cuenta que llevaban días sin apenas alejarse el uno del otro, o que se hubiera percatado de alguno de los cambios de humor que sabía que eran propios de los drogadictos. No pudo evitar pensar que no era muy lógico desengancharse del alcohol para engancharse a la droga, un tema mucho peor sin duda, así que por un momento lo único que tuvo claro fue que, de repente, nada parecía tener sentido.

Mientras subía a su casa sintiendo como el frío le había entumecido todos los músculos, se dio cuenta de que el paisaje nevado que había a su alrededor en ese momento no era tan hermoso como le había parecido unos días antes. Ahora tenía un aspecto desolador e inhóspito, y solo constituía una razón más para alimentar su tristeza, que en pocos días se había vuelto absoluta. Todo lo que ella había creído que era ideal, que la había hecho tan feliz, era una mentira, y la realidad se había abierto paso al fin, mostrando lo que ya suponía: no podía haber tenido tanta suerte, no era posible. Raúl no era un hombre atractivo y bondadoso, sino un peligro del que debía alejarse cuanto antes. Sin embargo, cuando sintió como una punzada de dolor la dejaba sin respiración ante la posibilidad de alejarse de su lado, supo al instante que no sería tan fácil. Ella lo quería, y aunque él hubiera cometido errores, estaba segura de que no era responsable del asesinato de Soledad, lo conocía lo suficiente como para saber eso, y si se lo proponía, podría dejar la cocaína del mismo modo que había dejado el alcohol. Quizá fuera un poco más difícil, pero no era imposible, solo debía tener voluntad, y estaba segura de que así era. Mientras entraba en su casa aquella noche, no pudo evitar recordar la forma en la que la había cuidado aquellos días, la paciencia que había

mostrado y la ternura con la que la había tratado en todo momento. Él no la había abandonado cuando habían surgido problemas, sino que se había quedado a su lado sin dudar un segundo, así que no sería justo que ella saliera huyendo cuando él la necesitaba tanto como en aquel momento. No sabía exactamente cómo podría ayudarlo, pero sabía que, al menos, debía intentarlo. Al fin y al cabo, seguía estando total y absolutamente enamorada de él, y por muchos errores que hubiera cometido, sabía que él también la quería, tal como le había demostrado en innumerables ocasiones desde que la había conocido. De modo que cuando se metió en la cama aquella noche y el sueño empezó a apresar sus pensamientos, ya estaba decidida: iba a permanecer a su lado mientras él quisiera que así fuera, e iba a ayudarlo hasta el final. No iba a abandonarlo porque no se lo merecía. Ya lo habían abandonado demasiadas veces en su vida, y ella no estaba dispuesta a ser una de las personas que lo hiciera.

Raúl entró aquella noche en la celda que le habían asignado sin estar muy seguro de cómo había llegado hasta allí. Aún no se había recuperado de aquel inesperado asesinato cuando, de repente, un policía había aparecido de la nada y, de forma inexplicable, le había encontrado cocaína en el bolsillo de su chaqueta. Cuando escuchó como la puerta enrejada se cerraba con un gran estruendo, que él estaba acostumbrado a oír, aunque fuera desde el otro lado, no pudo evitar sentarse en el camastro que había al fondo para poco después enterrar la cara en las manos. Aquello no podía estar pasando, debía de ser una pesadilla. Nada tenía sentido... Y la forma en la que Cristina lo había mirado justo antes de marcharse, tan confundida como aterrada, aún lo perseguía. Sus ojos, por desgracia, transmitían sus pensamientos como si pudiera ver a través de ellos, como si fueran de cristal: no había dudado un solo segundo de que era culpable. Su palabra no había servido de nada. Lo iba a perder todo en un solo segundo: su trabajo, toda su vida y a ella, a aquella mujer por la que había arriesgado todo, por la que había luchado más de lo que lo había hecho nunca antes... Dentro de poco solo sería parte de un amargo recuerdo. La iba a perder como había perdido todo en su vida hasta

aquel momento, y ninguno de sus esfuerzos había servido de nada. Era su destino, estaba claro, y si algo tenía seguro, era que no se podía huir del destino, siempre te perseguía. Su sino era estar siempre solo, y tenía que aceptarlo. Ni siquiera era capaz de pensar alguna forma con la que pudiera explicar lo sucedido, quizá porque no había ninguna. No había lógica a nada de lo que había pasado. La cocaína no podía haber aparecido sin más en su bolsillo, pero él no podía concentrarse para pensar qué podía haber ocurrido porque su mente solo podía pensar en Cristina. Lo había traicionado solo con una mirada aquella noche, después de que él siempre había permanecido a su lado por encima de todo, y no podía hacer nada por evitar pensar que, después de todo su esfuerzo, una vez más, todo lo que tanto amaba se le había escapado de las manos.

CAPÍTULO 27

Al día siguiente, Raúl se despertó con un tremendo dolor en el cuello que se extendía hasta su cabeza. Cuando sus ojos se acostumbraron a la pobre luz que había a su alrededor y se dio cuenta de dónde se encontraba, todas las esperanzas de que lo acontecido el día anterior hubiera sido solo un mal sueño se evaporaron al fin, de modo que se sentó, se pasó las manos por la cara y deseó poder darse una ducha y lavarse los dientes después de haberse tomado un café en su casa, como hacía cada mañana. Sin embargo, estaba claro que no iba a ser así. Con suerte, si alguien se acordaba de él, lo enviarían a desayunar en un rato con el resto de los presos, aunque no estaba muy seguro de que le fuera a apetecer comer la bazofia que solían preparar en la prisión. Lo cierto era que, después de todo lo que había pasado, ni siquiera tenía hambre. Lo único que le apetecía era volver a su casa y enterrarse hasta lo más hondo de Cristina durante el tiempo que fuera necesario para olvidarse de la pesadilla en la que de repente se había convertido su vida sin que él supiera cómo había llegado a aquella situación. Pero ni siquiera esa imagen conseguía apartarlo de sus problemas, porque estaba seguro de que Cristina iba a abandonarlo en cuanto volviera a verlo, al menos en el caso de que él consiguiera salir de allí de alguna forma. Al pensar aquello, se pasó las manos por el pelo y enterró la cara en los brazos, sintiéndose destruido por completo. Aún tenía que reflexionar a fondo acerca de qué había ocurrido, pues aún no comprendía cómo había acabado siendo acusado de asesinato y de tráfico de drogas cuando él no tenía nada que ver con ninguna de las dos cosas. Pero por más que lo intentaba, no era capaz de comprenderlo, ni siquiera podía empezar a asimilarlo, así que se quedó quieto, intentando tranquilizarse durante un tiempo que no fue capaz de definir. Allí dentro, el tiempo era tan eterno como inexistente, y lo consumía vivo a cada segundo que pasaba.

El sonido del golpe de una puerta al cerrarse hizo que, de repente, saliera de sus cavilaciones y que levantara la cabeza. Un policía al que no había visto

en su vida se acercó hasta él e introdujo la llave para abrir su celda.

—Raúl Montero, levántate, vas a salir. Han pagado la fianza —murmuró con sequedad mientras él se levantaba, dudando quién podía haber pagado para liberarlo. Mientras empezaba a andar, pensó que posiblemente habrían sido Sito o Enrique, aunque no podía creer que lo hubieran hecho teniendo en cuenta que eran policías y que él había sido acusado de asesinato y tráfico de estupefacientes, pero no veía otra opción... Hasta que salió y se encontró a Cristina frente a él. Parecía muy cansada y deprimida, pero estaba allí, esperándolo, mientras él la observaba perplejo tratando de convencerse de que aquello era real y no producto de su imaginación. Antes de darse cuenta de lo que hacía, avanzó hacia ella tan rápido como le fue posible y la abrazó con fuerza, intentando conseguir que su alma reviviera al notar su presencia. Sin embargo, no pudo evitar darse cuenta de que ella no correspondió su abrazo, aunque le permitió abrazarla durante largo tiempo, antes de que él se decidiera a soltarla. Cuando levantó la mirada para observar sus ojos, no pudo evitar sentirse terriblemente mal por la frialdad que mostraba hacia él, tan alejada de lo que era habitual en ella y de como se había comportado siempre, aunque no pudo evitar pensar que aquel cambio era de esperar después de todo lo que había ocurrido. Simplemente, tenía que explicárselo, quizá cuando llegaran a casa, si es que tenía intención de ir allí con él.

—Gracias por sacarme de allí, Cris... —empezó a decir.

—No pasa nada, venga, vámonos —respondió ella con sequedad justo antes de comenzar a caminar mientras él la seguía en silencio.

Aquel paseo al lado de Cristina no fue como los que habían compartido en el pasado. La sentía tan lejos que no podía soportarlo, y por primera vez en mucho tiempo no tenía la menor idea de lo que estaba pensando. Sin embargo, se obligó a permanecer callado hasta que llegaron a casa de Cristina, donde esperó que ella se mostrase algo más comunicativa y, si era posible, también más cariñosa. No sabía cómo decírselo debido a que no estaba muy acostumbrado a expresar sus sentimientos en voz alta, y mucho menos cuando los sentimientos eran tan fuertes como aquellos, pero en aquel momento la

necesitaba como nunca antes, y aunque ella lo había sacado de la cárcel, no podía evitar observar que no estaba cómoda a su lado. Casi parecía como si se sintiera obligada a estar con él, aunque en realidad no deseara hacerlo. Raúl no soportaba la idea de que eso fuera verdad, así que decidió romper el silencio de una vez, para ver si así podía calmar sus oscuros pensamientos. No podía ser que le tuviera lástima o algo peor... como miedo.

—Gracias otra vez por sacarme de allí. Sentía que iba a volverme loco ahí dentro... —murmuró sin saber qué más podía decir para romper el hielo.

—No te preocupes... Voy un momento a la habitación para cambiarme... Tú quédate aquí y ponte cómodo —dijo Cristina antes de que Raúl la tomara con suavidad por el brazo para detenerla.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó al fin, al observar durante unos segundos que ella evitaba su mirada.

—Nada, olvídalo.

—No, no lo olvido. Te pasa algo y quiero saber qué es —insistió Raúl tratando de mostrarse comprensivo. Al fin y al cabo, eso era lo mínimo que Cristina se merecía después de haberlo sacado de la cárcel. Nunca podría pagarle por aquello.

—No es nada... Es solo que... Han pasado demasiadas cosas estos días y supongo que aún estoy intentando asimilarlo, eso es todo. Bueno, eso y que me he gastado todos mis ahorros en pagar la fianza...

—No tienes que preocuparte por eso. Yo te devolveré hasta el último céntimo —dijo tratando de tranquilizarla. Sin embargo, la mirada desconfiada que le dirigió en cuanto lo escuchó pronunciar aquellas palabras lo paró en seco.

—No quiero que pagues nada con... ese dinero... Ya me lo devolverás cuando puedas, no importa... —explicó Cristina incómoda.

Raúl trató de descifrar su respuesta, aunque no estaba seguro de querer hacerlo.

—No te entiendo... ¿Con qué dinero? —respondió al fin—. ¿A qué dinero te refieres, Cris? ¿De qué estás hablando?

—A lo que ganas con tus... negocios. Pasando droga... —espetó Cristina, mostrando toda la inquina que sentía al respecto—. ¿Es que creías que no me iba a enterar nunca? Ahora entiendo por qué te empeñabas en alejarte de mí, ya sé lo que me ocultabas... ¿Creías que podrías engañarme siempre, Raúl? ¿Cuánto tiempo llevas metido en eso? —Cristina hablaba de forma atropellada, y su tono de reproche unido a la forma en la que le había levantado la voz provocaron que él la soltara de repente. Durante unos segundos, simplemente se quedó mirándola incrédulo, pero pronto se dio cuenta de que tenía que reaccionar al fin.

—No puedo creer lo que estás diciendo...

—Oh, por el amor de Dios... Deja ya de fingir. Estás traficando con cocaína, Raúl, y eso se tiene que acabar ya... Al menos si quieres seguir conmigo... Yo no voy a aceptar eso. Sé que he admitido muchas cosas que no me gustaban para estar contigo en el pasado, pero esto no. Esto es demasiado...

—No, espera un momento. Vas muy rápido... No puedo seguirte... Maldita sea, Cris, yo no he hecho nada. Ni siquiera sé qué pruebas tienen para haberme detenido...

—¿Quieres decir aparte de que te pillaron droga en la chaqueta?

—Ya te dije que eso no era mío... No sé cómo llegó hasta ahí.

—Mira, Raúl, voy a ser totalmente sincera contigo. Sé que tú no mataste a Sole, aunque me han dicho que tienen pruebas de que así fue...

—¿Cuáles? Y... ¿quién te lo ha dicho?

—Tus amigos. Me los encontré en la comisaría, supongo que, como yo, habían ido a declarar o algo... Me dijeron que encontraron huellas tuyas en la casa, lo que es lógico teniendo en cuenta que has estado aquí conmigo muchas veces...

—Exacto, eso no prueba nada —confirmó Raúl cada vez más furioso.

—Lo sé, y no dudo de que eres inocente en eso. Pero la droga... La encontraron en tu chaqueta, Raúl. Vi cómo la sacaban de tu bolsillo, no tiene ningún sentido que sigas negándolo... Tienes que admitir que tienes un

problema para poder resolverlos, y no tienes por qué preocuparte, yo sigo aquí y voy a ayudarte en todo lo que pueda mientras me prometas que vas a esforzarte por salir de todo esto...

—No puedo creerlo —la interrumpió Raúl tratando de ordenar sus ideas—. Maldita sea, Cris. Yo no tengo nada que ver con todo eso, joder. ¿Cómo tengo que decírtelo?

—No sigas mintiendo, ya no tiene sentido. Al principio, también negaste lo de la bebida, lo sé todo. Tu amigo Sito me lo contó... Es necesario que lo aceptes cuanto antes para que podamos dar el siguiente paso...

—¡No! Basta ya... —Raúl se dio la vuelta y se pasó la yema de los dedos por las sienas dibujando círculos, tratando de calmarse mientras buscaba la forma de explicarse. Se sentía como si estuviera enredado en una tela de araña y, por más que se movía para tratar de liberarse, lo único que conseguía era enmarañarse aún más. Unos segundos después se dio la vuelta de nuevo y se quedó mirando a Cristina, que lo observaba paciente—. Cris, escúchame. Admito lo de la bebida, ¿vale? Y sí, al principio lo negué, es verdad, pero esto no puedo admitirlo, ni ahora ni nunca, porque no es cierto, joder. Yo no he consumido droga en toda mi vida, mucho menos cocaína, y te juro por Dios que nunca la he pasado. No sé de dónde cojones salió esa bolsa... Y necesito que al menos tú confíes en mí, porque si no, creo que voy a acabar volviéndome loco.

Al escuchar aquellas palabras, Cristina se acercó a él mostrándose comprensiva. Levantó la mano y le acarició el rostro mientras se deleitaba al ver como él cerraba los ojos disfrutando del tacto de su piel, aquel que tanto había echado de menos aquella noche.

—No te preocupes, de verdad que lo entiendo. —La escuchó decir antes de volver a abrir los ojos para clavar la vista de nuevo en ella—. Debe de ser duro superar lo que te pasó, y dejar la droga debe de ser muy difícil. Quizá incluso ya lo has intentado antes... Comprendo cómo te debes sentir, lo difícil que ha sido tu pasado... Lo duro que debió de ser superar el abandono de tus padres y, después, la muerte de Soraya... Pero todo eso ya se acabó, ya no

estás solo y tienes que seguir adelante...

—No, no mezcles las cosas, Cris, joder —la interrumpió Raúl bloqueado—. ¿Es que no me escuchas? Yo no he tenido nada que ver con eso... Y mi pasado no tiene nada que ver... Mierda... No puedes hacerme esto... Había creído... —Por un momento, Raúl sintió que se quedaba sin respiración y empezó a sentirse mareado. No podía evitar sentirse destruido al darse cuenta de lo evidente: Cristina no creía en su palabra, nunca lo había hecho. Después de todo lo que había pasado, de todo lo que había arriesgado para estar junto a ella, ni siquiera lo escuchaba. Y, por un instante, la idea de que, sin duda, volvía a estar solo, tal como había estado siempre, acudió a su mente, de modo que pronto supo lo que debía hacer—. Había creído que tú me entenderías, que me apoyarías como necesitaba que lo hicieras...

—No puedo apoyarte en esto, Raúl. O admites lo que te está pasando y tratamos de ponerle remedio, o tendrás que marcharte. No hay otra salida, así que tú decides.

Raúl se quedó quieto mientras el eco de aquellas palabras retumbaba en su cabeza. Lo estaba echando. Después de todo lo que había ocurrido, lo estaba echando de su casa y de su vida sin ni siquiera escucharlo. No tardó demasiado en darse cuenta de que todo había acabado entre ellos en ese mismo instante, y la furia que acompañó el dolor que le invadió el alma se entremezcló para dar lugar a un gran estallido que él se esforzó por ocultar. Lo único que hizo fue asentir en silencio antes de volver a hablar, luchando por que su voz no temblase al hacerlo. Se acercó a ella sin llegar a tocarla y la apuntó con el dedo índice en señal de advertencia.

—Bien, como quieras, me largo de aquí. No te preocupes, no volverás a verme. Y me da igual. —Cristina se quedó unos segundos aguantándole la mirada, intentando fingir que no le intimidaba su cambio de actitud, hasta que él se decidió a volver a hablar—: No quiero volver a verte nunca, así que no vuelvas a acercarte a mí —espetó antes de salir por la puerta dando un sonoro portazo, dejando a Cristina atónita en el salón de su casa, sin saber qué hacer.

CAPÍTULO 28

Raúl salió de casa de Cristina tan rápido como pudo. Sin embargo, cuando se encontró en la calle y el frío del invierno le impactó directamente en el rostro, de repente empezó a sentirse mareado. No podía soportar la idea de que Cristina le había fallado en el peor momento posible, al igual que lo habían hecho siempre todos los demás, y, por un momento, se sintió perdido. Podía ir a su casa, pero no le apetecía quedarse solo en ese momento. Sabía que debía comer algo y tratar de tranquilizarse, pero no era capaz. Lo único que deseaba era desaparecer. Todo le había salido mal, como siempre había ocurrido en su vida. Desde que era pequeño, siempre había perdido todo lo que había deseado, así que la forma en la que todo había ocurrido encajaba perfectamente con lo que se podía esperar. Había sido un ingenuo al pensar que algo podía salirle bien alguna vez. Incluso iba a acabar perdiendo su trabajo, lo único que hasta el momento había funcionado en su vida.

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, comenzó a andar sin rumbo fijo. No tenía claro adónde iba, solo que debía alejarse de aquel lugar... y de Cristina. Era curioso, porque hacía poco tiempo había pensado que ella era su tabla de salvación, quien iba a conseguir que todo se arreglase al fin, quien lo apoyaría pasara lo que pasara y siempre confiaría en su palabra. Pero se había equivocado una vez más, y tenía que aceptar que todo había acabado entre ellos. Podía entender que lo que había ocurrido la había confundido, y era de esperar que dudara de él, pero después de todo lo que había pasado, de cómo él había luchado por ella hasta el punto de arriesgarlo todo para no perderla, ella ni siquiera había intentado escucharlo. Poco a poco se fue dando cuenta de que su vida se había derrumbado por completo. Al pensar aquello, pudo sentir como la bilis del estómago subía hasta su garganta dejando una molesta quemazón a su paso. Fue entonces cuando ocurrió. Raúl levantó la vista y divisó en la lejanía un bar que tenía encendidas las luces, a pesar de lo temprano que era, y estas parpadeaban de una forma muy atrayente a través de

la gélida neblina que lo rodeaba. Antes de darse cuenta, sus pies habían comenzado a caminar hacia allí. En realidad, ya no tenía nada que perder. En menos de veinticuatro horas lo había perdido todo. Había perdido a Cristina desde el mismo momento en que había desconfiado de su palabra para, poco después, echarlo de su casa y de su vida con una frialdad que todavía no lograba entender. Y estaba claro que, después de haber sido acusado de asesinato y tráfico de drogas, lo más probable era que también fuera a perder su trabajo, y lo que era peor, su libertad. En efecto, necesitaba olvidar todas las ideas que se agolpaban en su cabeza en ese momento, y él sabía exactamente cómo hacerlo. Cuando empujó la puerta y esta cedió provocando el sonido de una dulce campanilla, no dudó un momento en sentarse en el primer taburete que encontró en la barra y dirigirse al camarero.

—Un whisky doble —dijo con seguridad.

—Claro... —respondió el hombre que estaba delante de él con un trapo sobre el hombro y el cabello lleno de canas. Se acercó a la barra y puso un vaso limpio frente a él, que llenó despacio mientras Raúl lo observaba con detenimiento. El hombre volvió a darse la vuelta con naturalidad para continuar limpiando las mesas donde tenía expuestas el resto de las botellas, y Raúl fijó la vista en la copa de licor que tenía delante. No pudo evitar darse cuenta de cómo todo su cuerpo anhelaba sentir como aquel líquido, que esperaba pacientemente sobre la mesa, corría por sus venas del mismo modo que lo había seguido deseando desde el mismo día que decidió dejarlo. En aquel momento había pensado que quizá había alguna posibilidad para él en el futuro, pero el tiempo había pasado y todas sus esperanzas se habían evaporado por completo. Ya no podía seguir engañándose. Nunca iba a conseguir nada, porque su vida consistía en perder todo lo bueno que él pudiera anhelar, así que ya no había razón para seguir luchando. Antes de ser del todo consciente de lo que hacía, tomó el vaso con la mano y lo llevó hasta su boca. Dejó que el whisky se deslizara por su garganta mientras sentía como el ardor que provocaba a su paso lo fortalecía de nuevo. Una extraña sensación de calma que recordaba del pasado lo invadió en ese instante, una

que llevaba tiempo necesitando sentir. Sus ojos se cerraron y una débil sonrisa apareció en su boca mientras todos los problemas que se habían acumulado en su mente durante las últimas veinticuatro horas parecían empezar a disiparse. Era como si todo fuera menos importante en aquel momento, como si todo diera igual de repente. En lo único en lo que podía pensar era en tomar otra copa, y eso era algo muy sencillo, muy distinto de lo complicada que se había vuelto su vida de repente...

—Ponme otro —gritó Raúl observando como el hombre que lo atendía se daba la vuelta y obedecía su orden frunciendo el ceño. Aquel gesto le pareció cómico. Le daba igual lo que pudiera opinar de él, todo aquello carecía de importancia. Incluso la forma en la que Cristina lo había juzgado le importaba poco en ese instante, tenía algo más importante que hacer que pensar en ella. Sin dudar un momento, tomó el vaso de nuevo y lo llevo hasta sus labios permitiendo que el líquido amargo resbalase por su garganta antes de pedir otro whisky doble más.

Cristina se había quedado destruida al ver cómo Raúl había dejado de ser tan dulce y agradecido con ella para, de repente, volverse agresivo e inaccesible. Quiso pensar que había sido culpa de su supuesta adicción a la cocaína, pero algo dentro de ella gritaba que no era así. Por un momento, trató de reflexionar sobre lo que había ocurrido, intentando comprender su extraña forma de actuar. Él había insistido en todo momento en que no tenía nada que ver con la droga que habían encontrado en su bolsillo incluso cuando ella lo había amenazado con abandonarle si no lo admitía, una táctica que había funcionado bastante bien en ocasiones anteriores... Y aquello la llevó a una conclusión lógica: ¿Y si, realmente, Raúl no había tenido nada que ver con la cocaína? ¿Y si, en efecto, alguien la había colocado ahí adrede para que se la encontraran? Era algo extraño, sobre todo porque no era capaz de imaginar quién podría querer hacer algo así, pero no era imposible. Y por algún motivo necesitaba creer en su palabra en aquel momento, ya que no lo había hecho antes, cuando quizá hubiera sido lo más apropiado. Estaba claro que el hecho de que fuera exalcohólico tampoco había ayudado, pero esa no era razón para

dudar de todo lo que le dijera, así que rápidamente llegó a la conclusión de que debía hablar con él. Después de todo el día reflexionando sobre el tema, la oscuridad de la noche trajo consigo más claridad que la que había tenido a lo largo de las horas de luz, y sin dudar un momento decidió encaminarse a casa de Raúl, esperando que él estuviera allí para poder arreglar sus diferencias. Había sido una idiota, y era consciente de ello, pero podían arreglarlo igual que habían arreglado todos los problemas que se les habían presentado siempre. Solo debía disculparse y hacerle entender que todo había pasado demasiado rápido y que aún estaba algo confundida, pero siempre había confiado en él e iba a continuar haciéndolo. Nada iba nunca a cambiar entre ellos. No sabía cuál iba a ser su reacción, pero tenía que intentarlo.

Cuando llegó a la puerta de su casa no pudo evitar sentir algo de miedo. La última vez que había hablado con él le había dirigido palabras muy duras, y esperaba que las horas que habían pasado desde entonces hubieran servido para que se hubiera calmado un poco y pudieran mantener una conversación normal entre adultos. Tratando de que sus dedos no temblaran, pulsó el timbre y esperó un rato, sin escuchar ningún ruido o movimiento en el interior. Por un momento, pensó que no estaba en casa, aunque no se le ocurría adónde podría haber ido. Quizá a casa de sus amigos, pero no sabía dónde vivían, así que volvió a pulsar el timbre deseando que estuviera allí. No quería tener que esperar más para aclarar el problema que les ocupaba, pero, de nuevo, no hubo respuesta. Cristina se decidió a llamar una vez más antes de marcharse, y en aquel momento, de repente, la puerta se abrió ante sus ojos y le reveló una imagen de Raúl que nunca había visto antes. Apenas podía mantenerse en pie, su pelo estaba alborotado y tenía los ojos rojos. Una sonrisa bobalicona apareció en sus labios mientras con la vista recorría su cuerpo de arriba abajo, haciendo que se sintiera incómoda, a pesar de su vestimenta recatada. No pudo evitar darse cuenta del vaso de whisky que tenía en la mano, lo que no auguraba nada bueno, aunque trató de no pensar demasiado en ello.

—Vaya... Qué oportuno que estés aquí... Me alegra que hayas venido. Esta celebración no hubiera sido lo mismo sin ti... —balbuceó Raúl mientras

levantaba el vaso hacia ella como si brindase—. Pasa, pasa, no te quedes ahí. Hay whisky para los dos, no te preocupes... —Raúl se apartó de la puerta y se tambaleó hacia el sillón, derramando parte del alcohol que había en el vaso por el camino—. Mierda... Se me ha caído un poco... —murmuró perdiendo la sonrisa por un momento mientras fruncía el ceño.

Cristina observó el lamentable estado en el que Raúl se encontraba durante unos segundos, dudando sobre lo que debía hacer, pero finalmente entró en el piso algo insegura, cerró la puerta tras ella, y luego se quedó mirándolo sin saber qué decir.

—¿Qué haces, Raúl? ¿Estás borracho?

Raúl levantó la vista en cuanto la escuchó decir aquello, y su sonrisa se evaporó de nuevo ante su tono de reproche.

—Sí, estoy borracho... ¿Es que no lo ves?

—Sí, pero... —Cristina se obligó a detenerse en ese momento. No tenía más remedio que intentar relajarse, dado que empezar a discutir con él en ese estado no iba a servir de nada: estaba claro que no era capaz de razonar—. Bueno, es igual. He venido porque necesito hablar contigo...

—Pues entonces habla...

—Así no puedo... —admitió Cristina cada vez más preocupada. Raúl estaba muy diferente cuando bebía, y empezaba a darse cuenta de que no le gustaba demasiado estar con él en ese estado.

—Claro que puedes. Venga, te escucho. Vuelve a echarme la charla otra vez... Es normal, he cometido muchos errores en mi vida, lo sé... De hecho, tú no eres más que uno de ellos, doña Perfecta.

—No me hables así...

—Te hablo como me da la gana —la cortó poniéndose en pie—. Ya no tienes ningún derecho a darme órdenes. Me echaste de tu vida sin motivos y ahora vuelves aquí sabiendo que yo no quiero verte. ¿Cuál es tu problema, Cris? ¿Necesitas que esta vez te eche a patadas? ¿No tienes dignidad?

—No... No digas eso... —titubeó confusa.

—¿Por qué? —preguntó Raúl acercándose más a ella—. ¿Te molesta? ¿Es que tú puedes echarme de tu casa y de tu vida cuando te apetezca, pero yo no puedo hacer lo mismo?

—No, no es eso. No era mi intención echarte... Simplemente, me equivoqué, Raúl. Ese es el motivo por el que he venido, para disculparme...

—¿En serio? —dijo mientras una malévola sonrisa volvía a aparecer en su rostro. Cristina se limitó a asentir sin apartar la mirada de sus ojos—. Qué pena... Yo creía que venías a follar... Eso sí me hubiera venido bien ahora, porque en eso sí eras buena... Pero tenía que haber imaginado que no sería así, este es más tu estilo. Parece que te tengo, pero no es cierto. Te acercas a mí solo para volver a alejarte. Tan pronto me quieres como me odias... Solo quieres calentarme la polla, y me he cansado de tu juego, así que será mejor que te vayas para que yo pueda seguir a lo mío...

—Nada de eso. Tienes que dejar de beber ya... No puedes seguir haciéndote esto —aseveró Cristina empezando a perder los nervios. No podía creer que hubiera echado a perder todos los meses que había estado sobrio, aunque en el fondo no pudo evitar pensar que, sin duda, él había acabado así por culpa suya.

—¿Ah, no? —inquirió Raúl serio de nuevo, encarándose a ella—. Y, según tú, entonces... ¿Qué debería estar haciendo? —Cristina se quedó callada, sin saber cómo contestar aquella pregunta—. Venga, dime... Tú lo sabes siempre todo... Así que habla, no te cortes, que no te pega nada, doña Perfecta...

—Deja de llamarme así... —exigió Cristina, molesta por el sarcasmo que acompañaba la expresión—. Yo no soy perfecta ni mucho menos, y tampoco intento serlo...

—Es verdad. —Su mano se dirigió a su rostro y, por un momento, solo durante unas décimas de segundo, le pareció reconocer en la mirada desolada que tenía frente a ella al Raúl de siempre, al que ella había conocido en el pasado y que en aquel momento debía de encontrarse escondido en alguna parte del interior del hombre rudo y cruel que estaba ante ella. La mano de Raúl acarició su mejilla antes de dirigirse a su pelo—. No eres perfecta, solo

me lo pareciste un tiempo... Debí haberlo imaginado... Nunca serás como ella. Intenté sustituirla contigo, pero no es posible... No le llegas ni a la suela del zapato. —Su mano se apartó de su cabello y la empujó con suavidad por el pecho para apartarla de él, antes de volver a sentarse en el sofá para llenarse una vez más el vaso.

—Joder, Raúl. Déjalo ya. Ya has bebido bastante...

Raúl llenó el vaso igualmente, con tranquilidad, y luego dirigió la mirada hacia ella, como retándola a acercarse para impedirlo. Cuando comprobó que ella no se movía, temerosa de cuál pudiera ser su reacción, se concentró en el alcohol de nuevo antes de levantar la mirada hacia ella una vez más. En aquella ocasión enarcó las cejas, como si acabara de reparar en su presencia.

—¿Aún sigues aquí?

—Sí, y esta vez no pienso irme... Voy a ayudarte, así que deja de beber de una vez. Te llevaré a la cama para que te repongas, y mañana hablaremos de esto, cuando estemos más tranquilos...

—Yo estoy muy tranquilo. De hecho, estoy mejor que nunca, no tengo que reponerme de nada. Lo único que necesito es que te largues. Deja de fingir que me quieres cuando en realidad te importo una mierda...

—Sí que me importas —gritó ella de repente, sorprendida por sus palabras.

—Eso es mentira. Lo único que sientes por mí es pena. No me quieres, y tampoco confías en mí...

—No digas eso, no me das pena, sí que confío en ti, Raúl, y, sobre todo, te quiero muchísimo... Déjame demostrártelo. No quiero perderte, deja que te compense por todo lo que ha pasado... —Cristina no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas en ese momento, pero a Raúl le dio igual, incluso cuando vio como estas se derramaban por sus mejillas. En aquel instante nada importaba, no sentía nada, estaba lejos de todo el dolor que la realidad le producía, y eso era perfecto.

—No quiero que me demuestres nada, ya te lo dije. No quiero volver a verte más. Me das asco, Cristina. Estar contigo solo ha sido un error, uno que

no me costará superar. No sirves para nada... Eres patética, y no me traes más que problemas, así que quiero que te vayas. —Cristina se quedó observándolo sin estar segura de qué podía decir. Sus palabras habían sido tan inesperadas como crueles, y eso la había dejado sin habla. Sin embargo, seguía sin tener intención de marcharse, y menos dejándolo en ese estado. Raúl se levantó entonces y se quedó mirándola. Parecía furioso—. ¿No me has oído? Lárgate —masculló entre dientes.

—No —consiguió articular Cristina con voz temblorosa, empezando a sentirse algo asustada por la forma en que la estaba amenazando con la mirada. Al escuchar su respuesta, Raúl cerró los ojos y apretó los labios intentando controlarse, pero al final perdió la batalla.

—¿Quién te crees que eres, joder? —gritó fuera de sí—. Esta es mi casa, así que vete de una puta vez o te juro que te echaré yo mismo. —El vaso que tenía en la mano se estrelló contra la pared con fuerza y se rompió en pedazos, mientras él avanzaba un paso más hacia ella tan furioso que Cristina volvió en sí al fin y empezó a correr, asustada por su temperamento, asumiendo al fin que haber ido a visitar a Raúl había sido un grave error que iba a tener consecuencias que ya no se podían remediar.

Cuando Raúl observó como Cristina salía por la puerta llorando, se encogió de hombros. Por fin había conseguido su objetivo: quedarse solo de nuevo. Miró hacia la pared donde el alcohol que un momento antes tenía en la mano se deslizaba lentamente dejando una gran mancha en su recorrido, y se sentó de nuevo en el sillón. No le apetecía ir a por otro vaso, así que cogió la botella directamente y le dio un largo trago, sintiéndose molesto por haber derramado parte del whisky que atesoraba, sin prestar atención a nada más allá de eso.

CAPÍTULO 29

En la oscuridad de la noche que se abría paso en su mente, solo existía la calma. Sin embargo, una música relajante se escuchaba de fondo, arrancándolo paulatinamente de sus sueños. Se dio la vuelta y vio que ella estaba a su lado. Sus largos y hermosos cabellos negros se dibujaban sobre la claridad de la almohada, y él no pudo resistirse a acercarse a ella para acariciar su piel dorada. Lo había hecho innumerables veces en el pasado, pero nunca era suficiente. De hecho, estaba seguro de que nunca iba a poder cansarse de ella y que siempre sería la única mujer para él. Era tan perfecta que nadie podría igualarla jamás.

—¿Soraya? —susurró en su oído para despertarla, que se diera la vuelta y que quedara frente a él. No podía esperar para ver su precioso rostro, era lo más hermoso y dulce que sus ojos habían avistado jamás, y nunca llegó a entender qué había hecho él para merecer un ángel así en su vida—. ¿Estás despierta? —insistió al ver que no reaccionaba. Por suerte, sus palabras surtieron efecto y de repente ella se volvió hacia él. Sin embargo, el rostro que vio cuando quedó frente a ella no era el que él recordaba. Su piel dorada era ahora pálida como la nieve que caía desde hacía días en las calles, su pelo oscuro se había vuelto rubio mientras sus ojos castaños se habían tornado verdes y lo observaban confundidos.

—¿Qué pasa, Raúl? —susurró de repente—. ¿Qué hora es?

—Hora de levantarse, mi vida —respondió él acercándose para besarla, deleitándose en la forma en la que sonrió con los ojos cerrados de nuevo cuando sintió cómo sus labios poseían su boca por un momento. Sin embargo, aquel momento de felicidad no duró demasiado. En cuanto ella consiguió enfocar la vista para mirarlo, su sonrisa se desvaneció de repente.

—¿Qué hago aquí? —preguntó extrañada.

—¿Cómo que qué haces aquí? Estás conmigo, en mi casa... Hemos pasado

la noche juntos, ¿no te acuerdas? —trató de explicar él con paciencia.

—No, eso no es posible. Yo no puedo estar aquí —aseveró ella convencida.

—¿Por qué dices eso? —La voz de él temblaba al pronunciar aquellas palabras.

—Porque no te quiero... —contestó ella con sequedad, justo cuando algo lo arrancó de aquel lugar de repente. El sonido de su móvil estaba taladrándole el cerebro poco a poco mientras el dolor que le provocaba lo destruía por dentro. No pudo evitar gruñir antes de alargar la mano para ver quién lo llamaba. Estuvo a punto de tirar el móvil contra la pared para deshacerse de quienquiera que fuera, pero pronto desistió en su empeño, siendo consciente de que no podía hacerlo, aunque solo fuera porque no creía tener suficiente fuerza para conseguirlo. Miró la pantalla y se decidió a descolgar al fin, aunque fuera lo último que le apetecía hacer aquella mañana.

—Dime, Abelardo —contestó con la voz ronca, molesto al saber que lo primero que iba a escuchar aquella mañana era la voz de su jefe.

—*Hola, Raúl. Te llamo porque tengo que hablar contigo esta tarde...*

Raúl se pasó los dedos por el pelo intentando aclarar su mente. La forma en que su cabeza latía de dolor era insoportable y le impedía pensar.

—Esta tarde no puedo, estoy ocupado.

—*Es urgente, Raúl, así que no me vale un «no» por respuesta...* —insistió su jefe.

—Maldita sea... —masculló—. Vale, ¿te parece bien hacia las siete? ¿Estarás aún en tu despacho a esa hora? Porque antes me va a ser imposible...

—*Sí, me va bien. Te esperaré entonces* —confirmó antes de colgar.

Raúl se dejó caer de nuevo, tumbándose una vez más sobre la cama, intentando olvidar todo lo que había pasado en los últimos días. Sin embargo, no tuvo tanta suerte. Recordaba perfectamente cómo los policías lo detuvieron tras haber encontrado droga en su bolsillo, cómo Cristina le volvió la espalda y cómo había acabado totalmente borracho la noche anterior, justo cuando ella

había decidido visitarlo para pedirle perdón por su erróneo comportamiento, y lo que era peor, recordaba perfectamente cómo la amenazó e insultó hasta que ella no tuvo más remedio que marcharse llorando. Con la vívida imagen de su rostro desencajado por el dolor observándolo incrédula ante su comportamiento agresivo en su mente, decidió ir a la cocina para tomarse una aspirina que consiguiera hacer desaparecer al fin el dolor de cabeza que lo estaba destrozando. Mientras se la tomaba, intentó pensar una estrategia para conseguir que Cristina lo perdonase por su comportamiento. Sabía que ella sentía algo por él, de lo contrario, no hubiera aguantado cómo la trató la noche anterior durante tanto tiempo antes de sentir que no le dejaba otra opción más que la de marcharse. El problema era que no sabía si iba a ser capaz de perdonarlo de todos modos. Le hubiera gustado creer que sí, pero recordaba perfectamente la forma en la que lo había mirado antes de salir huyendo aquella noche. Estaba asustada. Aparte de todo el dolor y la confusión que su forma de actuar había provocado en ella, había sentido miedo de él, estaba seguro. Podía tratar de convencerla, pero poco a poco él mismo se fue dando cuenta de que lo más probable era que no consiguiera nada de todas formas. Si acaso antes tenía alguna posibilidad, por mínima que fuera, después de su comportamiento la noche anterior había perdido toda opción de volver con ella, estaba seguro. Mientras aquella idea se abría paso en su pensamiento, Raúl se sentó en el sillón y hundió la cabeza en las manos para poder pensar. Tenía que haber alguna forma de llegar de nuevo hasta ella, no podía aceptar que la había perdido para siempre. No podía rendirse. Ella era lo único bueno que le quedaba en la vida en ese momento. Ni siquiera estaba seguro de si Abelardo había insistido tanto en quedar con él únicamente para poder despedirlo o para informarle de que quedaba expulsado... En realidad, los tecnicismos daban igual, el resultado iba a ser el mismo. Estaba seguro de que dentro de poco ya no tendría trabajo, y en pocas horas Cristina le confirmaría que no tenía ninguna posibilidad de volver con ella después de lo que había ocurrido la noche anterior, así que estaba claro: ya no le quedaba nada. Raúl se decidió entonces a levantar la mirada y, antes de darse cuenta, sus ojos se habían posado sobre aquel objeto inanimado que lo esperaba paciente en la

cocina. Allí estaba la botella de whisky que no consiguió terminarse del todo el día anterior. No quedaba demasiado licor, pero sí lo suficiente para aguantar hasta que fuera capaz de salir a comprar más. Eso era lo único que le quedaba en la vida, lo único que había tenido siempre. Sin embargo, mientras se encaminaba hacia donde estaba, pronto se dio cuenta de que aquella no era la solución. Por un momento, la cogió con la mano deseando llevársela a la boca y olvidarse de todo de nuevo, pero no tardó demasiado en darse cuenta de que no sería capaz. Aquella botella de whisky iba a ser lo que lo condenara para siempre. Iba a perder lo que más había amado por su culpa, y eso la convertía en algo de lo que quería deshacerse cuanto antes, de modo que, antes de darse cuenta, la había puesto bocabajo y había observado paciente cómo se vaciaba sobre la pila. Acto seguido, cogió su móvil de nuevo y concertó una cita urgente con su grupo de apoyo aquella tarde.

El día transcurrió como si apenas fuera consciente de lo que pasaba a su alrededor, tal como siempre ocurría cuando tenía resaca. Había muchas cosas que había olvidado de aquellos tiempos funestos en los que lo único que hacía era beber para olvidar, pero eso lo recordaba con claridad. Raúl salió de Alcohólicos Anónimos aquella tarde sintiéndose más fuerte que antes. Se había forjado alguna esperanza de que Cristina pudiera perdonarlo cuando la visitara aquella noche, aunque sabía que las posibilidades de que algo así ocurriera eran casi nulas. De hecho, aunque sus compañeros lo habían animado a pedir perdón, algo con lo que todos ellos ya estaban bastante familiarizados, también habían admitido que a ellos no les había funcionado la mayor parte de las veces. Todos sabían el daño que una persona alcohólica podía llegar a hacer, pero, aun así, Raúl estaba decidido y nada de lo que le dijeran lo iba a hacer cambiar de opinión. Iba a esforzarse por ganar el perdón de Cristina, y si necesitaba tiempo o espacio, se lo daría, pero no iba a olvidarse de ella, eso jamás. Seguiría esperándola siempre si era preciso, e iba a asegurarse de que supiera lo que sentía por ella y lo arrepentido que estaba por su comportamiento de aquella tarde. Pero, por desgracia, esa visita tendría que esperar porque antes tenía que ir a la comisaría para hablar con

Abelardo. No podía negar que sentía curiosidad por saber qué quería decirle después de todo lo que le había pasado aquellos días. Sin embargo, había cosas que tenía muy claras: Abelardo no iba a tratar de ayudarlo, y mucho menos de consolarlo por nada. Era más probable que le informase de que iba a ser expulsado o, al menos, inhabilitado por un tiempo. Eso explicaría también el motivo por el que había dicho que esa cita era urgente. Sin embargo, todo aquello carecía de importancia. En realidad, nada de eso era relevante, porque en aquel momento él solo era capaz de pensar en Cristina, aunque cuando llamó a su despacho y escuchó como el comisario lo invitó a entrar con voz ronca, un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo. Sin embargo, Raúl entró en el despacho como hacía siempre y se sentó frente a su jefe, con la mirada fija en sus ojos, intentando mostrarse entero ante lo que suponía que le esperaba.

—Bien, Abelardo, me has dicho que necesitabas verme, así que aquí estoy —admitió al fin.

—Sí, lo sé... —dijo el comisario dudando cómo empezar el complicado discurso que tenía pendiente—. Mira, Raúl, no sé qué temas te traes entre manos, pero esto no tiene sentido. Te envié a investigar un crimen y de repente eres tú el acusado... Comprenderás que tu profesionalidad, al igual que mi confianza en ti, se ha visto afectada por eso...

—Al grano, Abelardo. No tengo toda la tarde. Deja ya el resumen de los últimos acontecimientos de mi vida y dime de una vez lo que tengas que decir.

El comisario suspiró ante la impaciencia de Raúl, que cada vez tenía más claro lo que estaba ocurriendo.

—Comprenderás que tenga que apartarte del caso...

—Pues no, no lo comprendo, pero no te preocupes, me lo esperaba... —bufó Raúl sin tratar de ocultar su enfado.

—Joder, Raúl —exclamó su jefe exasperado—. No te pongas así, no sé qué esperas que piense. Te han pillado traficando con cocaína y te han acusado de asesinato...

—No, no te equivoques. Me han encontrado droga en un bolsillo de mi chaqueta, una droga que yo no había visto en mi vida antes... Y no pueden

acusarme de asesinato porque yo no he hecho nada, joder. ¡Nada! —explicó Raúl furioso.

—Es lo mismo —lo interrumpió Abelardo con sequedad.

—Esa es tu opinión. Yo no estoy de acuerdo. —La mirada de Raúl era dura y mostraba lo irritado que se sentía por la forma en la que el comisario lo estaba tratando. Sin embargo, no le sorprendía. Aquel hombre llevaba queriendo librarse de él desde el día en que lo conoció, estaba seguro, y en ese momento tenía la excusa perfecta, así que su actitud era la que esperaba de él, ni más ni menos.

—Me da igual lo que tú creas, joder. Lo que importa es lo que dice la ley y, qué coño, lo que digo yo, y yo digo que vas fuera del caso. Por ahora te daré unos días libres, a ver si se calman las cosas...

—Quieres decir que vas a inhabilitarme, ¿verdad? —puntualizó Raúl, tratando de ignorar el eufemismo que Abelardo había utilizado.

—Tómalo como quieras, pero no te metas en más líos, o no tendré más remedio que expulsarte. De hecho, he tenido que esforzarme para que no te expulsaran directamente después de lo que ha pasado, así que no tientes a la suerte...

—Vaya, pues muchísimas gracias —lo interrumpió Raúl con sarcasmo. Desde luego, no se creía una sola palabra de lo que estaba escuchando, y en lo único que pudo pensar en aquel momento fue en salir de allí lo más rápido que le fuera posible. De lo contrario, acabaría estampando la cabeza de Abelardo contra el elegante escritorio que había frente a él, y no podía permitirse hacer algo como aquello. De hecho, nunca podía, pero mucho menos en ese momento, en el que estaba en una situación demasiado delicada, de modo que se levantó con la clara intención de irse—. Bueno, si ya has terminado, creo que mejor me voy.

Abelardo asintió en silencio. Parecía que tenía intención de decir algo más, pero finalmente se contuvo, limitándose a despedirse. Cuando Raúl abrió la puerta, le escuchó con claridad:

—Mucha suerte, chaval —dijo el comisario con voz grave.

Raúl quiso creer que lo había dicho de corazón, aunque no podía creerlo del todo, pero de igual modo se marchó, tratando de fingir que no lo había escuchado. No podía entretenerse más allí. Tenía una cita importante a la que no podía faltar, aunque no creyera que fuera a servir de nada.

CAPÍTULO 30

Cristina llevaba todo el día destrozada. Había pasado el día con Lara, pero mientras caminaba de nuevo hacia su casa, no pudo evitar sentir que todo su mundo se había derrumbado. Por mucho que le doliera, cada vez estaba más segura de que lo que había entre Raúl y ella se había acabado, y, por tanto, no iba a volver a verlo. Si había algo que le había quedado claro de su encuentro el día anterior fue que la odiaba y que no deseaba volver a estar a su lado jamás. Quizá volviera a verlo el lunes en el trabajo o quizá prefiriera pasar el tiempo en su casa bebiendo... Fuera como fuera, ya no era asunto suyo.

Quería odiarlo. De verdad que lo deseaba. Quería sentir por él la misma inquina que él había demostrado por ella el día anterior, pero no podía mentirse a sí misma. Lo único que tenía claro en ese momento era que lo echaba de menos, aunque ya no sirviera de nada. Era algo extraño, porque ni siquiera quería estar a solas con él. Después de lo agresivo que se había mostrado el día anterior, todo había cambiado. Aquella nueva faceta que había descubierto en él no le había gustado nada, así que sus propios sentimientos eran contradictorios: lo echaba de menos, pero no deseaba estar con él. Una lágrima rodó por su mejilla cuando se dio cuenta de que, por mucho que ella lo deseara, nunca podrían volver a estar juntos. Su relación había acabado, estaba claro, y quizá fuera lo mejor, pero eso no calmaba el dolor que sentía por dentro. Sus pasos se hundían en el frío hielo mientras sus lágrimas seguían rodando por sus mejillas aunque ella tratara de contenerlas, para finalmente aterrizar sobre el manto blanquecino que cubría el suelo. Ella no era consciente de ello, pero aquel era un instante único, puesto que era en ese momento, en ese instante mágico en el que las lágrimas caían en la nieve y absorbían con su calidez todo el frío del hielo, haciendo que se derritiera, cuando todo, absolutamente todo era posible. Aquel acto demostraba que el calor puede llegar a derretir hasta el más frío hielo sin esfuerzo, del mismo modo que el amor puede fundir la ira hasta reducirla a simples e inofensivas

cenizas.

Cristina entró en su casa aquel día sintiéndose agotada, comió lo primero que encontró en la nevera y, casi sin darse cuenta, se quedó dormida en el sillón. Cuando volvió a despertar, el sol ya se había puesto y la oscuridad de la noche la arropaba en el silencio de su vivienda. Tardó unos segundos en tomar conciencia de la realidad, cuando de repente escuchó unos golpes suaves en la puerta. Eso era lo que debía de haberla despertado. Alguien estaba llamando a su casa. Aunque no estaba de humor para recibir visitas, se vio obligada a abrir, pensando que quizá era Lara que venía a por algo de ropa para volver a marcharse de nuevo con su novio, con el que prácticamente llevaba ya tiempo viviendo, aunque no fuera de forma oficial, sin apenas aparecer por su casa, y debía de haberse olvidado las llaves. Así que, tras reflexionar sobre ello, finalmente se decidió a levantarse para abrir la puerta, tratando de esforzarse en que no se la viera tan deprimida como, sin duda, estaba. Sin embargo, cuando al fin hizo, no se encontró a quien esperaba. Fue Raúl, no Lara, quien apareció de repente frente a ella. Por un momento, estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero su expresión la frenó. Parecía tan destrozado como lo estaba ella, aunque en aquella ocasión, por suerte, guardaba bien el equilibrio y sus ojos no estaban inyectados en sangre como los había visto la noche anterior, lo que indicaba que, al menos, estaba sobrio.

—Hola, Cris —dijo, al fin, Raúl al darse cuenta de que ella se había quedado tan sorprendida al verlo que no era capaz de pronunciar palabra.

—Hola... —consiguió articular por fin—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo... ¿Tienes un momento?

—No, ahora mismo estoy muy ocupada —mintió con descaro.

Raúl esperaba aquella respuesta, pero no pudo evitar mirar por encima de su hombro observando que la casa parecía estar vacía y a oscuras.

—¿Estás con alguien? —preguntó preocupado.

—Eso no es asunto tuyo...

Raúl bajó la vista al suelo y asintió resignado.

—Sí, tienes razón, olvida lo que he dicho, pero de todas formas necesito

que me escuches, dame solo un par de minutos...

Cristina pensó un momento antes de decidir que, al menos, tenía que escucharlo. En aquella ocasión no estaba ebrio, por lo tanto, no había peligro, no volvería a ponerse agresivo de nuevo, y lo justo era que escuchara lo que tenía que decirle antes de mandarlo a paseo una vez más.

—Bien, de acuerdo. Di lo que quieras y vete, Raúl —espetó con frialdad.

Raúl se quedó observándola un instante, sorprendido por la ira que transmitía con cada palabra, pensando en cómo podría conseguir que lo perdonara, para poco después darse cuenta de que no tenía idea de cómo hacerlo.

—He venido a decirte que siento mucho lo que pasó ayer... —explicó al fin.

—¿El qué? ¿Que me insultaras, que me amenazaras o que me echaras de tu casa?

—Todo —admitió convencido—. Siento lo que te dije, pero tienes que entenderlo... Estaba borracho, y tú me habías hecho mucho daño...

—Muy bien, Raúl —lo interrumpió ella enfadada, cruzando los brazos delante del pecho—. Así que la culpa es mía y del alcohol... Tú no tienes ninguna responsabilidad en el asunto...

—No, joder, no es eso lo que estoy diciendo. La culpa es toda mía. Soy un gilipollas y te he hecho daño, lo sé. Solo quiero que sepas que ayer no podía controlarme, por eso te hablé así, pero nunca volverá a pasar, porque no es mi forma de ser, ya lo sabes, y jamás volveré a beber, Cris, te lo juro...

—No te esfuerces, no creo una palabra de lo que me dices... Pero bueno... En realidad, eso no importa, porque, ya sabes, soy doña Perfecta y solo sirvo para follar... ¿Verdad? Así que puedes estar tranquilo, te olvidarás de mí enseguida...

—No... No digas eso. —Raúl no pudo evitar que le temblara la voz al escuchar como Cristina repetía sus palabras, aquellas que tan desafortunadamente había pronunciado el día anterior y que iban a costarle lo que más quería; cada vez estaba más seguro de ello.

—¿Por qué no? Es la verdad, tú mismo lo dijiste, ¿no es así? —Raúl negó con la cabeza, atónito, pero antes de que pudiera contestar, ella continuó hablando—: Bueno, es igual. Si eso era todo lo que tenías que decirme, ya lo has hecho, y yo te he escuchado, pero ahora necesito que te marches.

—No, aún no he terminado. Déjame pasar, por favor... —suplicó Raúl en voz baja.

—No, eso nunca. Después de lo de ayer, no pienso permitir que vuelvas a entrar a mi casa, y menos estando sola...

—No hables así, sabes que nunca te haría daño... —Raúl la miró esperando que asintiera, pero ella no lo hizo—. Porque lo sabes, ¿verdad? —De nuevo, el silencio fue la única respuesta que obtuvo a su pregunta—. Mierda, Cris, sabes que nunca te haría daño, ni siquiera estando borracho, joder. Jamás te tocaría un solo pelo... Nunca te pondría una mano encima, preferiría morirme... Así que déjame pasar, por favor. No me acercaré a ti si no quieres, pero al menos tenemos que hablar...

Cristina levantó la mirada hacia sus ojos y vio la sinceridad que éstos transmitían. Por un momento, estuvo segura de que, tal como él le había explicado, nunca sería capaz de hacerle daño, al menos físicamente, así que su forma de actuar le empezó a parecer exagerada. En un momento de lucidez, asintió, se encaminó hacia el sofá y se sentó para escuchar lo que Raúl tuviera que decir. Él dudó unos segundos, pero finalmente entró tras ella y se quedó de pie, mirándola, mientras intentaba ordenar sus ideas.

—Bueno, y ahora que estamos aquí, ¿qué tienes que decirme?

—Tengo que decirte muchas cosas, Cris. Pero para eso necesito que me escuches. Mira, siento lo de ayer, sé que me pasé, ¿vale? Y me siento fatal. Tú no te merecías eso, pero entiéndeme. Estaba... bueno, estoy en uno de los peores momentos de mi vida, y creí que tú me habías dado la espalda... Y te necesitaba tanto... Te necesito tanto...

—Pues debiste haberme dicho eso en lugar de insultarme, pero no lo hiciste, dejaste que tu orgullo te dominara y me hiciste daño, y ahora ya no hay nada más que hablar.

—Sí, claro que lo hay. Tenemos mucho más de lo que hablar. Siento lo que hice y quiero compensártelo.

—No hay nada que puedas hacer para compensarlo. Yo... —Cristina reflexionó un momento tratando de encontrar la mejor forma de explicar lo que necesitaba que Raúl entendiera—. Mira, Raúl, no quiero engañarte. Si quieres que te perdone por lo de ayer, de acuerdo. Entiendo que necesitas mi perdón y no voy a negártelo, pero las cosas no pueden volver a ser como antes...

—¿Por qué?

—Porque ya no te quiero —mintió mirándolo fijamente a los ojos, con la única intención de librarse de él y, si era posible, también de hacerle daño—. Esa es la verdad, ya no siento nada por ti.

Raúl sintió como todo su mundo se derrumbaba al escuchar aquella frase, pero no pudo más que negar con la cabeza.

—No... Eso no puede ser... —articuló con voz temblorosa—. No puedes estar hablando en serio, Cris, joder, no puedes dejar de quererme de la noche a la mañana...

—Pero es así, y tú tienes que aceptarlo. Lo nuestro se ha acabado, así que, si eso era todo lo que necesitabas decirme, creo que es mejor que te vayas.

Raúl negó con la cabeza una vez más, sin habla. Pensó que debía marcharse, dado que ella tenía razón. Después de aquellas palabras, ya no había nada más que decir, y menos teniendo en cuenta que ella lo había invitado a irse, pero no era capaz. Sentía como si sus pies estuvieran anclados al suelo. En el momento en el que saliera por esa puerta, la habría perdido, y no podía soportar la idea de no volver a verla más. Al fin y al cabo, ella era lo único bueno que le quedaba en aquella gran locura en la que se había convertido su vida, de modo que, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se había sentado de rodillas frente a ella y tenía su rostro sujeto entre sus manos.

—No, Cris, lo nuestro no puede acabar así. Por favor, escúchame. No puedes echarme de tu vida así, ahora no. Te necesito... Lo he perdido todo y no quiero perderte también a ti, así que dime qué quieres que haga para poder

seguir a tu lado, de la forma que sea, tú pones las reglas. Haré lo que quieras, pero no me dejes, ahora no... —Raúl sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas, pero estaba demasiado ocupado tratando de recuperar a Cristina como para tenerlo en cuenta. Todo su orgullo, toda su valentía y sus dudas se habían evaporado, y lo único que quedaba dentro de él era la necesidad de conseguir que Cristina lo perdonara.

—Raúl, no puedo... —dijo ella mientras un sollozo se le atragantaba en la garganta al verlo postrado frente a ella suplicándole que lo perdonase. Deseaba hacerlo como nunca había deseado nada antes, pero le había hecho tanto daño que sentía que no era capaz, y, lo que era peor, ya ni siquiera podía creer que la quisiera. Él se lo había dejado muy claro el día anterior: para él solo era una sustituta de su verdadero amor, y no podía soportar aquella idea.

—No, no digas nada ahora. Primero escúchame. ¿Quieres que admita que me he comportado como un cabrón? Lo admito, ¿vale? Sé que no te merezco, que ayer arruiné todo lo que habíamos construido en todo este tiempo, y no merezco otra oportunidad, pero te pido, por favor, que me perdones y que me des la posibilidad de enmendar lo que he hecho. Te lo pido porque no puedo vivir sin ti, eres toda mi vida...

—Eso no es cierto, ayer me lo dejaste muy claro —respondió Cristina con las mejillas coloradas por tratar de contener el llanto para no mostrarse débil ante él—. Yo no te importo, solo la quieres a ella, y yo he sido solo una sustituta que has utilizado para desahogarte...

—No, basta, no digas eso —dijo, sellando sus labios con el dedo—. Eso lo dije ayer para hacerte daño, pero solo porque tú me habías hecho mucho daño antes a mí. Fue una venganza estúpida en un momento en el que ni siquiera recordaba cuál era mi nombre por lo borracho que estaba, y no sabes cuánto me arrepiento de haberte hablado así, pero nada de eso es verdad, créeme. Yo te quiero, te quiero más de lo que nunca he querido a nadie en el pasado, incluso a Soraya... Te lo juro. Haría cualquier cosa por ti, así que no me dejes.

—Ojalá pudiera creerte...

Raúl sintió como las lágrimas le caían por las mejillas mientras Cristina trataba de esconder el rostro entre sus manos, pero él le levantó la cara sujetándola por la barbilla.

—Mírame —le ordenó con seguridad—. Mírame, Cris —insistió de nuevo, con los ojos rojos tratando de evitar que la agitación que le provocaban los sollozos que surgían a cada momento de su pecho se adueñara de todo su cuerpo—. Te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré solo a ti. Te esperaré el tiempo que necesites, da igual cuánto sea, y haré lo que tú quieras, cualquier cosa que me pidas, mientras no me apartes de tu lado. Te demostraré que no te miento y que aquellas palabras estaban vacías. Pero no te alejes de mí, por favor... Dame la posibilidad de arreglar lo que he destrozado. —La voz de Raúl se quebró al final de la frase, dejándolo sin habla, así que le abrazó las piernas escondiendo el rostro en su regazo y permitió al fin que los sollozos que llevaba ya tiempo tratando de contener se liberasen, agitando su cuerpo con fuerza. Raúl sintió entonces como el dolor se apoderó de todo su ser destruyendo todo a su paso, dejándolo sin aliento. Esa era su especialidad, destruir todo lo bueno que había en su vida para acabar destruyéndose a sí mismo, y ahora ya no podía seguir ocultárselo a Cristina. También ella lo había podido ver con sus propios ojos, y por eso iba a abandonarlo.

Cristina observó durante unos segundos la forma en que había roto a llorar como un niño delante de ella, antes de decidirse a acariciarle el pelo para calmarlo. Al menos ella ya había dejado de sollozar y se encontraba mejor al haber conseguido controlar sus emociones, al igual que sus miedos tras haber observado la forma en que Raúl se había derrumbado ante ella, mostrando que quizá, solo quizá, no estaba mintiendo y la quería tanto como ella a él. Tras unos instantes, Cristina se decidió a obligar a Raúl a levantar la cabeza de nuevo, tomando su rostro entre las manos, y cuando la miró, ella trató de sonreír mientras sus pequeñas manos se dirigían a las mejillas de Raúl para secar la humedad que había en ellas. Estuvieron un rato mirándose a los ojos antes de que ella se decidiera a asentir.

—Vale, de acuerdo. Tienes otra oportunidad, Raúl, pero es la última, así

que espero que no la malgastes porque te aseguro que no habrá otra...

Un gesto de absoluta sorpresa apareció en el rostro de Raúl en ese momento.

—¿Quieres decir... que vas a volver conmigo?

—Sí, eso quiero decir.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio. Pero solo si no vuelves a beber y me prometes que no volverás a hacerme daño...

—Te lo prometo. Te prometo todo lo que tú quieras —dijo antes de lanzarse a sus labios con fiereza. Cuando después de un rato liberó su boca, se sentó a su lado y la abrazó con fuerza, sintiendo que el mundo había vuelto a girar de nuevo bajo sus pies—. Gracias, gracias por perdonarme.

—De nada. Pero recuérdalo, es la última vez...

—Lo sé, no lo olvidaré, estate tranquila. No volveré a beber y prefiero morirme a volver a hacerte daño —murmuró notando como el pelo de Cristina le hacía cosquillas en la barbilla mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios—. Te quiero, Cris. No sabes lo feliz que soy en este momento.

Cristina sonrió contra su pecho al escuchar aquellas palabras.

—Yo también —admitió con alegría.

CAPÍTULO 31

Raúl había perdido la noción del tiempo mientras se deleitaba al sentir a Cristina de nuevo entre sus brazos. La felicidad que sentía al haber conseguido su perdón, algo que horas antes había creído imposible, era tal que había olvidado que todos los demás aspectos de su vida eran un desastre. Lo único en lo que quería pensar era en que lo había perdonado... una vez más. Estaba seguro de que no se merecía que volviera a confiar en él, pero en aquella ocasión estaba decidido a esforzarse para conseguir ser digno de su amor, de modo que no iba a volver a hacerle daño jamás. Por suerte, había conseguido controlar sus sollozos al fin. No recordaba haberse derrumbado como lo había hecho con ella aquel día en toda su vida, pero en esa ocasión no había podido evitarlo. Al menos, había merecido la pena, porque gracias a eso Cristina volvía a ser suya de nuevo. No podía apartar de su mente la idea de que solo el sentir su cálido cuerpo contra su piel le provocaba un éxtasis de alegría imposible de superar.

Cristina no quería apartarse de Raúl, a pesar de que no era consciente del tiempo que llevaban abrazados sin moverse. Aún no podía creerse que lo hubiera perdonado, pero tenía claro que, después de cómo se había derrumbado, no había tenido otra opción que hacerlo. Siempre le había parecido un tipo distante y orgulloso, pero al fin le había demostrado por fin que ella le importaba más que su orgullo, y eso había marcado la diferencia. Con su forma de actuar había borrado todas las dudas que habían surgido después de lo mal que se había portado con ella estando ebrio, y por fin lo tenía todo claro: Raúl decía la verdad, realmente la quería, aunque ella le había fallado en uno de los momentos más duros de su vida, cuando más la necesitaba. No debería haber dudado de él en el asunto de la droga y había cometido un grave error, al igual que él había cometido un grave error siendo tan cruel y agresivo el día que fue a visitarlo a su casa, pero le creía cuando decía que nunca la hubiera tocado, ni siquiera estando borracho. Lo conocía lo

suficiente como para saber eso. Mientras disfrutaba de su abrazo, todo lo que hacía un momento invadía su mente había desaparecido. Todo el dolor, las dudas, los miedos y la angustia se habían evaporado al fin, y de algún modo, supo que aquella vez nada podría separarlos de nuevo. Daba igual lo que les deparase el futuro, siempre estarían juntos, no cabía duda. Cuando aquella conclusión resonó con claridad en su cabeza, Cristina se decidió a apartarse un poco de él por fin. Raúl se quedó mirándola con adoración mientras su mano se dirigía a su cabello dorado y lo acariciaba, al sentir cómo una pequeña sonrisa se abría paso en sus labios.

—Te he echado de menos —le confesó al fin.

—Yo a ti también... —respondió ella—. Oye, ¿qué has hecho hoy durante todo el día?

—Pues, verás... —Raúl no sabía cómo explicar lo que había ocurrido sin revelar toda la verdad. Lo cierto era que ya no le importaba si Cristina se enteraba de que había estado infiltrado, sobre todo porque ya no lo estaba teniendo en cuenta que lo habían retirado del caso, así que pensó confesarle todo en ese momento, pero pronto se dio cuenta de que no podía hacerlo. Tenía demasiado miedo de que su mentira la alejase una vez más de su lado, y había tenido demasiadas dificultades para recuperarla como para arriesgarse a perderla unos minutos después, así que no tardó en decidir que aquello no era una opción y pensó rápidamente cómo responder sin revelar su identidad secreta—. He estado dando una vuelta por ahí, y luego he ido a terapia de grupo, ya sabes, en Alcohólicos Anónimos...

—Entiendo. —Cristina trató de pensar algo que decir con rapidez para cambiar de tema cuanto antes—. Bueno, ¿estás preparado para volver mañana al trabajo?

—No sé... En realidad, creo que no voy a volver por allí. Después de todo lo que ha pasado...

—Te han despedido, ¿verdad? —preguntó ella antes de que él tuviera ocasión de terminar la frase, lo que agradeció bastante. Raúl asintió, y Cristina enarcó las cejas como respuesta—. Debí de habérmelo imaginado... Nuestro

jefe es un idiota. No te preocupes, encontrarás otro trabajo enseguida.

Raúl sonrió al comprobar como Cristina lo apoyaba sin dudar un solo instante en aquella ocasión, y la abrazó con más fuerza, alegrándose de que, al fin, pareciera confiar en él ciegamente, tal como siempre había deseado. De hecho, todavía estaba bastante confuso sobre todo lo relativo a su detención, aunque trataba de apartarlo de su mente para poder disfrutar plenamente de la maravillosa mujer que estaba a su lado en ese momento. Su mano se dirigió entonces a su rostro mientras la observaba con detenimiento. No solo era hermosa, sino también única y, sin duda, demasiado perfecta para él, tal como había sabido siempre, y no pudo evitar desearla como nunca lo había hecho antes, sobre todo cuando vio que ella se mordía ligeramente el labio inferior. Raúl quiso lanzarse a su boca para saborearla con fiereza, pero se contuvo. Habían pasado demasiadas cosas aquellos días y no quería parecer ansioso o desesperado por volver a poseerla, aunque así era exactamente como se sentía.

Cristina lo miró durante unos segundos más, como si pudiera leer su mente a través de sus ojos, y finalmente se acercó despacio para besarlo. Fue un beso dulce y tierno que él no dudó un momento en corresponder, aunque tampoco hizo nada por avivarlo, pero cuando Cristina introdujo la lengua en su boca y notó como rozaba la suya con ella, fue bastante más difícil seguir controlándose para no saltar sobre ella. Cristina notó que él no quería apresurar las cosas, pero no pudo evitar sentir que, en ese momento, más que nunca, lo necesitaba desesperadamente. Necesitaba sentir su cuerpo, su piel desnuda contra la de ella, para poder creerse que habían superado completamente sus problemas, y Cristina sentía exactamente lo mismo, aunque notaba las reticencias de Raúl, así que finalmente fue ella quien decidió romper el beso durante un momento, que a ambos les pareció eterno, y tomó su mano, que la sujetaba firmemente por la mejilla, para bajarla lentamente por su cuello hasta su pecho. Raúl observó su recorrido hasta que llegó a su destino, momento en el que volvió a posar la mirada en el rostro de Cristina. Ella esbozó una ligera sonrisa y volvió a lanzarse a sus labios con decisión,

mientras Raúl comenzaba a situarse sobre ella, obligándola a tumbarse, olvidando al fin las restricciones que se había impuesto. Sus labios se separaron de su boca y rodaron por su cuello mientras su mano seguía ocupada con su pecho. Cristina no esperó mucho más antes de dirigirse a la camiseta de Raúl, tomándola por la parte baja antes de sacársela rápidamente por la cabeza. Raúl no tuvo otro remedio que apartar la boca de su dulce piel para permitir que Cristina desnudara su torso, pero en cuanto lo consiguió, volvió a concentrarse en besar su cuello mientras sintió unas leves cosquillas cuando Cristina alargó sus manos para desabrocharle el cinturón de los vaqueros, para continuar con el botón de sus pantalones. Raúl se apartó entonces un poco de ella y la miró con incredulidad, maravillándose por lo ansiosa que parecía.

—Parece que no soy yo el único que ha echado esto de menos —bromeó levantando las cejas.

—No, no lo eres —admitió Cristina con sinceridad antes de bajarle los pantalones hasta las rodillas. Él no dudó en desabrochar los botones de su camisa tan rápido como pudo, pero fue ella misma quien se la quitó antes de deshacerse de sus vaqueros. Raúl se quedó un momento maravillado, observando su hermoso cuerpo en ropa interior, antes de decidirse a hablar.

—Eres preciosa, te quiero tanto... —confesó en un murmullo, aún sin terminar de creerse que Cristina volvía a ser completamente suya.

—Yo también te quiero, Raúl —respondió Cristina con una pequeña sonrisa en la cara.

—No vuelvas a dejarme nunca —le pidió con voz grave.

—No lo haré —le aseguró ella, convencida de que no sería capaz de volver a alejarse de él de ninguna manera. En el momento en que las manos de Raúl se habían posado sobre su piel, incendiando cada lugar por donde pasaban, ella se había dado cuenta de cuánto lo había echado de menos, y sin duda era aterrador. Lo necesitaba como a respirar, y por primera vez estaba segura de que ya nada podría volver a interponerse entre ellos. Hasta ese momento, siempre había tenido dudas sobre cuáles eran los verdaderos sentimientos de Raúl, al mostrarse él siempre tan frío y cerrado por más que

ella trataba de acercarse a él, pero finalmente le había demostrado que él estaba tan enamorado de ella como ella lo estaba de él, y, por lo tanto, estaba segura de que ya nada podría separarlos nunca.

Raúl desabrochó el sujetador de Cristina lentamente, disfrutando de cómo su piel se erizaba con el leve roce de las yemas de sus dedos. Después empezó a bajarle el tanga mientras su boca volvía a lamerle el cuello, bajando cada vez más hasta llegar a sus pezones, que pronto empezó a succionar con ganas. Cristina estaba disfrutando del tacto de su lengua, pero lo había echado tanto de menos que necesitaba sentirlo dentro cuanto antes. Sin embargo, aunque trató de comunicárselo, lo único que salió de su boca fueron unos gemidos de placer que a Raúl lo excitaron todavía más, de modo que su mano se dirigió hacia el sexo de Cristina, con el que empezó a jugar a su antojo, mientras se deleitaba al escuchar los jadeos de placer que escapaban de su boca a cada momento. Raúl la había echado tanto de menos que deseaba seguir con aquel juego un poco más de tiempo, a pesar de que Cristina no estaba segura de cuánto tiempo iba a poder soportar su tortura. Sin embargo, en pocos minutos, él mismo se dio cuenta de que no podía esperar más, de modo que se tumbó por completo sobre su cuerpo, apresó los labios de Cristina entre los suyos y, de una sola embestida, se introdujo por completo en su interior. Cristina soltó un jadeo que casi se asemejó más a un grito, sintió como Raúl tomaba su cara entre las manos mientras su lengua seguía invadiendo su boca, y empezó a notar como empezaba a moverse dentro de ella, empujando con fuerza hasta que llegó más profundo de lo que nunca había llegado antes. El rostro de Raúl mostraba claramente como su placer crecía a cada embate hasta terminar derramándose por completo en su interior. Sus brazos quedaron agotados mientras él caía exhausto sobre el cuerpo de Cristina, jadeando contra su pecho, mientras ella deslizaba los dedos entre los cabellos de Raúl, tratando de controlar su respiración agitada. Se quedaron así unos minutos antes de ser capaces de moverse otra vez, y cuando Raúl creyó estar en condiciones de hacerlo, levantó la cabeza manteniéndola aún sobre el pecho de Cristina para mirarla, esbozando una pequeña sonrisa de satisfacción, mientras ella

continuaba acariciándolo. Podía notar la humedad de su piel en el rostro y como sus pulmones subían y bajaban con rapidez, cuando de repente Raúl se dio cuenta de algo importante...

—Tú no te has corrido, ¿verdad? —preguntó tras perder la sonrisa, frunciendo el ceño.

—No... —contestó Cristina con timidez, pero sin apartar sus ojos de los de él. Raúl cogió la mano de Cristina en la suya y la besó antes de volver a sonreír de nuevo.

—No pasa nada. Por suerte, tiene arreglo... —dijo sin más antes de empezar a besarle el estómago, deslizando su lengua cada vez más abajo, hasta que terminó introduciéndola en su sexo.

Cristina inspiró aire con fuerza al sentir aquel inesperado asalto, deleitándose en cómo una de las manos de Raúl le masajeaba el pecho mientras la otra se centraba en su clítoris. Cuando reunió las fuerzas suficientes para dirigir su mirada hacia donde se encontraba Raúl y lo vio allí succionando su parte más sensible mientras sus dedos se iban introduciendo dentro de ella lentamente, no pudo soportarlo más y liberó su placer con un fuerte grito. Raúl observó cada gesto que aparecía en su rostro a causa del orgasmo que había tenido gracias a él, y cuando vio que no quedaban dudas de que también ella se había quedado satisfecha, se incorporó lentamente, mirando como Cristina jadeaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el brazo del sofá, para seguidamente abrazarla por la cintura con fuerza, apoyando la cabeza en su estómago. Cristina se forzó a acariciar el pelo de Raúl una vez más, aunque se sentía totalmente agotada mientras disfrutaba de la tierna postura en la que se encontraban luchando por recuperar el aliento. Quería decirle algo, lo que fuera, que pudiera expresar lo que sentía, pero por alguna razón no encontraba las palabras, así que finalmente se quedó callada, escuchando como sus respiraciones se entremezclaban, hasta que después de unos instantes los dos se dirigieron a la cama, se abrazaron con fuerza y se durmieron el uno al lado del otro, sintiendo como la felicidad por estar juntos los invadía a ambos por completo.

CAPÍTULO 32

Aquel día había sido especial. Raúl y Cristina habían pasado cada segundo juntos y, aunque pudiera parecer extraño, no se cansaban de su mutua compañía. Todo lo contrario, cada vez parecían más felices y seguros de su decisión de volver a mantener una relación. Cristina estaba sorprendida por la tranquilidad que los embargaba, sobre todo porque su idilio había estado interrumpido por constantes altibajos desde el principio, de modo que aquella calma repentina que sentía al lado de Raúl, que era lo que siempre había deseado, era inusual, pero, sin duda, bienvenida.

Raúl se había portado con ella, durante todo el día, como el hombre maravilloso que, en el fondo, siempre había sabido que era. Llevaba tiempo complaciendo cada uno de sus muchos caprichos sin quejarse por nada. En realidad, estaba tan feliz por haber conseguido que lo perdonara por sus numerosos errores que ni siquiera contemplaba la posibilidad de discutir ninguno de sus deseos, puesto que sentía que cualquier cosa valía la pena solo por estar a su lado, y así fue incluso cuando Cristina le dijo que aquella tarde le apetecía pasear por un parque, como dos enamorados cualquiera, cogidos de la mano, mientras charlaban sobre asuntos sin importancia. Raúl había sonreído antes de asentir, y ambos se habían encaminado al parque más cercano a su casa. Era un uno bastante grande y con árboles altos y frondosos. También tenía un pequeño lago donde los niños solían ir a alimentar a los patos que allí habitaban, y un par de jardines con césped y flores de muy distintos tipos y colores. Cristina se sorprendió a sí misma al darse cuenta de todas las veces que había pasado por allí sin fijarse en aquellos hermosos detalles. Era extraño, pensó, que la gente siempre tuviera que ir corriendo a todas partes, puesto que eso provocaba que se perdieran los detalles más bellos y simples, como aquel que estaba a pocos metros de su casa, pero que antes nunca había valorado. Estaba claro que la vida había que disfrutarla, saborearla lentamente, y eso era lo que ella estaba haciendo, sobre todo desde

que tenía a Raúl a su lado.

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó Cristina.

—¿El qué? —Quiso saber Raúl, curioso.

—Que nunca hayamos hecho nada como esto... Es algo tan... normal que casi no parece propio de nosotros... ¿Por qué no habremos venido a pasear aquí antes?

—No sé. Supongo que siempre hemos estado demasiado ocupados discutiendo... —bromeó Raúl, arrancando una sonora carcajada de la boca de Cristina.

—Me parece que tienes razón... —dijo dándole un ligero golpe en el hombro, sin soltar su mano, mientras observaba como él la miraba de reojo, sonriendo ante la absoluta alegría que ella mostraba.

Cuando volvieron a casa, se habían recorrido el parque entero un par de veces y, además, Cristina casi había obligado a Raúl a sentarse en el césped durante un rato para, según explicó, disfrutar a fondo del paisaje de aquel hermoso lugar. Raúl no le veía ningún atractivo a sentarse sin hacer nada, pero de todos modos aceptó hacerlo, aunque mostrando en su rostro que no le apetecía en absoluto. Sin embargo, cuando Cristina se sentó frente a él de rodillas y, poco a poco, se fue acercando hasta rozar sus labios con la lengua, Raúl la abrazó con fuerza y se perdió por completo en la magia de aquel beso. Y de aquel modo tan sutil, Cristina consiguió que Raúl admitiese al fin que el sentarse al aire libre en un parque del centro de la ciudad podía, definitivamente, tener ciertos atractivos en los que antes no había reparado.

Raúl entró aquel día en su portal más excitado de lo que creía haber estado en mucho tiempo. No podía esperar a llegar a su casa para poseer a Cristina nada más entrar, en el mismo suelo si era necesario, pero antes tenía que recoger el correo, que rebosaba en su buzón, olvidado.

—Venga, vamos a casa. Ya cogerás el correo luego... —sugirió Cristina con mirada traviesa mientras Raúl trataba de deshacerse de sus brazos, que se enredaban a su cintura a cada momento, mientras él no podía aguantar sus carcajadas. Estaba claro que él no era el único que estaba impaciente por

llegar a casa, y eso era, sin duda, buena señal.

—Tengo que cogerlo hoy, Cris —trató de explicar mientras introducía la llave—. Si no, mañana el cartero no va a poder dejarme las cartas... Mira, está lleno —continuó mientras señalaba todas las cartas que se amontonaban dentro de él. Cristina no pudo rebatir aquello, así que asintió resignada, soltando un gruñido de exasperación.

—Vale, como quieras, pero eres un aburrido —se quejó.

Raúl estaba pensando en cómo contestar algo ingenioso cuando vio que una de las cartas era de la comisaría de policía en la que él, supuestamente, trabajaba. Aquello lo preocupó, dado que era difícil pensar que pudieran ser buenas noticias, pero sabía que tenía que llegar a su casa antes de poder abrir la carta, para buscar la forma de leerla lejos de la mirada curiosa de Cristina. En cuanto cruzó el umbral de la puerta, trató de encaminarse a su habitación para estar a solas, pero Cristina le cogió por las solapas de la camisa y lo acercó a ella para unir sus labios en un beso profundo que mostraba las ganas que sentía de terminar lo que habían empezado un rato antes en el parque. Raúl trató de resistirse durante un par de segundos, pero pronto se rindió y la abrazó con fuerza, ansioso por liberar todo el deseo que sentía por dentro. Antes de darse cuenta, había tirado las cartas sobre la pequeña mesa que tenía en la entrada, de cualquier manera, y, cogiendo a Cristina entre sus brazos, la había llevado a su habitación sin separar los labios de su boca, sintiendo cómo ella se entregaba a él por completo. En cuanto entraron en su cuarto, la dejó sobre la cama y cerró la puerta.

—Bueno, llevas toda la tarde calentándome, Cris. Espero que tengas intención de hacer algo al respecto... —Señaló mientras se quitaba los pantalones, haciendo lo propio con su camiseta justo después.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó ella fingiendo inocencia.

—Por lo pronto, quiero que te desnudes muy despacio. Quiero ver cómo lo haces... —respondió Raúl, sentándose sobre la cama, mientras ella obedecía su orden y se ponía de pie frente a él antes de comenzar a bajar la cremallera lateral del vestido que había elegido para aquel día. Sin dudar un instante,

dejó que cayeran los tirantes por sus brazos y reveló así su cuerpo totalmente desnudo. Raúl se quedó observándola perplejo antes de ser capaz de reaccionar.

—Pero... No llevas ropa interior...

—Lo sé —admitió ella sin más, encogiéndose de hombros mientras continuaba de pie, desnuda frente a él.

—Joder, Cris, eres increíble... Me has puesto a mil en el parque y ni siquiera sabía esto... Creo que voy a estallar... —continuó asombrado antes de cogerla por la cintura para dejarla caer en la cama, tomando su posición sobre ella—. Vas a acabar conmigo... —confesó antes de volver a tomar posesión de sus labios. Entre besos, Raúl se quitó los calzoncillos y se hundió en ella con impaciencia.

Raúl no tardó demasiado en llegar al orgasmo aquella noche, y se sintió complacido cuando observó como Cristina estalló en mil pedazos justo después de él. Siempre le había gustado ver el gesto de su rostro en ese momento, y aquel día no fue una excepción. Su cara reflejaba la felicidad más absoluta cuando lo hacía. Sin embargo, por más que disfrutara al observar su alegría, nunca era suficiente y sabía que nunca lo sería. Nunca podría cansarse de ella, cada día lo tenía más claro, y aquella noche, mientras se abrazaba a su cuerpo sintiendo su cálida piel entre sus manos, no pudo evitar pensar que aquello era lo que, a su vez, lo hacía feliz a él.

La mañana del lunes llegó antes de lo que deseaban. Caminando de la mano, Raúl acompañó a Cristina al trabajo y le prometió en la puerta que volvería a la hora en la que terminaba su jornada laboral para recogerla de nuevo. Se despidieron con un dulce beso, y Raúl volvió a su casa con una sonrisa bobalicona en los labios. Hasta que no entró por la puerta, no reparó en las cartas que había dejado ignoradas el domingo, entre las que se encontraba la de la comisaría de policía que, sin duda, debía de ser importante. Era consciente de que debía de haberla abierto ya, dado que podía ser algo urgente, pero había pasado las últimas horas disfrutando junto a Cristina y, de algún modo, había olvidado todo lo demás. Por un instante, dudó

si aquella preciosa mujer ejercía alguna magia poderosa que lo cautivaba tanto como nublaba su mente, pero dado que no estaba con él en aquel instante, decidió que era el momento más adecuado para leer la carta. Sin embargo, cuando lo hizo, se quedó perplejo. Aquello debía de ser una broma, no podía ser cierto. Miró la parte de abajo del folio que tenía entre sus manos y vio la firma del comisario con el sello policial que tan bien conocía, lo que le confirmó que aquello era oficial. Raúl había sido expulsado definitivamente de su trabajo por haber sido acusado de dos delitos que, irónicamente, no había cometido. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, sus piernas habían cobrado vida para dirigirse hacia el despacho de Abelardo. Estaba claro que iba a tener que explicarle aquello. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido. No había lógica en su forma de actuar, por mucho que aquel hombre lo odiara con toda su alma, lo que cada día le demostraba de manera más obvia.

CAPÍTULO 33

Raúl trataba de tranquilizarse mientras aceleraba la velocidad de sus pasos para enfrentarse al que hasta hacía poco había sido su jefe. Sin duda, tendría cosas que explicarle, puesto que la última vez que había hablado con él le había asegurado que no iba a expulsarlo, pero, al parecer, al final lo había hecho. Cada día tenía más claro que aquel rudo comisario sentía una creciente aversión hacia él, lo que siempre había sido un sentimiento mutuo, aunque últimamente hubiera empeorado sin remedio. Pensando en todo lo que había pasado en los últimos días, Raúl no podía evitar la confusión que sentía. Al fin y al cabo, aún estaba algo confuso por la forma en la que había sido detenido y aún mucho más al recordar que le habían encontrado droga en el bolsillo, una droga que él jamás había visto antes. Además, había estado a punto de perder a Cristina, cuando en realidad últimamente era la única persona que estaba a su lado que sabía con seguridad que no quería perder jamás. Y, por si fuera poco, Abelardo lo había traicionado de la forma más ruin que pudiera esperar. No podía creer que lo hubiera expulsado de aquel modo, sin darle opción a defenderse, antes incluso de que se celebrara un juicio por los extraños acontecimientos que habían ocurrido en los últimos días. Pero él era inocente y no se merecía ese trato, y mucho menos después de todo lo que había aportado al cuerpo de policía en los años que llevaba trabajando allí. No tenía ningún sentido que todos sus esfuerzos e ilusiones, todo lo que siempre había deseado, se hubiera escapado de sus manos de aquel modo tan injusto, pero tenía claro que, si al final era así, él no iba a quedarse callado como si aceptara algo que consideraba del todo inaceptable. Él no era de los que se resignaban y no iba a cambiar a esas alturas, como demostraba con la firmeza con la que daba cada paso, conduciéndose así cada vez más cerca de su objetivo. Si Abelardo quería guerra, sin duda iba a tenerla. Y, sobre todo, iba a tener que explicar qué demonios había ocurrido para que lo hubiera acabado expulsando de aquel modo tan humillante.

Raúl entró en la comisaría dando un fuerte empujón a la puerta principal que, debido al impulso, impactó contra la pared que había a su lado, pero no hizo ningún caso al ruidoso estruendo que provocó con aquella acción. Únicamente preguntó a uno de sus compañeros, a gritos, si Abelardo estaba en su despacho, recibió un asentimiento como respuesta y continuó su camino hasta que se encontró frente a su puerta. Ni siquiera se molestó en llamar, sino que entró directamente, con la carta en la mano, interrumpió el trabajo del comisario deliberadamente y comenzó a gritar fuera de sí:

—¿Qué significa esto, Abelardo? ¿A qué coño estás jugando?

—Tranquilo, Raúl —dijo apartando la vista de su ordenador para centrarla en él, con gesto preocupado. Por la forma en la que había reaccionado, parecía que se esperaba la ira que Raúl sentía por la inesperada noticia que le había llegado en forma de carta—. Siéntate y hablaremos de lo que quieras...

—¿De lo que quiera, gilipollas? ¡Me has expulsado del cuerpo! ¿De qué cojones hay que hablar?

El comisario suspiró un momento antes de responder.

—Raúl, esa actitud no ayuda en nada, así no se puede mantener una conversación, así que siéntate y hablemos como adultos.

Raúl estuvo a punto de saltarle encima para darle puñetazos hasta que se cansara. La tranquilidad que estaba mostrando Abelardo ante un hecho tan grave como el que les ocupaba lo estaba poniendo aún más furioso de lo que ya se sentía, pero sabía que pelearse con él no iba a solucionar nada, de hecho, ya nada podría solucionarlo, puesto que era un hecho consumado que lo habían echado de su trabajo. Sin embargo, se decidió a tratar de calmarse, aunque aquella tarea se presentaba complicada, y tras dudar un momento, se terminó sentando frente a él, tirando la carta sobre su mesa.

—Bien, ahora, explícame como a un adulto qué cojones significa eso — insistió Raúl tratando de controlar su agitada respiración y suavizando levemente el tono de su voz, aunque seguía desprendiendo ira por cada poro de su cuerpo.

—Mira, sé que te han expulsado, pero yo no he tenido nada que ver.

—Y una mierda —exclamó Raúl sin poder controlarse—. Tú eres la máxima autoridad aquí, no podrían haberme echado sin tu consentimiento...

—Las cosas no funcionan así. Hay muchos compromisos, muchas cosas que tú no entiendes...

—Pues entonces explícamelas.

—No son asunto tuyo...

—Sí lo son si me afectan directamente, y está claro que lo han hecho. Así que, venga, adelante. Explícame qué coño ha pasado para que me expulsen sin pruebas de repente, después de que tú me asegurases que ibas a interceder para que eso no ocurriera...

—Mira, lo creas o no yo intenté ayudarte. Intenté apoyarte para evitar esto, pero todos los demás estaban de acuerdo en echarte... La decisión era unánime, y yo solo soy una persona.

—Vale, ya basta. No te esfuerces más, no te creo —admitió Raúl al fin—. Nunca te he creído nada de lo que me has dicho, pero ahora mucho menos. Al menos antes creía que eras honesto y un buen profesional, pero ahora ya ni eso. Eres un cabrón. Has ido a por mí desde el primer día y por fin has conseguido tu objetivo, te han dado la excusa perfecta, ¿verdad? —preguntó Raúl directamente.

—No sabes de lo que hablas... Y te la estás jugando hablándome así...

Ante su amenaza, Raúl no pudo evitar emitir una sonora carcajada.

—¿Y qué vas a hacer, echarme? Ya no puedes hacerme nada. Deberías haberlo pensado antes de expulsarme, Abelardo. Ahora tus amenazas ya no funcionan.

Hubo un incómodo y tenso silencio entre ellos antes de que Abelardo se decidiera a romperlo.

—Creo que esta conversación ya ha durado demasiado, así que será mejor que te vayas —dijo el comisario mientras se ponía en pie.

—Claro, me parece genial. Pero te advierto una cosa. No te vas a salir con la tuya. Pienso denunciarte por lo que me has hecho. Te juro por Dios que esto

no va a quedar así, no creas que te lo voy a poner tan fácil... Este trato ha sido injusto y lo vas a pagar, tenlo claro.

—Vete de aquí de una vez —lo interrumpió Abelardo con la voz temblorosa de rabia.

Raúl se levantó sonriendo al darse cuenta de que sus amenazas habían tenido el efecto deseado, observando con satisfacción como el gesto de calma de Abelardo había desaparecido de su rostro al fin.

—Claro, ya he hecho lo que venía a hacer aquí. Pero no olvides lo que te he dicho, porque pronto tendrás noticias mías —repitió antes de salir por la puerta lentamente, sin ocultar la sonrisa que había en sus labios. Cuando comenzó el camino para volver a su casa, aún se sentía furioso, pero no podía negar que saber que a Abelardo le preocupaba que fuera a interponer una denuncia contra el trato que había recibido por su parte lo había tranquilizado un poco, ya que denotaba que él mismo era consciente de que no había obrado de forma correcta. Sin embargo, Raúl trató de apartar aquellas ideas de su mente, dado que aún tendría que conseguir calmarse bastante más antes de ir a recoger a Cristina a su trabajo en unas horas. Ella no podía enterarse de nada de lo que había ocurrido, así que era imprescindible que fuera capaz de controlarse antes de encontrarse con ella.

Cuando al fin llegó a su casa, se tumbó sobre la cama y se quedó observando el techo un rato tratando de reflexionar un momento sobre todo lo que le estaba ocurriendo. Era raro pensar que cuando antes se había sentido triste o preocupado como lo estaba en aquel momento, siempre había deseado poder refugiarse en la bebida, pero en aquel momento en lo único que podía pensar era en estar entre los brazos de Cristina. Era extraña la calma que le transmitía su mera presencia. Incluso en aquel instante, en el que parecía que todo a su alrededor se estaba derrumbando, no podía evitar pensar que todo iba bien porque la tenía a ella, y mientras no la perdiera, todo, incluso la mayor de las catástrofes, tenía solución, estaba seguro. Tenía claro que Abelardo no había actuado de forma legal al expulsarlo, y todavía más al observar la forma en la que había reaccionado a sus palabras, así que no iba a

echarse atrás. Y así lo decidió mientras esperaba a Cristina a la salida de su trabajo. Una gran sonrisa apareció en sus labios cuando ella salió y, al verlo allí esperándola, pudo comprobar como la alegría invadía su rostro por completo antes de comenzar a correr para lanzarse a sus brazos.

—Veo que me has echado de menos... —murmuró Raúl en su oído mientras la estrechaba con fuerza.

—Un poco —confesó Cristina cuando se dignó a soltarlo para comenzar el camino hacia casa.

—Me alegro, porque yo también... ¿Qué tal el trabajo?

—Aburrido, como siempre...

El teléfono de Raúl sonó de repente en ese momento, interrumpiendo su conversación. Raúl frunció el ceño al comprobar que era su amigo Sito quien llamaba.

—¿Qué pasa, Sito? —preguntó molesto nada más descolgar.

—*Eh, tío... Vaya saludo más raro...* —comentó riendo antes de continuar —: *Te llamo porque habíamos pensado salir por ahí esta tarde Enrique y yo, por si te apetecía venir...*

—No sé si es buena idea... —reconoció Raúl sabiendo que salir después de todo lo que había ocurrido era lo último que deseaba.

—*Venga ya... Te vendrá bien para distraerte y lo sabes. Además, puedes traer a tu chica... No hay ningún problema... Venga, joder, no puedes faltar, ya sabes que eres imprescindible para nosotros...* —insistió Sito una vez más.

Raúl suspiró un momento tratando de aclarar su mente. No podía negar que no le atraía demasiado la idea, pero era posible que le viniera bien para olvidar un poco los problemas y despejar un poco su mente, así que al final decidió aceptar su invitación. Al fin y al cabo, habían sido amigos desde niños, y últimamente apenas se veían.

—Vale, de acuerdo. Os veremos esta tarde...

—*Perfecto, podemos recogerte en tu casa y te llevamos en coche después,*

¿te parece? Así será más cómodo...

—Buena idea. Os veo esta tarde entonces —dijo antes de colgar.

—¿Has quedado con ellos? —preguntó Cristina extrañada.

—Sí, bueno, quizá debería haberte preguntado. Quiero decir que nos han invitado a los dos...

—No, no te preocupes, no pasa nada. Ya sabes que a mí tus amigos me caen muy bien... Y quizá te venga bien salir para quitarte esa cara de aburrido que tienes últimamente...

—Es posible —admitió Raúl pasándole el brazo por el hombro para acercarla hacia él—. Aunque yo creo que lo que me haces falta eres tú...

—Pues tienes suerte, porque ya me tienes —bromeó ella, provocando la risa de Raúl de nuevo. Y mientras continuaban caminando hacia la casa de Raúl aquella tarde, este se fue convenciendo paulatinamente de que todos tenían razón. Tenía que salir un rato y pasarlo bien. Le vendría bien hacerlo, estaba seguro.

Aún seguía con esa idea en la cabeza cuando Sito le hizo una llamada para confirmar que estaba abajo esperándolo aquella tarde. Raúl cogió a Cristina de la mano y ambos entraron en el coche donde su amigo los esperaba con Enrique a su lado. Sito parecía tan contento como siempre, pero Enrique, en cambio, estaba más serio de lo normal, demasiado callado. Sin embargo, Raúl no le dio importancia, dando por hecho que el motivo de su extraña actitud era que ambos se habían enterado de su expulsión, aunque no lo mencionaran delante de Cristina por motivos obvios, y estaban algo molestos por el tema, al igual que lo estaba él.

—Bueno, ¿y adónde vamos a ir? —preguntó Raúl con curiosidad, rodeando a Cristina con el brazo.

—A un sitio nuevo, pero no te preocupes, te va a encantar. —La mirada furiosa que Enrique le dirigió a Sito en aquel momento pasó desapercibida para Raúl, que estaba demasiado concentrado en el precioso top que llevaba Cristina y que mostraba demasiado su cuerpo para que él pudiera permanecer impasible, y en como sus vaqueros se pegaban a su piel marcando cada una de

sus curvas, atrayéndolo tanto como era habitual. Era enfermizo, acababan de salir de casa y ya estaba deseando volver... De hecho, tenía bastante claro lo que le iba a hacer cuando volviera a tenerla a solas en sus brazos. Un montón de imágenes de distintas escenas que ambos habían protagonizado juntos en la intimidad pasaron por su mente, pero trató de apartarlas para no acabar la noche con un fuerte dolor en la entrepierna. Estaba claro que nunca se iba a cansar de ella... Raúl se pasó un buen rato ensimismado en aquellos pensamientos, cuando de repente notó que el coche se había detenido y miró alrededor, confirmando así que no sabía dónde se encontraban. Sito había dicho que irían a un sitio nuevo, pero él solo veía un bosque vacío y desierto a su alrededor, así que no podía entender por qué se había parado...

—¿Dónde estamos? —preguntó Raúl confuso antes de que Sito saliera del coche y les abriera la puerta.

—Venga, bajad del coche, ya hemos llegado —dijo Sito más serio de lo que Raúl lo había visto jamás. Su mirada era dura y distante de repente, como si no fuera la misma persona.

—Vale, pero al menos dinos adónde vamos... Esto no parece un lugar muy concurrido... ¿Adónde nos has traído, tío? —insistió Raúl cada vez más confundido.

Sito se introdujo la mano en el bolsillo y sacó un revólver, con el que los apuntó a ambos con naturalidad, como si tuviera planeado hacerlo desde hacía mucho tiempo.

—No tienes porqué saberlo, Raúl. Simplemente, sal del coche —exigió ante la mirada perpleja de Raúl, que intentaba convencerse de que aquello iba en serio.

Después de unos segundos observándolo en silencio, Raúl frunció el ceño y se decidió al fin a creer que, sin entender muy bien la razón, su amigo lo estaba obligando a salir del coche mientras lo apuntaba con un arma. Sin embargo, no tuvo más remedio que obedecerle.

—Vale, vale, ya salgo, tranquilo...

—Y sácala a ella también —ordenó señalando a Cristina, que se había

quedado inmóvil dentro del vehículo observando aquella extraña escena.

—No, a ella déjala aquí. Yo iré adonde queráis... Pero a ella dejadla en paz... —respondió Raúl negando con la cabeza.

—Por supuesto que lo harás, pero con ella. No vamos a dejar escapar a una chica tan guapa, no tendría ningún sentido... Además, nos va a venir muy bien para tenerte controlado. Así que sácala de ahí ahora mismo porque no lo voy a repetir... —Raúl iba a discutir su decisión una vez más cuando vio que Cristina salía obediente por su propio pie y se ponía junto a él—. Muy bien, así me gusta. La verdad es que me cae bien tu novia, sabe lo que le conviene —se burló Sito mientras Enrique lo observaba impasible. Raúl tardó un rato más en comprender que también él era parte de aquella locura de plan que sus supuestos dos mejores amigos habían trazado contra él, pero pese a que todo parecía irreal o incluso parte de una pesadilla, no tenía tiempo de asimilar aquello en ese momento. En lo único que podía pensar era en librar a Cristina de lo que fuera que tuvieran pensado hacerles. Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para reaccionar, porque rápidamente Sito perdió la sonrisa de nuevo, se volvió hacia él con rapidez y le dio un golpe en la nuca que lo dejó sin conocimiento.

CAPÍTULO 34

Raúl despertó lentamente mientras sentía un creciente dolor en la cabeza. Tardó un poco en ser capaz de abrir los ojos y, cuando al fin lo hizo, pudo observar que estaba en una especie de celda vacía, bastante más amplia de lo normal, aunque no parecía haber estado habitada en bastante tiempo por todo el polvo que había en el suelo. No había nada más que una pequeña ventana rejada a su izquierda, que llegaba casi hasta el techo, por lo que todo el lugar estaba en penumbra, y cuando sus ojos se dirigieron al frente, pudo ver que Cristina estaba con él, con la cabeza agachada, el pelo cayéndole sobre el rostro, sollozando resignada. Raúl trató de moverse en ese momento para consolarla, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía. Estaba esposado. De hecho, ambos lo estaban. Los habían amarrado a una especie de tubería que había en la pared detrás de ellos. Raúl trató de liberarse, pero pronto se dio cuenta de que era imposible. Los habían inmovilizado, así que pronto admitió que no había forma de conseguirlo.

—Cris... —murmuró tratando de conseguir que lo mirase. Estaba empezando a desesperarse pensando que le habían hecho daño, lo que no hizo más que empeorar al ver que ella hacía caso omiso a su llamada y seguía llorando, con el rostro cubierto por su pelo—. Cris, tranquilízate, por favor. Mírame y dime qué ha pasado —insistió de nuevo.

Cristina levantó al fin la mirada y se apartó el pelo dorado de la cara con un leve movimiento de cabeza. Raúl observó su rostro tratando de relajarse. Tenía las mejillas completamente cubiertas de lágrimas, los ojos rojos de tanto sollozar, pero aparte de eso no parecía tener ninguna herida evidente. Cristina intentó calmarse un poco para poder hablar, pues sentía que el llanto la ahogaba. Llevaba horas allí sollozando a solas sin saber qué hacer, pero un pequeño rayo de esperanza pareció invadirla cuando vio que Raúl estaba despierto de nuevo.

—No sé qué ha pasado... Tus amigos...

—Esos no son mis amigos... —la corrigió furioso.

—Bueno, lo que sean... Nos han traído aquí y se han marchado. No me han dicho nada, no me han explicado nada por más que les he preguntado. Solo han dicho que nos quedemos quietos y en silencio y no pasará nada, aunque es difícil creerlo...

Raúl tragó saliva para armarse de valor antes de preguntarle lo que necesitaba saber.

—¿Te han hecho daño? —cuestionó con voz suave.

—No, no me han pegado si te refieres a eso... No me han hecho nada, pero estoy muy asustada, Raúl. No entiendo nada de lo que está pasando...

—Ya, yo tampoco, pero escúchame. Tienes que tranquilizarte. Necesito que te calmes para que pueda buscar una solución a todo esto. No voy a permitir que te pase nada, ¿me oyes? Te voy a sacar de esta, pero necesito un poco de tiempo para pensar... Y es necesario que tú estés serena para que puedas seguir mis indicaciones, ¿de acuerdo?

Cristina miró al techo un momento mientras su labio inferior temblaba, antes de decidirse a asentir. Luego volvió a mirar a Raúl que, por algún motivo que ella no llegaba a comprender, no estaba asustado, sino que, al contrario, se lo veía resuelto a salir de aquella situación.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Cristina con voz temblorosa.

Raúl pensó un momento antes de contestar.

—No lo sé... ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Bastante, ya ha anochecido...

—Ya lo veo... —admitió Raúl preocupado—. ¿Y no han vuelto desde que nos han dejado aquí?

—No.

—Vale. Mira, Cris. No tengo ni puta idea de qué está pasando ni a qué viene todo esto, pero te aseguro que puedes estar tranquila. No voy a permitir que te pase nada. Solo tengo que pensar un plan para que puedas salir de aquí,

y luego...

—¿Pueda? —lo interrumpió confundida—. ¿Quieres decir que tú no vas a escapar conmigo?

—Lo intentaré, pero no creo que lo consiga... Estoy seguro de que esta gente me quiere a mí, no a ti. Si huyes tú sola, tienes más posibilidades de conseguirlo que si yo voy contigo... Eso en el caso de que sea posible...

—No voy a irme a ningún sitio sin ti, Raúl. —Cristina se quedó mirándolo perpleja, sin poder creer que Raúl estuviera tan resignado a quedarse allí con sus secuestradores. Ella tenía muchas ganas de marcharse, pero no sin él. No tenía intención de irse a ningún sitio si no era a su lado.

—Vamos, Cris. Voy a intentar pensar en algo, y te aseguro que voy a esforzarme todo lo que pueda, pero tienes que ser realista. No tengo ni puñetera idea de qué voy a poder hacer, así que tienes que estar preparada para lo peor, por si acaso... Tienes que ser fuerte porque yo te estoy pidiendo que lo seas. Sé que puedes hacerlo, así que estate tranquila. No sé muy bien cómo, pero te juro que voy a protegerte, ¿me oyes?

Cristina asintió con la cabeza mientras trataba de evitar que Raúl notase como los ojos se la volvían a llenar de lágrimas. La forma en la que Raúl estaba decidido a salvarla sin importarle su propia vida la enternecía tanto como la aterraba. Por mucho que intentara no pensar demasiado en ello, parecía que él no tenía esperanza de salir vivo de allí, y eso no le estaba gustando nada.

—De acuerdo —aceptó al fin, armándose de valor—. Haré lo que me pidas, pero solo si me prometes una cosa.

—Lo que quieras —le concedió él.

—Prométeme que vas a volver conmigo.

Raúl se quedó un momento observándola perplejo. Aquello era lo último que había esperado que le pidiera en un momento como aquel, y lo peor era que no podía prometérselo porque no sería cierto, y no tenía ninguna intención de engañarla nunca más.

—Cris... —comenzó a decir tratando de hacerla razonar.

—No, prométemelo. Me has dicho que me prometerías cualquier cosa...

—Sí, pero eso no puedo porque no es verdad. Lo que sí puedo prometerte es que, una vez que tú estés a salvo, haré todo lo que pueda para volver contigo. ¿Te vale con eso? —Cristina pensó un momento antes de decidirse a contestar.

—Supongo que si no hay más remedio... —Una ligera sonrisa apareció en sus labios, y Raúl sintió que la sangre volvía a correr por sus venas al verla. El gesto se contagió a su boca antes de que él se diera cuenta de ello—. Creo que estamos locos...

—Es posible —admitió Raúl. Iba a continuar hablando cuando un par de golpes los interrumpieron. Alguien estaba hablando fuera. Sus voces estaban amortiguadas por la lejanía y no entendían sus palabras, pero de igual modo ambos se quedaron escuchando en silencio, tratando de descifrar lo que sus secuestradores decían. Cuando las voces comenzaron a acercarse peligrosamente adonde se encontraban, Raúl volvió la vista hacia Cristina.

—Escúchame: no digas nada, no te muevas, no respires... Quédate muy quieta y estate tranquila. Todo se va a arreglar, ¿de acuerdo?

Cristina asintió justo en el mismo instante en que la puerta de la celda se abrió de golpe. Sin embargo, nada había preparado a Raúl para la imagen que apareció frente a él en ese momento. Sus ojos no daban crédito a lo que veían, aunque después de ver al hombre que había entrado, todo empezaba a cobrar cierto sentido.

—Abelardo... —murmuró perplejo.

—Hola, Raúl. ¿Qué tal te va todo? —preguntó el comisario con sarcasmo. Raúl ni siquiera se molestó en contestar a su pregunta, así que, tras unos segundos en silencio, Abelardo se posicionó frente a Raúl y se decidió a continuar hablando—: Espero que estés cómodo... Seguramente tendrás que quedarte aquí algún tiempo...

—¿Qué cojones pasa? ¿Por qué me tienes aquí? ¿Y por qué demonios la has metido a ella en todo esto? —cuestionó Raúl furioso, tratando de controlar su voz para que no temblara.

Abelardo dirigió la mirada a su espalda un momento para observar a Cristina, que permanecía callada mirando al suelo tal como Raúl le había ordenado.

—Todas esas preguntas tienen una respuesta muy simple.

—¿Y cuál es? —insistió Raúl mirándolo fijamente en señal de reto.

—Pues que eres un puto estorbo, joder —estalló el comisario—. Desde el primer día me has puesto las cosas difíciles, y cuando he intentado quitarte de en medio ha sido aún peor... No eres capaz de meterte en tus asuntos y dejarme a mí con los míos, maldita sea. Y ahora mira lo que has provocado...

—¿Y cuáles son tus asuntos? —preguntó Raúl confundido.

—Eso ya da igual, no tienes que preocuparte por eso. De hecho, dentro de poco no tendrás que preocuparte por nada...

Raúl se quedó un rato en silencio, meditando sobre lo que acababa de escuchar, antes de llegar a una conclusión clara.

—Vas a matarme, ¿verdad? —se decidió a preguntar al fin, muy serio.

—Vaya, sí que eres perspicaz... Siempre he sabido que eres un buen policía, pero no pensé que tanto... —comentó con ironía mientras se reía a gusto, disfrutando al ver la resignación que transmitía el rostro de Raúl en ese momento.

—Eras tú... Eras tú el que está en el negocio de la droga, ¿no es así? —Aquella idea llegó a su mente como si fuera algo tan obvio que no podía entender cómo no se había dado cuenta antes.

—Exacto... Yo y tus dos amigos tenemos negocios por aquí... Aunque, según parece, al final han resultado ser más amigos míos que tuyos... Es curioso, ¿verdad?

—Pero no tiene sentido... Entonces, ¿por qué me mandaste a aquella misión?

—Joder, ¿no está claro? —cuestionó Abelardo irritado. Raúl no le contestó, únicamente se quedó mirándolo en silencio, esperando su respuesta —. Para que te quitaras de en medio, Raúl... Pero, al parecer, no hay forma de

conseguirlo. Ni siquiera metiéndote en la cárcel lo hubieras hecho, así que no nos has dejado otra alternativa. Todo esto es culpa tuya... —explicó Abelardo con naturalidad, como si estuvieran hablando de un tema habitual de su trabajo—. Todo estaba perfectamente planeado, pero tú la jodiste, y por eso ahora estás aquí con tu... amiguita.

—Entonces, ¿tú preparaste lo de la detención? ¿Me metiste la droga en el bolsillo...?

—Sí, claro, fui yo quien planeó todo, aunque lo de meterte la droga sin que te dieras cuenta no es mérito mío, sino de tu amigo Sito...

—Ese cabrón no es mi amigo —lo interrumpió Raúl furioso.

—Nos ibas a quitar un gran peso de encima cargando tú con la culpa, pero la cosa se ha complicado y ahora ya no es suficiente. Además, pensabas denunciarme, y no puedo permitirlo... Entiéndelo, eso me hubiera traído muchos problemas... Así que ahora tenemos que pensar otro plan para inculparte también de los asesinatos que se están investigando, antes de que te encuentren muerto, pero no te preocupes, no tardaremos demasiado, somos muy rápidos. Unas cuantas horas y todo habrá acabado, te lo aseguro. Y tendremos mucho que agradecerte, porque nos vas a sacar de un lío muy gordo... —se burló.

Raúl se quedó un momento en silencio, tratando de asimilar todo lo que había escuchado. Siempre había sabido que Abelardo era mala persona, pero nunca pensó que llegara hasta ese punto.

—Vale, de acuerdo, entiendo lo que dices. —Raúl trató de darle la razón, aunque no estaba en absoluto de acuerdo con él, intentando así que lo escuchara. Había algo que le preocupaba más que su propia vida, así que tenía que conseguir que le hiciera caso, y supuso que sería más fácil negociar si se mostraba de acuerdo con la locura que le había descrito—. Pero ¿qué pinta ella aquí? Sabes igual que yo que a ella no la necesitas, así que deja que se vaya, y luego haced lo que queráis conmigo...

—No, Raúl, te equivocas, no podemos hacer eso... Ella podría largar todo lo que ha visto. Me ha visto la cara, joder, acaba de escuchar toda nuestra

conversación y ha visto todo esto... ¿Crees que voy a arriesgarme a dejar que se vaya? La culpa es tuya por haberla traído. Solo tenías que venir tú, pero todos sabíamos que no te separarías de ella ni un segundo, así que estábamos seguros de que solo podríamos convencerte si también venía ella... Si hubieras venido solo, ella estaría a salvo. Además, te dije desde el principio que te apartaras de ella y, como siempre, no me hiciste caso, así que deja de quejarte cuando tú eres el único culpable de lo que te está pasando.

—Maldita sea... Eres un cabrón... —gritó Raúl al fin furioso, tratando desesperadamente de liberarse, mientras Abelardo comenzaba a reír de nuevo.

—Bueno, ahora tengo que irme, pero poneos cómodos porque puede que estéis aquí algún tiempo. Al fin y al cabo, necesitamos un nuevo plan porque tú arruinaste el anterior... Así que supongo que al menos nos llevará un par de días...

—No te atrevas a largarte y dejarme así, Abelardo, joder —gritó Raúl desesperado, agitándose con fuerza para tratar de soltarse.

—Que duermas bien, Raúl. Te veré mañana —se despidió Abelardo desde la puerta con sarcasmo, antes de salir y dejarlos encerrados de nuevo.

Raúl se quedó al fin quieto cuando lo vio marchar y apoyó la cabeza contra la pared que había tras él mientras cerraba los ojos, tratando de calmarse.

—Maldita sea... —murmuró al fin—. Joder —gritó fuera de sí. Aquello era mucho peor de lo que se esperaba. En ningún momento había pensado que Abelardo y sus dos supuestos mejores amigos pudieran estar metidos en el negocio de cocaína que él debía investigar. Todo había sido un teatro para quitárselo de en medio y poder seguir haciendo sus trapicheos sin que él les diese problemas. Al menos, eso explicaba por qué insistió tanto en que fuera él quien se infiltrara en aquella misión sin tener experiencia previa ni haberse presentado voluntario... Pero estaba claro que ya nada de eso importaba, porque en un par de días como máximo estaría muerto. Solo le quedaba una duda: cómo conseguir que Cristina huyera antes de que vinieran a por ellos. En cuanto aquella idea llegó a su mente, recordó de repente que Cristina seguía allí con él y que, desgraciadamente, había escuchado toda la conversación que

había mantenido con Abelardo, aunque había permanecido callada siguiendo sus órdenes. Reticente, levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Cristina clavados en él, mirándolo incrédula. Ya no cabía duda. Al fin había descubierto su secreto, y no parecía demasiado contenta por ello.

CAPÍTULO 35

Después de escuchar la conversación que Raúl había mantenido con aquel hombre, Cristina se sentía totalmente perdida. Intentaba hablar, pero las palabras no salían de su boca. No era solo porque les hubieran dejado muy claro que en pocas horas los iban a matar, lo que, ya de por sí, era bastante traumático, sino que, además, se había dado cuenta de que Raúl la había estado engañando todo aquel tiempo.

—¿Cris? —la llamó Raúl con suavidad, tratando de averiguar si estaba enfadada por la conversación que acababa de escuchar, en la que se había revelado su secreto.

Cristina tardó un rato en contestar. Estaba tan confusa que no sabía cómo reaccionar a todo lo que le estaba ocurriendo.

—Sí, Raúl, sigo aquí, aunque estoy un poco confundida... —Se quedó unos segundos reflexionando y luego continuó—: Entonces parece que... ¿eres policía? —preguntó al fin.

—Sí —admitió Raúl mirándola a los ojos. Parecía avergonzado e incluso algo asustado al confesar al fin la verdad, pero no dudó un momento en hacerlo—. O al menos lo era hasta que el cabrón ese me echó... Solo para decidir matarme unos días después... —añadió furioso.

—Entonces... Tu trabajo en la gasolinera...

—No era real. Estaba infiltrado en una misión... —trató de explicar Raúl, intentando que Cristina entendiera que no había tenido otra opción más que ocultárselo—. Entiéndelo, Cris, quería decírtelo, pero no podía... Hubiera perdido mi trabajo... Cuando te infiltras, nadie puede saberlo porque puedes poner la misión en peligro... —continuó desesperado—. Siento mucho haberte mentado, de verdad. Pero no tenía otro remedio... —Raúl se detuvo un momento, esperando que ella le contestara algo, pero al ver que se mantenía en silencio evitando su mirada, se decidió a seguir hablando—: Di algo, por

favor.

Cristina levantó al fin la mirada hasta sus ojos y lo miró con convicción.

—¿No me has mentado en nada más? ¿Solo en eso?

—En nada más, te lo juro... Todo lo que te he contado de mi vida es cierto... Excepto cuál es mi verdadero trabajo, claro...

Otro silencio se hizo entre ellos mientras Cristina reflexionaba sobre lo que le acababa de confesar.

—No te preocupes, lo entiendo —admitió al fin.

—¿En serio? —Raúl se quedó perplejo ante la comprensión que había demostrado y sintió tal angustia al no poder ir a abrazarla por estar encadenado en el otro extremo de aquella sala que incluso le quemaba por dentro.

—Sí, en serio. Es normal que siguieras las órdenes que te habían dado, era tu trabajo. Si me hubieras mentado sobre algo más, quizá sí me hubiera cabreado, pero si solo ha sido en eso...

—Eso ha sido todo, te lo juro —confirmó Raúl esperanzado.

—Bien, entonces no te preocupes, no estoy enfadada. No tengo ningún derecho a enfadarme porque no fue decisión tuya. Además, eso explica muchas cosas... —Cristina recordó como había tratado de mantenerla alejada de él al principio, como Raúl había luchado contra sus sentimientos en todo momento, como la había dejado de repente sin darle explicaciones, como si ella no le importara en absoluto, y como poco después se había derrumbado demostrándole al fin que la quería a pesar de lo frío que se había mostrado siempre con ella hasta entonces... Y de repente, todos aquellos cambios empezaron a cobrar sentido.

—Gracias —murmuró Raúl abrumado por la comprensión que le estaba demostrando.

—De nada —respondió ella.

Raúl quería repetir entonces que todo iba a salir bien, que no debía estar nerviosa, pero pronto decidió que lo mejor era quedarse en silencio.

Necesitaba tener un plan antes de intentar tranquilizarla de nuevo, y, por desgracia, después de todo lo que había averiguado en su conversación con Abelardo, no tenía idea de qué iba a poder hacer. De hecho, en ese momento se encontraba más perdido que nunca.

En medio de sus cavilaciones, la puerta se abrió y Enrique entró despacio en la sala, con dos platos y un par de cucharas de plástico en una bandeja. Estaba tan serio como lo recordaba en el viaje en coche hacia aquel terrible lugar, y se esforzaba por fijar la vista en el suelo, evitando conscientemente la mirada de Raúl. Antes de que se diera cuenta, se sentó al lado de su amigo y dejó un plato frente a él.

—Te traigo la comida —le informó aún sin mirarlo.

—Pues ya puedes llevártela porque no pienso comer nada —contestó furioso, sin ser capaz de creerse que Enrique, aquel buen amigo, que le salvó la vida cuando él creyó estar tan hundido que no tenía otra posibilidad más que dejarse morir, iba a ser partícipe de su asesinato sin oponer ningún tipo de resistencia.

—Raúl, tienes que comer... —trató de convencerlo, ahora sí mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Para qué? Van a asesinarme igualmente en unas horas... Quizá incluso la comida esté envenenada...

Enrique pareció dolido al escuchar aquellas palabras y bajó la vista al suelo de nuevo.

—Sé lo que debes estar pensando, pero estás equivocado. Me encantaría salvarte, Raúl, pero no puedo hacerlo. Te juro por Dios que he hecho todo lo que he podido, pero ya no me escuchan. Dicen que eres un peligro y que tienen que deshacerse de ti... —La voz se le quebró en aquel momento y carraspeó para aclarársela.

—Ah, bueno, si es por eso, no hay problema. No te preocupes, lo entiendo... —contestó Raúl con sarcasmo, haciendo que Enrique volviera a clavar la vista sobre sus ojos.

—No, no lo entiendes, joder. Tú no sabes nada... —murmuró entre dientes

—No sabes dónde estamos metidos... Esto no es un juego, maldita sea. Estos tíos van muy en serio...

—¿Intentas asustarme? ¿O quieres darme pena? Porque te aseguro que no estás consiguiendo ninguna de las dos cosas... Si esa gente es tan peligrosa, no deberías haber hecho negocios con ellos en un principio...

—No he tenido otra opción, joder. Era eso o me mataban... ¿Qué cojones querías que hiciera?

Raúl se quedó un momento en silencio, sopesando la situación.

—No lo sé, pero lo que sí tengo claro es que unirte a ellos por miedo no. Y permitir que nos secuestren para asesinarlos, menos...

—Maldita sea, Raúl. Déjalo ya... Te juro que he intentado ayudarte, llevo años intentándolo. Fue idea mía que te infiltraran en aquella gasolinera para que no pudieras enterarte de nada, porque sabía que tú no cederías a chantajes como hicimos Sito y yo, y no estaba dispuesto a que te mataran, joder...

—Pues van a hacerlo. Van a matarme, Enrique, a mí y a Cristina, y tú lo sabes. Y aquí estás, trayéndonos la comida como un buen esclavo... En lugar de ayudarnos a escapar de aquí como haría mi amigo, ese al que creía que conocía...

Enrique se quedó observando a Raúl un momento, como si sopesase aquella idea.

—Si lo hiciera me matarían, Raúl.

Raúl se quedó callado antes de contestar:

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Sentarte a mirar cómo me matan a mí para salvar tu pellejo? No puedo creer que seas tan cobarde...

—No sabes de qué hablas... Así que déjalo de una vez y acércate. Voy a darte de comer...

—No quiero tu comida, me da tanto asco como tú. No pienso comer nada, así que suéltame o vete de aquí de una puta vez, maldita sea —gritó desesperado de nuevo mientras daba una patada a los platos que había traído, derramando toda la sopa por el suelo.

—Bien, como quieras. Si no quieres cenar, tendré que irme. Mañana vendré por la mañana, supongo que entonces tendrás más hambre —dijo con tranquilidad, levantándose para marcharse y dejarlos de nuevo solos.

Raúl empezó a revolverse una vez más en su sitio y empezó a gritar cuando vio que no podía liberarse como necesitaba hacer, ya fuera para escapar o para matar a quien hasta ese momento había considerado uno de sus mejores amigos. Cuando la puerta se cerró, volvió a patear el plato que había quedado a su alcance mientras continuaba chillando.

—Joder, maldita sea —murmuró al fin, cerrando los ojos, mientras apoyaba una vez más la cabeza sobre la pared que tenía tras él—. Mierda, no me puedo creer lo que está pasando.

—Tranquilo, Raúl, no te preocupes. —Escuchó decir a Cristina con suavidad. Cuando abrió los ojos, ella lo miraba con fijeza—. Estamos juntos, saldremos de esta, ya lo verás.

Raúl se quedó observándola en silencio. No sabía cómo decirle que él estaba empezando a perder la esperanza, que por más que buscaba una solución, no la encontraba, y que estaba aterrado por pensar en la posibilidad cada vez más probable de que ella pudiera llegar a morir por su culpa, pero no tenía fuerzas para hacerlo. En el fondo sabía que, en el momento en que él se rindiese, ya no habría ninguna posibilidad, así que tenía que seguir luchando fuera como fuera. No sabía qué podía hacer, pero lo que sí tenía claro era que iba a luchar hasta el final.

—Tienes razón, perdona... Es que me siento un inútil... No puedo protegerte, no sé cómo he llegado a esta situación y no veo la forma de salir de aquí, pero te juro que la encontraré. No permitiré que muramos aquí, Cris, te lo juro.

—Te creo —respondió ella asintiendo con la cabeza—. Confío en ti, Raúl, de verdad. Sé que encontrarás la forma de que nos libremos de esta, así que tranquilízate, ¿de acuerdo?

Raúl encontró irónica la forma en la que, en aquella ocasión, fue ella quien tuvo que tranquilizarlo con sus palabras, cuando en realidad debería ser él

quien lo estuviera haciendo. Aquello solo le demostraba una vez más que Cristina era fuerte, mucho más de lo que nunca había imaginado, y eso fue lo que le dio esperanzas al fin. Juntos podrían conseguirlo, estaba seguro. Y tenía toda la noche para pensar un nuevo plan, así que había tiempo de sobra.

—Siento haber tirado la cena... Supongo que tienes hambre...

—Da igual, no te preocupes por eso —le dijo Cristina esbozando una ligera sonrisa.

—Vale, no pasa nada, encontraré la solución esta noche, estoy seguro. Tú, mientras, duerme.

Cristina lo miró a los ojos un momento antes de asentir en silencio. Estaba segura de que dormir sentada en aquella posición, con las manos atadas a la espalda, iba a ser complicado, pero no tenía otro remedio que hacerlo, así que apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—De acuerdo. Buenas noches, Raúl. Te quiero —dijo sin más.

Raúl observó como empezaba a quedarse dormida y sintió como una creciente angustia lo devoraba por dentro. Aquello no podía ser real, tenía que ser un mal sueño. Sin embargo, poco a poco apartó su mente de aquellos pensamientos y se concentró en lo importante. Tenía que conseguir que al menos Cristina consiguiera huir al día siguiente, y para ello tenía que trazar un plan infalible, lo que en aquel momento parecía complicado. Desde luego, iba a ser difícil, sí, pero no imposible. Siempre había sabido que si tenía a Cristina a su lado, nada era imposible.

CAPÍTULO 36

Cuando aquella mañana la luz empezó a irrumpir a través del pequeño ventanal que había en aquel calabozo, Cristina estaba profundamente dormida, y Raúl llevaba ya un rato observándola, tratando de idear el plan perfecto en el que no hubiera lugar a errores para conseguir ponerla a salvo cuanto antes. Raúl no pudo evitar pensar en lo hermosa que estaba, incluso así, dormida, con la cabeza apoyada ligeramente en la pared, sentada sobre aquel suelo polvoriento. No podía apartar de su mente la idea de que debía sacarla de allí. No soportaba verla dormir en aquella posición tan incómoda, y, sobre todo, no soportaba la idea de que alguno de los malnacidos que los habían secuestrado pudieran hacerle daño.

El sonido de la puerta de fuera al abrirse interrumpió al fin el sueño de Cristina, que levantó la cabeza lentamente y abrió los ojos al escuchar como alguien cerraba con un fuerte golpe. Enrique había vuelto para traerles el desayuno, aunque Raúl seguía sin tener hambre. Ni siquiera se molestó en saludarlos, simplemente dejó la bandeja sobre el suelo y se sentó junto a Raúl, dispuesto a darle de comer. Les había traído un plato de comida a cada uno, pero Raúl no era capaz de pensar siquiera en ello, no mientras Cristina siguiera allí, recluida, corriendo gran peligro sin que él lo pudiera evitar de ningún modo. Así que cuando Enrique tomó la cuchara para acercarla hacia su boca, Raúl pensó que era el momento idóneo para poner en marcha su nuevo plan.

—No te molestes, no voy a comer nada, al menos mientras me lo tengas que dar tú. Suéltame y comeré, pero no voy a permitir que me des de comer mientras yo estoy esposado —explicó tratando de controlar su tono de voz para que no le notara enfadado.

—Sabes que no puedo soltarte, así que déjate de gilipollices... —replicó Enrique.

—Pues entonces olvídalo.

—Bien, como quieras. Si prefieres morirte de hambre, es tu decisión... — murmuró antes de levantarse con la clara intención de dirigirse a Cristina.

—Ella tampoco quiere. Y tiene hambre, me lo dijo ayer, pero no va a comer nada mientras seas tú quien tenga que dárselo.

Cristina se sorprendió ante aquellas palabras que, desde luego, no eran ciertas, pero no dijo nada, obedeciendo la orden que le había dado el día anterior, aunque la forma en que sus ojos se agrandaron transmitió que ella no estaba de acuerdo en lo que Raúl acababa de decir, sobre todo porque, en efecto, tenía tanta hambre que necesitaba comer algo en ese mismo instante o iba a desmayarse, pero de todos modos, confió en que, de algún modo, Raúl sabía lo que estaba haciendo y se mantuvo en silencio, desviando la mirada hacia el suelo.

—¿También quieres que tu novia se muera de hambre? —preguntó Enrique incrédulo.

—No, ya te lo he dicho, quiero que coma, y ella también lo está deseando, pero solo si le sueltas las manos para que pueda hacerlo ella misma.

—Te has vuelto loco... —masculló Enrique empezando a enfadarse, antes de levantarse con la clara intención de marcharse de allí.

—No, claro que no. Ella no va a hacer nada, tienes mi palabra, Enrique. Solo quiere comer, maldita sea. Entiendo que no quieras soltarme a mí, pero ella no podría marcharse de aquí, aunque no estuviera atada, y lo sabes. No tiene fuerza suficiente para enfrentarse a ti y está encerrada con llave aquí dentro. Si intentara algo, podrías reducirla fácilmente... Así que... ¿Qué te cuesta? Suéltala, y luego vuelves para encadenarla de nuevo. Solo será un momento... Mientras desayuna... —Raúl se estaba esforzando para que sus palabras sonaran dulces y educadas, cuando en realidad lo único que deseaba era matar a Enrique y a todos sus compinches en ese mismo instante, pero debía controlarse, de lo contrario, su plan no funcionaría, y sabía que esa era su única opción. No había encontrado ninguna otra salida y ya no quedaba tiempo, así que debía hacerlo bien, no podía permitirse el lujo de cometer ni

un mínimo fallo.

Enrique lo miró un momento, como si empezara a dudar.

—¿Me prometes que solo desayunará y te dará a ti el desayuno? ¿No intentará nada?

—Te lo prometo. —Raúl se quedó mirándolo fijamente, intentando transmitir una sinceridad que no sentía. Tras un momento de silencio, Enrique asintió y se dirigió a Cristina para soltarla. En cuanto liberó sus manos, volvió a fijar la vista en Raúl.

—Tenéis quince minutos. Luego volveré a ponerle las esposas.

—De acuerdo, gracias —contestó Raúl antes de observar como Enrique volvía a salir por la puerta, dejándolos de nuevo a solas. Cuando la puerta de fuera se cerró también y escucharon girar la llave, Cristina se levantó de un salto y se dirigió hacia Raúl para tratar de liberarlo de sus esposas desesperadamente.

—No, Cris, deja eso. No vas a poder soltarme sin la llave o algo para romper las cadenas...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Cristina confundida, quedándose inmóvil frente a él.

—Tengo un plan. Pero es importante que lo sigas al pie de la letra para que salga bien, ¿de acuerdo? —Cristina asintió y se quedó mirándolo, esperando que empezara con la explicación—. Cuando Enrique vuelva a entrar, tú vas a estar junto a la puerta de la celda, escondida tras esa pared —explicó señalando con la cabeza el pequeño hueco que había entre las rejas y la pared, donde sin duda Enrique no podría verla al entrar—. En cuanto la puerta se abra y él se acerque a mí, quiero que salgas corriendo y que no mires atrás, ¿me oyes? Da igual lo que diga o lo que haga, tú sigue corriendo y no lo escuches, no te preocupes por nada más que por hacer lo que yo te he ordenado, ¿me has entendido?

—Sí. —Cristina lo miró preocupada—. Pero... ¿Y si cierra la puerta de fuera con llave antes de entrar aquí?

—No te preocupes, nunca lo hace. Siempre la cierra cuando se va, no

mientras está aquí dentro, me he fijado.

Cristina frunció el ceño, dudando de que su plan fuera una buena idea.

—Pero... Raúl... Si yo salgo corriendo y consigo huir, tú seguirás aquí, con ellos... Y estarán muy enfadados...

—No tienes que preocuparte por eso —la interrumpió él con seguridad.

—Pero me preocupo... No puedo irme así, sin ti...

—Claro que puedes. En el peor de los casos me matarán, y eso lo van a hacer de todos modos, con la diferencia de que ahora van a matarte también a ti, así que al menos habremos evitado una muerte. Y en el mejor de los casos, quizá cuando huyas puedas conseguir ayuda y puedas salvarme, pero para eso tienes que ser fuerte, ¿me oyes?

Cristina sintió que las lágrimas que inundaban sus ojos la quemaban una vez más al ver lo resuelto que se mostraba Raúl, al igual que su empeño inconsciente por salvarla a ella en lugar de pensar en cómo salvarse a sí mismo. No estaba segura de que aquel plan fuera a funcionar, pero de algún modo ambos sabían que era su única oportunidad, así que decidió que no tenía otro remedio más que hacerle caso. Después de un rato luchando para no comenzar a llorar frente a él, teniendo en cuenta que eso no los ayudaría a ninguno de los dos en absoluto, se decidió a asentir levemente.

—Eso no es suficiente, Cris. Necesito que me prometas que vas a hacerlo. Es nuestra única oportunidad, así que tienes que tomártelo muy en serio. Da igual lo que digan o hagan, o con qué te amenacen. Tú vas a salir corriendo sin mirar a atrás y vas a huir tan lejos como te sea posible, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró Cristina mientras las lágrimas se derramaban al fin por sus mejillas.

—Prométemelo. Prométeme que vas a hacer lo que te he ordenado pase lo que pase.

Cristina lo miró y le acarició el rostro antes de apoyar la frente sobre la de él.

—Te lo prometo —admitió al fin.

—Bien, muy bien... —masculló Raúl más tranquilo, cerrando los ojos justo cuando alguien hizo girar la llave de la puerta de fuera. Raúl hizo una seña a Cristina con la cabeza, y ella le entendió a la perfección, de modo que se levantó rápidamente y tomó su posición junto a la puerta, en el hueco que había junto a la pared, tal como Raúl le había indicado, mientras se secaba las mejillas. Raúl aguzó el oído, asegurándose de que, tal como había planeado, alguien entraba, pero no echaba el cerrojo, como siempre. Cuando la puerta de la celda se abrió, Raúl mantuvo la mirada fija el suelo, con la intención de que Enrique no sospechase nada. Sin embargo, cuando escuchó como cerraban y él se decidió al fin a levantar la vista, pudo observar que su plan no había salido como él esperaba. Por suerte, en aquella ocasión se habían dejado la llave en la cerradura de la puerta rejada, distraídos al no ver a Cristina por ningún lado, facilitando así su huida, y Enrique estaba dentro de la celda de nuevo, pero no estaba solo. Sito le acompañaba. Sin embargo, el plan seguía en pie de todos modos. Aún tenían una posibilidad. Cristina se sentía resuelta a conseguir su objetivo, así que cuando Enrique y Sito se acercaron hacia donde estaba Raúl, extrañados al no ver a Cristina, esta empezó a correr para poder escapar antes de que ellos tuvieran ocasión de preguntar dónde se encontraba. La puerta chirrió en cuanto ella la abrió, y Sito miró a su espalda. En cuanto vio como Cristina salía y cerraba después echando la llave para dejarlos encerrados mientras ella se preparaba para escapar, él sacó su pistola con un ágil movimiento y apuntó a la cabeza de Raúl sin dudar un instante.

—¡No des un paso más, Cristina! —gritó, atrayendo así la mirada de la mujer, que, en cuanto vio la escena que se presentaba ante sus ojos, notó como toda su seguridad desaparecía a la vez que sus pasos se detuvieron—. Si mueves un solo dedo, le pego un tiro; tú decides —añadió furioso, enarcando las cejas—. Vuelve a tu sitio. No estoy de broma, Cristina —insistió Sito mientras Enrique los miraba perplejo y Cristina dudaba qué hacer, sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas. Por una parte, le había prometido a Raúl que se marcharía sin mirar a atrás, pasara lo que pasara, tal como él le había ordenado, pero que él estuviera amenazado en ese momento no entraba

en sus planes, y no creía que fuera a ser capaz de marcharse sabiendo que eso provocaría su muerte en el mismo momento en que ella cruzara el umbral que la separaba de la libertad.

—Cris, joder, vete de aquí. Recuerda que me lo has prometido. ¡Cumple tu puta promesa! —insistió Raúl.

Cristina sintió entonces como las lágrimas se derramaban al fin por sus mejillas. Raúl tenía razón. Ella lo había prometido, así que se armó de valor y, muy lentamente, levantó la pierna para avanzar, pero el inconfundible sonido del arma que Sito tenía sobre la cabeza de Raúl cargándose la paró en seco.

—Un solo paso. Da un solo paso y verás sus sesos esparcidos por toda la celda —la amenazó Sito de nuevo. Cristina trató de continuar, pero sus piernas no la obedecían. No era capaz de marcharse sabiendo lo que iba a pasar si lo hacía. Sito notó sus dudas y sonrió levemente—. Venga, sabes que no vas a hacerlo, así que vuelve a entrar y siéntate en tu sitio para que podamos volver a esposarte. No podrías vivir sabiendo que Raúl ha muerto por tu culpa...

—Cris, no lo escuches y lárgate de una vez... —gritó, de nuevo, Raúl, con voz temblorosa.

—Tú cállate, joder, todo esto es culpa tuya —le chilló Sito a su vez, aún más furioso—. Mira, Cristina, estás agotando mi paciencia... Tienes tres segundos para volver a entrar o te juro que me lo cargo...

—No, Cris, vete ya. No lo escuches, solo es un farol, no me va a hacer nada... —insistió Raúl una vez más. Cristina se debatía entre dos opciones imposibles, y lo único que podía hacer era sollozar.

—Uno... —gritó Sito, comenzando a contar los segundos como había indicado que haría—. Dos... —Cristina sabía que no tenía más que un segundo para decidir qué hacer y sintió que iba a desmayarse, de modo que antes de que la cuenta llegara a su fin, volvió a entrar, cerró la puerta de golpe y cayó al suelo mientras empezaba a sollozar con fuerza.

—No, no, basta. No le hagas nada, por favor... —empezó a suplicar—. Haré lo que quieras, pero no le hagas daño... —continuó mientras Sito la observaba con gesto triunfante, apartando el arma de Raúl para acercarse a

ella mientras guardaba la pistola a su espalda de nuevo. La tomó del brazo para levantarla y, a empujones, la llevó al lugar donde, una vez más, sería encadenada. Raúl la miró al fin derrotado, sabiendo que aquella había sido, con seguridad, la única oportunidad que Cristina había tenido para huir y que la había echado a perder por no hacerle caso. Sito terminó de ponerle las esposas a Cristina, con una sonrisa en la cara.

—¿Ves? Te dije que iban a intentar algo... —le reprochó a Enrique—. Sabía que Raúl no iba a resignarse tan fácilmente, deberías tener más cuidado, joder.

—Lo sé, no volverá a ocurrir, te lo juro —murmuró Enrique aún asustado por la dura escena que acababa de ver. Sabía que Sito era implacable, pero nunca imaginó hasta qué punto. Raúl había sido su amigo desde que eran niños y no había dudado un momento en amenazarlo de muerte para impedir que una rehén huyera. No sabía si tenía intención de disparar en realidad, pero de todos modos aquella escena lo había dejado sin aliento.

—Más te vale —le advirtió Sito antes de tirar a Cristina del pelo, obligándola a levantar la cabeza—. Eres una putita muy valiente, pero no sabes con quién te la estás jugando... Como vuelvas a intentar algo así, te mataré yo mismo, ¿me has oído? —murmuró antes de levantar la mano para propinarle una fuerte bofetada.

—¡No la toques, hijo de puta! —gritó Raúl tratando de zafarse de sus ataduras, desesperado, atrayendo la mirada de Sito de nuevo, que se levantó y se dirigió hacia él.

—Y tú... Eres un cabronazo. Has intentado jugársela a Enrique cuando él solo ha querido ayudarte... Merecerías que te matara ahora mismo... Pero no lo voy a hacer. Dejaré que sea Abelardo quien se dé el gusto... Aunque sí me voy a dar un pequeño homenaje... —Justo cuando terminó aquella frase, Sito le dio una patada a Raúl en la cara, para después dirigir unas cuantas más a sus costillas. Luego lo cogió del pelo y le pegó un fuerte puñetazo, lo que provocó que Raúl empezara a sangrar por la nariz y la ceja, ante los gritos y súplicas de Cristina que estaba observando todo lo que estaba ocurriendo.

—Tío, vale ya. Es tarde, tenemos que irnos —lo interrumpió Enrique poniendo la mano sobre su hombro.

—Tienes razón —admitió Sito levantándose—. Venga, vámonos —dijo sin más antes de que ambos se dirigieran hacia la puerta para marcharse. Cuando la de fuera se cerró con llave de nuevo, Raúl trató de ignorar el creciente dolor que empezaba a sentir. Le hubiera gustado que hubiera sido debido a las heridas, pero no era así. El dolor era originado por saber que ya no tenían escapatoria. Tanto él como Cristina iban a morir allí en unas horas. Y ya no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

CAPÍTULO 37

Raúl se quedó un rato inmóvil, tratando de resignarse a la idea de que ya no había salida, escuchando de fondo los sollozos de Cristina, que no era capaz de parar de llorar ni un solo segundo. Cuando consiguió levantar la mirada, derrotado, y la vio frente a él cubierta de lágrimas, con las mejillas coloradas y el rostro desencajado por el dolor, no pudo evitar sentirse un fraude. Él era policía, se había preparado para ello y, sin embargo, iba a morir en unas horas sin ser capaz de salvar la vida de la mujer a la que más había querido en toda su vida. No pudo salvar la de su exnovia, quien finalmente murió por su culpa, y no iba a ser capaz de salvar la vida a su actual novia, de cuya muerte también iba a ser responsable sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Lo siento —dijo Cristina entre sollozos después de haberlo observado enmudecida durante unos segundos—. Sé que te había prometido que me iría, pero no he sido capaz... No podía dejar que te mataran si yo podía evitarlo, Raúl, entiéndelo... —Raúl no quiso señalar que iban a matarlo de todos modos y que ella debía haberse limitado a seguir sus órdenes. Al fin y al cabo, ya no iba a servir de nada, así que asintió tratando de mostrarse comprensivo.

—No te preocupes, lo entiendo. Sito puede ser muy convincente... —respondió al fin con sinceridad.

—No sé cómo ha podido amenazarte así... Creí que erais amigos...

—Sí, yo también lo creía, pero... La verdad es que todo esto tampoco me sorprende... Bueno, quizá de Enrique sí, pero no de Sito...

—¿Por qué? —preguntó Cristina curiosa, tratando de controlar su llanto.

—Porque desde pequeño siempre ha sido el que más se ha metido en líos... Y era muy agresivo, mucho más que Enrique y yo. En el orfanato, corría el rumor de que su madre había sido una prostituta y que él había tenido una infancia durísima. Yo siempre creí que no era verdad, aunque una vez Enrique y yo le preguntamos sobre su pasado y admitió que todo lo que habíamos oído

era cierto, pero yo pensé que mentía para dárselas de duro... Le encantaba que la gente le tuviera miedo. Una vez, en una pelea, casi mató a un chico a puñetazos, con solo catorce años...

—¿En serio? —Cristina parecía perpleja.

—Sí, muy en serio. La verdad es que, pensándolo fríamente, supongo que no debería haberme fiado de él, pero nos conocemos desde críos. Siempre me ha parecido peligroso, y me extrañó muchísimo cuando un día confesó que quería ser policía, como siempre habíamos deseado Enrique y yo, porque él nunca había respetado la ley. Siempre ha sido un tipo complicado, casi un delincuente, pero yo me convencía a mí mismo de que solo lo era con los demás, no con Enrique o conmigo porque era nuestro amigo... Supongo que era una idea estúpida...

—Yo no lo creo, es normal que pensaras así —afirmó Cristina.

—Bueno, de todos modos, ya da igual. Dentro de poco todo habrá acabado.

—No digas eso, Raúl. No puedes rendirte...

—No seas ingenua, Cris. Ya me he rendido —confirmó Raúl derrotado—. Esa era nuestra única oportunidad. Ya ni siquiera tengo tiempo para pensar otro plan. No creo que tarden más de un par de horas en venir a por nosotros...

—Eso no lo sabes —lo interrumpió Cristina más tranquila. Aunque la mejilla donde Sito la había golpeado estaba empezando a ponerse colorada, seguía estando preciosa—. Mira, Raúl, de verdad que no sé cómo, pero te aseguro que vamos a salir de esta. Solo tienes que tener fe.

—¿Es que tú crees en los milagros? Porque necesitaríamos uno de los grandes para poder librarnos del lío en el que estamos metidos...

—Hasta ahora no había creído... —admitió ella—. Pero nunca es tarde para cambiar... —añadió esbozando una pequeña sonrisa que pronto se contagió a los labios de Raúl.

—Te quiero —dijo él al fin.

—Y yo a ti. No te preocupes, todo se arreglará, estoy segura. —Cristina

continuó un rato repitiendo aquellas palabras en voz baja para tratar de convencer a Raúl tanto como a sí misma, y pronto el agotamiento que sentía después del estrés que había vivido y el haber pasado toda la noche sin dormir empezó a hacer mella en él. Sus ojos se fueron cerrando y, en pocos minutos, cayó presa de un profundo sueño.

El sonido de la puerta de la celda al cerrarse con fuerza la despertó, arrancándola de repente del dulce sueño que estaba teniendo para traerla de nuevo a la cruda realidad. Enrique entró con un par de platos repletos de comida y, en aquella ocasión, el estómago de Raúl se quejó con fuerza.

—Vengo a daros de comer —explicó Enrique con voz suave mientras se sentaba junto a Raúl, preparado para alimentarlo si en aquella ocasión lo permitía. Pero Raúl negó con la cabeza, agotado—. Venga, Raúl. Tienes que comer algo, debes de estar hambriento... —añadió preocupado, lo que hubiera provocado que Raúl se carcajeara con ganas si la situación que estaba viviendo no lo tuviera tan deprimido como bloqueado.

—No merece la pena comer, Enrique, y lo sabes igual que yo. ¿Cuánto falta para que nos maten? ¿Una hora? ¿Media?

—No pienses en eso... —le aconsejó Enrique mientras cortaba un trozo de filete para llevárselo a la boca. Sin embargo, Raúl apartó la cara antes de que él pudiera hacerlo. Enrique tiró el tenedor sobre el plato, frustrado ante toda aquella situación que, sin duda, lo superaba, y soltó un bufido—. Joder, esto es una mierda... Pero no pierdas la esperanza... No sé... Quizá yo... Podría hablar con ellos... Quizá pueda intentar convencerlos otra vez...

—Si no lo has conseguido ya, no vas a hacerlo ahora, y lo sabes igual que yo. Hablar con esa gente no va a servir de nada. Para ellos ya estamos muertos. Solo somos una pieza más de su puzle... Sabes bien cómo funciona esto...

—Lo sé, tienes razón —admitió al fin Enrique, que se quedó un rato pensativo antes de volver en sí—. Bueno, al menos la daré de comer a ella, ya que tú no quieres... —le comunicó, levantándose para dirigirse al lugar en el que se encontraba Cristina. Ella, al contrario que Raúl, aceptó la comida con

ganas, a pesar de que el terror la dominaba por completo en aquel momento. Raúl observó durante un rato cómo Cristina masticaba la comida antes de tragarla, y se maldijo a sí mismo en silencio al pensar que no podía hacer nada por ayudarla. Su fuerza, toda su existencia, no servían de nada si no podía salvar a aquella mujer tan maravillosa de una muerte tan prematura como injusta, no cabía duda.

—Enrique... —murmuró tan bajo que apenas se le escuchó.

—¿Sí? —contestó este volviendo la cara para mirarlo.

—Por favor, deja que Cristina se vaya.

—Maldita sea, Raúl. Ya te he dicho que no puedo...

—No, escúchame. Puedes decir que yo me he soltado y que te he pegado. No sé, di que usé algo para romper las esposas, o que se os cayó la llave a alguno, o que te la quité... Me da igual lo que sea, te juro que yo lo admitiré. Cargaré con todas las culpas, te libraré de todo, te lo juro. Pero deja que ella se marche...

—Me arriesgaría demasiado... ¿Y si no te creen?

—Lo harán, te lo aseguro, yo conseguiré que me crean... Haré lo que sea, diré lo que quieras, pero, por favor, suéltala. Sabes igual que yo que ella ni siquiera debería estar aquí, no tiene nada que ver con esto... No es justo que vayan a matarla... —La voz se le quebró al terminar la frase y agachó la cabeza, vencido—. Maldita sea, hemos sido amigos desde niños. Siempre te he considerado como a un hermano... Tú me salvaste la vida, estuviste a mi lado cuando mataron a Soraya por mi culpa... No permitas que vuelva a pasar lo mismo. Joder, no podría soportarlo... —Raúl se detuvo un momento, tratando de controlar la forma en que le temblaba la voz—. Ayúdame, por favor... Maldita sea, te lo estoy suplicando... —añadió al ver que sus anteriores palabras no eran suficientes para convencerlo.

Tras escucharlo, Enrique fue consciente de lo destrozado que estaba, y la sombra de la culpabilidad comenzó a acecharlo. Ya ninguna excusa era suficiente para conseguir apartarla, era muy consciente de que era responsable de todo lo que estaba pasando, por más que intentara excusarse. Por un

momento, trató de pensar qué debía hacer, pero era complicado. Lo que Raúl le pedía era una locura, pero lo que más le había sorprendido de sus palabras era que no trataba de salvarse él, sino a Cristina, y en ese momento se dio cuenta de cuánto la quería, sin duda mucho más que a su propia vida, lo que ayudó a que empezase a plantearse la opción de hacer lo que le pedía.

—Si acepto tu propuesta, sabes lo que te van a hacer, ¿verdad? —preguntó Enrique empezando a dudar de su plan—. No solo te van a matar, Raúl. Te van a torturar lentamente antes... Van a tener que marcharse de aquí por tu culpa, les vas a joder todo el plan... Un plan que llevan días preparando... Así que se van a ensañar contigo...

—Lo sé, y me da igual —lo interrumpió Raúl—. Solo dime qué quieres que diga, y lo haré... Pero deja que ella se vaya —añadió, rezando para que sus súplicas desesperadas surtieran efecto y Enrique aceptara el trato, aunque sin esperar que fuera así. Su sorpresa fue mayúscula cuando, de repente, Enrique asintió, soltó el plato de la comida que le estaba dando a Cristina, tomó las llaves y, sin decir una palabra más, la liberó de sus ataduras. Cristina lo observó en silencio, pero cuando le quitó las esposas, no se movió del suelo.

—Ya estás libre, puedes irte —dijo Enrique, como si, al no huir de allí despavorida en cuanto la soltó, creyera que ella no se había dado cuenta.

—¿No hay nadie fuera? —preguntó Raúl esperanzado.

—No, ahora están comiendo.

—Bien, es el momento perfecto, Cris. Márchate. Vete y no mires atrás como me habías prometido...

Cristina quería obedecer, pero no podía hacerlo. Al contrario, se volvió hacia Enrique y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué le van a hacer? —le preguntó con seguridad, pero cuando él abrió la boca para contestar, Raúl lo interrumpió rápidamente, evitando que pudiera hacerlo.

—Eso no importa, Cris. Recuerda tu promesa. Ahora es el momento, no vamos a tener otra oportunidad, así que tienes que irte... —Raúl observó frustrado como Cristina reflexionaba sobre ello un instante, dudando sobre qué

debía hacer, hasta que finalmente asintió con la cabeza y avanzó hacia Raúl con decisión. Le dio un abrazo y un dulce beso en los labios y apoyó la frente sobre la de él durante un par de segundos.

—No voy a abandonarte, volveré a por ti —murmuró tan bajo que solo él pudo oírlo, antes de levantarse con rapidez para huir tan rápido como le fue posible, tal como le había prometido. Raúl observó como ella se marchaba y suspiró aliviado durante unos segundos, antes de levantar la vista y ver a Enrique frente a él, mirándolo preocupado.

—Déjale unos minutos de ventaja antes de ir a decírselo. Si no lo haces, la alcanzarán enseguida y todo esto no habrá servido de nada —pidió Raúl con la voz entrecortada. En el momento en que Enrique asintió con la cabeza y se sentó a su lado fue cuando al fin fue plenamente consciente de lo poco que le quedaba de vida, y, por un momento, se sintió angustiado al pensar en lo que le esperaba, aunque de todos modos no se arrepintió de nada. Volvería a hacerlo de nuevo sin dudar un solo segundo si la ocasión se presentara una vez más. La voz temblorosa de Enrique interrumpió sus reflexiones de repente.

—Raúl, yo... —empezó a decir inseguro.

—No, déjalo. No necesito que me digas nada.

—Pero quiero hacerlo, joder. No sabes cuánto siento todo esto... Me gustaría poder evitarlo, pero no veo la forma...

—En serio, da igual —lo cortó Raúl tratando de esbozar una pequeña sonrisa, sin llegar a conseguirlo del todo—. Lo único que me importa es que ella está a salvo, y es gracias a ti. Lo demás me importa una mierda, así que olvídalo.

Enrique quería decir algo más, pero no fue capaz, así que asintió y se quedó a su lado unos minutos más, en silencio, observando el duro suelo de terrazo que había bajo sus pies, tratando de ignorar la sombra de culpabilidad que empezaba a crecer dentro de él, hasta que finalmente no tuvo más remedio que levantarse para informar sobre la huida de Cristina.

—Les diré que me tiraste al suelo y que cogiste las llaves cuando se me cayeron del bolsillo, para poder abrir las esposas... —murmuró Enrique

inseguro.

—Perfecto, no te preocupes. Te seguiré el juego.

Enrique abrió la boca para contestar, pero finalmente la cerró sin decir nada antes de marcharse. En realidad, no tenía nada más que decir. No era más que un cobarde que iba a vender a su mejor amigo, y así lo sentía mientras andaba hacia donde se encontraban Sito y Abelardo, preparado para sellar el destino de Raúl para siempre.

CAPÍTULO 38

Raúl observó como Enrique se marchaba cabizbajo y se quedó esperando en silencio. Sabía lo que le aguardaba. Sabía que iba a morir y se sentía preparado, en paz consigo mismo, sabiendo que, al menos en aquella ocasión, había podido salvar la vida de la persona a la que amaba. Hubiera vendido su alma al diablo para conseguirlo, de hecho, eso era más o menos lo que había hecho, pero no se arrepentía. Era consciente de lo que Cristina le había dicho antes de marcharse. Sabía que ella haría lo que fuera para salvarlo, pero también sabía que, por desgracia, no había nada que ella pudiera hacer. Por mucho que se esforzara, no iba a tener tiempo. Sito y Abelardo iban a llevárselo de allí en cuanto se enterasen, y ella no tendría posibilidad de encontrarlo mientras lo torturaban hasta matarlo, así que no le quedaban esperanzas de sobrevivir, y tampoco le importaba. Había conseguido salvarla a ella, y eso compensaba todo lo que fuera a pasarle a él. Aún estaba inmerso en aquellos pensamientos cuando escuchó gritos fuera. Abelardo y Sito vociferaban furiosos antes de abrir la puerta con un fuerte golpe. En un momento, los tres habían entrado y estaban frente a él. Sito respiraba agitado, mientras que Abelardo lo miraba fijamente, tan fuera de sí que no parecía ser capaz de pronunciar palabra. Pero lo que más le llamó la atención fue ver que Enrique tenía la mejilla hinchada, y supuso que al enterarse de la inesperada noticia, alguno de ellos lo había golpeado.

—Maldita sea... —dijo Abelardo al fin—. Eres un hijo de puta. Has vuelto a joderlo todo... Ni siquiera aquí encerrado puedes estarte quieto... —se quejó furioso—. Pero no te preocupes, pronto nos habremos librado de ti. Aunque antes tendré que desahogarme un poco... Pensaba hacerlo con tu amiguita, pero como ya no tengo otra posibilidad, lo haré contigo... —explicó justo antes de darle el primer puñetazo, sin darle opción a contestar. En realidad, Raúl no tenía intención de hacerlo. Sabía que nada de lo que dijera iba a librarlo de la paliza que le esperaba, así que decidió mantenerse callado

mientras Abelardo le daba un par de puñetazos más antes de patearle las costillas. Raúl sintió como aquellos golpes lo destrozaban, pero no se quejó en ningún momento. Se había prometido a sí mismo que no iba a darles el gusto de gritar o de pedir clemencia, y lo iba a mantener hasta el final, por mucho que le costara. Abelardo pareció darse cuenta de sus planes, así que paró y se acercó a él, tirándole del pelo con fuerza para obligarlo a levantar la cabeza—. Me estás cansando, chaval. ¿A qué coño juegas?

—No sé de qué me hablas —contestó Raúl sonriendo entre jadeos, mostrando todos sus dientes ensangrentados mientras la cara empezaba a hinchársele. Abelardo le tiró aún más del pelo antes de decidirse a soltarlo para levantarse una vez más.

—Muy bien. Quieres hacerte el héroe, ¿verdad? —masculló—. Es normal, debí habérmelo imaginado, es tu estilo... Pero no lo vas a conseguir. Acabarás suplicando, te lo aseguro. Yo siempre consigo lo que me propongo, ahora lo verás. —Desvió la mirada hacia Sito y esbozó una pequeña sonrisa—. Ven aquí y sujétale la pierna. Asegúrate de que no pueda moverla —le ordenó. Sito se acercó a Raúl y obedeció sin dudar un solo instante. Raúl no tuvo tiempo de pensar demasiado antes de ver como Abelardo tomaba un enorme madero que habían traído de fuera para golpearle con fuerza. Raúl escuchó el terrible sonido antes de sentir aquel dolor inmenso que pronto provocó que soltara un gran alarido. Le había roto la pierna, estaba seguro. Abelardo sonrió y se acercó a él de nuevo—. ¿Ves? Te lo dije, yo siempre consigo lo que quiero... —murmuró satisfecho, deleitándose ante la imagen de Raúl frente a él, que seguía retorciéndose debido al dolor que sentía en la pierna. Raúl sintió como las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras seguía gritando desesperado. Había supuesto que aquello iba a ser terrible, pero sin duda estaba siendo aún peor de lo que nunca hubiera podido imaginar, y no pudo evitar desear que terminara cuanto antes, aunque eso significara para él la muerte.

Sito sonreía sin apartar la mirada de Raúl en ningún momento. Estaba claro que tanto él como Abelardo estaban disfrutando del espectáculo, y los dos se

miraron antes de desviar la vista hacia Enrique, que se había quedado sin habla, con el gesto horrorizado, ante la cruel escena que estaba siendo obligado a presenciar. Abelardo golpeó entonces a Raúl, con aquel enorme báculo, en el estómago, dos veces más, antes de detenerse un momento, agachándose para coger a Raúl del pelo, obligándolo a levantar la cabeza de nuevo para poder observar como la sonrisa de superioridad que antes había visto en su rostro había desaparecido para dar paso al gesto propio del dolor que le acababa de provocar.

—Eso está mejor... Esto es lo que quería... —murmuró satisfecho—. Bueno, ya sé que lo estamos pasando muy bien, pero ahora tenemos que irnos —añadió risueño, levantando la voz—. Gracias a ti es posible que la policía venga pronto, así que no podemos quedarnos aquí. Pero no te preocupes, te llevaremos a otro lugar donde podamos seguir disfrutando a solas. Ya te lo he dicho antes, esto no ha acabado, Raúl, de hecho, acaba de empezar. Aún nos quedan muchas horas de diversión por delante.

—Enrique, levántalo de ahí y vuelve a ponerle las esposas para que podamos llevárnoslo —ordenó Sito con tranquilidad mientras se dirigía hacia la puerta de la celda de nuevo.

Enrique se quedó un momento observando perplejo a Raúl antes de llegar a una conclusión clara. Su mejor amigo iba a morir antes de que lo mataran aquella noche, solo por la forma en la que lo estaban torturando ante sus ojos, y no podía soportar aquella idea. Tenía el rostro cubierto de sangre y no sabía cómo iba a poder andar con la pierna rota. Además, estaba convencido de que le debían haber dañado alguna costilla, y el gesto de su rostro reflejaba el dolor que estaba sintiendo, que debía de ser insoportable. Con todo eso en mente, no tuvo que pensar demasiado sobre lo que debía hacer. No iba a permitir que aquel hombre, que siempre había estado a su lado desde que eran niños y al que siempre había considerado su hermano, pagara con su vida por algo que solo era culpa suya. Él jamás debió haberse asociado con Abelardo, y lo sabía. Podía tratar de engañarse tanto como quisiera, pero él era el único responsable de las decisiones que había tomado. Desde pequeño siempre

había deseado ser policía para acabar con el mal que había en el mundo y que tanto él como Raúl habían conocido de cerca en las calles cuando no eran más que unos niños huérfanos indefensos, y siempre había pensado que acabaría siendo como los superhéroes que veía en los comics y salvaría al mundo de los peligros que los acechaban, ayudando a los inocentes y procesando a los culpables. Sin embargo, al final se había convertido en uno de los malos, un policía corrupto que era tan cobarde que iba a permitir que su mejor amigo, siendo inocente, muriera frente a él sin hacer nada por evitarlo, obsesionado como estaba por salvar su propio pellejo. No tuvo que pensar mucho más para darse cuenta de que no podía permitirlo, así que avanzó hacia Raúl con decisión. Cuando se colocó a su lado tratando de fingir que iba a obedecer la orden que acababa de recibir y escuchó su respiración temblorosa y el suave quejido que escapaba a traición de su garganta, por un momento sintió deseos de morirse, pero trató de controlarse mientras abría sus esposas y trataba de ponerlo en pie con cuidado. Después, se colocó tras él y simuló que volvía a esposarlo de nuevo, pero no lo hizo, sino que dejó la cerradura abierta, esperando que Raúl se diera cuenta lo antes posible. La mirada que le dirigió justo después le mostró que así era. Raúl se sostenía sobre su pierna sana mientras observaba a Enrique alejarse de nuevo, incrédulo ante lo que había hecho. Sus jadeos eran laboriosos, pero el terror que sentía empezaba a disminuir al darse cuenta de que, al menos en aquella ocasión, podría defenderse de Abelardo, que no tardó en avanzar de nuevo hacia él para golpearle una vez más antes de que se marcharan. Sin embargo, en aquella ocasión, Raúl se soltó de sus cadenas con facilidad y cogió el palo con el que pretendía herirlo, se lo quitó de las manos para llevarlo hacia su garganta, ahogándolo. En ese mismo instante, Sito se volvió hacia Enrique, consciente de que los había traicionado dejándolo libre, pero Enrique sacó su arma y lo apuntó sin dudar un instante.

—Yo que tú no me movería —lo amenazó Enrique observando como Sito le hacía caso, antes de volver la mirada hacia Raúl, que se esforzaba por mantener a Abelardo inmovilizado.

—No aprendes, ¿eh? —masculló Abelardo con la voz entrecortada—. Ya te he dicho que yo siempre consigo lo que quiero, Raúl. —Justo cuando la última palabra salió de su boca, pateó con fuerza la pierna rota de Raúl, que cayó al suelo gritando de dolor una vez más. Aprovechando que Raúl no tenía escapatoria, Abelardo fue a sacar su revólver justo cuando Enrique le arrojó el que él tenía guardado en su chaqueta, para que pudiera defenderse. Raúl lo cogió del suelo y apuntó a Abelardo con firmeza, quien se paró en seco en ese instante.

—Así que tú siempre consigues lo que quieres, Abelardo. Pues esta vez creo que no va a ser así. Voy a matarte, nunca he deseado algo tanto... De verdad, no sabes cómo voy a disfrutarlo... —comentó Raúl mientras hacía un gran esfuerzo por levantarse. Enrique lo observó preocupado, pero decidió continuar en silencio. El ruido de la puerta de fuera al ser golpeada los sacó a todos de su ensimismamiento, y antes de que se dieran cuenta, tres policías estaban allí a su lado, apuntándoles con sus armas. Enrique soltó la suya y la dejó caer al suelo lentamente en cuanto los vio aparecer, puso las manos sobre su cabeza tal como les ordenaron, al igual que Sito, pero Raúl continuó apuntando a Abelardo sin apartar la mirada de él ni un solo segundo. Deseaba matarlo como nunca había deseado nada en su vida. Sabía que debía soltar la pistola, pero no era capaz de hacerlo, y cuando uno de los policías le advirtió que se apartara del arma y levantara las manos, él hizo caso omiso y se concentró en cargar su revólver, preparado para abrir fuego.

—Raúl, suelta la pistola, joder. No dispaes... Tú no eres como él —gritó al fin Enrique tratando de convencerlo—. Venga, ya ha acabado todo, tranquilízate. Suelta la pistola y podrán llevarte al hospital de una vez.

Al escuchar aquellas palabras de la voz del que hasta hacía poco había sido su hermano, Raúl apartó la vista al fin de Abelardo y la centró en Enrique. Poco después se dio cuenta de que, en efecto, tenía razón, no debía disparar, porque eso lo convertiría en un monstruo equiparable al que tenía frente a él, así que se esforzó por dejar la pistola en el suelo y levantó las manos, esperando la reacción lógica del policía que le estaba apuntando. Sin

embargo, para su sorpresa, el agente bajó el arma y se acercó hasta él mientras los demás se concentraban en esposar y detener a sus captores.

—Tú eres Raúl, ¿verdad? —preguntó el policía ya a su lado.

—Sí —respondió Raúl sintiendo que el dolor que sentía le minaba por dentro.

—Bien, vente conmigo. Voy a llevarte al hospital.

Raúl lo observó un momento, extrañado, sin entender cómo sabía su nombre o por qué estaba siendo tan amable con él, pero pronto decidió que aquello daba igual. Necesitaba ver a un médico cuanto antes, y aquel hombre iba a llevarlo, así que asintió y, apoyándose en él, se dirigió hacia el coche policial mientras los demás eran arrestados. El policía que lo acompañaba lo ayudó a entrar en la parte de atrás y, tras colocarse en el asiento del conductor, empezó su camino adentrándose poco a poco en la carretera. Raúl no pudo evitar desear que llegaran pronto al hospital para que le dieran un calmante, dado que el dolor que sentía en todo su cuerpo era cada vez más insoportable, cuando de repente sintió que todo empezaba a oscurecerse hasta que, sin darse cuenta, el dolor desapareció y la oscuridad trajo consigo una paz que invadió su mente por completo.

CAPÍTULO 39

Cuando Raúl volvió en sí, se encontraba en el hospital, pero no recordaba cómo había llegado hasta él. Debió de haber perdido el conocimiento durante el viaje. Por suerte, Cristina estaba allí, a su lado, durmiendo en una silla que había junto a su cama, así que alargó el brazo y le acarició la cara, sonriendo, consiguiendo así que se despertara. Aunque aún tenía la mejilla un poco hinchada, seguía estando tan preciosa como siempre, o quizá incluso más.

Cristina notó el tacto de su piel y se despertó despacio, abriendo los ojos lentamente, pero cuando vio que Raúl tenía los ojos abiertos y estaba consciente al fin, su gesto se volvió asombrado y pronto se incorporó con rapidez.

—Por fin, Raúl. Ya estás despierto, gracias a Dios —dijo antes de lanzarse a su regazo, abrazándolo con fuerza. Él no se quejó por el dolor que sintió en las costillas y la dejó estrecharle contra ella durante todo el tiempo que deseó, deleitándose en la maravillosa sensación de saber que aún seguía con vida y estaba junto a la mujer de sus sueños. Sin embargo, Cristina acabó dándose cuenta de que debía de estar haciéndole daño y se separó de él de forma repentina—. Perdona —se disculpó avergonzada mientras volvía a tomar asiento en la silla que había frente a su cama.

—No te preocupes, Cris. Después de todo lo que ha pasado, yo también necesitaba abrazarte —respondió él tratando de tranquilizarla, sonriendo más feliz de lo que recordaba haber estado nunca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Cristina preocupada.

—Mejor que nunca —mintió él, ganándose así una pequeña sonrisa por parte de Cristina, que negó con la cabeza, incrédula—. No te preocupes. Saldré de esta. Y supongo que tengo que darte las gracias por eso... —añadió Raúl sorprendido—. Ha sido casi un milagro. ¿Cómo lo hiciste?

—Pues... la verdad es que aún no estoy muy segura. Estaba tan asustada...

Cuando salí me sentí perdida, pero pronto corrí hacia el bosque hasta que encontré una carretera, y luego hice *autostop*. Un hombre paró y me dejó su móvil para llamar a la policía, así que les conté todo y les expliqué dónde estabas, deseando que aún siguierais allí. Tuve suerte, supongo... —Una lágrima corrió por su mejilla ante el aspecto que presentaba Raúl, lleno de heridas y cortes, con el torso vendado por las tres costillas que le habían roto, y la pierna escayolada, y por un momento no pudo evitar la certeza de que todo aquello había sido por culpa suya—. Lo siento —dijo antes de comenzar a llorar de nuevo, escondiendo la cara entre las manos.

—No, Cris, eh... No te pongas así. Tú no tienes que sentir nada, tú no me has hecho daño. Todo lo contrario, tú eres quien me ha salvado...

—No, tú eres quien me ha salvado a mí, Raúl. No sabes el miedo que he pasado... —Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, volvió a abrazarse a él, esta vez con menos fuerza que antes, para continuar sollozando sobre su hombro.

—Tranquila. Todo eso ya se acabó... —susurró Raúl mientras le acariciaba el pelo—. No te preocupes, estoy bien... Estoy contigo y nada ni nadie va a poder nunca apartarme de tu lado...

Poco a poco la tranquilidad que transmitía su voz la invadió y consiguió calmarse, sabiendo que, sin duda, las palabras de Raúl eran ciertas y que después de lo que habían vivido nada podría separarlos nunca.

Después de un par de días en observación, Raúl pudo marcharse a casa al fin. El viaje desde el hospital fue largo y silencioso. Raúl no podía expresar con palabras la felicidad que sintió al tumbarse aquella noche en su cama para dormir, sobre todo cuando se dio la vuelta y vio a Cristina a su lado.

Cristina había sido muy valiente aquellos días, mucho más de lo que él nunca hubiera imaginado, pero, después de todo lo que había tenido que sufrir durante las últimas horas, necesitaba descansar, así que no se extrañó cuando poco después de tumbarse a su lado se quedó dormida. Raúl se quedó mirando la perfección de cada una de las facciones de su rostro. Tenía unas leves ojeras, producto del estrés de aquellos días infernales que, sin duda, ambos

tardarían en olvidar, y la mejilla aún un poco hinchada por la bofetada de Sito, pero de todos modos seguía siendo la mujer más hermosa que había visto jamás, y, además, seguía siendo suya, a pesar de todos los problemas a los que se habían enfrentado desde que se habían conocido. Aún podía recordar la forma en que lo miró la primera vez que lo vio. No pudo disimular lo mucho que le había gustado al no ser capaz de apartar la vista de él. Él había pensado que Josemi exageraba al describirla, pero le había bastado un vistazo fugaz a aquella dependienta de la gasolinera para comprobar que no era así. En efecto, era la mujer más bonita que existía en el mundo, y aunque poco a poco estaba empezando a sentir que el sueño quería llevarlo con él, siguió resistiéndose un rato más, luchando contra su cansancio para poder seguir observando la forma en que dormía, respirando lentamente, sumida en un plácido sueño, aunque después de unos minutos más escuchando su hipnótica respiración acabó perdiendo el conocimiento sin poder evitarlo.

Cuando volvió a despertarse, se sintió confuso. Los rayos del sol lo cegaban y, por un momento, se sintió tan desorientado que no supo dónde se encontraba. Cuando consiguió enfocar la vista y vio que estaba en su habitación, por un instante creyó que estaba soñando, pero pronto recordó que habían conseguido escapar y empezó a relajarse, al menos hasta que volvió la cabeza y reparó en que Cristina no estaba junto a él. Recordaba con claridad que el día anterior se había dormido allí, en su cama, a su lado, pero por algún motivo ya no estaba allí, y antes de darse cuenta se puso en pie y cogió sus muletas decidido a buscarla mientras sentía que el pánico lo invadía por completo.

En cuanto salió de la habitación, el olor a comida recién hecha invadió sus fosas nasales y provocó que sus labios esbozaran una gran sonrisa antes de dirigirse hacia la cocina. Allí se encontró a Cristina preparando tortitas mientras tarareaba en voz baja la música que tocaban en la radio. Estaba tan absorta en todo aquello que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Raúl hasta que él se acercó a ella por detrás y le rodeó la cintura con un brazo, dándole después un beso en la mejilla.

—Buenos días, veo que ya te has despertado... —lo saludó con una sonrisa antes de darle un dulce beso en los labios.

—Sí, eso parece... —respondió él fijando la mirada en la sartén que había frente a ellos, sin dejar de abrazarla.

—Estoy haciendo el desayuno... Espero que tengas hambre... —dijo dándose la vuelta para envolverlo en un fuerte abrazo que él correspondió sin dudar.

—La verdad es que me muero de hambre, y después de oler tus tortitas, aún más, preciosa...

—Perfecto —replicó ella soltándose para terminar su cometido—. Porque ya casi están preparadas...

—Genial —contestó sentándose en la silla mientras la observaba moverse con naturalidad por la cocina.

Poco después, Cristina se sentó a su lado y empezaron a desayunar, devorando cada bocado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Raúl a Cristina cuando casi se había terminado todo su plato.

—Bien, mucho mejor. Despertarme aquí en vez de en el hospital, y además a tu lado, ha ayudado mucho a que me sienta más animada.

—Me alegro —admitió Raúl con una sonrisa antes de quedarse serio de nuevo—. Oye, Cris. Siento mucho todo lo que ha pasado...

—¿El qué es lo que sientes? —preguntó ella perpleja—. ¿Haberme salvado?

—No, claro que no. Siento haberte metido en ese lío...

—No ha sido culpa tuya.

—Bueno, en realidad, Sito y Enrique eran amigos míos, y son quienes nos han metido en todo esto, así que supongo que sí que tengo algo de culpa...

—No digas tonterías, Raúl —lo cortó Cristina molesta—. Tú no sabías lo que estaban haciendo y te has jugado la vida para salvarme. Si ahora estoy viva, es gracias a ti, así que no vuelvas a decir nada parecido, no quiero que

sigas culpándote por todo lo malo que le pasa a la gente a la que quieres... No tiene sentido, y no te hace ningún bien... Tienes que superarlo de una vez, ¿me oyes?

Raúl se quedó un momento reflexionando en silencio mientras observaba a Cristina antes de llegar a la conclusión de que sus palabras tenían más lógica de la que él quería admitir. Finalmente, se rindió y asintió con la cabeza.

—Vale, de acuerdo, quizá tengas razón. Es solo que... Aún no sé cómo enfrentarme a todo esto... Todo ha pasado tan rápido...

—Lo sé, yo siento lo mismo —admitió Cristina con tristeza. Era extraño sentir que hacía siglos desde la última vez que había estado así, sentada en una silla, hablando tranquilamente con Raúl mientras comían, cuando en realidad no hacía más que unos días de ello. Aquel secuestro había sido un episodio duro en las vidas de ambos, y estaba claro que iban a tardar en superarlo por completo.

—Cris...

—Dime.

—Sé que te sonará raro, pero...

—¿Sí? —le insistió Cristina.

—Ahora mismo siento que te quiero tanto que no soportaría perderte, y por algún motivo que se me escapa, tengo miedo, aunque en el fondo sé que ya no tengo por qué, así que necesito que me abrases y que me digas que me sigues queriendo, que todo va bien y que nunca te vas a ir de mi lado. —Las palabras salieron de los labios de Raúl de forma atropellada. Esperaba que Cristina pensara que lo que acababa de decir era una locura absurda, o incluso que se riera de él por mostrar una debilidad tan impropia de él, pero su mundo se había derrumbado en los últimos días y necesitaba escuchar aquellas palabras para que el miedo que aún sentía en su interior se fuera consumiendo. Sin embargo, se sorprendió al observar como ella esbozaba una pequeña sonrisa de comprensión antes de volver a quedarse seria, se levantaba de su silla y se dirigía hacia él, sentándose en su regazo. No dudó un momento antes de abrazarlo por el cuello con fuerza, apoyando el rostro en su hombro, mientras

los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Todo va bien, Raúl. Te sigo queriendo, te querré siempre y nunca jamás me iré de tu lado —susurró decidida, sintiendo como él la abrazaba con más fuerza al escucharlo.

—Gracias —murmuró Raúl en su oído, con voz temblorosa.

—De nada —contestó Cristina antes de apartarse ligeramente para mirarlo a los ojos mientras sentía como él secaba con los pulgares las lágrimas traicioneras que habían caído por sus mejillas sin su consentimiento.

—No me dejes nunca, Cris.

—No lo haré —confirmó Cristina antes de unir sus labios a los de él en un beso tan tierno como fogoso que los calmó a ambos lo suficiente como para empezar a sentirse más fuertes.

Un par de meses después ya parecían haber superado aquel contratiempo, más o menos. A Raúl le habían quitado al fin la escayola y se sentía más fuerte de nuevo, sobre todo por saber que Cristina lo quería por encima de todo, como le había demostrado durante todos aquellos días en los que había estado a su lado, apoyándolo y cuidándole sin descanso.

—Bueno... —dijo Raúl después de un rato disfrutando de su mutua compañía, en silencio—. ¿Qué te apetece hacer hoy? Podemos hacer lo que quieras...

—Lo primero, quiero ir a mi casa y darme una ducha...

—Puedes dártela aquí... —le recordó él.

—Sí, pero también necesito cambiarme de ropa, esta está hecha un asco, y no tengo más aquí... Toda mi ropa está sucia —le explicó Cristina. Raúl no tardó en asentir, entendiendo su argumento.

—Perfecto, puedo llevarte yo si dejas que antes me dé una ducha.

—Claro...

Raúl no tardó demasiado en salir del baño con el pelo húmedo cayéndole por la frente y unos vaqueros nuevos, más oscuros que los anteriores, que le quedaban tan perfectos como todos los demás. Su camiseta negra ancha estaba

ligeramente mojada, mientras él sonreía, mucho más tranquilo que antes.

—Yo ya estoy listo —le informó mientras se ponía su chaqueta de cuero negra—. ¿Estás preparada?

—Por supuesto... —admitió ella antes de seguirlo hacia el exterior de su casa. Durante el camino en el ascensor, Cristina observó en silencio como Raúl seguía estando exactamente igual de atractivo con las cicatrices que le habían quedado en la cara, que por suerte no eran demasiado grandes. De hecho, había que fijarse detenidamente para verlas. Estaba claro que aquel terrible episodio de sus vidas los había marcado hondo, y en el caso de Raúl había sido también físicamente. Estaba tan inmersa en aquellos pensamientos, que tardó un rato en darse cuenta de que el ascensor no los había dirigido hacia la calle como ella esperaba, sino una planta más abajo.

—¿Adónde vamos? —preguntó de repente, confundida.

—Al garaje... Verás, es que aún hay una cosa que no te he contado... —titubeó Raúl.

—¿Y qué es?

—Pues verás... —dijo deteniéndose de repente—. Aunque siempre te he llevado a todas partes andando... En realidad, yo tengo moto...

—¿En serio? —preguntó Cristina asombrada. Raúl asintió y señaló al frente, donde una enorme moto de carretera negra reluciente esperaba para llevarla a casa—. ¿Esta moto es tuya?

—Sí... Al principio no podía decírtelo porque nadie podía ver la matrícula... Hubiera sido peligroso, ya sabes... Y después no he encontrado el momento... Hasta ahora...

—¿Pero es alucinante! —exclamó Cristina con alegría—. Me encanta, en serio, es preciosa.

—Entonces, ¿me perdonas por haberte mentado? —dijo Raúl mientras se montaba sobre ella y giraba la llave del motor para ponerla en marcha, arrancándola con un suave rugido.

—Claro. Estás perdonado —respondió Cristina mientras tomaba su

posición detrás de él—. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Raúl frunciendo el ceño, girándose levemente para mirarla de reojo.

—Que me dejes conducirla... —lo retó Cristina.

—Cris, nunca se la he dejado a nadie...

—Pues tendrás que dejármela a mí si quieres que te perdone... —Raúl se dio la vuelta por completo para mirar a Cristina antes de decidirse a asentir.

—De acuerdo, tú ganas, como siempre... —repitió una vez más, dándose cuenta de que, en efecto, siempre había sido así, y él siempre lo había sabido, aunque, en el fondo, mientras Cristina siguiera a su lado, le daba igual—. Ahora, agárrate fuerte a mí, ¿vale?

Cristina se aferró con fuerza a su cintura y apoyó la cara en su espalda antes de asentir con la cabeza, sintiendo el calor de su cuerpo contra el de ella, haciendo que poco a poco volviera de nuevo a la vida. La moto se puso en marcha, y pronto se adentró en la autopista y los condujo a ambos a través de un nuevo amanecer, un nuevo comienzo, mostrándoles lo maravilloso que era el mundo en el que habitaban, aunque a veces tuviera momentos dolorosos y donde, pasara lo que pasara, estaban deseando seguir viviendo... juntos. Siempre juntos.

EPÍLOGO

Raúl volvió a mirarse al espejo una vez más, tratando de relajarse, sin llegar a conseguirlo. Aunque ya había pasado casi un año, aún sentía cierta incomodidad ante la idea de volver a ver a quienes una vez fueron sus amigos y compañeros de trabajo, y más teniendo en cuenta que, en aquella ocasión, la cita sería en un juicio y los que una vez habían sido sus mejores amigos iban a estar sentados en el banquillo de los acusados.

Cristina apareció en su habitación de repente y se dirigió hacia Raúl, sabiendo que la necesitaba sin necesidad de que se lo dijera. Se situó a su espalda y lo abrazó por la cintura con fuerza. También ella tenía que enfrentarse aquel día a una situación difícil. La idea de volver a ver a sus secuestradores no le atraía en absoluto, aunque trataba de no pensarlo demasiado.

—Estás preciosa, Cris —le dijo mientras observaba lo bien que le quedaba el vestido negro que se había puesto. No tenía nada de escote y le llegaba por debajo de la rodilla, pero le marcaba cada una de sus delicadas curvas hasta tal punto que, si no hubiera sido porque sabía que no tenían tiempo suficiente, la hubiera tirado sobre la cama y se hubiera fundido con ella antes de marcharse.

—Tú también, Raúl —le correspondió ella cogiendo suavemente su mano —. No estés nervioso, no va a pasar nada...

—¿Tú no lo estás? —preguntó él preocupado.

—No, claro que no. Estaremos rodeados de policías, no pueden hacernos nada —dijo ella como si estuviera tratando de convencerse a sí misma en lugar de a él.

—Lo sé, sé que no pueden hacernos daño. No les tengo miedo... Estoy un poco nervioso, pero solo porque no me apetece verlos. Tengo la impresión de que me van a recordar lo que ocurrió, y, sinceramente, no me apetece

demasiado recordar algunas cosas...

—Ya, a mí me pasa lo mismo. Pero solo será un momento, y estaremos juntos, así que no habrá problema —comentó Cristina antes de darse la vuelta para coger la chaqueta de Raúl, extendiendo el brazo para dársela. Él la cogió y se la puso, algo molesto.

—No entiendo por qué tengo que ir de etiqueta, joder. Yo no he hecho nada, debería poder vestirme como me diera la gana...

—Es un juicio, Raúl. No puedes ir vestido de cualquier forma... Hay que dar una imagen —explicó Cristina, deleitándose en lo guapo que estaba su novio con aquella camisa blanca de botones a la que no la tenía demasiado acostumbrada.

—En ese caso, tu imagen debería valer por los dos. Joder, estás demasiado buena para ir al puto juicio... —bromeó Raúl con una sonrisa.

—Déjate de tonterías y vámonos, o llegaremos tarde —lo riñó también sonriendo antes de coger su mano para dirigirse hacia la puerta de salida.

Cuando llegaron a la sala donde se celebraría el juicio, ambos se alegraron de poder esperar fuera hasta que llegara su turno de declarar. Solo iban a testificar y luego se marcharían, lo que era un gran alivio para ambos.

Raúl fue el primero en entrar. Contestó a las preguntas que le hicieron los abogados sin titubear, mirándolos fijamente a los ojos, y en cuanto terminó, se bajó del estrado sin detenerse a mirar hacia el banquillo de los acusados ni un solo segundo. Cristina entró después y, aunque se mostró un poco más nerviosa, también contestó con firmeza a cada pregunta que le hicieron, tratando de estar lo más serena posible. Se esforzó en no mirar hacia el banquillo de los acusados tal como Raúl le había aconsejado, pero cuando al fin se levantó para salir, no pudo evitar echar un pequeño vistazo. Allí estaban Abelardo, Enrique y Sito. Abelardo tenía los ojos cerrados, como si estuviera murmurando algún juramento; Sito la miraba fijamente, casi sin pestañear, como si tratara de intimidarla, pero sin mover los labios en ningún momento, y Enrique tenía la vista dirigida al suelo y parecía agotado. El alguacil la acompañó entonces hasta la salida, y ella se marchó al fin, dejando escapar el

aire que ni siquiera se había dado cuenta de estar aguantando.

—¿Qué tal? No ha sido para tanto, ¿verdad? —preguntó Raúl cuando la vio salir, levantándose del banco que había frente a la puerta, donde había tomado asiento para esperarla.

—Creo que necesito sentarme... —susurró ella notando como las piernas le temblaban, antes de dirigirse al lugar del que él se acababa de levantar mientras él tomaba su posición a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que... Me ha afectado un poco verlos...

Raúl suspiró antes de contestar.

—Es normal. Por eso te dije que no mirases hacia donde estaban, Cris... —le reprochó con voz suave.

—No he podido evitarlo... No sé por qué, pero tenía que hacerlo... —dijo al fin—. Pero no pasa nada, estoy bien, no te preocupes...

—Vale...

—¿Podemos quedarnos aquí un par de minutos? —preguntó Cristina enarcando las cejas. Aunque no quería admitirlo, estaba bastante asustada por todos los recuerdos que habían regresado a su mente sin su consentimiento.

—Claro, podemos quedarnos el tiempo que tú quieras... —aceptó Raúl acariciándole el pelo con la mano. Justo en ese momento, se escuchó un ruido creciente dentro de la sala, y pronto la puerta se abrió y dejó claro que había terminado el juicio. Un par de policías salieron primero, seguidos por Abelardo y Sito, que no parecían demasiado contentos. No cabía duda de que habían sido declarados culpables de los cargos que se les habían imputado, lo que, en parte, tranquilizó tanto a Raúl como a Cristina. Después salió Enrique, que se tuvo que detener en la puerta mientras el policía aseguraba sus esposas. Raúl se quedó mirándolo fijamente mientras él trataba de evitar su mirada, hasta que al final, levantó la vista hacia el que hasta hacía poco tiempo había sido su mejor amigo. La mirada de Enrique transmitía una profunda tristeza y sus ojos parecían implorar su perdón sin pronunciar palabra. Raúl le mantuvo la mirada unos segundos antes de que el agente que iba tras él le ordenara

seguir andando, momento en el que Enrique apartó la vista al fin y comenzó el camino hacia su celda.

Raúl se quedó bastante afectado después de aquel inesperado encuentro. Era extraño que, después de haberse obligado a no mirarlos en ningún momento durante el juicio, al final no hubiera podido evitarlo al encontrarse con ellos de frente cuando salían. Pero, de algún modo, mientras estaba tumbado sobre su cama mirando el techo, tratando de reflexionar sobre todo lo que había ocurrido, pensó que, con total seguridad, verlos había sido algo positivo. Quizá lo necesitaba para superar aquel trauma al fin, o, al menos, así lo creía él, dado que después de ello se sentía mucho más fuerte que antes.

Cristina apareció en la puerta de su cuarto de repente, con el delantal puesto.

—La comida está lista.

—Genial —exclamó Raúl mientras se sentaba en el borde de la cama—. Pero antes, ven un momento.

—¿Qué quieres ahora? Tengo hambre... —se quejó Cristina sin convicción. En cuanto llegó frente a Raúl, este la tomó por la cintura y la tiró sobre la cama, tomó su posición sobre ella e impidió que se moviera con el peso de su cuerpo. Poco a poco, acercó su boca a los labios de Cristina y la besó con suavidad, cogiendo su mejilla con la mano, adorando cada centímetro de su piel cada segundo que estaba a su lado como había hecho desde el mismo día en que la conoció. Cuando al fin se obligó a apartarse de sus labios, Cristina estaba sonriendo.

—No te vayas nunca de mi lado... —le pidió muy serio.

—¿Quién dice que voy a irme? —preguntó Cristina burlona.

—No estoy de broma... No quiero que vuelvas a irte nunca. Quiero decir que... Podrías quedarte a vivir aquí, conmigo... —Cristina trató de levantarse, pensando que Raúl aún estaba afectado por el estrés del juicio al que habían tenido que asistir, mientras negaba con la cabeza, pero él la cogió por la cintura y la empujó para que no tuviera más remedio que tumbarse de nuevo. Cristina lo miró un momento incrédula, perdiendo al fin la sonrisa.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, muy en serio. De hecho, llevo tiempo pensándolo... Pero no sabía si sería demasiado pronto para ti... No quiero presionarte, pero yo lo tengo claro. Solo me falta saber qué piensas tú... —Raúl se quedó mirándola fijamente, esperando a que contestara a su repentina proposición, mientras le acariciaba la mejilla con la yema de su dedo pulgar. Cada vez estaba más impaciente, hasta que, al fin, unos segundos después, pudo ver como Cristina esbozaba una pequeña sonrisa.

—Pues si de verdad quieres saber mi opinión, tendré que decírtela... Y me parece que, esta vez, eres tú quien gana, Raúl... —aceptó al fin, observando como el rostro de Raúl pasaba de la preocupación a la sorpresa y de ahí a la alegría más absoluta, para poco después soltar unas cuantas carcajadas.

—¿Estás segura? —preguntó al fin.

—Sí, estoy segura. Cada día soy más feliz contigo, y sé que eso no va a cambiar jamás, así que, en realidad, no tengo nada que pensar... Es una decisión muy fácil, aunque...

—¿Sí? —Raúl perdió de repente la sonrisa, esperando a que continuara aquella frase.

—Nada, solo que... Ahora no tienes más remedio que conocer a mi familia... Sé que no te hace mucha gracia, pero ahora estás obligado. Además, por ahora les caes bien, les dije que eres policía y pareció impresionarles.

—Bueno, supongo que si no hay más remedio, habrá que hacerlo. Al fin y al cabo, tendré que conocerlos tarde o temprano... Si no es ahora, en nuestra boda... —añadió Raúl concentrándose en estudiar la reacción de Cristina a aquellas palabras. Llevaba días planteándose la posibilidad de avanzar en su relación con ella, pero no sabía cómo comunicárselo, y aquella forma indirecta le pareció de repente un gran acierto, sobre todo cuando vio como ella asentía asombrada, claramente feliz al haber escuchado su proposición.

—Supongo... —admitió Cristina con una gran sonrisa mientras rodaba sobre su cuerpo para obligar a Raúl a quedar tumbado boca arriba mientras ella tomaba posición sobre él en esa ocasión, apoyando la cabeza sobre su

pecho—. ¿Raúl? —preguntó al fin.

—Dime.

—Pase lo que pase, te querré siempre. Nunca volverás a estar solo... Lo sabes, ¿verdad?

Raúl miró hacia abajo mientras ella levantaba la cabeza para mirarlo a los ojos, esperando convencerlo de lo que llevaba tanto tiempo intentando demostrarle. Esperó un rato hasta que él se decidió a contestar al fin, y las palabras surgieron de su boca lentamente, como si las saborease antes de liberarlas.

—Sí, lo sé —dijo él mientras la abrazaba con más fuerza, sintiendo cómo ella escondía la cara en su pecho mientras disfrutaba de su respuesta—. Lo sé... —repitió una vez más, sintiendo como, tras toda una vida solo, al fin había encontrado su lugar en el mundo. Y aquel lugar siempre estaría, sin duda, al lado de Cristina. Ella sería siempre su familia. Eso era lo único que sabía con certeza.

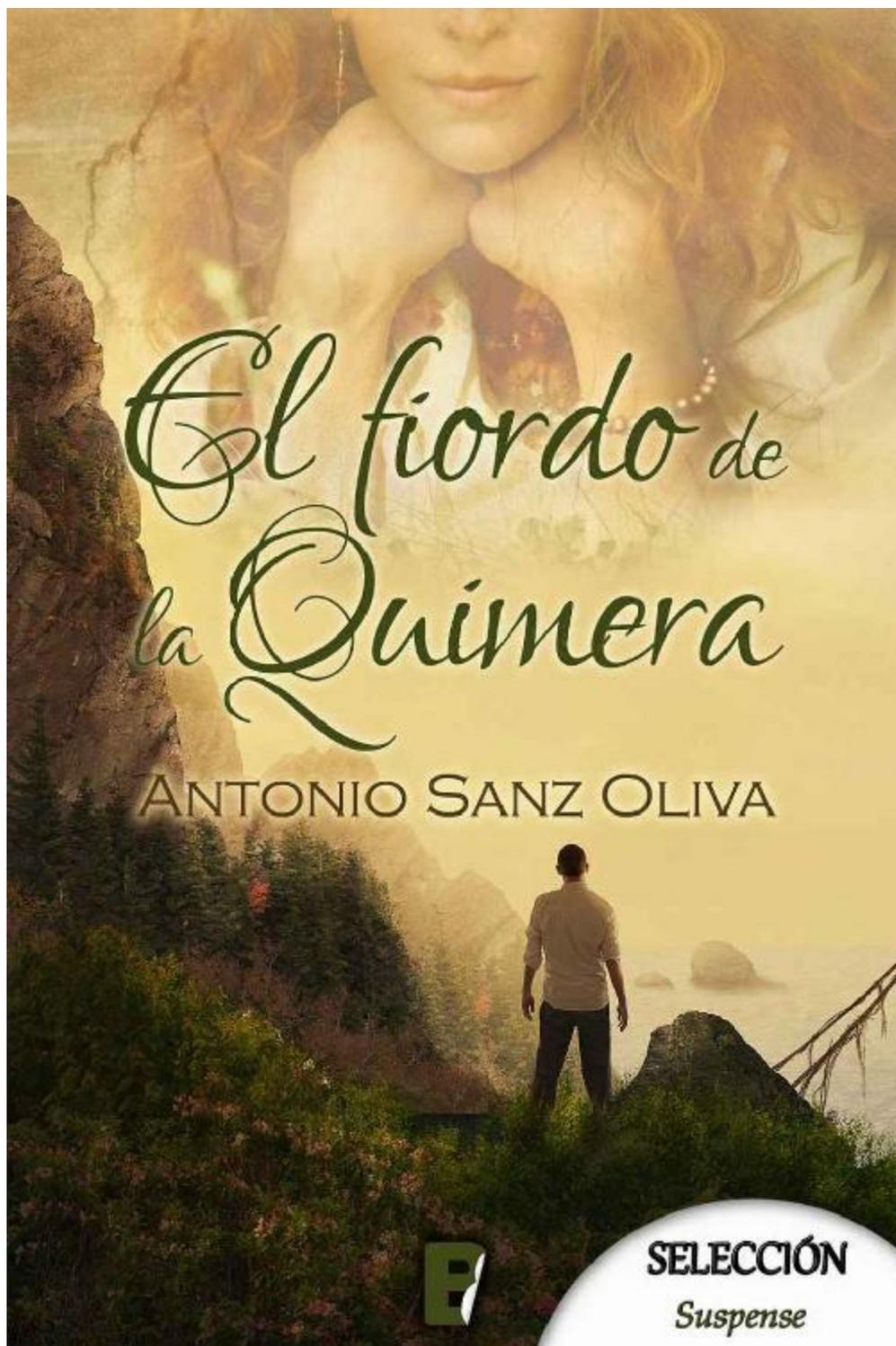
Si te ha gustado

Lágrimas en la nieve

te recomendamos comenzar a leer

El fiordo de la Quimera

de Antonio Sanz Oliva



CAPÍTULO 1

El sol dispensaba sus últimos rayos, transformándolos en multitud de teselas doradas que bailaban al son de las suaves olas que se acercaban a Tremore y el penetrante aroma a salitre se iba haciendo cada vez más intenso a medida que la barca se acercaba a la costa. Desde la proa, la brisa recorrió la piel de Aurora, levantando el fino chal que llevaba sobre los hombros, haciéndola estremecer como si una mano helada la abrazara por la espalda. Se giró instintivamente, pero solo vio, a unos metros, la cara curtida y sonriente del barquero.

Cuando puso pie en tierra, un nudo se instaló en su estómago. Había llegado al destino sin dejar de pensar qué hacía allí, sola, obligada por las circunstancias. El barquero le ayudó a bajar su voluminosa maleta mientras le indicaba las empinadas escaleras esculpidas sobre el agreste acantilado que llevaban hacia el caserío, asomado con desafío sobre un mar que iba oscureciéndose desde las entrañas. No dio tiempo a más. Al tomar el equipaje, la barca ya se alejaba del pequeño puerto, acompañada por el rítmico palpitar de su motor. Cuando dejó de oírlo se sintió desamparada, miró en el interior del bolso para localizar el manojito de llaves de la casa que había alquilado y enfiló con determinación el camino hacia el pueblo como si fuera un calvario.

Apenas sin resuello, con la resignación del que cumple un deber, alcanzó las primeras calles, iluminadas tan levemente que apenas dejaban entrever algún elemento para orientarse. El traqueteo de la maleta, arrastrándose sobre los adoquines, iba anunciado su llegada, pero no encontró a nadie lo suficientemente curioso a quien preguntar. Empezó su ascensión doblando las esquinas cada vez con mayor dificultad, hasta que al fin encontró una figura encorvada sentada en una pequeña silla de enea en la puerta de su casa. La punta encendida de su cigarrillo le indicó que no se trataba de una sombra.

—Disculpe, caballero, acabo de llegar y... y necesito encontrar la *Via di San Michele* —dijo en su nunca bien contrastado italiano.

El hombre se tomó su tiempo para contestar, mientras la miraba fijamente como si tuviera que reconocerla.

—No se preocupe, yo mismo la acompañaré —dijo con desgana.

Aquel hombre de aspecto enjuto se puso a caminar por delante de Aurora, que intentó seguirle arrastrando el maletón mientras no dejaba de pensar que debía haberse topado con el más ceñudo de todo Tremore.

Por fin llegaron hasta una casa, blanca como el resto, pero que, a la luz del crepúsculo, se difuminaba sobre un cielo entintado de violeta. Aurora revolvió en su bolso hasta dar con el mazo de llaves atadas con unas cintas de raso azul que hacía las veces de llavero. Al abrir la puerta, se volvió hacia su acompañante para agradecerle que la hubiera traído hasta allí y le pareció que era un buen momento para presentarse.

—Ha sido muy amable... Por cierto, mi nombre es Aurora —le dijo tendiéndole la mano.

El viejo se la estrechó al mismo tiempo que mascullaba algo que a ella le supo a saludo. Sin pararse en mayores muestras de cordialidad, volvió a encender la punta de su cigarrillo, dando por terminada la conversación. Aurora aguardó, antes de entrar en casa, hasta ver cómo desfilaba calle abajo desdibujándose entre las sombras.

Cuando metió la llave en la cerradura, no sabía con lo que iba a encontrarse, pero al menos aquella noche tendría que pasarla allí. Hubiera querido encontrar un hotel, pero en la agencia de Nápoles solo pudieron ofrecerle aquella casa. Tanteó, intentando buscar el interruptor aprovechando la escasa luz de la calle, hasta que por fin dio con la llave y pudo observar el amplio salón que se abría ante ella. Cerró la puerta y arrastró la maleta hasta el centro. Allí, sin moverse, recorrió el espacio con la mirada intentando ubicarse; se sentía extraña. Los muebles no eran gran cosa, pero no parecían sucios ni desvencijados. Abrió las ventanas para airear la casa y pronto una brisa fresca se coló en la estancia. No pudo ver gran cosa, pero intuía que el mar, allá enfrente, formaba parte indisoluble de la decoración del salón.

Sintió una fuerte sed que le reseca la garganta y buscó en la cocina algo de beber. Todo estaba en su sitio, como si acabaran de dejar la casa en impecable estado de revista. Abrió el frigorífico y halló una botella de vino sin abrir. Dudó en hacerlo pero, ¡qué caray! había pagado un buen precio por

el mes que había decidido pasar allí.

Con una copa en la mano se sintió más aliviada y mientras le daba pequeños sorbos, comenzó a recorrer la casa en la que empezaba a sentirse más cómoda. Subió unas pequeñas escaleras hasta llegar a las habitaciones y entró en la que le pareció la principal. La cama parecía hecha y levantó la colcha para cerciorarse de que las sábanas estaban limpias. Todo parecía perfecto y respiró aliviada. De pronto, descubrió lo que le pareció un balcón y descorrió las cortinas para asomarse. Una amplia terraza se abría ante ella, con la promesa de unas vistas que la harían despertar con ilusión al día siguiente. Corrió hasta la barandilla y se agarró fuerte para no sentir el vértigo del vacío. Oyó el batir de las olas bajo sus pies y levantó la cabeza para abarcar el cielo que la cubría con su techo estrellado, esperando que alguna de ellas le hiciera un guiño insinuándole que todo iría bien.

Aurora, a pesar de su determinación, no dejaba de ser una muchacha confiada y algo naíf que aún creía en la suerte; en que alguien, en algún sitio que no lograba ubicar, todavía velaba por ella. Cuando murió Andrea, no pudo evitar pensar que su espíritu se escondía detrás de alguna nube, en la misma línea del horizonte, quizá en la estrella más brillante y que más fácilmente podía localizar en el firmamento. Se llevó la copa a los labios e hizo además de brindar por su protector, imaginando que le devolvía el gesto.

Ahora estaba cansada, terriblemente exhausta y no solo por haber arrastrado su equipaje por las empinadas calles de Tremore. Sintió frío y se arropó entre las sábanas de la cama. Quería abandonarse al sueño, pero su cabeza bullía con un sinfín de preguntas y recuerdos, entre ellos el de aquella mañana en la que su vida cambió para siempre.